JVSTINO·ZAVALA·MVNIZ

CRÓNICA DE MUNIZ

.ANNO.
MCMXXI
MONTEVIDEO

CRÓNICA
DE
MUNIZ

POR

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

MCMXXI
Imp. "EL SIGLO ILUSTRADO"
938 - San Jose - 938
MONTEVIDEO

PRÓLOGO

A mis padres:

Pronta para entrar en prensa esta "Crónica", me he preguntado con inquietud: ¿a quién he de confiar esta obra de amor, si sólo he encontrado para mi héroe, escasos y retaceados elogios, cuando no la calumnia y el insulto? ¿Librada a la protección de qué manos amigas ha de ir esta CRÓNICA DE MUNIZ, *si sólo hay en derredor de su nombre el más ingrato de todos los silencios?*

Ya se han ido con él las sencillas gentes de los campos, que sobreponiéndose a toda pasión partidista, amaron y lucharon por aquel hombre singular, que cautivó sus corazones con la leyenda de sus hazañas y la generosidad de su espíritu. Hoy sólo restan, perdidos en las lomas de Cerro Largo, algunos abuelos que animan las charlas del fogón con el relato de la historia del héroe.

En las ciudades, en Melo mismo, donde viven y prosperan los que triunfaron protegidos por Muniz, ni una sola voz se levanta para contestar y destruir la calumnia que mancha su gloria.

Yo he visto, en uno de mis viajes a Melo, sin una flor, siquiera ya marchita, el humilde sepulcro del caudillo.

Los hombres lo persiguen y traicionan, más allá de su muerte.

Es por eso que mi voz se levanta para decir a todos los ámbitos la gloria y el dolor de Justino Muniz, y es por eso

que esta "Crónica" va a vuestras paternas manos, seguro de que encontrará en vosotros el sentimiento generoso que la anima.

¿Y cómo no dedicarla a vosotros, si este libro, más que hijo de mi ingenio, hijo es del amor que vosotros pusisteis en mí, por nuestro abuelo y por la vida campesina?

¿Cómo he de olvidar aquellas veladas, cuando junto a la ventana que daba a la dormida calle del pueblo, mi padre contaba las hazañas de Muniz, ¡tan generoso, tan heroico!, mientras mi madre interrumpía a intervalos sus relatos, para hacernos sentir la injusticia de los hombres que tanto le insultaron?

¡Ah, cuántas veces latieron agitadas mis sienes, al oir cómo injuriaban del más indigno modo a aquel varón fuerte y noble, a quien vi llegar tantas tardes de verano, galopando por las cuchillas de su heredad, bajo el sol o la lluvia, para traer a mi dulce hermana enferma — hoy también ida de nosotros — los frutos que daban los duraznos de su quinta.

Entonces contraje contigo, madre, el pesado deber de reivindicar a aquel hombre.

Ahora recuerdo las noches de dolorosa inquietud, en que lloré de indignación contra mí mismo, al sentirme incapaz de cumplir con la alta misión que tú confiabas a tus hijos.

Una tarde, en que no se por qué extraña circunstancia, Muniz había aceptado mi compañía en su habitual paseo por los campos, llegamos, sin saber cómo, a detener nuestros caballos en la cumbre del Cerro de Medina. Muniz tenía fija la vista en las llanuras que llegaban ondulando hasta la falda del Cerro Largo, que, tocado por los últimos rayos de un sol que declinaba, se extendía en el lejano horizonte. La hora tenía un extraño efluvio de intimidad, en aquel campo serenamente mudo, en el que, no obstante, se prolongaba el mugido potente del toro o escindía el relincho nervioso del potro. La

brisa se entraba por nuestras narices y nuestras bocas, invadiendo los pulmones con un baño de frescura.

Muniz miraba silencioso al Cerro Largo, a cuya espalda está el campo de Arbolito. Frente a aquel hombre, recordé a sus calumniadores y en el deseo de ver lo que pasaba en su alma, dije:

—Conozco un libro que habla mal de usted. Creo que lo escribió un enemigo.

Examiné el efecto que producían mis palabras en el ánimo del guerrero, deseoso de llevarlo a un terreno de confidencias. Yo esperaba que el recuerdo de tanta calumnia e ingratitud provocara en su ánimo palabras de amargo reproche para sus enemigos.

El miró serenamente a mis ojos, y como si leyera los pensamientos de indignación que cruzaban por mi frente al recordar a sus detractores, díjome:

—No haga usted caso de esos libros; yo voy a contarle esas cosas.

Y nos volvimos, envueltos en el crepúsculo, mientras la voz reposada de Muniz iniciaba la historia de sus hazañas, cuyo relato había de continuar todas las mañanas y las tardes, en el zaguán de su casa.

Así, desde niño, sentí que un grande amor me ligaba a aquel hombre, a quien aprendí a conocer a través de vuestras narraciones y de las suyas propias. Y paralelo y excitando ese mismo amor, sentí en mi alma de niño el odio que provocaban en mí las calumnias que oía sobre aquel hombre en los patios de la escuela o en las ruedas de la plaza del pueblo, donde mis amigos pretendían repetir los insultos que para mi abuelo estaban acostumbrados a oir de sus padres, que continuaban idolatrando y recordando la triste época de Aparicio Saravia.

Movido por un alto afán de justicia, intenté esta reivindi-

cación de Muniz, quizá demasiado temprano, pues mis veintidós años tal vez no me hayan dado madurez bastante para cumplir felizmente mi propósito.

Bien sabéis vosotros, que en esta "Crónica" no he puesto el odio que sentí cuando niño contra los calumniadores de mi abuelo. Y fué porque dado a estudiar su alma y la de sus contemporáneos, y a sentir el paisaje de nuestros campos, un profundo amor hacia ellos ha limpiado de odios a mi espíritu. Y lo que fué en mi niñez un deseo de vengar a mi familia, se ha convertido — yo así lo espero — en el estudio de una personalidad típica de nuestra historia y de una época de bellos heroísmos y patriarcales trabajos.

Ni un solo instante el odio ha dictado mis palabras. El recuerdo de los que hicieron mal a Muniz no alcanza a oscurecer en mí la pasión de amor que siento por mi héroe y sus tiempos.

Y porque así ha ocurrido, no hallaréis en las páginas de esta "Crónica", respuestas a las calumnias que se han dicho y escrito contra el guerrero. ¿Qué son, por otra parte, esas miserias, comparadas con el poema de la vida de Muniz? Por lo demás, quien leyere mi obra verá si es verdad cuánto han dicho de él, desde Acevedo Díaz y Luis A. de Herrera, hasta Javier de Viana; quienes se han empequeñecido al usar el insulto contra el caudillo, cuya talla moral ellos estuvieron muy lejos de comprender.

Ved, si no, cómo ellos mismos muestran la falsedad de sus juicios.

Acevedo Díaz, el escritor que agotó los más crueles adjetivos para juzgar a Muniz, y que se halla hoy alejado del Partido Nacional, ¿sería capaz ahora de firmar sus artículos periodísticos de entonces? El hombre que llamó traidor a Muniz por haberse alejado de un partido político convertido en camarilla; ese hombre que ha secundado la obra del señor Batlle,

¿seguirá llamando traidores a los que se alejan de su partido? Quizá en estos días sienta el peso de sus errores que empañaron entonces a su espíritu, movido por un sentimiento estrecho y partidista.

En cuanto a Luis A. de Herrera, en algunos escasos momentos de mi "Crónica" hago ver las contradicciones en que incurre.

Yo quiero creer en que hoy ya no pensará como en los días en que su traviesa adolescencia le inspiró su libro "Por la Patria", en el cual no se sabe qué admirar más: si las inexactitudes en que incurre, o la ramplonería de su estilo, del cual escojo, al acaso, estas muestras:

"El (Muniz), inclinado a las correrías militares sin saberlo, PORQUE HASTA AQUEL CEREBRO VIRGEN Y DEFENDIDO POR UNA ENMARAÑADA MELENA RENEGRIDA, DIFÍCILMENTE ALCANZABAN LOS CHASQUES DE LA LUZ...".

"... *de pelo castaño (Saravia) que se conoce* ACOSTUMBRADO A LAS CARICIAS DEL PEINE... DE FRENTE ESPACIOSA, CON ESAS ENTRADAS DENOTATIVAS DE CULTURA INTELECTUAL". *(Habla también del estanciero del Cordobés). "En la cruz que señala la tumba de Arturo Ramos Suárez* HA COLGADO LA PATRIA DOLOR Y LUTO". (!) "*¿Qué podemos decir que sea bastante expresivo de Teodoro Berro,* DE ESA FLOR DE ESPERANZA CON PÉTALOS DE ENCINA QUE MARCHITÓ EL INVIERNO?. "DESFILEN ELLOS OBEDIENTES AL CLARÍN DE LA POSTERIDAD".

¿Qué he de deciros de Javier de Viana, cuya personalidad moral conocéis tan bien como yo? ¿Puede, acaso, creerse en la honradez histórica de un hombre que insulta a su adversario llegando hasta calumniar su belleza física, con trazos de esta grosería: "Tenía (Muniz) inclinada sobre el pecho la cabeza grande, melenuda, de frente estrecha y deprimida — una frente de gorila nacido en un jardín zoológico — y fijos los ojos en el abultado abdomen de glotón vulgar"?

¿Cómo creer en un hombre que llega hasta afirmar que: "Dicen que Batlle manda matar. Batlle es capaz de todo. Su perversidad debe ser tan grande como su cuerpo, y entre los muchos tiranos que han afrentado a mi patria, ninguno más criminal, ninguno más odioso que ese bohemio sucio y desgarbado, que al alcanzar la presidencia de la República por un capricho de la ruleta política, quiso rescatar con odios las prendas empeñadas en el Monte Pío durante su vida de miseria."?

Podría transcribiros otros párrafos de esta naturaleza: pero siento que mi pluma se resiste a escribir, aún siendo de otro, tanta grosería y miseria. Pero para que se alcance bien el grado de sinceridad de Javier de Viana, ved lo que dice de Saravia en su libelo "Con divisa blanca", que reeditó hace apenas un año, ¡con fines de propaganda electoral!: "Aparicio tiene la cultura de cualquier hombre que no ha cursado estudios especiales... Si pronuncia mal muchas palabras, si dice "rompido", "resolvido" y otras por el estilo, se ve bien, comparándolas en el conjunto de la conversación, que no nacen del habla campera, sino de la influencia brasileña, cuyo idioma le es tan familiar como el suyo propio".

En un artículo publicado en el diario "'El País", de la Capital, fecha 10 de septiembre de 1919, Viana, olvidado de que su héroe dice "muchas palabras como "rompido", "resolvido", etc., nos da esta idea de la cultura de Saravia: "Aparicio Saravia, el "gaucho bruto" — a quien el gobernante ideológico opuso la bota de potro de Justino Muniz — había leído a Tito Livio, a Suetonio, Plutarco y Julio César, y sentado al piano ejecutaba — con poca maestría, justo es decirlo — sonatas de Mozart y Beethoven..."!

Yo podría recordaros la silueta infeliz de aquel estanciero que, venido a Melo, creyó adquirir presencia ciudadana vistiendo a la moda y usando aquel bastón que llevaba como

si fuera el cabo de una lanza; pero no; ved cómo lo describe Florencio Sánchez, en el ensayo "Caudillaje criminal en Sud América": "¿Te acuerdas de Aparicio Saravia? ¿Lograste durante la campaña descubrirle otras condiciones que mucho coraje, bastante astucia indígena y algunos hábiles recursos estratégicos como general y como hombre una escasísima cultura moral y un espíritu celular con recovecos llenos de esa suspicacia aviesa, chocarrera y guaranga que se cristaliza en el gaucho americano?" (El estudio del modelo indujo a Sánchez a un error de generalización).

Sin embargo, Javier de Viana, que tan virtuoso encontró a Saravia, dijo en un campamento y en un libro: "Batlle es, también, extremadamente ignorante, superlativamente perezoso e inconmensurablemente autoritario"!

Largo sería citaros los que, como el señor Carlos Roxlo — desdichado autor de "José Robles", y que cantó a Diego Lamas con estas cursis estrofas: "El toque del clarín le enardecía, — el salmo del cañón le agigantaba — para hacer bien a su nación vivía, — y al pensar en su madre sollozaba", han injuriado a Muniz, oponiendo a los vicios que ellos le atribuyen, las virtudes de Saravia.

No podían encontrar un término más infeliz de comparación para Muniz, que Aparicio Saravia, cuya incapacidad guerrera se evidencia en el hecho de que en dos guerras fuera siempre derrotado, y de cuya grandeza moral da cuenta este episodio que relata José V. Díaz en su obra "Historia de Saravia" — estudio recientemente aparecido y del cual sólo puedo ahora hacer mención, diciéndoos que si bien no en todo dice verdad acerca de Muniz, es un libro bien inspirado. Cuenta Díaz, que cuando Aparicio supo de boca de Chiquito el atentado cometido en las personas y comercio de ustedes y de la muerte de Segundo Muniz, dijo: "Con ese proceder nos han quebrado un ala".

He ahí el repudio que mereció al "noble" Aparicio Saravia el proceder del "magnánimo Chiquito", que en un día pretendió quemar a toda mi familia, saqueó el comercio de mi padre y entregó a las llamas a un niño de diez y seis años!

¿Es necesario que os diga que en este libro no se tienen en cuenta conveniencias partidistas, cuando sabéis muy bien que por ahora no milito en la política de mi país?

Si estudio en algunos momentos la historia política de los partidos, es sólo porque preciso hacerlo para explicar la actitud de Muniz, con la imparcialidad que aseguran los documentos transcriptos a manera de Apéndice en esta "Crónica".

¿Qué más puedo deciros del plan y el sentido de mi CRÓNICA DE MUNIZ, *que no esté en sus páginas expresado?*

El alto espíritu de Alberto Zum Felde ha dicho, en su "Proceso Histórico del Uruguay", hablando del gaucho:

"Así, este tipo forjó con su carne la gesta bravía de la nacionalidad y dió ejemplares magníficos de guerreros. El arte tiene en él preciosa cantera humana; sus fastos y sus gestos son dignos de la épica y del bronce. La montonera anónima y la figura singular ofrecen los mismos rasgos de heroísmo. El más oscuro gaucho tiene cumplidas proezas extraordinarias. Entre la multitud heroica, se destacan figuras de campeadores, lanceros temerarios, desafiadores de la muerte, dadores de sus vidas en gestos de suprema arrogancia".

Pues bien; yo espero que quien leyere mi "Crónica", encontrará en ella el canto de ese tipo "esencialmente estético", así en la guerra como en la paz, viviendo su vida ora eglógica, ora heroica, en la paz absoluta de nuestros campos.

Bañado de Medina, 1920.

Nacimiento y mocedades de Muniz

CAPÍTULO PRIMERO

Los abuelos de Muniz

JUNTO a la costa del arroyo Sauce de Olimar, en una de las laderas que interrumpen suavemente la extensa llanura del lugar, el rancho de José Muniz ponía una nota de vida en la soledad de aquellos campos.

Largos años habían transcurrido desde el día en que el gaucho llegó allí con su compañera, lejos de todo camino, perdidos por el círculo verde de los montes del Olimar y los Corrales, que pasaban serpenteando en la abierta extensión de la comarca.

José Muniz y Catalina Azcurra veían sucederse los soles sobre los campos, sin sentir más inquietudes que las propias de unos padres empeñados en el trabajar fuerte y constante.

Hasta aquella rinconada, donde la madre cuidaba de sus hijas mientras el padre recorría y vigilaba sus ganados, apenas si venía algunas veces un viajero a romper la apacible monotonía de sus tardes.

A no ser por las convulsiones guerreras que llegaban hasta allí en busca de José Muniz, la noción del transcurso del tiempo pasaría inadvertida. Pero el caudillo del pago sabía que junto a los montes del Sauce de Olimar, la lanza de José Muniz, estaba siempre pronta para concurrir a las citas heroicas. Y hasta su rancho

venían de tiempo en tiempo los chasques con divisa blanca, en busca del gaucho que nunca supo negarse a dejar abandonados a su esposa y sus hijos, mientras la guerra cruzaba los campos del país.

Primero fué por la libertad de la patria que en la guerra del 25 se alejó de su hogar. Y luego, cuando fueron dueños de la tierra, por Lavalleja, por Oribe o por cualquier caudillo de menos nombre, siguió guerreando con la misma fe y el mismo entusiasmo, porque él nunca se detuvo a pensar en que un gaucho pudiera negarse a acompañar al Comandante de todas las "patriadas".

José Muniz, que era blanco, como todas las gentes del lugar, fué indistintamente revolucionario o defensor de las leyes, según fuera la posición de su caudillo en la contienda.

Terminado el continuo errar por los campos, José Muniz volvía a la paz de su rancho, donde doña Catalina, como llamaban a su esposa los del lugar, había pasado días de interminables zozobras, desamparada con sus hijos, en la soledad.

En la paz, el guerrero que conquistara en los combates singular renombre de valentía, desfiguraba con el arado la fisonomía de la ladera, seguido de su hijo Angel, mientras la madre cuidaba de las niñas y de hacer amable la humildad del rancho para descanso de los hombres al volver de su bella labor.

Aún no había encanecido la cabeza de José Muniz, cuando una mañana de otoño, los más próximos vecinos colocaron una cruz sobre la tierra recientemente removida para guardar el cuerpo del padre, mientras en el rancho doña Catalina abrazaba de dolor a los niños que desde entonces sólo en ella hallarían protección.

Librada a sus fuerzas, hubo de luchar por sostener la herencia modesta de José Muniz, cuyo mayor tesoro fué el nombre de honrado que legó a sus hijos.

Angel, que se fué haciendo hombre, vió llegar también para él la época de guerrero y de trabajos. Como su padre, alejóse en pos del caudillo en busca de aventuras en que conquistar fama, y cuando la paz, recorrió las estancias en procura de trabajo.

Ido el hijo del hogar, al que visitaba con pequeños intervalos de tiempo para abrazar a su madre y traerle el producto de sus trabajos, doña Catalina quedó sola cuidando de sus cuatro hijas, que entonces llegaban a la adolescencia.

Antonia, Justa, Juana y Josefa, se llamaban las muchachas que sentían ya en sus cuerpos anunciarse a la mujer, sin que ningún paisano aún las hubiese requerido de amores. Pero doña Catalina, que veía dibujarse bajo las ropas de sus hijas la fuerza de sus senos y de sus muslos palpitantes de vida, mostrábase recelosa cuando algún gaucho llegaba a su rancho, temiendo, con razón, que la lozanía de sus hijas despertara en el hombre de los campos el deseo bestial.

Bien comprendía la madre, que una hora había de llegar en que ella tendría que disputar sus hijas a los hombres fuertes, incapaces de detenerse ante ningún obstáculo que pretendiera impedirles saciar sus deseos en la hembra codiciada. Y bajo las austeras costumbres de la mujer recia, enjuta de carnes y de mirar fuerte y nervioso, crecían las muchachas trabajando en el hogar y corriendo a sus antojos por los campos, ignorantes de la transformación que los años iban operando en sus labios humedecidos de continuo y en sus cuerpos ágiles y fuertes.

Acostumbraban a pasar por la rinconada del Sauce de Olimar, los hermanos Rodriguez, contrabandistas de oficio, temidos por los paisanos y aun por el comisario. Hombres habituados a arriesgar la vida a cada instante, moradores de los montes y bañados, los dos Rodriguez tenían fama de valientes y perversos. La hacienda, el honor y la vida del vecino, dependían de aquellas dos almas hermanas en la grosería y en el crimen; nadie se hubiera atrevido a llegar hasta lo más enmarañado del monte donde ellos guardaban sus contrabandos, o a denunciar sus huellas a la partida policial que pretendiera apresarlos.

Conocieron a José Muniz, y eran amigos de Angel.

Un mediodía de estío, uno de los Rodríguez detuvo su caballo bajo el ombú que adornaba el patio de doña Catalina.

Invitado a bajarse, el contrabandista hallábase en el comedor atendido por Antonia (*) en espera de la madre, que había salido en busca del almuerzo.

El aire quemante que apenas movía las hojas del ombú, se colaba por la puerta del rancho, haciendo latir las venas de la frente del gaucho y enrojeciendo las mejillas de la criolla.

Algo de embriaguez voluptuosa anunciándose en el cuerpo de la joven, exaltó los instintos del gaucho. Y cuando Antonia inclinó su cuerpo sobre la mesa para extender el mantel, Rodríguez sintió nacer en él el deseo ciego de besar la nuca que dejaron al descubierto las trenzas al caer sobre el pecho.

El contrabandista dió un salto hacia la joven, que huyó espantada de los brazos abiertos que pretendían apretarla.

(*) Quien me suministró estos datos.

Por unos instantes corrieron ambos alrededor de la mesa, sin que el gaucho se condoliera de los gritos de súplica de la joven.

Doña Catalina atravesaba entonces el patio, llevando en sus manos la fuente con el asado en el cual había clavado el cuchillo para cortarlo. Al llegar a la puerta del comedor, Antonia pasó huyendo junto a ella.

Doña Catalina lo comprendió todo. La honradez de su casa, que ella conservaba con tanto celo desde la muerte del padre, iba a ser destrozada por aquel gaucho libidinoso.

Comprendió que era llegada la hora de la prueba; más que su inteligencia, su instinto de madre sintió la inminencia del peligro y la necesidad del sacrificio para salvar a su hija.

Rodríguez no reparó en la anciana que se había parado en medio de la puerta, dispuesta a no cederle paso.

El contrabandista avanzó hacia ella con los ojos fulgurantes de deseo. La joven había de entregar su cuerpo a la grosería de sus apetitos. Pero al poner el pie en el umbral, se detuvo sorprendido, intentando apartarse.

Ya era tarde.

El cuchillo que serviría para cortar la porción de asado con que había de obsequiarlo la madre, brilló un instante en el aire sacudido por doña Catalina, y se clavó en su corazón.

El gaucho cayó sin dar un grito, con la mano puesta en la empuñadura del arma hundida en su cuerpo.

Nuevamente volvieron los vecinos a cavar la tierra y a plantar una cruz en el campo que recorrió todas las mañanas y las tardes José Muniz.

La justicia no tuvo nada que decir a la madre que

había salvado el honor de su familia de ser mancillado por un gaucho bestial. La verdadera justicia se había cumplido por aquella mano santamente homicida, que había encallecido en el trabajo con que alimentaba a sus hijas.

Crecieron las jóvenes defendidas por la leyenda trágica que desde entonces rodeó al rancho de doña Catalina, mientras Angel conquistaba en las sierras de Cerro Largo el expresivo mote de "Manco Angelito", que le valieron sus combates singulares.

Sobre el mismo declinar de la ladera y bajo el mismo sol, dos cruces señalaban en la rinconada del Sauce de Olimar, las tumbas de José Muniz y de Rodríguez. Pero la honra de su casta, que doña Catalina defendió con tanta fiereza, va a caer en manos de un extraño personaje que dará a la raza un nuevo héroe.

CAPÍTULO II

Julián Ramírez

Como esas plantas que aparecen en la tierra, pareciendo que su semilla no ha sufrido la transformación natural de las otras plantas, antes de dar su fruto; así, de improviso, rodeado de un misterio que nadie pudo sondear, hombre ya y fuerte, apareció en el escenario campero de Olimar la figura audaz, aunque no cínica, de Julián Ramírez.

No se le conocían sus ascendientes ni su infancia; ignorábanse del todo sus mocedades y sus primeros días.

Conquistó para su nombre y su buen trato, sin buscarla, nombradía muy rápida entre los paisanos. Y fué porque siempre puso, tanto en las carreras como en las hierras, una nota de personal originalidad. No le chocaron los hábitos gauchescos del pago al que llegó a vivir: él era gaucho también y, por lo tanto, sabía de la resolución necesaria para subirse a un potro, o pararse frente al cuchillo del contrario.

Sin embargo, la curiosidad aguijoneaba a los del lugar, perplejos ante la figura del gaucho errante, que sabía crearse, por la fuerza de su carácter francamente resuelto y generoso, un caudal de afectos, como si toda

la vida hubiese vivido entre los comarcanos, que siempre fueron prudentemente recelosos de prodigar cariño o íntimas deferencias al que no había visto levantarse el sol en sus cuchillas y no había labrado su vida junto a ellos, siempre *aparcero* en el trabajo y en la guerra. Y su curiosidad, aguijoneada, presentaba en la mente de los gauchos estas dos interrogaciones: o este hombre tenía en su historia alguna mancha de sangre, o pobre y deshonrado entre sus paisanos, había tenido que abandonar sus pagos para poder vivir. Pero ningún indicio daba luces a las preguntas de los gauchos. El carácter franco y bonachón de Julián Ramírez no daba derecho a suponer que, en sus días pasados, alguna *desgracia* pudiera haberle hecho dejar su huella dolorosa marcada con el facón en el pecho de algún adversario. Si fuera ésta la causa del alejamiento de sus pagos, los gauchos se lo perdonarían, y aún más: quizá alcanzaría a mover en su favor una corriente de simpatía entre ellos, que con su palabra *desgracia* sintetizan su perdón por el que en lucha singular, cumpliendo un mandato oculto del Destino, ha sabido vencer.

Tampoco podía decirse que los antecedentes de Julián Ramírez fueran malos. Su conducta observada en los días que vivió en Olimar, alejaba todo derecho a tal suposición.

Por otra parte, no había de incomodarles gran cosa a los gauchos el pasado de aquel desconocido, de regular estatura, morocho, de ojos vivos y penetrantes, que siempre estuvo dispuesto para el trabajo y para las modestas holganzas campesinas.

Sin que se pueda precisar cómo, ocurrió que Julián Ramírez entró en conocimiento con Josefa Muniz.

Con la vulgaridad de todos los amores gauchescos,

creció y se fortificó la amorosa reciprocidad de afectos. entre ellos dos.

Así fueron las cosas, hasta que un día, sin que nadie supiera el por qué, Julián Ramírez dejó de concurrir a la casa de doña Catalina, interrumpiendo así una costumbre que desde los primeros días de amor había creado; cual era la de llegarse con asiduidad hasta el rancho de su dueña.

Pensó Josefa que su prometido, precisado por sus ocupaciones, habíase alejado por algún tiempo, para llevar quizá una tropa. Sin embargo, los días pasaban con desesperante uniformidad para la criolla, cuyos esfuerzos por saber del amante le resultaran hasta entonces estériles.

En la *pulpería* del lugar creyóse con Josefa que Ramírez no tardaría en volver; cosa que, después de todo, no inquietaba demasiado a los gauchos. Todo lo contrario pasaba en el corazón de la angustiada prometida. Una tragedia terrible, a pesar de ser tan común en aquellos tiempos, veía ella aproximarse cada día que pasaba. Y es que sentía con indicios torturantes, que si Ramírez demoraba su retorno a los pagos, cuando lo hiciera, la encontraría ya madre de su hijo.

A los días sucedieron los meses.

Sólo en las narraciones de otros tiempos, el nombre de Julián Ramírez era pronunciado en las reuniones gauchescas seguido siempre del mismo comentario acerca de su incógnita desaparición. Y no se crea que ese comentario era un reproche hacia el amante infiel, que llevó la pesadumbre a una familia del lugar, por todos respetada. No; era cosa corriente—y quizá pueda intentarse su justificación—el hecho de que se unieran nuestros gauchos con su dueña, sin recurrir

a los procedimientos que tiene establecidos nuestra moral social. En aquellos parajes, apartados por distancias enormes de los centros de población, era por demás difícil el realizar un matrimonio religioso, único que se estilaba entonces. Y nuestros padres, que no podían ir a los pueblos a legalizar su unión ante el presunto representante de Dios, cumplían sabiamente con la ley ineludible e imperiosa de la naturaleza, formando sin participación de terceros sus hogares; esperando a que una "Misión" llegara por aquellos contornos a autorizar religiosamente esas uniones.

Por eso, pues, a nadie causó asombro la desgracia de Josefa. Más los inquietaba el enigma de aquella alma vagabunda, simpática, tan bien hecha para rodearse de afectos, que muy pronto con un desprecio que ellos no podían explicarse, abandonaba para seguir sus correrías, como si ávido de aventuras, todo escenario fuera para él harto pequeño.

Julián Ramírez dejó en pos de sí dos huellas igualmente hondas. Una amarga, triste, desesperante; otra amable, simpática, original.

Su nombre se guardó en lo más íntimo del alma de la familia engañada y se borró por un tiempo de las conversaciones camperas.

Más tarde, volverán los paisanos a recordar al gaucho aventurero que entró en el pago por un camino desconocido, que creó afectos y amores, y que luego volvió a esconderse tras las cuchillas, yéndose también por un camino ignorado, echando en olvido los afectos y tornando en amarguras los amores.

Volverá su nombre a decirse en los fogones, cuando su hijo recorra las mismas laderas que él recorrió, y cuando en la pulpería y en las hierras, su figura, su

palabra y su coraje, recuerden la silueta enigmática de Julián Ramírez.

* * *

Tornóse sombrío el carácter de Josefa. A medida que los síntomas de la próxima maternidad se acentuaban en sus ojos y en su cuerpo, una tristeza, cada día más creciente, se apoderaba de su espíritu.

Grande era la desazón de doña Catalina, bajo el golpe que el gaucho simpático había asestado a su casa; a su casa, cuya honra ella habíase visto precisada a mantener incólume, con el cuchillo homicida que en una venganza salvadora hubo de esgrimir; a su casa, que por su honestidad fué siempre indicada como modelo de trabajo y honradez y que ahora, una debilidad de su hija, cautivada por la palabra fácil del desconocido que con tanto fuego lloraba con las notas de su guitarra sus trovas de amor, vino a poner una mancha de dolor y de angustias, que si bien no se reflejó en un exterior abatimiento de ánimo, laceró, sin duda, su corazón de madre amantísima.

En la madrugada del 5 de septiembre de 1838, cuando el sol anunciaba su próxima aparición coloreando el cielo y cuando todo dormía en la soledad de los campos, los dolores que preceden al alumbramiento pusieron de pie a toda la familia de la olvidada Josefa.

Trance difícil para una madre sin recursos, por la escasez de médico y medicamento, fué el que atravesó doña Catalina en esos instantes. La suerte quiso que todo fuera bien. Y cuando la naturaleza se despierta al beso caluroso del sol, cuando el balido de las ovejas

se siente como un himno a la vida que renace; cuando, perezosos los ganados se levantan, húmedo aún su pelaje por el rocío de la noche; cuando el potro brinca alegremente, con alegría desordenada, para poner en tensión sus músculos adormecidos y en el ombú la calandria confunde la dulzura de su canto con el incesante y pertinaz de los chingolos y los horneros, nació, al beso de la luz, en medio del ambiente patrio, en contacto íntimo con la naturaleza y rodeado por todos los seres y las cosas que habían de ser decoraciones del teatro en que debería actuar, el niño que, por una enigmática veleidad de su padre, en vez de su nombre, llevó el de Justino Muniz.

*
* *

Cometido el pecado, cumplía ahora purgarlo siendo una buena madre. Así lo entendió al principio Josefa, que cuidaba de su hijo con extrema solicitud.

Tal vez que en las tardes llenas de poesía, mientras ella lo arrullaba meciéndolo en sus brazos; mientras cantábale la canción de amor que sólo las madres saben, tal vez recordara entonces al gaucho que enamoró su corazón con su figura de simpática altanería. Y no sería poco, de seguro, su dolor al ver esconderse el sol en las cuchillas, que desde el día en que él se fué siempre tuvieron para ella el poder de evocar en su memoria tristes recuerdos que se mezclaban con las siluetas de los dos, cuando debajo de la enramada o en las ruedas del pericón, Julián Ramírez contóle sus cuitas de amor. Unico sería el pesar de Josefa, ya que él nacía de tan hondo y extraño motivo. Las mujeres que como ella

vivieron esas horas de intensa felicidad al lado del hombre que las honró con sus hazañas de coraje, tuvieron luego la dicha de compartir con él sus trabajos y sus afanes. No así la desdichada Josefa, cuyo prometido fué para ella como la aparición de un astro que la deslumbrara con sus destellos, para desaparecer de pronto, súbitamente, cuando aún no se había repuesto de la sorpresa que la causara su luz.

Y ahora, meciendo en sus brazos al hijo, fruto de aquel amor desdichado, añora indudablemente a Julián Ramírez, ingrato seductor que se fué á recorrer montes y praderas, gozando tal vez de otros amores, sin recordar con arrepentimiento el dolor que dejó en el rincón de Olimar y sin haber besado la frente de su hijo, que va a crecer privado de su apoyo y de su afecto; tan necesarios ambos para vivir con honra en los tiempos que corrían.

Doña Catalina, celosa de la honra de sus hijas, que Josefa había descuidado en su debilidad, guardaba con llave las puertas de su rancho, teniendo luego la precaución de esconder la llave durante la noche, debajo de su almohada.

Cuando el niño de Josefa tenía recién siete meses, una noche, sin que lo notaran sus hermanas Justa y Antonia, (*) aquélla levantóse cautelosamente; hurtó la llave que guardaba la puerta, y sin miedo a los peligros que la asaltarían a cada paso, fuese de su casa para no volver jamás.

Destino raro debía ser el de Justino Muniz, cuando de manera tan excepcional vino a la vida. Su padre, ya hemos visto cuán misteriosamente pasó por los

---

(*) Debo estos datos a la señora doña Antonia Muniz de Araújo.

pagos que serían cuna de su hijo. Y ahora su madre, que no supo ser fuerte ante las solicitaciones amorosas de su novio, ni ante las solicitaciones imperiosas de la naturaleza, tampoco sabe ser madre, dejándose vencer por una vergüenza que no le permitió valorar cuánto tiene de santo la misión de amamantar a los hijos. Josefa creyó que su persona era, en la casa de sus mayores, presente y perenne muestra de su deshonra. Y atormentada por esta idea injusta de su situación, fuese a buscar en otras comarcas sitio donde esconder su vergüenza, que la hacía indigna, a sus ojos, de vivir en la casa que cobijaba el pecho austero de doña Catalina.

Desamparada en medio de la soledad de los campos, martirizado su cuerpo por los *caraguatás* de los bañados y las ramas de los montes; y martirizado su espíritu, pues era mujer al fin, por los temores que a cada paso la asaltarían, al notar cómo de ella se alejaban las sombras confusas; al oir el lúgubre chirriar de las lechuzas y los mil ruidos que sin poder precisar de dónde vienen oímos en los campos en la noche; así, sin madre, sin esposo y sin hijo, fuese la olvidada Josefa a buscar el olvido de su vergüenza, privándose de ver todos los días, a cada minuto, los lugares en que fué feliz con su presente y forjando su porvenir; privándose de besar a su hijo y de ayudar a su madre y sus hermanas, fuese para siempre a esconder su desventura y su deshonra.

* *

Abandonado por su padre antes de nacer y luego por su madre cuando aún no había aprendido a bal-

bucear el nombre de la que lo llevó en su vientre, así quedó el niño, huérfano por la bohemia vagabunda del uno y la vergüenza torturante del otro, al cuidado de sus tías, que hicieron de él el objeto de sus desvelos y sus mimos.

Sus primeros años pasaban sin mayores acontecimientos de trascendencia. En él recordaban la madre y las hermanas el idilio desventurado de Josefa, que de tan trágica manera terminó.

A medida que se acentuaban los rasgos de su fisonomía, se delineaba con mayor evidencia el parecido que tenían las facciones del niño con las de su padre, a quien no conoció; como si por un hado caprichoso del Destino, la imagen del hombre que no supo ser fiel al amor que jurara junto al oído de la pobre criolla, había de quedar siempre a la vista, en la fisonomía del fruto de su engaño.

Angel Muniz, tío del niño, que ya se había cubierto de gloria en los campos de pelea, ostentando en su chambergo la divisa blanca, y que había rodeado a su nombre de una envidiable aureola de fama, llegábase muy a menudo a la casa paterna, a la que siempre protegió, a besar a su madre ya anciana y a acariciar en sus brazos al gajo del árbol de su raza, que hombre luego, haría perdurar en las tradiciones campesinas el nombre de su casta, inspirando a los trovadores gauchescos, en cuyas canciones palpitan los dolores y los duelos de los días de gestación de nuestra nacionalidad.

Poco tiempo después de la fuga de Josefa, su familia se trasladó por consejo de Angel al Rincón de Suárez, en el departamento de Cerro Largo, posesiones del patricio don Joaquín Suárez.

Cuenta Antonia, que cuando Justino se hizo mayor, su juego predilecto fué el de los muñecos. Pero él, que había nacido en un ambiente de continuas guerras; que en las reuniones de su casa oía mentar con entusiasmo, a las mujeres, las hazañas de coraje de "Angelito"; él, que no podía saber cuánta poesía hay en la mente de los niños de hoy, cuando hacen de sus muñecos de trapo príncipes que luchan por sus amadas y reyes que rigen a su infantil arbitrio la diminuta corte que los rodea; él, que recibió las caricias del sol y del aura campesinos, en brazos que no eran los de sus padres, no podía hacer de sus muñecos otra cosa, quizá porque en su espíritu ya se manifestaran sus tendencias, no podía, pues, hacer de ellos y de los huesos que también de hombres le servían, otra cosa que guerreros. Y así, según la expresión de Antonia, a cada momento las sorprendía con imaginarias grandes batallas en que quedaban tendidos en la playa del corral o la sombra del rancho, los muñecos sin piernas y sin cabeza.

Así se ejercitaba, moviendo a su capricho antojadizo sus mal formados muñecos, el niño que más tarde, por una consecuencia fatal a que lo arrastraron sus nativas condiciones y el ambiente, movería al solo conjuro de su voz, las masas campesinas que estuvieron seguras del triunfo, cuando a su frente destacábase la figura del caudillo. Nacido en cuna blanca, rodeado por gauchos blancos también, admirando sin comprender del todo, las hazañas que su tío, a quien veneraba, realizó frente a los colorados; en ese ambiente enfermo de partidismos y de guerras, fué creciendo en la mente del niño, su amor al partido en que militaron sus mayores; en que con gloria combatía su tío y en el que formaban

anónima y desinteresadamente los paisanos que actuaban en el escenario en que él va a surgir de pronto, destacando su silueta con rasgos personalísimos, ya que nadie como él supo despreciar las lanzas enemigas y conquistar la gloria.

CAPÍTULO III

Muniz y Felisberto "Pelo Largo"

Los años pasaban por Justino Muniz, mientras en él se perfilaban sus formas de hombre y las modalidades de su espíritu.

Porque era una necesidad imperiosa del ambiente, desde pequeño ejercitóse en el dominio del caballo, del lazo y de todos los seres y las cosas que constituían los auxiliares con que el gaucho ganaba el sustento diario. Y del ejercicio continuado de sus aptitudes obtuvo en las labores camperas una maestría que, sin ser única, puesto que todos sus convecinos eran gauchos de *buena ley*, llegó a ser, sin embargo, bastante singular. Así fué cómo su concurso se hizo necesario en las lidias de las hierras y en los apartes de ganados para la venta; uno de los ejercicios más peligrosos entonces, ya que los toros cerriles, innúmeros en esa época, libres entre las sierras y los bañados, disputaban a nuestros mayores su dominio de los campos. Pocos como él sabían sentarse en el potro bravío y dominarlo con la pujanza de su brazo, para tornarlo, al cabo de poco tiempo, en el compañero inseparable de sus correrías y de sus hazañas. Hasta su figura y su indumentaria cooperaban eficazmente a hacer de su persona la del tipo clásico de los gauchos que a fuerza de lanzas y heroísmos nos dieron

independencia. Era de regular estatura; más bien alto que bajo; de cuerpo fornido y bien proporcionadas sus formas; pero donde radicaba lo marcial de su apostura era en su cabeza siempre levantada con altanería instintiva, sin ser por eso desafiante; bien formada, con una frente espaciosa que dejaba al descubierto su chambergo negro usado casi en la nuca. Bajo abundantes cejas, sus ojos poseían una viveza singular, que los tornaban inquietantes para el que en sus momentos de colera frente a él se paraba; su nariz recta y severa, contribuía a darle mayor carácter de firmeza; la boca pequeña, cubierto el labio por un bozo que recién se iniciaba; así era la cabeza del heroe que bien pronto contaría en su frente con una bárbara cicatriz, pregonera de su coraje y de su triunfo logrado sobre un temible adversario.

Vestía con pulcritud y de acuerdo con su carácter y el uso de sus tiempos. El chambergo hacia atras sujetaba su melena, haciendo inútil la vincha que jamas usó; en el cuello, tendido, como pregón del amor a su causa, blanco panuelo de seda que rodeaba su cuello y acariciaba su poncho; chiripá negro, que nunca quiso cambiar por el de "alpala" que vino más tarde, por entender que era modernismo de "*puebleros*"; calzando su pie la rústica y tradicional bota de potro, en la que lucía la espuela con "llorona", he ahí la figura que erguida en su flete, como si para montarlo hubiera nacido, recorrió los campos de la patria, bajo los rayos del sol que broncean el rostro, y los azotes del vendaval y de la lluvia; herida por los zarzales y las espinas de los montes.

Obligado por su escasez de recursos pecuniarios, Justino Muniz tuvo que irse de su casa, a buscar en el tra-

bajo de las estancias el pan y el dinero necesarios para vivir honradamente. Fué por esta causa que empezó a concurrir al Paso de la Arena, paraje situado en el Departamento de Cerro Largo, sobre el arroyo Frayle Muerto y a nueve leguas aproximadamente de la ciudad de Melo.

Su carácter de hombre honrado en sus acciones y sobrio en palabras, le granjeó bien pronto el aprecio de todos cuantos le conocieron. Se diría que se trataba de un hombre aleccionado ya por una existencia de trabajos y amarguras, cuando en verdad sólo era un niño de 16 a 18 años, criado al calor del afecto de la familia. Pero es que este niño, que no tuvo padre que lo llevara de su mano en los primeros pasos por el mundo, supo sacar de su fuerte espíritu el báculo que sirviérale de apoyo, en su trato con los hombres y la naturaleza.

El infinito caudal de heroísmo que atesoraba su pecho permanecía oculto para los que lo trataban y ante su vista, pues aún no se había presentado la ocasión de demostrarlo,—ocasión que desgraciadamente se le brindó de una manera brutal y apremiante, sin que él pusiera de su parte otra cosa que no fuera su amor propio, herido por la insultante actitud de su adversario.

Ocurrió que en unas hierras, en casa de la familia Cardozo,—de la cual forma parte una de las personas que este episodio me narraron,—hallábase Justino Muniz cumpliendo con sus obligaciones, tal cual lo hacían los demás gauchos que en gran número se encontraban en la lidia, así como también el caudillo Felisberto "Pelo Largo", el otro protagonista del trágico episodio.

Felisberto "Pelo Largo" era uno de esos tipos tan comunes en aquella época en que la autoridad policial se desconocía por completo, y en que la audacia y el valor

daban derecho a cometer cuanta tropelía se les ocurriera a los que lograban imponerse por tales condiciones. Cuéntase que Felisberto gozaba de un temible renombre en la comarca. Se decía que más de una vez, su adversario había quedado tendido con feroz puñalada en el vientre, recibida en singular combate, que por defender su honor o su orgullo trabó con el diestro "Pelo Largo". En la pulpería, suspendíanse las payadas, plenas de ingeniosas agudezas, cuando la figura altanera del mandón se divisaba atravesando la enramada. En las reuniones, su opinión dominaba siempre, aún cuando fuese la más absurda. Más de un lazo fué cortado por su cuchillo, siempre amenazante para el que osara contestar al ultraje. Y para poner colmo a sus arbitrariedades, tenía el villano uso de cortar en el cuello del que lo llevaba, todo pañuelo que tuviese alguna lista roja. Y si por acaso llegaban los ofendidos a resistirse, él, gozándose de su triunfo, cortábales la cara para que llevasen "la marca de su hacienda".

Era valiente y por eso se imponía. Su cuerpo y sus fuerzas ayudaban no poco a su audacia.

Ese día, "Pelo Largo" se había dispuesto a hacer de las suyas.

Infirió vejámenes de todas clases a sus compañeros de tarea.

En el ambiente notábase una idea de justa y solapada hostilidad contra su persona. A pesar de eso, él continuaba ultrajando, confiado en su prestigio de matón.

Muniz, por su parte, proseguía alegre sus trabajos, sin que "Pelo Largo" se incomodara en imponerse al mozalbete, que de seguro se habría humillado ante su presencia.

Nadie hubiese supuesto entonces que la tragedia ocurriría entre el caudillo fuerte y veterano en la pelea y el muchacho casi imberbe y sin hazaña alguna en su historia.

Los acontecimientos demostraron lo contrario. En momentos en que una vaca salía de la manguera, Muniz se aprestó para aprisionarla con su lazo. Ya su armada había descripto varios círculos en el aire, cuando Felisberto, con tono imperioso, mandó: "Déjela, que yo la pialo".

Fué escuchado. Muniz recogió su lazo, mientras el otro tiró sin alcanzar la res.

Nadie protestó. Era realmente vergonzoso para un gaucho un fracaso semejante; pero ¿quién se atrevería a hacerlo notar?

En la cintura del caudillo, mostrábase un gran facón, que acallaba todas las críticas.

Sale otra res y se repite la escena anterior; sólo que ahora, "Pelo Largo" añadió la despectiva palabra: "mocoso".

Torna a errar el gaucho, y Muniz, que ya estaba impaciente por tanta audacia, dijo, acompañando sus palabras con un ruido de sus labios, pleno de desprecio y de insulto: "No embromen con el gaucho enlazador".

No fué preciso más. Volvióse, desafiante, Felisberto, y tirándose del caballo, acometió al muchacho que ya lo esperaba a pie, en el suelo.

Fulguraron en el aire un gran facón y un pequeño puñal. Rápido, con la rapidez del rayo, el gran cuchillo cayó sobre la frente de Muniz, abriendo honda herida, por la que manó, súbita, una oleada de sangre.

Trágico fué el momento que siguió al bárbaro golpe. Convulsionáronse los nervios del muchacho; sus ojos,

cegados por la sangre y por la rabia, chispeaban de coraje.

En vez de huir, de un salto abrazó a su enemigo, y con fortísimo abrazo redújolo a la impotencia, mientras su mano, crispada por el dolor y por la cólera, hundía una, y otra y muchas veces, su pequeño puñal en el cuerpo del otro.

¿Qué iba a suceder? Difícil era el saberlo.

En medio del silencio de estupefacción que los rodeaba, ellos continuaban la lucha, mientras se enrojecían de sangre sus ropas, con el ansia febril de matar.

Los gauchos, compadecidos y admirados de tanto heroísmo, apartaron a los luchadores.

Uno, tambaleante por la infinidad de heridas que tenía en su cuerpo, cayó sobre el césped. El otro dió dos pasos: oprimió con un pañuelo la herida de su frente y también, debilitado, se tendió en el campo.

Así, aquellos representantes de una raza brava; sin formulismos antipáticos; sin dilaciones cobardes; sin padrinos oficiosos ni jueces, dirimieron su disputa a la heroica manera como sabían hacerlo nuestros mayores. Y ahora, después de tan cruento luchar, están los dos tendidos sobre el campo, tiñendo con el rojo de su sangre el verde de las gramillas.

Cuando pudo hacerlo, Felisberto montó a caballo y se llegó hasta un manantial que había en el bajo. Con grandes esfuerzos se desmontó y lavó lo mejor que pudo sus heridas. Igual trabajó costóle montar de nuevo.

Después, a paso lento, tambaleándose sobre su flete, fué alejándose del lugar donde con su sangre dejara también por tierra su prestigio de invencible.

Por última vez lo vieron los gauchos aparecer tras la lejana curva de una cuchilla.

En cuanto a Muniz, montó también en su caballo y con una vincha a manera de venda, fuese hasta las casas para hacerse una cura.

Al llegar, Gregoria Cardozo (la que estos detalles me suministra) salióle al encuentro y al notar la palidez de su rostro y la sangre que manaba de su frente, preguntóle, llena de espanto, qué le ocurría.

El, sin dar mayor importancia al suceso, contestó:

—Pelié con "Pelo Largo" y me hizo este rajuñón.

Este fué el único comentario que se le ocurrió al muchacho que acababa de quebrar, de una vez por todas, la fama más bien cimentada de todos los valientes de su pago. Ser héroe era para él, más que una gloria, un deber. Y cumpliendo ese deber que el valor impone a los hombres de su talla, fué que venció a Felisberto. quien desapareció para siempre de la comarca, creyéndose que fué a morir al Durazno.

Es justicia reconocer el temple del alma de aquel gaucho provocador.

No se trataba de un audaz que todo lo hiciera, seguro de la cobardía de los otros. No; a pesar de sus defectos era un valiente.

Es preciso vivir un instante con el pensamiento, la vida de aquellas épocas, para comprender a las almas como la de Felisberto.

Era malo; pero detrás de su maldad, había un fondo de vergüenza. Prueba de ello es que, al caer vencido por primera vez, no quiso que en los pagos donde campeara ayer por sus respetos, se viera mañana su silueta de vencido.

Desde este momento, ¿quién osará medirse con Justino Muniz?

Nadie. Bien elocuentemente probó su valor y su fuerza, venciendo al más temible de los valientes.

Ya se ha cubierto de gloria. Y para que todos lo sepan, Felisberto "Pelo Largo" dejó en su frente, no sólo la "marca de su hacienda", sino también el signo de su derrota.

*
* *

El doctor Luis Alberto de Herrera, en su libro "Por la Patria", narra de esta manera la primera hazaña de Muniz:

"Conozco un episodio de ese período de su existencia que lo pinta y caracteriza. El orden legal yacía por tierra en 1867; la autoridad engreída del vencedor, pesaba fuerte sobre todas las jurisdicciones del país. Invertidos los colores, el toque de silencio fué cumplido. En determinado paraje de Cerro Largo se realizaban por esa fecha unas carreras. Decir carreras en campaña y decir reunión estruendosa del vecindario de veinte leguas a la redonda, es cosa idéntica. Allí cayeron unos y otros, ansiosos de ganarse los pesos que cabalgaban amontonados entonces en aquellas onzas de oro famosas. Un jefe adversario muy mentado, empezó a hacer en la reunión de las suyas, buscando pretexto para lucir el largo alcance de sus caprichos señoriales. En la cancha donde se jugaba a la taba encontró amplio campo para sus compadrazgos. En ese sitio y entre los mirones estaba Justino Muniz, seguramente sin un medio en el bolsillo, pues el cuero de carnero con que cubría sus recias espaldas por encima de la camiseta, denunciaba una evidente pobreza. Como tropezara su visual con la de aquel gauchito de apariencia tan infeliz, dijo, dirigiéndose a él, nuestro hombre:

—¿Y esa oveja tan ruin, qué hace en esta majada?

—¡Ruin!...—contestó el aludido.—¡Más ruin será su casta; que, por lo demás, no crea que de cualquier modo me va a esquilar.

Con respuesta tan atrevida ya estaba hecho el zafarrancho. Justino, armado con un cuchillo con mango de madera tosca, atropelló sin perder serenidad a su ofensor y fué tanto su empuje y su maestría que pronto lo puso en fuga, dejándole su marca en la cara. Tomada la res por las astas, nada que no fuera violencia había que hacer. El motivo del alzamiento airado acababa de surgir y el protagonista en aquella escena jamás pensó en esquivar las responsabilidades compradas a caro precio. Roto el convencionalismo de una pasividad intolerable, Justino Muniz, que pusiera en la ocasión exhibida pedestal de imprudente guapeza a su prestigio personal, no se detuvo en la senda espinosa a que lo impulsaba un destino lleno de incertidumbres sangrientas, y fué en adelante cabecilla de acaloradas resistencias".

. . . . . .

A pesar de que el episodio en sí mismo, no reviste mayor importancia y de que la narración del doctor Herrera no lleva en sí, a mi entender, la idea de tergiversar los hechos para desfigurar la personalidad del caudillo, es necesario esclarecer la verdad de los hechos, ya que de la apreciación justa de los detalles se puede juzgar equitativamente su personalidad.

Es equivocada la fecha en que dice el doctor Herrera haber ocurrido el hecho. En 1867 Muniz contaba ya 29 años, habiendo en esa fecha militado en varias revoluciones; y la verdad es que, cuando luchó con "Pelo Largo", recién contaba 20 años a lo sumo, siendo este episodio sangriento el primero en que participó.

No se trataba, asimismo, de un jefe adversario, sino que, por el contrario, "Pelo Largo" era un caudillejo blanco. Recuérdese el detalle que dejo apuntado con anterioridad, de su uso de cortar a los gauchos los pañuelos que tuvieran alguna lista roja. Tampoco el escenario es el que describe el autor citado; pues, según mis informes, que reputo de una veracidad incontestable, por razones que aduciré más adelante, el hecho ocurrió en unas hierras.

Pero lo que tengo verdadero interés en desvirtuar, es la afirmación de que Muniz probaba su evidente pobreza con el cuero que usaba para cubrir sus desnudeces. Admitir eso, sería admitir que Justino Muniz era uno de esos hombres que, cuando la pobreza no los deshonra, se hallan expuestos, por la escasez absoluta de recursos, a un sinnúmero de vejámenes por parte de los que pueden dispensar favores. Sería admitir también, que Justino Muniz era un pobre paisanito abofeteado por el Destino, que se complacía en arrinconarlo en las cocinas y las reuniones camperas. Y nada es más contrario a la verdad.

Justino Muniz, a pesar de la humildad de su condición, era respetado por todos cuantos lo conocían.

Doña Gregoria Cardozo, perteneciente a una de las familias más ricas del pago, decíame que siempre, desde sus primeros años, Muniz era considerado, más que como un peón, como un amigo de la casa. Prueba de ello es que, terminada su labor, jamás iba a los fogones en que se reunían sus compañeros; sino que, y obligado por la solicitud de los dueños de casa, se sentaba a la mesa de sus patrones.

He descripto su indumentaria de acuerdo con las palabras de Gregoria Cardozo y de Antonia Muniz de

Araújo. Decíame la primera de las señoras nombradas que siempre, desde el sombrero hasta sus espuelas y el lazo que pendía de los tientos de su recado, impresionaba por la pulcritud y la sencillez de su elegancia.

Nótese cuán grande es la diferencia que existe entre el gauchito que nos pinta el autor de "Por la Patria" y el muchachón que, interpretando las palabras de quienes le conocieron, he pretendido describir. "Jamás el cuerpo de Muniz fué fregón donde otros gauchos se limpiaran las manos". (*)

En cuanto al diálogo que precedió a la lucha, tampoco es exacto.

Compárese el hecho que el doctor Herrera pretende haya sido el motivo de la reyerta y el que aquí inserto, y se verá que el que aduzco resulta hasta más natural.

Es cierto que el episodio, tal como lo relata el autor de "Por la Patria", resulta más dramático; pero es cierto también que esa dramaticidad se logra con desmedro de la verdad histórica.

En lo que respecta a la fuga del adversario, es justicia declarar que no ocurrió así, tan simplemente, como lo pretende el doctor Herrera. Es seguro, y esto lo creía el propio Muniz—que este episodio me narró—que "Pelo Largo" se dejaría matar a puñaladas antes de huir. Se fué, sí; pero no huyendo del muchachón heroico, sino de la vergüenza que sentiría al presentarse vencido ante la vista de sus paisanos.

Por último, me resta decir que después de tan singular hazaña, Justino continuó siendo el mismo muchacho sobrio en palabras y franco en sus relaciones, y no cabecilla de acaloradas disputas, como nos lo presenta el autor antes citado.

(*) Palabras de doña Gregoria Cardozo.

Doña Gregoria Cardozo, interrogada acerca de este episodio, me contestó: "Yo nunca oí decir que el General tuviera alguna otra pelea mano a mano".

He citado por repetidas veces a doña Antonia Muniz de Araújo y a doña Gregoria Cardozo. Porque no se crea que para asegurar la veracidad de mis narraciones, he imaginado testigos que nunca han existido, presentaré sus vidas a grandes rasgos. De Antonia Muniz de Araújo ya he relatado algo sobre su vida, ligada íntimamente a la de su sobrino. Hoy vive con modestia en Tacuarí, a pocas leguas de los cerros de Guazú-Nambí. En enero del año 1918 trasladéme hasta su casa, donde con solicitud cariñosa me suministró los preciosos datos que me han servido para esta historia.

Actualmente cuenta cien años, y a pesar de eso, su cuerpo aún se conserva erguido y goza de una salud envidiable; tanto, que aún hace trayectos de diez y doce leguas por día, en un carrito que le sirve, como a nuestras abuelas, de medio de locomoción.

Gregoria Cardozo, descendiente de una familia adinerada de Cerro Largo, vive actualmente en el paraje llamado Bañado de Medina, a unas seis leguas de la ciudad de Melo.

En la época en que la visité (diciembre de 1917) contaba más de ochenta años y aún conservaba una gran agilidad; tanto que aún baila como en sus mejores días y viaja a caballo haciendo grandes distancias, sin notar algún cansancio. Su memoria se conserva con toda su lucidez. Y cuando me narraba el último episodio que he descripto, su diminuta figura se agitaba en la silla, mientras su graciosa boca sonreía, cuando entre triste y regocijada hacía memoria de sus mocedades.

He ahí los testigos que con frecuencia he citado.

CAPÍTULO IV

Feliciano "El Callao" y Perico "El Manco"

En los tiempos en que Muniz empezó a concurrir al Paso de la Arena, vivía allí, entre los gauchos más respetados por su coraje y su honradez, Feliciano, a quien los conocidos apodaban "El Callao".

La historia de este ejemplar de nuestra raza, estaba llena de acontecimientos en los que, con gran valor, había puesto de relieve sus condiciones de soldado.

Descendía de un comerciante español, de antiguo avecindado en el Paso de la Arena y a quien los gauchos llamaban "El Tigre". "El Tigre"; así entendieron los paisanos que debía llamarse el extranjero que con su coraje les había sorprendido, haciéndoles ver en sus hazañas parecido notable con las del fiero animal, terror de los ganados cuando no de los hombres.

Y en verdad que bien digno era "El Tigre" de su apodo. En un medio para él tan extraño, había logrado hacerse respetar, teniendo que poner a prueba más de una vez, su temple de hombre de coraje. Como un rasgo característico de este hombre que atravesó los mares, después de abandonar la aldea donde viviera en geórgica tranquilidad, para venir a probar fortuna entre las breñas y las sierras de la República Oriental, informaré

a mis lectores del procedimiento que usaba para probar la resistencia de los lazos que se le ofrecían para su compra.

Antes de cerrar el trato, ensillaba su flete y ajustando la presilla del lazo a la cincha de su caballo y después de sujetar el otro extremo de aquél en un palenque, picaba con sus espuelas al animal que, aguijoneado, emprendía rápida carrera, tan durable como lo permitía la longitud del lazo que, al llegar a su término, o reventaba, o, cimbrándose, detenía de pronto al caballo que en su brinco obligado arrojaba por tierra y lejos de sí al intrépido jinete. Si el lazo resistía la prueba, "El Tigre" lo adquiría, seguro de su bondad.

Júzguese por este significativo detalle, el carácter del raro pulpero de quien descendía Feliciano "El Callao".

El hijo heredó su valentía, que resultaba más simpática al hallarse siempre oculta tras una modestia excesiva.

Los gauchos contaban que en los combates siempre la figura arrogante de Feliciano se destacaba en los lugares de mayor peligro. El mismo, sin ver el elogio que se tributaba elogiando a su jefe, contábale al vecino don Ramón Mundo este episodio: Era en una de las tantas guerras que asolaron a nuestro país. El entonces teniente Basilio Muñoz, abuelo del célebre guerrillero del mismo nombre, huía perseguido de cerca por una partida adversaria. Ya se aburría el modesto jefe de tanto escapar del enemigo más numeroso, cuando una tarde en que los contrarios empezaban a surgir por detrás de una cuchilla, mandó sacar el freno a los caballos y echar pie a tierra. Sorprendidos los otros por tanta audacia se detuvieron a su vez, sin animarse a atacar. En vano esperaron los perseguidos la acometida

adversaria; aquéllos cambiaron de rumbo, dejando tranquilos a los que por su valor y la inaudita audacia de su jefe se habían librado de un desastre seguro.

Feliciano "El Callao" terminaba su narración con estas palabras que muestran elocuentemente su modestia y la admiración por su héroe: "Por Dios, Mundo; habrá hombres guapos... pero como el teniente Basilio..."

Y aquí truncaba su comentario, seguro de que no necesitaba agregar palabras, para dar idea del coraje del teniente Basilio.

A pesar de sus notorias condiciones de valiente, Feliciano nunca logró ser caudillo. Y es que en su modestia, jamás pensó en dirigir multitudes; bastábale con ser el primero en entrar en batalla y el último en retirarse, para lucir su coraje indómito, sin que lo alucinara la gloria del caudillo, a aquel gaucho a quien sus compañeros llamaron, con razón: Feliciano "El Callao".

Conozco una anécdota de este hombre, en que se manifiesta su espíritu singular. Ocurrió en casa de unos pardos que habitaban en las costas del Tacuarí. Los pardos Amaro eran tipos singulares en la comarca, gracias a sus notorias cualidades de honradez y cobardía.

Habían llegado al lugar, alistados en una división brasilera que hizo sus correrías por aquellas tierras del este.

Cansados de la vida andariega que arrastraban y temerosos de dejar en cualquier entrevero sus maltrechas humanidades, desertaron de la columna al entrar al Departamento de Cerro Largo.

Sin hogar y sin amigos, marido y mujer se internaron en nuestros campos, hasta llegar a la costa del Tacuarí. Les gustó el pago y se quedaron.

Dios no había querido darles hijo. Ya llevaban más de treinta años juntos y aún esperaban el "gurí" que alegrara la casa. Pero, en cambio, tenían los dos mulatos un genio alegre y retozón, que los hacía directores de la charla, tanto en los fogones donde se sentaba Jacinto después del rodeo, como en el rancho, donde las manos negras de Raimunda se hundían en la masa blanca que iba a ser pan. Y las noticias sobre las majadas y el estado de domesticidad de tal o cual redomón, alternaban caprichosamente con los cuentos de aparecidos o relatos de vecinos ya muertos, que fueron embrujados por la vieja que vivía del otro lado del Cerro Largo.

Los pardos eran, por su carácter servicial y por la idiosincrasia misma de nuestros antiguos paisanos, tan amigos de Juan, el peoncito que arrastraba agua en la estancia de don Ramón, como del propio don Ramón, antiguo ciudadano que se había convertido en "un criollazo de lay".

Fué por eso que ninguno de los que esperaban en aquel atardecer de otoño, se asombró al ver llegar en la incómoda jardinera a don Casimiro con sus barbas muy luengas y sus cinco hijas, todas morochas y no muy mal parecidas.

A medida que la noche se iba extendiendo sobre las lomas, iban llegando al rancho los vecinos del paraje; luciendo los hombres su chiripá de alpala (muy de moda en ese entonces) y las prendas domingueras, y haciendo viborear su flete, el mejor de la tropilla; y las mujeres, con sus peinados de trenzas muy tirantes y sus vestidos de colores fuertes, constituían el tema de la conversación de los que abajo de los paraísos esperaban con tímido recelo a que empezara la fiesta.

Los dueños de casa no cesaban un momento de tributar atenciones a sus huéspedes, yendo desde el rancho que estaba arreglado para sala de baile, hasta la cocina donde se doraban los asados.

Y no eran sin razón tales empeños; pues aquel día estaban en su rancho, Don Zenón y su familia, hacendado antiguo y bien mirado en la comarca por sus condiciones de hombre servicial; Don Casimiro, Don Teodoro, estanciero que ya frisaba en los sesenta años y de quien se contaba en los fogones más de una hazaña de bravura, y, en fin, todos los propietarios de aquellos pagos.

Entre la mozada, estaban Garcilaso, gaucho compadre que más de una vez tuvo asuntos con la policía por cuestiones de pendencia; los Cuenca, trabajadores y embusteros y, en fin, los hijos de los hacendados y sus peones, pues era una de las bellezas de nuestros tiempos gauchos, la democracia amplia y protectora en que se hallaban confundidos los que llevaban el cinto rebosante de onzas de oro y los estribos de plata brasilera, con los que sólo cargaban en la cintura el filoso cuchillo y cuyas "garras" eran hechas y sobadas por ellos mismos.

Había ya empezado la reunión, cuando el ladrido de los perros anunció que alguien se detenía debajo de los paraísos.

Los gauchos que tomaban mate en la cocina vieron bajarse del caballo al renombrado "Perico el Manco".

Paisano poseedor de una regular extensión de campo en las cordilleras de Cerro Largo, era "Perico el Manco" altanero y decidor y acostumbrado, según decía, a dejar en la cara del contrario "la marca de su hacienda".

Sin detenerse mucho para saludar a sus amigos, en-

tró el gaucho temido en la sala donde él pensaba encontrar a la prenda por la que, mientras gemía su guitarra, él entonaba esas décimas preñadas de tristezas que recorren nuestros campos, hallando siempre atento auditorio.

Empezó el baile, en medio del ruido de las lloronas y los rasgueos de las guitarras.

Las chinas, con sus vestidos almidonados, giraban ligeras sobre el piso humedecido para que no levantara polvo, llevadas por los gauchos, que allí hacían gala de sus cualidades de bailarines, como en las payadas hacían de su ingenio y en las peleas de su coraje.

De pronto, al pasar Jacinto Amaro junto a "Perico el Manco", tuvo la mala suerte de darle un empellón.

De nada valieron las disculpas, ni la intervención de los presentes. "Perico el Manco" entendió que la oportunidad era excelente para deslumbrar a las chinas con su predominio sobre los otros gauchos y poniendo en acción su pensamiento, pisó fuera del rancho y sacó a relucir su cuchillo de plata brasilera, mientras lanzaba a los que estaban dentro este audaz desafío:

—Van saliendo di uno a uno, maulas, que los voy a enseñar.

Nadie se movió. Abrióse ancho círculo frente al provocador temido, sin que uno solo se atreviera a contestar el reto.

De pronto, desde un rincón del rancho donde estaba solo con su pareja, se vió levantarse a Feliciano "El Callao", y avanzar sereno, echándose hacia atrás el poncho, para sacar el puñal.

Todas las miradas se fijaron en el gaucho humilde que osaba salir en defensa del concurso.

Cuando llegaba al umbral de la puerta, "Perico el

Manco'' conoció sus intenciones y temeroso de medirse con aquel que nunca hacía alarde de su valor, porque estaba seguro de él, dijo, como terminando una idea:

—Con los portugueses que hablo... nomás...

Los únicos ''portugueses'' que había en la reunión, eran los pardos Amaro.

Todos miraron sorprendidos a ''Perico el Manco'', que ya se alejaba en busca de su caballo para marcharse, mientras Feliciano volvía, silencioso, al lado de su pareja.

Esta anécdota, que he oído de boca de personas antiguas, pinta el carácter de Feliciano '''El Callao'' y del famoso estanciero que más tarde llegó a ser amigo íntimo de Justino Muniz.

En cuanto a Feliciano, cuando en sus pagos apareció la figura de aquel muchachón atrevido y ávido de empresas guerreras, el gaucho veterano en el conocimiento de los hombres comprendió que un destino brillante le esperaba a aquel cachorro venido de otros pagos, a dominar en los suyos. Y fué por eso que, sumiso al mandato de su suerte y fascinado por las condiciones del muchacho, ensilló, para seguirlo, su flete de pelea, seguro de que bien digno de sus soldados era el jefe que a su frente se ponía.

CAPÍTULO V

Garcilaso

Como un detalle curioso, que nos facilitará la justa comprensión de los tiempos en que Justino Muniz empezó a levantar, con su maestría en las labores camperas y su valor, su gran figura de caudillo, insertaré el relato de un incidente que a pesar de su aspecto cómico, encierra en sí una demostración palmaria de lo mucho que costaba el mantener por largo tiempo fama de valiente, al gaucho que, por un azar de su suerte, pudo aparentar a primera vista coraje, lo que en verdad no era otra cosa que pedantesca impostura.

Ya hemos visto en páginas anteriores, cómo Feliciano "El Callao", con sólo su fuerte disposición de ánimo, echó por tierra la larga fama de "Perico el Manco".

Ahora será Muniz quien, con no menos arrojo y poniendo en práctica una broma harto insultante, va también a eclipsar el renombre de otro simulador de coraje: Garcilaso.

En ciertas carreras de ese entonces en el Paso de la Arena, hallábanse reunidos los gauchos de la comarca, en conjunto animado, en el cual destacábanse como distintas partes de un mismo escenario: los "trillos", donde después de mucho esperar salía por fin la largada de

los parejeros; las canchas de taba en las que los paisanos perdían sus pesos ganados en varios meses de trabajo y las carpas en las cuales las "quitanderas" y los payadores hacían las delicias del numeroso concurso que alternaba alegremente el cimarrón con la caña o la ginebra.

En una de esas carpas, Garcilaso, mentado por sus famosas condiciones de hombre valiente, payaba con un paisanito que mal se veía para contestar a las punzantes bromas dirigidas por su contrincante con una facilidad que mucho sorprendía y regocijaba al auditorio. Y lo retruécamos y las frases con sentido picaresco y burlón, iban de uno a otro, entre el aplauso y las risas consagratorias del concurso.

Agotada la ingeniosa contienda, los gauchos se tendieron agrupados sobre el césped y en derredor de los fogones.

Allí se renovaron las bromas, siendo siempre Garcilaso el que mejor parte llevaba, ya que su ingenio permitíale barajar en el aire las gauchescas ironías de sus adversarios y contestarlas con airada y triunfante viveza.

Muniz, que se hallaba en el grupo y que cultivaba amistad bastante íntima con Garcilaso, propuso, entre general asentimiento, dar una broma al ingenioso gaucho, que de seguro habría de dejarlo sin respuesta, si tardaba su cuchillo demasiado en salir amenazante de la vaina.

Cuando Garcilaso se tendió sobre las "garras" para descansar unas horas, Muniz, que espiaba el momento en que aquél se durmiera, lo aprovechó cuando fué llegado, para cortarle con su cuchillo la melena; melena singular aún allí mismo, por llegarle hasta unos cinco centímetros por debajo del hombro.

Júzguese cuánta sería la sorpresa de los presentes, al ver cómo se chanceaba el muchachón de veinte años, con quien lo sobrepasaba en edad y también, según la fama, en valentía.

Así que la víctima se despertó, echó mano a su abundante y exótica cabellera, siendo indescriptible su asombro y su indignación, al presentirse objeto de tan desusada como insultante broma.

Levantóse cuchillo en mano y comenzó individual interrogatorio para descubrir al autor de la ofensa.

Ya se aburría nuestro hombre de tanto preguntar en vano, cuando tropezó de manos a boca con el gauchito tímido, a quien redujo a silencio en la reciente justa de ingenio.

Detenerlo y preguntarle con seguridad desafiante si él era quién se atrevía a poner a prueba su paciencia y su coraje, todo pasó en un minuto.

Aturdido el otro por tan rara pregunta, titubea un instante, que es el preciso para que se enardezca la cólera de Garcilaso.

Un insulto seguía al otro con una sucesión tan aplastante para el infeliz, que temeroso, no acertaba a demostrar su inocencia.

Muniz, que presenciaba la escena apartado del lugar unos pasos, llegóse con soltura jovial y encarándose con el ofendido, díjole:

—Fuí yo quien por broma te raboné la melena.

Garcilaso permaneció un instante en duda y luego, como organizando las ideas que se agolpaban en su cerebro, contestó afectuosamente:

—No; si yo sé que no fuiste vos... yo sé que fué este maula... Decime la verdad, Justino, que lo voy a matar a puñaladas.

Era el principio de su derrota.

En vano fué que Muniz le arrojara al rostro los largos mechones de su melena. Garcilaso no creía; no quería entender. Y murmurando por lo bajo, fuese en busca del autor de la chanza, que no era otro sino aquel que privándolo con el puñal de sus largos cabellos, lo había privado también, con su audacia, de su largo renombre de valiente.

Así se imponía Muniz en un ambiente donde el valor representaba tan esencialísimo papel. Unas veces, apuñaleando en defensa de su dignidad al gaucho más temido de la comarca; otra, poniendo, sin pensarlo, en ridículo el simulado valor de un farsante y generalmente conquistando afectos que jamás le abandonaron.

El destino empezaba a vislumbrarse en este hombre, que privado del cariño de sus padres en su primera edad, va, por la magia de su valentía, a rodearse de amigos y a conducir multitudes que por establecer predominios de partidos políticos en el Poder, asolaron los campos de la Patria, dejando en el alma de las madres amargos recuerdos de sus hijos muertos en las cuchillas donde las lanzas, destrozando entrañas, ganaron para el vencedor la honra de campar en el sitio de pelea.

Justino Muniz desde muy joven conquistó el aprecio de cuantos lo trataron.

¡Cuán distinta es la verdadera personalidad del caudillo, de la que nos pintan los que pretenden hacernos creer que sólo se trataba de un gaucho reacio a todo lo que significara una expansión franca y generosa del espíritu! ¡Como si por haber nacido en los campos de Olimar y haber dominado a los potros con la fuerza de su brazo y conquistado a los hombres con la franqueza de su carácter, fuera una consecuencia fatal de su vida

el ser enemigo del contacto social y de las satisfacciones que nacen de un afecto hondo para sus semejantes!

Se ha llamado, con un desprecio digno de acre censura, "guaridas" al pago que vió nacer a este hombre, encarnación genuina del alma gaucha y quizá el último caudillo de nuestra tierra.

¿Por qué "guaridas de Olimar"? ¿Acaso, toda la Patria no tiene también arroyos en los que el disco plateado de la luna se refleja, en esas noches inmensamente bellas y azules, en las que hasta las estrellas parece que tuvieran conciencia de su luminosidad?

¿Acaso no tiene, también, esta tierra, montes como los del Olimar, que graciosos cruzan llanos, se ocultan detrás de las cuchillas, siempre alegres, pues en ellos hacen nidos los sabiás y las calandrias?

¿No son de nuestra Patria los bañados en los cuales la naturaleza parece hostil a los hombres, por las espadañas que en ellos se crían y los animales que los habitan?

CAPÍTULO VI

Las Rengas

La política nacional atravesaba un crítico período de incertidumbres, cuando en el año 1853 los generales Lavalleja y Rivera y el coronel Flores constituyeron su gobierno de Triunvirato.

Muertos los dos grandes caudillos de la Independencia, el poder quedó en manos de Flores.

El Partido Blanco, que entonces se vió en la llanura, trató de resistir por la fuerza armada al gobierno de su adversario. Y fué a buscar en la campaña el contingente de hombres esforzados que hubiera menester, para derrocar al gobierno de Flores.

El grito de guerra recorrió con triste presteza los campos de la Patria, despertando en el corazón de los gauchos sus dormidos amores por las bohemias correrías. Y de todos los ámbitos se vió surgir a los centauros cuyas manos, callosas aún por el trabajo de la siembra, blandían temibles las olvidadas lanzas y en cuyos chambergos ostentábase, como airado pregón de su amor partidario, la divisa blanca o la divisa roja.

Otra vez las vagabundas legiones de guerreros recorrerán las praderas en busca de adversarios para disputarles la victoria; victoria que sólo aprovecharán los

políticos que en la ciudad tejen, las más de las veces, las tristes convulsiones que asolan al País, en bien de sus intereses personales.

En Cerro Largo, Angel Muniz respondió al anuncio de guerra, juntando en torno suyo a sus adictos y levantando la bandera revolucionaria.

Pocos eran los que le seguían.

Gauchos que no portaban otras armas que la lanza y el facón; sin saber a punto fijo por qué marchaban al triunfo o a la muerte, engrosaron las filas del caudillo; porque para eso eran sus soldados: para acompañarlo cuando él tuviera necesidad de sus esfuerzos. Para él quedaba el averiguar la justicia de la causa; a ellos sólo correspondía formar legión a su alrededor, para ir por él a combatir en los bárbaros entreveros, de los cuales saldrían cuando no muertos, con la pobre recompensa de un grado militar, que en la realidad de la vida poco importaba.

Quedó desierto de hombres el pago. Sólo los cobardes o los ladrones buscaron refugio en los montes, mientras la columna se encontraba en la comarca.

Pocos días después ya se habían perdido las huellas de los héroes.

Quizá fueran a esa hora, vencidos o vencedores, en tanto que sus esposas o sus novias apuraban día a día, la copa de la amargura que la ausencia colma.

Quedaba, sin embargo, en el pago uno a quien el jefe no quiso conducir a la pelea.

Era Justino. Su tío entendió, aconsejado por el cariño, que su puesto estaba en las filas de los que en el trabajo luchan con la vida para alimentar a los suyos. Y en vez de entregarle una lanza, lo dejó al cuidado de su abuela.

Inútil precaución. Justino, que había nacido en un ambiente de guerras; que vió al propio Angel montar su caballo de campañas para cubrirse de gloria, no podría permanecer al calor de las enaguas, sin mengua de sus nativas inclinaciones y de sus ardientes deseos.

¿Cómo podría quedar así, solo en el pago, del cual partieron para la guerra sus compañeros de tareas, sin que su valor solicitara nuevo empleo en empresas como aquellas, con las que siempre soñó?

¿Cómo podría el vencedor de "Pelo Largo" vegetar cobardemente en su casa, mientras sus aparceros iban por esos campos en busca de adversarios y aventuras?

Y luego, cuando terminada la contienda, regresaran al pago sus amigos, ¿con cuánta vergüenza de su inacción no escucharía junto a los fogones el relato que ellos harían de sus trabajos y sus peligros?

No; la nerviosidad de la raza aguijoneaba su espíritu, induciéndole a marchar, él también, a los campos de pelea.

Y dejando a un lado sus afectos, sin pensar en su impericia que su valor superaba, ensilló cierta madrugada su caballo y fuese, embriagado de gozo, en busca de sus primeros triunfos.

Ahora, trasponiendo las cuchillas de su heredad, tras las cuales quedó el rancho que cobija a sus mayores, firme el pie en el estribo y la lanza en la mano; adornado su sombrero con la divisa blanca, va, al galope de su flete, en busca de la legión, mientras se apartan de él los ganados y los ñanduces, y vuelan sobre su cabeza los teru terus.

Así fué cómo entró Justino Muniz por el camino de la Gloria.

Muy pronto se incorporó el voluntario guerrero a la

gente de su tío, pasando a formar parte, en calidad de soldado, del escuadrón del capitán Duro.

Ya está entre los suyos. Como ellos, él también va a probar su valor, demostrando que quien fué capaz de atreverse con Felisberto "Pelo Largo", es también capaz de ser héroe en un entrevero.

Tal vez, mientras marchaba la columna, pensara su tío en el muchachón valiente, venido al mundo para sucederle en el corazón de los paisanos y en los puestos de peligro.

La división marchaba rumbos al Departamento de Durazno, buscando la incorporación de las demás fuerzas amigas que estaban en armas.

No se tenía noticia alguna del enemigo, cuando al llegar al arroyito de "Las Rengas", afluente del Cordobés, se encontraron de manos a boca con una fuerte columna colorada.

A pesar de que la inferioridad del número y de las armas aconsejaba retirarse, Angel Muniz no quiso sufrir esa vergüenza. En el combate estaba la esperanza de la victoria y cuando no, una muerte digna; en la retirada, la huída indecorosa.

Aprestáronse de uno y otro lado los jinetes.

Firme la rienda en una mano y en la otra la lanza; casi acostados sobre el lomo del caballo, para cortar mejor el viento y presentar menor blanco; sujeta la melena por el sombrero o por la vincha, así esperan los guerreros la voz de carga, a cuyo conjuro irán a estrellarse contra los adversarios en un ciego arrebato de heroísmo, que les dará la victoria o la muerte.

Así fué el combate de "Las Rengas"; a la clásica manera luchóse cuerpo a cuerpo, hasta que el triunfo llegó para los colorados y la derrota completa para los blancos.

Al triunfo siguió la persecución tenaz, que desbandó al pequeño grupo de insurrectos. Tan completo fué aquél, que a los cuatro días del combate llegaba Angel Muniz a su casa, a pie y destrozados los vestidos después de haber caminado por entre los montes, perseguido de cerca por sus vencedores.

Justino volvió con un pequeño grupo de soldados, sus iguales hasta ayer, pero bajo sus órdenes desde el día del combate en que lo hicieron alférez.

"Las Rengas" fué el primer hecho de armas que presenciaron sus ojos; allí recibió el bautismo de fuego, desafiando a la muerte.

Ya conoce la embriaguez de la pelea; ya su lanza se tiñó de rojo; es la primera escena de su vida de soldado; es la primera piedra que coloca en su pedestal de guerrero.

Poco valen para él los sinsabores de la derrota. No es en el triunfo donde están, precisamente, los encantos que la guerra ofrece, tentadora, a su imaginación de veinte años: es en las escenas del campamento en las que, junto al fogón y mientras la luna juguetea, caprichosa, entre las nubes, se oyen las narraciones de los veteranos de sus pasadas proezas y aventuras. Es en la inquietud constante del acecho, cuando al atravesar los campos se van siguiendo las huellas del enemigo cercano. Y es en el instante supremo de la carga, cuando se prueba la lanza que muy pronto ha de desgarrar entrañas.

Muniz ya gozó de esas belleza. Y es por eso que, a pesar de su primera derrota, mientras su lanza yace inactiva en un rincón de su alcoba, él sueña hoy, en la tranquilidad de sus labores campesinas, con pasadas correrías y futuras aventuras.

CAPÍTULO VII

Quinteros

DESGRACIADAMENTE, no pasaron muchos años de tranquilidad para el país. Gracias al *Pacto de la Unión*, el señor Gabriel Antonio Pereira había ocupado la primera magistratura de la República.

El Partido Colorado, alejado del poder, inició una seria oposición al Gobierno; pero como no fueran eficaces sus ataques en la Prensa y en el Parlamento, se levantó en armas a fines del año 1857.

Fracasado su intento de apoderarse de la capital, fué a la campaña en busca de mayores elementos y de escenarios más propicios para sus planes.

Muniz, que ya se encontraba alistado en las filas del Partido Blanco, tornó a ensillar su flete de campañas para ir en busca de su incorporación al ejército del General Medina, jefe de las fuerzas gubernistas encargadas de combatir a la Revolución.

Así, la triste condición del medio en que se criaba arrancó de nuevo al paisano del seno de su familia y de sus trabajos, para llevarlo a las cuchillas donde se vive en contacto perenne con la muerte que, pasando a su lado, va a dejar rígida para siempre a la mano del campesino que, ayer no más, hacía fecunda la tierra rompiéndola con su arado.

No durmió mucho tiempo sus sueños de gloria, la lanza que conquistó en "Las Rengas" honrosa nombradia para el brazo que la manejó.

Otra vez, al despertar de una mañana plácida de estío; a la hora en que la cerrazón borra las curvas de las cuchillas, el caballo sentirá sobre sus lomos el peso de una carga desusada, mientras el jinete apura el último amargo antes de partir para un viaje por pagos desconocidos, a correr la misma suerte jinete y cabalgadura, ya que el cansancio agotará por igual sus fuerzas y a ambos acechará la muerte en los momentos de la lucha.

La tierra tornará a dormir sus sueños de esterilidad, porque el labriego ya no esparcirá en el surco la semilla, sino que ansioso de luchas, dejará sobre su verde alfombra, como huella de su paso, despojos de hombres y animales, blanqueando diseminados en las cuchillas.

Muniz, que era hijo de tal ambiente, no pudo sustraerse a la influencia que éste ejercía sobre su carácter y marchó, también él, en busca del ejército, al que encontró pocos días antes del triste episodio de Quinteros.

Las tropas revolucionarias bajo el mando supremo del general Díaz, se alejaban hacia el norte de la República, perseguidas de cerca por los gubernistas, cuando al llegar al paso de Quinteros en el Río Negro, se vieron rodeados por los adversarios.

La Historia, condenando a los culpables, narra el crimen de Quinteros.

Allí cayeron, indefensos, bajo las balas del vencedor, caudillos cuya sola enunciación de sus nombres era una seguridad de victoria para los paisanos que junto a ellos fueron también ajusticiados.

Referíame Muniz dos episodios que dan idea de todo

lo doloroso que fué el hecho consumado en la tarde del 1.° de febrero de 1858:

Entre los prisioneros prontos para sufrir la pena capital, encontrábase uno que con lágrimas en los ojos imploraba compasión de sus verdugos.

Hizósele saber que la orden era terminante; no debía haber cuartel para el vencido. Esta contestación tan inalterable como desesperante, produjo tal conmoción en el ánimo de la víctima que, sin darse cuenta de sus acciones, saltó a la grupa de un jinete y abrazóse a éste con todas sus fuerzas, como si allí estuviera su salvación.

En vano fueron sus desesperados esfuerzos. Sus verdugos, después de haber intentado separarlo del otro, arrancaron al grupo del caballo, y terminaron con la vida de aquel infeliz, con un trabucazo que le abrió honda herida en la sien.

Así, como a una bestia acorralada y a la que apremia ultimar cuanto antes, así se quitó la vida a un hermano, responsable del único delito de ser gaucho y por lo mismo de seguir, sin saber por qué, a sus caudillos de siempre.

Por desgracia, en aquel día tristemente memorable, las escenas de sangre y de martirio se contaron con cruel abundancia.

Y es que en momentos en que la pasión ciega a los hombres honrados, los bárbaros, los feroces que son legión en todos los ejércitos y en las sociedades de todos los tiempos, aprovechan la oportunidad que tan propicia se les presenta para dar expansión a sus bajos instintos.

Entonces ellos son los que dominan; ellos, que salidos de la sombra donde vivieron alimentando odios ances-

trales, surgen a la luz para mostrar en toda su desnudez la bajeza de sus espíritus y para manchar con sus crímenes a los que, en mala hora, junto a ellos se encontraron.

Esto ocurrió en Quinteros. La muerte no era en ese día la suerte más cruel, sino que, además de ésta, el martirio ponía una nota de dolor y de oprobio.

Relataré un episodio de esta naturaleza.

Frente al pelotón de soldados que han de fusilarlo, y en el centro del vasto semicírculo formado por el bosque que queda a su espalda, un infeliz espera lleno de espanto, el cumplimiento de su suerte.

De pronto, del medio del grupo avanza un oficial con un pañuelo en la mano; pañuelo con el que intenta vendar los ojos de la víctima. Un movimiento de cabeza de ésta indica su deseo de hablar.

Quizá va a pedir a un conocido que lleve a su criolla el ¡Adiós! que desde el borde de la tumba le dirige. En libertad de hacerlo, el miedo turba su inteligencia y paraliza su lengua... Cinco carabinas apuntan a su pecho.

El oficial intenta de nuevo vendarle los ojos; pero la víctima repite su movimiento anterior.

Libre nuevamente, las palabras se resisten a salir; sus ojos, abiertos desmesuradamente, con una mirada vaga observan por vez postrera los campos de la Patria con sus cuchillas en las que a trozos se inician las sombras hendidas por las franjas de color oro que el sol da a los pastos de Enero; y de esta extática contemplación, dos lágrimas se desprenden para resbalar dolorosamente por sus mejillas.

Tanto dolor no alcanza a conmover a sus verdugos; sino que, agotándose la paciencia del otro, provoca el martirio del infeliz.

Bruscamente los dedos groseros del victimario se introducen en una órbita de la víctima, dejan aquélla vacía y luego, ajustando allí el cañón de su pistola, hace escapar el tiro que epiloga tan tremendo martirio.

Tal vez que entre los propios gubernistas, tales escenas produjeran estupor e indignación; pero la fatalidad quiso que la sangre de los uruguayos caídos en ese momento trágico, manchara por igual al inocente y al culpable. Quiso también que, al caer las cabezas de César Díaz, de Freire, de Tajes, etc., lanzaran su condena perdurable en los tiempos.

*
* *

La noche de Quinteros fué noche de silencio y de tristeza.

No se oyeron los acordes de la guitarra que pulsa el payador junto al fogón, ni alumbró la luna los grupos de soldados que escuchan los cuentos del veterano.

Junto a los vivos que descansan después de tan inútil derramamiento de sangre, están los muertos, que, con sus rostros descompuestos por el dolor de la agonía y el miedo a la Nada, miran con sus ojos vidriosos, ojos que no encontraron una mano piadosa que los cerrara, al gaucho que en vano intenta apartar de sí tales visiones.

Cansado de su bárbara tarea; revolviendo la cabeza contra el recado que le sirve de almohada, más de un gaucho, de seguro, esperará ansioso al sueño que vendrá a librarlo de aquellas visiones que con desesperante nitidez atormentan su memoria, levantándose en su conciencia para gritarle implacablemente lo tremendo de su

crimen. Y mientras en sus oídos se repiten los ayes del que implora en vano un poco de humanidad y los sollozos del que siente ya en su cuello el frío de la hoja que cortará el hilo de su vida, y los roncos gemidos del moribundo, allí, muy cerca suyo, la luna alumbra las caras trágicas de los caídos; rostros macabros con gestos de martirio que el dolor pintó. Sobre ellos caen los pálidos rayos, aumentando el tinte cadavérico de los que, ayer no más, vieron a la luna retratarse en la laguna, o recibieron sus besos y que hoy, cenizas ya de hombres que fueron, aún la miran con su cara de espanto, que hace más macabra aquella órbita vacía, o la piel que cortada en el cuello se ha levantado horriblemente hasta tapar la boca, en la que se cuajó una oleada de sangre.

*
* *

Terminada la revolución de tan triste modo, se disolvió el ejército de Medina. Muniz emprendió el retorno a sus pagos, empuñando con desgano la lanza que para nada le sirvió, ya que los fusiles y facones de sus compañeros ultimaron—sin honor y sin gloria—a los vencidos, cuyos cadáveres quedaron allá, en el teatro de tan tremendo drama, sirviendo de pasto a los cuervos y caranchos.

Así fué su vuelta a los pagos. Tal vez que, mientras su caballo rumbeaba hacia la querencia, él, abstraído en sus visiones de aquel día trágico y como rebelde ante la brutalidad de los hechos, sacudiera febrilmente la lanza, como para demostrar a sus visiones que su brazo aun conservaba la fuerza que tuviera en la hora heroica de "Las Rengas".

CAPITULO VII

Los amores del guerrero

ALLÁ por el año 1858 vivía en las tierras del Rincón de Suárez y a muy corta distancia del rancho de Muniz, la familia de Rodríguez.

Dueños de una pequeña hacienda que no dábales más trabajo que mantenerla en la querencia, ya que ni los ladrones eran entonces temibles, crecía una numerosa prole, entregados los varones a las tareas camperas y las mujeres al aseo y arreglo de la casa.

Cuatro eran los muchachos: Casimiro, Francisco, Basilio y Miguel.

Después de haber pasado sus primeros años en el solar paterno, lo abandonaron en busca de trabajo. Unos, llevados por sus propios caracteres, entraron a servir en las estancias próximas a su casa y allí pasaron los años sin mayores aventuras. Esa fué la vida de Casimiro, Francisco y Basilio.

Miguel, por el contrario, no había nacido para vegetar en un solo pago.

Su vida fué como un torbellino.

Chocaba por la singularidad de su carácter. Enemigo de todo cuanto significara sujeción, Miguel, a quien los conocidos llamaban "La Raya", vivía en un conti-

nuo viaje de uno a otro pago, trabajando unos días en las hierras, y pasándose los más junto a la carpeta de la pulpería, donde quedaban sus ahorros cuando no alguna "garra".

Su espíritu de indisciplina se manifestaba en todos los actos de su vida.

Desarreglado en el vestir, lo era también en el apero que llevaba su caballo, único motivo de sus cuidados.

Familia, esposa y amigos, todo eso era en su espíritu palabras poco menos que vanas. Aceptarlas sería imposibilitar por medio de los lazos que el afecto crea, a su indómita voluntad, nacida para una acción perenne.

Poseído por un ideal, hubiera sido un esforzado paladín; privado de él, no pasó jamás de ser un gaucho aventurero y valiente.

Jugador por profesión y por amor, muchas veces hubo de defender sus onzas o sus prendas con el cuchillo que había de empeñar luego.

Asiduo parroquiano en las rejas de las pulperías, "La Raya" era conocido como un tipo original por todos los del pago.

No se le conocían grandes afectos; tal vez alguna china, de esas tan varoniles como el hombre mismo, recibiera sus caricias de tarde en tarde; no tuvo tampoco aparceros que estuviesen dispuestos a desenvainar los cuchillos en su defensa. Sin embargo, siempre halló un ambiente simpático a su alrededor. Y fué porque sin crear afectos hondos, Miguel "La Raya" se conquistaba el aprecio de todos cuantos lo trataban, gracias a su espíritu retozón y a su deseo constante de agradar, que llevábalo hasta empinar sendas copas de ginebra por acompañar a su interlocutor, en la reja de la pulpería.

Por lo demás, Miguel "La Raya" era un hombre

apreciable. Para gozar de tal consideración en el ambiente, era necesaria una virtud: el valor; y Miguel la poseía en alto grado; aunque consecuente con su idiosincrasia, el valor en él fué siempre más que un culto caballeresco, un medio de proporcionarse extrañas sensaciones. Por eso en la guerra jamás jefe alguno quiso en su división a este gaucho aventurero. Muniz mismo, más de una vez nególe puesto en sus filas; negativa que, por otra parte, muy poco disgustaba a "La Raya". El no había nacido para llevar una vida regular; incapaz de dirigir multitudes, no había aprendido tampoco a obedecer otro mandato que no fuera el de su espíritu inquieto y rebelde. Por eso, en la guerra Miguel "La Raya" andaba solo; hostigaba de todos modos al enemigo, gracias a su eminente habilidad de hombre que ha vivido en contacto con la naturaleza que lo rodea: huía cuando se le perseguía para volver esa misma noche sobre sus perseguidores. Y así pasaban para él los meses de guerra en los que sus amigos disputábanse en las cuchillas, el predominio de tal o cual partido político.

En el fondo de este hombre había un gran lote de travieso escepticismo.

Su muerte fué como su vida.

Una tarde de 1865, Miguel "La Raya" huía de una partida adversaria, cuando fué alcanzado por tres individuos, en el Rincón de la Urbana.

Próximo a esconderse en el monte, donde su astucia le proporcionaría recursos para escapar de la fatal emboscada en que había caído, uno de sus perseguidores, con un certero tiro de bola detuvo su cabalgadura.

No había manera de salvarse; en la imposibilidad de huir, era necesario aprovechar los instantes que aun le quedaban.

Miguel lo comprendió así y aceptando la situación que su desgracia le creaba, se desmontó y esperó, pistola en mano, la acometida de su adversario que a galope tendido y lanza en ristre, pretendía ultimarlo.

El encuentro fué rápido. Sonó un tiro... Tambaleóse el otro sobre su flete y rodó luego por el campo con el pecho enrojecido de sangre.

Miguel se apoderó de la lanza y el caballo de su enemigo y en vez de huir, acometió a los otros que ya se le acercaban. Inútil hazaña en la que debía perder la vida.

Los otros, temerosos de medirse con un gaucho que en tan poco tenía su existencia, hasta llegar al extremo de arriesgarla en un arranque de heroísmo, detuvieron sus caballos y apuntando serenamente, descargaron sus tercerolas hacia el pecho del atacante, que cayó herido de muerte.

Ya en el suelo, Miguel, embriagado de rabia y de valor, desafiaba, facón en mano, a sus contrarios, mientras éstos, luego de meditar un instante, aguijoneaban a sus fletes y lanza en ristre acometían al héroe que, indefenso, aún los incitaba a la lucha.

Dolorosamente trágicos fueron sus últimos instantes.

Vió primero cómo los otros dirigían sus caballos hacia él, que yacía sin fuerzas en el suelo; midió la distancia que recorrían en breve espacio y loco de desesperación, sintió en sus entrañas la hoja de las lanzas mientras él, revolviéndose sobre su cuerpo, como un tigre herido, intentaba en dolorosas contorsiones arrancar de manos de sus verdugos aquellas lanzas que terminaban con su vida infiriéndole tan bárbaro martirio. Y en tanto que él se retuerce, desesperado por la escasez de fuerzas físicas que le impide dar empleo a su

heroísmo; mientras se nubla su vista y se crispan sus manos, resuenan en sus oídos el ir y venir de los cascos de los caballos que golpean el suelo en su galope y las voces crueles de los victimarios que se placen en tan cobarde hazaña.

Así, extenuándose poco a poco hasta perder el sentido; después de tan bárbara agonía, murió Miguel "La Raya", el gaucho aventurero, bohemio y valiente, enrojeciendo las gramillas con la sangre de su martirio.

Ese era el hermano de Eufemia Rodríguez, niña aún, cuando en el año 1858 Justino Muniz cautivó su corazón.

La proximidad de sus hogares hizo que estos dos muchachos entraran en íntimo conocimiento, del cual había de salir una pasión fuerte y tenaz.

Eufemia conocía por sus hermanos las hazañas de Justino; éste, en sus asiduas visitas a la casa de Eufemia, conoció sus virtudes. Y así, sin que ellos mismos pudieran explicarse el *cuándo* ni el *cómo*, sintieron en sus pechos que el amor los había tocado... y para siempre.

Al principio fueron miradas al soslayo; palabras indirectas con tímidas insinuaciones, hasta que un día, en la rueda de un pericón, se dijeron sus sueños y sus pensamientos.

Desde entonces, la vida tuvo para ellos mayores encantos.

Cuando sus ocupaciones se lo permitían, Muniz llegábase hasta el rancho de su dueña, para decirle, con palabra difícil pero llena de fuego, sus pensamientos y sus desvelos por aquellos ojos negros que aún desde lejos lo miraban.

Así el amor proseguía su obra, con promesa de futura

felicidad, cuando la pretensión de un gallego vino a poner una nota de inquietud en aquel idilio hasta entonces nunca interrumpido.

No muy lejos del hogar de Eufemia, un gallego había sentado sus reales, estableciendo negocio de pulpería que progresaba a maravillas.

Era un gallego vulgar; como tantos que vivieron en aquella época. El proceso evolutivo de su negocio fué el de siempre; al principio, un modestísimo "boliche" que muy pronto se convirtió en pulpería y al fin en gran casa de comercio rodeada por mil o dos mil hectáreas de campo.

Ese fué el desarrollo progresivo y rápido de tantas pulperías de gallegos.

¿El misterio de este fenómeno? Muy sencillo: mientras el gaucho, generoso hasta el desprendimiento, pagaba a subido precio cualquier baratija y vendía por insignificante cantidad los productos de su hacienda, el gallego, venido de un medio donde la vida no era muy holgada, hacía su negocio sin necesidad de gran talento para almacenar las onzas que hacía correr el gaucho y para apropiarse de sus campos en pago de una cuenta en que la caña, el vino seco y la ginebra, no tenían poco que ver.

De esta catadura era el comerciante de Rincón de Suárez.

En la última etapa de su vida de hombre de negocios, el gallego sintió deseos por la muchacha de cuerpo fuerte, que prometía una buena adquisición para hacer de ella una ejemplar dueña de casa.

Su fortuna allanó con facilidad las dificultades que pudieron surgir para su aceptación en casa de Eufemia.

Los padres de la muchacha, por su parte, no miraban

con malos ojos el partido que se presentaba a su hija y por el cual ellos podrían, al fin, gozar de una posición desahogada y ella ocupar un lugar digno al lado de las familias de los estancieros.

El rival del hispano no ofrecía por su parte más que un modesto porvenir.

Hasta entonces, Justino Muniz no había pasado de ser un muchachón alegre, trabajador y valiente, y de quien en el pago sólo se hablaba con respeto, por sus condiciones de hombre de bien.

Era, pues, en cierto modo lógica la decisión de los padres de Eufemia; decisión que extremaron hasta el punto de exigir de su hija la despedida de Justino.

En el corazón y en el pensamiento de la muchacha, el problema cambiaba de aspecto.

Para ella, la hermana de Miguel "La Raya"; para ella, que había nacido como las margaritas en nuestros campos y que tenía su espíritu lleno de romances heroicos, el español no era otra cosa que un hombre fuera de su ambiente. Sin saber enlazar, ni sentarse en un potro, ni haber merecido el aplauso de los gauchos por su valor, el gallego no podría conquistar el amor de una criolla; faltábanle virtudes que era necesario poseer para salir airoso en empresas de esta índole.

Escasa instrucción; virtud del ahorro y del trabajo, eso no era lo bastante para cautivar entonces a una campesina.

Ella había nacido en un ambiente de libertad y de fuerza y, en consecuencia, como hija de tal ambiente, amaba todo lo que fuera de su tierra.

En Muniz encontraba la criolla todas las virtudes de su raza. La victoria obtenida sobre Felisberto "Pelo Largo", hablaba elocuentemente de su valor personal;

su destreza en las tareas camperas probaban su condición de buen criollo y su salida del pago cuando fué a conquistar renombre en el campo de "Las Rengas", aseguraban en él un futuro guerrero.

Estas condiciones bastaban por sí solas para enamorar a una criolla como aquella que en su hogar, como las madrigueras de los leones, había visto criarse valientes como Miguel "La Raya".

Agréguense, sin embargo, a estas prendas de Muniz, otra que no influyeron poco, sin duda, en el amor de Eufemia: sus condiciones de bailarín.

A su lado, ella lo había visto dirigir nuestro pericón. De su mano estaba cuando las guitarras con el gemir de las bordonas y las primas, marcaban lentos compases, mientras los gauchos con sus espuelas de lloronas iban marcándolos también, en un airoso valseo, formando así tanta armonía entre las notas musicales y el rodar de las espuelas, que se dirían inseparables unas de otras.

Entonces vió ella surgir al caudillo de todos los ademanes y las voces de su gaucho. Y su figura, embellecida por la luciente bota, el negro chiripá y la camisa de bordado primoroso, era para ella más subyugante, cuando en el momento de formar con los pañuelos el patrio pabellón, la voz de Justino se levantaba en la sala para decir el mandato que termina con las hermosas palabras de: "A la voz de aura... Aura mesmo". Luego, cuando la música cobraba mayor alegría, ella lo vió arrodillado a sus pies brindándole una galante ofrenda, ya que sólo ante la dueña de su corazón sabía hacerlo su gaucho.

Otra vez las guitarras marcaban lentos compases, mientras resonaban las lloronas, hasta el instante de

la ingeniosa contienda en que, al compás de los "tristes", ella y su novio danzaban en medio del círculo formado por las otras parejas, los últimos compases que preceden al recitado. Y entonces, frente a frente, ante el auditorio que escucha deseoso de aplaudir el ingenio de la pareja, su amante díjóle ruegos de amor con la voz insegura por la emoción; ruegos que, como en éstos, el gaucho altivo llora el desamor de su china:

"China del alma querida",
"No me hagas tanto sufrir";
"Si me has de querer decime",
"Porque me voy a morir".

Y ella recordaba aún, con alegría, su contestación que fué, como en estos versos, una ruidosa carcajada de burla:

"No se muera usté, paisano";
"Porque lo van a enterrar."
"Y además, si usté se muere,"
"No tendré con quién bailar."

Ante la evocación de esos recuerdos, en los que surgía nítida la figura de Muniz, ¿cómo era posible que la imagen del gallego dominara en su pensamiento? Era fatal que ocurriese lo contrario.

La mujer que había nacido en Rincón de Suárez; la hermana de Miguel "La Raya", no podía amar a un hombre que no fuera como el vencedor de "Pelo Largo" y el vencido de "Las Rengas".

Este amor tan justo no halló, sin embargo, eco simpático en la opinión de sus padres. Y por ello, los rue-

gos y las amenazas se multiplicaban día a día, hasta estallar en una explosión de cólera, la mañana en que el gallego ofreció a Eufemia un hermoso caballo enjaezado con una montura, que con tal fin se mandó buscar al pueblo.

Ante la indignación de los padres, Eufemia rechazó el ofrecimiento, en nombre de su amor.

Tanta sinceridad y altivez fué condenada por sus mayores, quienes prohibiéronle continuar su amistad con Muniz.

Viendo Eufemia que su situación se agravaba cada día que pasaba y conocedora del convenio existente entre sus padres y el rival despreciado, de realizar la boda dentro de breve tiempo, quiso que Justino lo supiera.

Basilio fué el mensajero de la amante, que partió en busca de Muniz, a quien notificó la nueva.

Al saber Justino el proyecto, volvió a su casa con el propósito, realizado muy pronto, de hablar con su novia.

En una medianoche de los últimos días de Diciembre del año 58, un jinete cruzaba los campos en dirección al rancho de Rincón de Suárez.

Sólo se oían las pisadas del caballo, ensordecidas por el pasto.

La luna estaba en el menguante.

Al llegar a la casa, a la que rodeaban unos paraísos, el desconocido no fué anunciado por el ladrido de los perros ni por el clásico: "¡Ave María!", con que el visitante nocturno se anunciaba, obteniendo por respuesta la piadosa frase de: "Sin pecado concebida".

Ello era prueba de que quien se acercaba era conocido en el rancho.

Bajo los paraísos, una sombra se movía desde hacía tiempo, huyendo de los rayos de la luna, como temiendo que ésta delatara su espera.

Cuando el viajero hubo llegado, se oyó un rumor de palabras, como indicio de que la sombra y el desconocido se hablaban.

Luego se vió surgir la figura de Eufemia saltando a la grupa del caballo y sentarse en él, ayudada por los brazos del jinete que la estrechaban, mientras, bajo la claridad lunar, sus labios se buscaron oprimiéndose en beso prolongado.

Después se alejaron con el mismo sigilo que antes, del rancho en que todo dormía.

A campo traviesa el grupo ganaba terreno en las llanuras, en dirección al rancho del desconocido, que no era otro sino Muniz.

El convenio pactado entre los padres de Eufemia y el gallego, había precipitado los acontecimientos. Y así, los muchachos que pensaban consagrar su amor ante el llamado representante de Dios, tenían que hacerlo en presencia de la naturaleza, que parecía dormir a esa hora. Era la soledad inmensa y apacible; tenía todos los aspectos de un cuadro bucólico.

En el cielo, sembrado de estrellas y entre las que se destaca la infinita parábola del "Camino de Santiago", la luna en menguante irradiaba la palidez de su luz, en la infinitud del azul; en la tierra, frente al grupo cuya sombra se dilata sobre el suelo, otra curva inmensa formaban las cuchillas a la distancia. Y entre las dos inmensidades, el grupo formado por el caballo y los amantes cruza los llanos en los que el pasto seco, tocado por la claridad lunar, semeja un gran tapiz surcado a trechos por líneas negras que forman las carquejas y los pajonales, o trasponiendo las cuchillas en las que serpentea la línea sinuosa de un camino de ovejas.

A ratos, esta soledad absoluta en la que ni las lechu-

zas gritan, es violada por el mugido de un toro; mugido cavernoso, fuerte, prolongado, cuyos ecos se repiten cual si quedaran vibrando en el espacio.

La pretensión de un gallego hacía surgir al hijo de Julián Ramírez en su aspecto romántico y al igual de su padre sacrificaba los insignificantes convencionalismos sociales de entonces, en bien de sus amores. Sólo que el hijo, más noble que el padre, cautivó el corazón de la criolla, entregándole a su vez el suyo. Y al contrario de aquél, que luego de logrado su deseo desapareció para siempre del pago negandole protección a su víctima, éste arranca a su prometida de su casa, donde se la quería entregar a un hombre que ella no amaba, para llevarla a imperar en la suya, dueña de sus pensamientos y de su gloria.

Muniz descubrió esa noche una nueva faz de su espíritu.

A su vida, que había sido hasta entonces como un continuo romance de heroísmo en el que su nombre se hallaba en cada estrofa, agregó un nuevo motivo: un romance de amor. La fortaleza de su ánimo encontró aquí bello y digno empleo.

Sin temer la cólera de la familia de su novia, ni la del amante frustrado, hurta a su prometida, en un gesto caballeresco y galante. Y ella le pertenece porque así, abrazada a su cuerpo, encuentra la protección que es capaz de dispensarle el vencedor de Felisberto "Pelo Largo".

Mañana, cuando se haga el día, los padres de la muchacha encontrarán el nido vacío, por la fuga del ave que se llevó su dueño antes de perderla para siempre; y los gauchos del pago comentarán con asentimiento esta nueva proeza del muchacho, digno sobrino y ahija-

do del caudillo. Y él, ya convertido en hombre, tendrá desde entonces un nuevo motivo de trabajo y de lucha, porque sus afanes serán recompensados con el placer de recibir un abrazo de su criolla, o una sonrisa de sus labios.

El hijo de Julián Ramírez, que vino al mundo sin tener unos labios que lo llamaran "hijo", tendrá desde esa noche un corazón que le llamará: "esposo".

Desde entonces su alma, huérfana de un gran afecto, ya que el del resto de la familia, por hondo que sea jamás iguala al de los padres, podrá volcar sus alegrías y sus esperanzas en el alma de una criolla, que tendrá para él el amor que no encontró en la original pareja de sus mayores. Y ella, Eufemia Rodríguez, estará con él como en la gloria, puesto que desde entonces gozará la dicha de tener siempre junto a ella al muchacho más campero y valiente de la comarca.

La que vió a su lado a Miguel "La Raya", prototipo de indisciplinada valentía, verá ahora, rendido en sus brazos, a Justino Muniz, un elegido de la Gloria. A ninguna otra criolla tendrá que envidiar su hombre, puesto que nadie es más trabajador ni más valiente que su gaucho.

En cuanto al gallego, bien le estaba esta decepción. Su honradez y su fortuna dábanle derecho, sin duda, a la estimación de todo el paisanaje; pero nunca a turbar un amor que él no había sido capaz de inspirar.

Así se consagró el enlace de Justino Muniz con Eufemia Rodríguez.

Obligados por la intemperancia de los padres de la muchacha y por la insistente pretensión de un gallego, los amantes hubieron de burlar sus planes, con una huída que el amor y la poesía de la noche hicieron inmensamente bella.

A nadie sorprendió en el pago tal acción, puesto que ella era justa y común en ese entonces. Es la repetición de la eterna historia caballeresca: conquistar primero el corazón de la amada con las hazañas en el combate singular y colectivo, y conquistar después su cuerpo librándola del seno de los suyos, donde permanece prisionera y prometida de un hombre que no la merece.

Muniz cumplió la palabra que, emocionado, juró en aquella rueda del pericón y Eufemia fué digna de su conducta anterior y de su amor, aceptando un porvenir lleno de incertidumbres, que únicamente para su vista presentaba perspectivas de triunfos.

Sobre el interés mezquino de unos padres, quizá bien intencionados, y sobre el deseo jactancioso del gallego, triunfó el amor fuerte y romántico de dos seres que se habían comprendido, porque en cada uno de ellos palpitaban las emociones y los ideales de la raza.

Fué un desenlace fatal, creado por las circunstancias, y que el móvil y la escena impregnaron de bellísima poesía.

CAPITULO VIII

Muniz en Bañado de Medina

La fuga de Eufemia indignó gravemente a sus padres, quienes intentaron volver a la muchacha a su casa. Pero la firmeza de ánimo de la joven pareja, unido a la buena voluntad que por sus amores mostró la familia de Muniz, hicieron vanos los trabajos de aquéllos.

Unido ya para siempre Muniz con su amada, trató de constituir un hogar en el que ella fuera la dueña. No costóle el lograrlo gran trabajo. Don Angel, al conocer su última hazaña, le ofreció el empleo de "puestero" en una estancia de Bañado de Medina, propiedad de la familia de Borches. Justino aceptó de inmediato tal ofrecimiento y se trasladó al poco tiempo a su nueva residencia, situada junto al camino nacional, sobre uno de los pasos de Bañado de Medina.

El pago al que llegó a vivir y en el cual pasó el resto de su vida, no se diferenciaba en mucho del que acababa de abandonar. La topografía del terreno tiene casi el mismo aspecto. Esta parte del Departamento de Cerro Largo, da la impresión de una invariabilidad casi absoluta. Así, pues, en estas comarcas que se extienden desde el Bañado de Medina, abarcando gran

parte del Tacuarí, hasta el Fraile Muerto, siempre el paisaje se conserva idéntico.

Por el Norte y Oeste, la Cuchilla Grande cierra el horizonte. Al Noreste se divisan en lontananza las Sierras de Ríos; y por el Este y el Sur, el Cerro Largo, como una hermosísima cintura, abraza los llanos de Tacuarí, en los que se dibujan las líneas sinuosas de este río y sus afluentes.

Este es, a grandes rasgos descripto, el panorama que presenta la comarca en que vivió Justino Muniz.

Contrariamente a lo que han escrito los que no sabiendo otra cosa que inventar acerca de nuestro hombre, han pintado a sus pagos como guaridas y madrigueras de aspecto salvaje y montaraz, propicias al merodeo de hombres huraños y bárbaros, cuya vida es una continua lucha con las fieras y la naturaleza hosca y bravía, estas comarcas dan la impresión de una tierra alegre y hospitalaria, en las que el sol ilumina las llanuras inundándolas en un torrente de luz.

Esta impresión de tranquilidad y apacible belleza ha tocado ya el espíritu de nuestros talentosos pintores, quienes han trasladado al lienzo las bellezas de nuestros campos.

Sin asperezas, sin guaridas, sin madrigueras, son estos campos de Bañado de Medina, inmensas llanuras iluminadas por el sol con toda la plenitud de su luz, que al tocarlas produce en ellas una infinita alegría de colores.

El Cerro Largo mismo, prolongada barrera que da carácter a estas tierras, tiene, en vez de un aspecto bravío, el de una cinta, en los atardeceres, que cierra el horizonte confundiéndose con las nubes, o el de una montaña lila destacándose en el cielo, cuando el sol

ilumina las cordilleras que, blanqueando, van hasta la cumbre del cerro.

Ese es el verdadero aspecto de los pagos de Muniz. Llano, sonriente, abierto a la luz del sol y a la vista del espectador, que desde cualquier altura puede observarlo por entero.

En lo que se refiere a la sociedad del nuevo pago, huelga decir que muy poco, o nada, se distinguía de la que él abandonaba. El progreso aún no había tocado con su mano que todo lo transforma, ni el suelo de estas tierras, ni el espíritu de sus gauchos.

Por otra parte, de Frayle Muerto, lugar habitual de residencia de Muniz, a Bañado de Medina, hay harto poca distancia para que cambiaran los hábitos sociales.

A pesar de eso, existían entonces en esas tierras algunos personajes que, así como las arboledas dan fisonomía propia a las cuchillas, ellos daban idea de la sociedad en que actuaban.

En este capítulo mencionaré a los que en la época del arribo de Muniz se destacaban con más fuerza en la escena. Los demás irán surgiendo cuando lo reclamen las necesidades de esta historia.

El más renombrado de los hombres de aquel entonces era, sin duda alguna, don Angel Muniz. Caudillo de positivo valer, lo veremos actuar más tarde como segundo de Timoteo Aparicio en la del 70, y como jefe supremo en la Revolución Tricolor. Sin embargo, no es oportuno dar aquí una silueta de este hombre; el transcurso de su vida será todavía, y por largo tiempo, influyente en la de su sobrino; por eso, pues, dejamos para entonces el estudio de su carácter.

No era también, poca la fama de que gozaban los Borches, propietarios de grandes extensiones de campo;

más tarde caudillos blancos y hombres de gran influencia en tiempos de Latorre, gracias a la confianza que éste les dispensaba.

Pero el personaje más singular de la comarca era el vecino Ramón Mundo.

Don Ramón

Había llegado a Cerro Largo, hacía ya algún tiempo. Era natural del pueblo de la Unión.

Sus ojos presenciaron todo el largo sitio de Montevideo, cuando la Guerra Grande, y por ello muchas veces distrajo la reunión de paisanos relatando hazañas del general Oribe, a quien él conoció.

Llegado al pago, don Ramón aceptó todas las modalidades del gaucho, sin que él fuera, por otra parte, uno de los que se distinguían en los trabajos camperos. Sus características estaban en otras modalidades de su espíritu.

Hombre trabajador, bien pronto logró crearse una posición desahogada, gracias a sus esfuerzos.

En aquella época, en la que muy poco se cultivaba la tierra, don Ramón entendió que en su seno había una fuente inagotable de riquezas. Y llevado por tal convicción, alegró las cercanías de su rancho con surcos en los que crecían el maíz, pródigo de espigas, y las sandías, que él, en medio del general asombro, ponía a la venta en las carreras.

No sólo en esto don Ramón fué un tipo original.

Los gauchos conceptuaban despreciable la cría de ovejas, por ser ello ocupación que no necesitaba destreza, ni fuerza, ni valor. La oveja es "un bicho ruin", que no embiste; que no encuentra refugio en los ba-

ñados, porque les teme. y necesitada, en fin, de un cuidado especial que no reclama jamás el animal vacuno. Eso no entusiasmaba al gaucho. Para él, el toro chúcaro, con todas sus iras y sus fuerzas; que hacían de su apresamiento, más que una tarea de provecho, un motivo de solaz en el que se ponían de manifiesto las condiciones de buen criollo.

Don Ramón, sin embargo, entendía las cosas de otro modo.

Sin que él mismo quizá tuviera conciencia clara de tal fenómeno, don Ramón era en el pago como la anunciación de una época de mansedumbre y de progreso. Por eso mismo chocaba entre los gauchos.

Sin embargo, nadie era más respetado que este pacífico vecino. Y era porque su hombría de bien y su afectuosa bondad estaban "pintándose" en sus palabras.

Hombre de paz, jamás tuvo pendencias y aún en las convulsiones nacionales nadie le incomodó.

Más tarde, ya rico, hizo construir, bajo su dirección, una casa a la vera del camino nacional. El aspecto de esta casa (tristemente memorable desde el día en que Chiquito Saravia y Viramonte saciaron su odio en el incendio de 1896), era el de una mansión medioeval. Allí pasó don Ramón el resto de su vida, que fué de tranquilidad y sosiego.

Imposibilitado por la edad para el trabajo, que, por otra parte, no le era necesario, sus horas pasaban con monotonía casi absoluta, sólo interrumpida por la llegada de las diligencias que allí tenían su posta. A esa hora, cuando por entre los eucaliptos asomaba la diligencia precedida por Macricho — famoso "cuarteador", tanto por su habilidad en el oficio como por su hábito de

emborracharse — don Ramón aparecía, fatalmente, en la esquina de su casa, con su cuerpo obeso y su cara bonachona, a la espera de ver llegar aquellas almas que por un instante se pondrían en contacto con la suya, para luego desaparecer, ocultas por las nubes de polvo que levantaban vehículo y caballos.

Esta costumbre, por tanto tiempo conservada, llegó a hacerlo sumamente popular entre los viajeros.

El resto del tiempo lo pasaba don Ramón jugando a los naipes en la pulpería, o leyendo "El Fogón", en cuyas páginas aprendió sentencias que repetía luego en la carpeta; o en extática contemplación bajo unos paraísos.

Tuvo dos características que conservó hasta sus últimos años: el amor a las mujeres, que le proporcionó más de una aventura divertida y galante, y el tono burlón de su charla.

En los últimos días de su vida, don Ramón tornó a ser un tipo singular en el ambiente. Así como en sus mocedades lo fué porque anunciaba una nueva época, en su vejez lo fué porque, incapaz para marchar junto al progreso que él anunció, habíase quedado como un recuerdo viviente de los tiempos idos.

Otro personaje no menos interesante, porque él representaba uno de los tipos clásicos en nuestra campaña, era

Cortés "El Payador"

El sol descendía lentamente en el ocaso, coloreando las delgadas nubes que lo ocultaban a trechos, mientras enviaba sobre la tierra sus rayos oblicuos, que al dar sobre la cabezada del recado del gaucho reflejábanse

como en bruñido espejo. Las sombras iban invadiendo los llanos, en los que el verde de las gramillas tomaba un tinte negruzco, en tanto que en las cuchillas los últimos retazos de luz avivaban las margaritas y los macachines.

Sobre la blanca estela del camino, bordeado por los cardos en flor, avanza una nube de polvo levantada por los cascos del caballo, que al sentir la espuela del jinete, trota nerviosamente, con un continuo escarceo que hace sonar la coscoja.

En la cumbre de la cuchilla, acompañada por el ombú que abre, como un inmenso abanico, sus ramas, está la pulpería, sobre la que luce la clásica banderita blanca, pregonera de la naturaleza del negocio.

Protegidos a la sombra del árbol, los fletes esperan desde la mañana la vuelta a la querencia, con la cabeza extendida, unos, como si no tuvieran prisa por sentirse libres, quizá porque su gaucho ya les ha impuesto muchas veces esa espera, desde la mañana en que la riendilla y la llorona domaron sus rebeldías, y junto a ellos, los redomones inquietos por la moscas que intentan espantar a colazos. Debajo de la enramada, frente a la puerta del rancho, los gauchos mantienen a duras penas un tema que se agotó antes de que el mate diera muchas vueltas.

Ya empieza a laderear la cuchilla el jinete, cuando los que esperan conocen a Cortés "El Payador". Había llegado al pago envuelto en una leyenda de tragedia: se contaba que allá, en las tierras del Durazno, una china infiel había quedado llorando sobre el cadáver de su amante. Y fué porque Cortés, errante por los montes desde el día en que cayó en desgracia, por no sé qué historia de rebeldía, al saber la infidelidad

de su dueña con el pulpero, dejó los montes donde durmiera con el caballo de la rienda, para ir a tomar venganza de su amor, pisoteado por el "gringo".

Y el gaucho, en quien la desgracia se había cebado, aceptando nuevamente la ingratitud de su suerte, llegó a su rancho de incógnito y favorecido por la noche en espera del rival afortunado que no tardaría en llegar.

Cuando a su puerta sintió el llamado del "gringo" que abusó de la desgracia del gaucho y de las prendas de su pulpería, para seducir a la criolla, salió Cortés a recibirlo, partiéndole la frente de un balazo...

Desde entonces, no tuvo más que hacer en el pago, y solo, se fué para siempre de aquel rancho, en cuya puerta quedó tendido el ladrón de su amor, llorado por la china, para la que Cortés sólo tuvo la venganza del desprecio.

Ladraron los perros al zaino, más por costumbre que por atacar, cuando éste llegaba viboreando y con un continuo cambio de subir y bajar las orejas, mientras el jinete terminaba los últimos acordes de un aire criollo, que vino silbando para hacer menos aburrido el trayecto, o para evocar, quizá, a su nuevo amor que lo quedó despidiendo con el pañuelo, cuando, al perderse sobre las lomas, él cruzaba por entre las majadas que empezaban a bajar del rodeo.

Se le recibe con muestras de regocijo, porque él trae en la guitarra que cuelga detrás de su espalda, la alegría de la reunión, con la música de la tierra.

No ha terminado aún de aflojar la cincha a su flete, y ya hay un mate que le espera, como prenda de bienvenida.

Cambiados los primeros saludos, se le invita a cantar; invitación a la que accede de inmediato, porque

su profesión es esa: ir por las pulperías y las reuniones gauchescas, trovador de chiripá, alternando en sus trovas, romances de peleas y heroísmos, con romances de ternuras y de amores. Y en sus canciones desfilan las cosas del terruño, con sus escenas de sangre, de horror y de lucha, junto a las escenas tranquilas y asaz monótonas, de trabajo y de sosiego.

Sentado sobre un banco de ceibo, recogido el poncho y con la pierna cruzada para sostén del instrumento, está el payador templando las cuerdas, mientras los paisanos hacen menta de algún caudillo de la comarca.

Templada la guitarra, golpea con los dedos el encordado, en tanto cesa la conversación. Y entonces, la cabeza echada hacia atrás, con los ojos fijos en la soledad del campo que le inspira, empieza el músico a arrancar las primeras notas de un estilo en el que, con suave tristeza, dice las penas que siente por el desamor de la china de ojazos de lucero y de labios rojos como el mburucuyá. Y las notas se suceden suaves, lentas; a veces prolongadas como un gemido; otras bajas como un ruego llorado junto al oído de la criolla, mientras las palabras van cantando los insomnios; el desfallecimiento; la promesa de cumplir imposibles; el juramento humilde y el hechizo de la boca que tiene risas que son como puñaladas que parten el alma, y de los ojos que aún no aprendieron a mirar con cariño.

Y el trovador evoca la noche de luna, en que bajo un cielo inmenso, poblado de estrellas, sobre un llano pleno de sombras confusas, fué llevado por su flete, conocedor del camino, hacia el rancho de la dueña, mientras los ganados se hacían a un lado, perezosos, y la lechuza volaba un instante sobre su cabeza, para luego, desde un poste, lanzarle su chirrido lúgubre...

Enternecidos, imaginan los otros el instante de la tragedia, en el que la bala vengadora deshizo la frente del "gringo".

. . . . . .

Calló el poeta y sus palabras quedaron vibrando en el ambiente, como una suave y prolongada queja, en aquella tardecita en que ya el sol había caído, dejando en el horizonte los últimos chispazos de luz, como si hubiese tenido una sangrienta agonía...

***

A este ambiente, netamente criollo, llegó a vivir Justino Muniz, entregándose él y su amada al trabajo, con todas sus energías. Y en este mismo ambiente, su personalidad empezará a surgir rápida y decididamente, hasta morir en estos mismos campos con el grado más alto de nuestro ejército.

CAPITULO IX

La Cruzada Libertadora

En el nuevo pago, Muniz se comportó como siempre. Dedicado al trabajo, no faltábanle las horas de solaz, que aprovechaba para ir hasta la pulpería, lugar de reunión del paisanaje, o para concurrir a las carreras y las riñas, fiestas criollas que duraban tanto tiempo, como duraran las onzas en el cinto de los gauchos.

Así pasaban para él los días y los años, sin cambio alguno apreciable en su vida, como no fuera el crecimiento de su prestigio que florecía como árbol lozano, mientras su compañera convertía el nido de su amor en alegre rancho donde los niños, las flores y el aseo, eran los primeros encantos que se ofrecían a la vista del visitante.

Por desgracia, esta tranquilidad nunca fué duradera en la campaña de aquellos tiempos. La sociedad uruguaya exigía, y aún debía exigir, mucha sangre de sus hijos, para llegar a una consolidación definitiva. Por eso, el arado y la lanza fueron los instrumentos que por tanto tiempo empuñó el gaucho alternativamente en su vida.

A principios del año 1863, los rumores de guerra empezaron a hacerse sentir en la campaña, hasta que el 19 de Abril del mismo año, el general Flores invadió

el territorio al frente de un ejército revolucionario, que dió a su aventura el nombre de "Cruzada Libertadora".

El País ardió, desde entonces, en la hoguera de la guerra.

Muniz, seguido de un puñado de gauchos que reconocían en él la superioridad del valor y la pericia, partió también de su rancho, donde quedaran su mujer y sus hijos, para incorporarse a la división de don Angel Muniz, uno de los jefes gubernistas del departamento.

La epopeya se reanudó con todo su furor.

Flores realizaba proezas de astucia deslizándose entre los enemigos como una culebra, para reaparecer al poco tiempo frente a un ejército inferior y derrotarlo, tornando luego a escapar, sin que se pudiera darle caza.

Coquimbo y Cañas; después Pedernal; así se sucedían los combates, con desgraciada frecuencia, asolando al País y eliminando sus hijos. Y mientras los esposos y los hijos andan por esas tierras, perseguidos o perseguidores, las criollas en los ranchos se consumen de inquietud, atormentadas por las partidas de bandoleros que aprovechan la ausencia de los hombres para entregarse al robo y al pillaje.

En esa inquietud vivía Eufemia, cuando un gaucho desertor le anunció la desgracia de Justino.

En un combate (cuyo nombre no he podido precisar), había caído como un valiente, herido de bala en un brazo. Díjole también, que, recogido por sus compañeros, había sido enviado a Montevideo, para su restablecimiento.

Imagínese el dolor de la criolla ante tan ingrata nueva.

Bien sabía ella que las noticias de la guerra siempre son por demás dudosas; o son una mentira ruin, ende-

rezada a producir dolor en la familia del adversario, o es una mentira piadosa, detras de la cual debe verse la muerte del hombre amado.

En esta angustia cruel pasaban para ella los días sin saber del esposo, mientras Muniz, en la sala de un hospital, defendía su brazo del escalpelo de los cirujanos. Prefería él afrontar más serios peligros, antes que permitir quedarse sin el brazo que manejaba la lanza.

Tuvo, sin embargo, la suerte de que al cabo de unos meses se le prometiera el dejarlo salir de aquella sala, más triste para él que un presidio, puesto que mientras permanecía encerrado entre aquellas paredes, sus compañeros en la campaña proseguían sin descanso la lucha.

Esa forzosa inacción a que estaba condenado, dolía más que la propia herida de su brazo. En tanto que él se consumía allí, en la cama de un hospital, otro iría a ocupar el puesto que él dejó vacante en las filas frente al enemigo. Un día supo que su división pasaba cerca de Montevideo, y sin esperar más, escapó del hospital donde estaba prisionero de los médicos, para ir a morir, si ese era su destino, en el campo donde morían los hombres de su talla.

Y enfermo aún, Muniz reclamó su puesto y volvió a la vida heroica que contra su voluntad abandonara por un tiempo.

Con el dolor consiguiente, Eufemia tuvo noticias de la incorporación de Justino al ejército de su tío.

Muy pronto la pobre criolla volvió a perder las huellas de su héroe.

Así pasaron los meses, hasta que una tarde, un nuevo mensajero trájole la triste nueva de que su gaucho estaba herido en una pierna, en la isla de Viraró, situada en los montes del Frayle Muerto.

El amor se rebeló imperioso en el corazón de la desventurada joven, y sin dejarla medir los peligros que la amenazaban en la realización de su intento, hízola montar a caballo e irse en pos del mensajero, en busca de su gaucho.

¿Cómo decir todos los peligros que afrontó esta mujer?

¿Cómo dar idea de todas las aventuras que le ocurrieron a esta heroína, cuando fué en busca de su amado? Hasta la certidumbre de saber que sus huellas denunciarían el escondite de su esposo, amargaba su corazón.

Después de esquivar el encuentro con los enemigos que rodeaban la isla, se halló en el refugio de su hombre.

Allí encontró a Muniz rodeado por unos pocos valientes dispuestos a dar la vida por el jefe, que, tendido en su recado, perdía abundante sangre, que formaba charco en la carona.

Con alegría indescriptible besó el rostro pálido del caudillo, entregándose en seguida a su cuidado, con la abnegación y el cariño de una madre.

Para decir cuántos fueron los trabajos de esta mujer, sería necesario poseer la pluma de un maestro.

Obedecida por los hombres que reconocieron en ella el temple de ánimo que admiraban en su esposo; amada y asimismo admirada por Muniz, para quien su conducta fuera una hermosa revelación, y rodeada por los enemigos a quienes tuvo a raya con su valor, así pasó los días interminables esta heroica mujer, en una isla en la que hasta las víboras amenazaban al herido.

Esfuerzos inauditos de audacia y de coraje eran necesarios para mantener a la distancia a los enemigos, que, conocedores del valor del perseguido, estaban empecinados en su captura.

Rodeados por los profundos canales que los separaban de tierra firme; imposibilitados sus hombres para buscarle alimentos, el caudillo no podría resistir por mucho tiempo, sin caer en sus manos. Cogido en su propio pago; lejos de sus compañeros, que lo dejaron al azar de su suerte, el inquieto guerrillero no tardaría en caer en las redes que le tenían tendidas. Y aunque se sabía que muy pocos eran sus compañeros de desventura, los adversarios prefirieron esperar a que el hambre los entregara, antes que con un ataque a la isla provocaran de su parte alguna heroica locura.

El prestigio de las virtudes guerreras de Muniz lo hacía temible, aún herido y solo, en medio de aquella isla selvática, cuyo enmarañado seno parecía cobijarlo y defenderlo.

Perdidos en lo profundo de lo más hosco y huraño de la isla, los sitiados guardaban a su caudillo.

Impedir el relincho de los caballos, porque delatarían el lugar del escondite; turnarse en la misión de estar, trabuco en mano y el oído avizor, en espera del asalto todos los días presentido; echarse sobre los recados, siempre prontos para levantarse y vender caras sus vidas junto al caudillo; salir, durante la noche, por entre las ramas que servían de puente, para buscarse alimentos, esos eran los trabajos de aquellos valientes, a quienes alentaba la joven heroína, sin desmayar un minuto ante el sueño y el cansancio.

Así pasaron dos meses, hasta que una tarde el enfermo mandó ensillar su caballo.

Fué una hora de inmenso regocijo.

Al verlo con su lanza en la mano, comprendieron que la hora del sacrificio había pasado. Y así fué, en efecto.

Aquella noche volaron los pájaros asustados por el ruido de las ramas que pisaban los caballos.

Silenciosamente, el caudillo, su mujer y los soldados, hacían los preparativos para la marcha.

Al poco rato, por una senda ignorada, el grupo se sumergió en las aguas y atravesó a nado el canal que los separaba de tierra firme.

Ya fuera, acomodaron de nuevo sus ropas y recados, de los que chorreaba el agua abundantemente, y partieron en silencio por entre el monte, alejándose poco a poco de la isla donde pasaron tantas horas de amargura.

Seguros de que nadie los seguía, y ya fuera del alcance de los enemigos, el grupo se detuvo de nuevo, rodeando a Muniz y a su esposa.

Luego... un abrazo de éstos y los sombreros que descubrían las cabezas de los humildes héroes, en tanto que, emocionados, éstos extendían la mano que agradecida les apretaba la criolla.

Unos y otros se perdieron en las sombras burlando la vigilancia de los contrarios, que, ignorantes de su fuga, aún rodeaban la isla, en la que sólo quedaron los recuerdos del grupo que pasó heroicas horas en torno del caudillo, sin esperar de su parte otra recompensa que una caricia para su amada y una palabra amiga para sus hombres.

La suerte quiso que despreciando a un pacífico gallego, se uniese Eufemia con un gaucho, en cuyas venas corría sangre de caudillos. Y resignada con esa suerte, vuelve sola a su casa, después de haber asistido a su hombre, que una vez sano, torna al frente de sus gauchos a despreciar la muerte.

***

El eco de otros combates repercutió nuevamente en el pago, llenando de inquietud a la joven Eufemia.

Don Esteban, el vergonzoso y criminal asalto contra Paysandu, etc., todos estos nombres eran en su mente, espectros de dolor y de muerte.

Por fin, una mañana de Febrero de 1865, vió la angustiada joven llegar al caudillo al frente de sus hombres.

Cubierto de harapos, aún era más bella y más altiva su presencia. Pero ella no podía verlo así. Ella sabía que las haciendas se las habían comido los contrarios; que los surcos estaban cubiertos de yuyos, únicos que crecían lozanos allí donde la dorada espiga fue una alegre nota de color, y que la cuenta con el pulpero se había agrandado considerablemente, mientras él andaba por esas tierras ofreciendo su vida en holocausto de la causa blanca, sin conseguir evitar su derrota.

Allá, en la Capital, los "dotores" pactaron la paz, sin acordarse de los que, como Muniz, retornaban a su pago con el cuerpo ornado de heridas, y más pobres aun que el día en que salieron para la guerra.

Esa ha sido, las mas de las veces, la característica de nuestras convulsiones intestinas: guerras en las que el gaucho ofrecía con generosidad temeraria su vida, en defensa de una causa exenta de ideales elevados.

Y después, el arreglo de los dirigentes políticos en la Capital; olvidados de los que expusieron su vida, sin obtener, en pago de sus esfuerzos, el fruto que han de buscar en el arduo trabajo campesino.

Eso ocurrió entonces a Muniz. Después del crimen

cometido en Paysandú por sus adversarios, se pactó su derrota, y con ella la vuelta a los pagos, a entregarse de nuevo al trabajo sin haber obtenido la más mínima recompensa en premio a tantos sacrificios.

CAPITULO X

Cómo se casó Muniz

VOLVIÓ la tranquilidad al país, y con ella al trabajo sus pobladores.

Para reorganizar su hacienda, Muniz hubo de entregarse con todas sus energías a la labor campesina, ayudado eficaz y tesoneramente por su compañera.

Para ser buen "puestero", era necesario poseer condiciones de hombre de campo, que acreditaran capacidad y habilidad suficientes para desempeñar con competencia la misión que entonces les estaba encomendada.

El mantener los animales en el campo de la estancia; el cuidado de esos mismos animales, en épocas de peste y el labrar la tierra, estas ocupaciones no eran, por cierto, de las que necesitaban mayores virtudes en el trabajo, por parte del gaucho. Pero junto a estas tan fáciles de cumplir, había otras, en las que sólo el arrojo y la destreza podían asegurar una buena labor. Entre ellas contábanse las lidias con ganados.

Jinete en sumo grado y valiente debía ser el gaucho que se atreviera a ir, a la hora en que las barras del día recién se anunciaban, a arrear el ganado para el rodeo.

Animales salvajes, cuya vida pasaba entre los baña-

dos y los montes, tenían la astucia instintiva de la bestia perseguida, que ponía en grave riesgo a los hombres cuando, al entrar a un pajonal, perdían de vista al toro que agazapado como una fiera, esperaba el instante en que el hombre estuviera a su alcance, para entonces acometer furioso contra el grupo de jinete y cabalgadura, el cual sólo podía esquivar el ataque si era sereno el ánimo del jinete y segura la rienda del caballo.

Agréguese a esto la tarea de marcar y castrar esos toros cuyas astas jamás había aprisionado un lazo.

El día de hierra era día en el cual el valor y la habilidad gauchescos se manifestaban con todas sus fuerzas. Por eso el gaucho que, como Muniz, lograba imponerse por tales condiciones, era mentado con respeto y buscado con empeño en todos los fogones y rodeos.

Aún cuando entonces no se explotaba la tierra, tal cual se hace en nuestros días, se labraba en cambio una pequeña extensión de campo, con el objeto, principalmente, de tener forraje para los parejeros.

En esta tarea bella y fecunda hallábase Muniz empeñado el día de su matrimonio.

Así referíame él ese momento feliz de su vida:

Fué en la mañana del 18 de Noviembre de 1865.

El sol se había levantado en las sierras del Cerro Largo, libre de nubes que menguaran su luz, que a torrentes se derramaba por las campiñas.

Su aparición sobre la tierra encontró ya de pie a toda la familia de Muniz. En los patios, Eufemia iba de uno a otro lado, poniendo orden y aseo en todas las cosas.

Justino hallábase en la chacra, rompiendo la tierra, en la que uno de sus hijos depositaba la semilla.

El sol continuaba su ascensión lenta en el cielo y calentaba la tierra, a la que envolvía una atmósfera pesada; sobre las cuchillas, el aire, como descompuesto en una infinidad de cristales, escintilaba reflejando los rayos de luz.

Eran las diez de la mañana, cuando Justino, aún en su labor, vió avanzar sobre la polvorienta franja del camino un grupo de tres hombres que se dirigían a su rancho. Uno de los caballeros llamó principalmente su atención, por los extraños vestidos que llevaba. Entre el polvo que los envolvía, él creyó ver la sotana de un cura.

El grupo marchaba al trote lento de las caballerías, como si lo pesado del ambiente, formado por los rayos solares y por el vaho caluroso que subía desde el suelo, los dominara infundiéndoles una pereza enervante.

Muniz vió cómo el grupo se detenía en su rancho, y suspendiendo su labor, fué en recibimiento de sus huéspedes, que no eran otros que su tío el coronel don Angel Muniz, el cura y un vecino de la comarca.

¡Al fin se iban a realizar los deseos de la joven Eufemia! Ella, que había esperado ansiosa por tanto tiempo aquella hora, tenía entonces la dicha de ver cómo se consagraba — ella lo creía así — de una manera digna su amor.

Por eso era entonces toda alegría. Justino no era menos dichoso. Aún cuando no era católico, puesto que no aceptaba ni cumplía los ritos de esa religión, aceptaba aquella inútil formalidad, porque ese era el uso de su tiempo. Además, era una forma convencional de legalizar su unión.

En un rancho modesto, en el que sólo el lujo del aseo y la decencia imperaban; frente al cura que lee su

ritual, la joven pareja, de pie, escucha las palabras según las cuales quedarán unidos ante Dios. Con su traje de gaucho, aunque sin las botas, que para el trabajo cambió por un par de rústicos zapatos de cuero, Justino tiene a su lado a Eufemia, que engalanada con su mejor vestido, cree recibir en ese instante la retribución de todo su cariño y de sus sacrificios hechos por el hombre amado.

Junto a ellos, los testigos escuchan con grave solemnidad las palabras que en voz queda va diciendo el sacerdote.

En la puerta del rancho, los muchachos miran atentamente tan bello y humilde acto.

Cumplido el ritual con una hermosa sencillez, don Angel abraza conmovido a su sobrino, besa en la frente a la joven desposada y después que todos han apurado unos "amargos", único néctar con que se celebra tan fausto acontecimiento, el grupo vuelve a perderse entre la polvareda del camino, mientras en el rancho Eufemia reanuda su labor interrumpida, y en la chacra, Justino, tras los bueyes que marchan perezosamente, va abriendo nuevos surcos en los que su hijo deposita el oro de la semilla.

De tan sencilla manera, Muniz y Eufemia legalizaron su unión ante los hombres según el uso de entonces.

Sin pompas, ni bailes, ni comidas en el monte, sólo ante los padrinos oficiosos y los hijos, cumplieron con un inútil convencionalismo, ellos que para justificar su amor bastábales con el amor mismo, que hizo de Justino el niño-hombre capaz de trabajar de sol a sol, a fin de alimentar dignamente a su amada, y de Eufemia la mujer heroica y amante, que desafió enormes peligros por acudir al lado de su gaucho herido.

La realización de su matrimonio religioso tuvo para ellos una importancia muy relativa: por eso, pues, en nada alteró el curso de la vida de aquella familia.

*
* *

Para su propio provecho o por cuenta de los estancieros, Muniz se dedicaba a la doma de potros.

Era entonces esta tarea una de las más bellas y fuertes de todas las labores campesinas. En ella no sólo se evidenciaban la habilidad y la fuerza, sino también el coraje.

Muy de mañana, cuando aún el sol se hallaba oculto, el domador empezaba a ceñir su recado en el lomo del potro, que desde la tarde anterior estaba prisionero en el palenque.

Pronto el caballo, después de haber intentado en vano resistirse, el gaucho siéntase ágil sobre sus lomos.

Es entonces cuando el potro, libre del cabestro que lo sujetara al palenque, emprende rápida carrera, intentando en sus corcovos librarse del jinete.

Inútiles empeños. Como si clavado fuera en los lomos del caballo, el gaucho instígalo a la carrera, haciendo sangrar sus ijares con la llorona, mientras el rebenque golpea sus ancas. Y el bruto, desesperado, furioso ante la inutilidad de sus corcovos, salta desordenadamente, escondiendo una veces la cabeza entre las manos, levantando, otras, su cuerpo perpendicularmente sobre sus patas traseras.

De pronto el animal se detiene, sudoroso, jadeante, echando espuma por las fauces. En vano la llorona aguijonea sus ijares; él está como insensible ante

su martirio. Se diría que una idea se revuelve en su cerebro prometiéndole la terminación de aquel episodio. La riendilla lastima su boca, manejada por el jinete, quien tiene interés en que aquel descanso del potro no se prolongue. Hasta el rebenque tiene sangre en la sotera. Todo es en vano; el animal permanece como ensimismado, hasta que, recobradas sus fuerzas, y como poseído de un vértigo, emprende de nuevo la carrera, perdiéndose detrás de una cuchilla.

Por largo rato, los bajos son testigos de aquella lucha esforzada y bella, entre el jinete y la bestia. Se diría que cruza el potro por encima de las gramillas, sin tocarlas, siquiera; tanta es la ligereza con que salta y corre, en su desesperación por verse libre de aquel hombre que, encaramado en sus lomos, lo azota bárbaramente, mientras él se encabrita más y más ante los golpes que recibe y la imposibilidad de su venganza.

Y mientras las fuerzas del caballo se agotan poco a poco, a causa de aquel ejercicio violento y desusado, el jinete continúa como nacido en sus lomos, siempre aguijoneando sus ijares con la llorona y golpeando sus ancas con el rebenque, mientras la riendilla martiriza su boca, deteniendo a su antojo la carrera del bruto.

Si el gaucho es jinete, el final de la lucha se presiente: es la vuelta a las casas, con la cabeza extendida, el potro, nervioso y jadeante; sin fuerzas para continuar luchando con el hombre, que firme en sus estribos, erguido sobre los lomos del pobre bruto, aún lo incita a una lucha que éste no puede aceptar ya. A la mañana siguiente se reanuda entonces la doma, y así por muchos días, hasta que el potro ha dejado para siempre sus rebeldías, para convertirse en el noble y dócil compañero del gaucho.

* * *

Alternando el trabajo con el descanso, Muniz, ayudado por Eufemia, iba labrando tesoneramente el porvenir de sus hijos.

Cuando se lo permitían sus trabajos, él pasaba los domingos en la pulpería cercana, o en alguna carrera, reuniones tan frecuentes entonces. A falta de eso, vivía una vida solitaria, haciendo sociedad, de tiempo en tiempo, con los carreros que se detenían en el Paso de Medina, a pocas cuadras de su rancho.

De tarde en tarde, una carreta empezaba a bajar la cuchilla que daba al paso. Por el caballo, o la carreta misma, Muniz conocía a su conductor, que, ya fuera "el indio Najes", "el mulato Perico", o cualquier otro, marchaba sentado negligentemente en el caballo que a paso tardo caminaba con la cabeza extendida junto a los bueyes, sobre cuyos lomos la picana del carrero golpea suave e insistentemente.

El crujido chillón de los ejes anunciaba a Muniz la llegada del pesado vehículo, cuando éste iba cayendo al paso. Entonces salía aquél de su rancho al encuentro del viajero, que, ya al final de aquella jornada, comenzaba a desuncir los bueyes.

Conocidos de antes, la conversación se entablaba afectuosa sobre temas camperos, o asuntos políticos que el carrero había oído por "adentro", o sobre las condiciones del buey, que pacía allí frente a ellos.

Si por acaso se tocaba este tema, el carrero tenía, entonces, mucho que decir. Porque nuestros paisanos, y sobre todo el carrero, de vivir en tan perenne contacto con los animales — sus medios y compañeros de la vida

— los imaginan con almas poco menos que humanas. Así, mientras un buey es para ellos como un muchachón travieso y holgazán, incapaz de emplear dignamente sus fuerzas, otro les merece el concepto de un hombre austero y trabajador, a pesar de lo magro de sus carnes.

Y entre mate y mate, desfilaba la historia de todos los bueyes, evocada por la palabra reposada del carrero, mientras aquéllos pacían con confiada mansedumbre junto a la carreta.

No era raro que Muniz acompañara en su cena frugal al viajero, si la conversación resultaba interesante. En caso contrario, al llegar la noche volvía a su rancho, mientras el otro se acostaba debajo de la carreta, esperando la madrugada para uncir de nuevo y perderse en el crepúsculo matinal, mientras aún resuenan en el silencio el rechinar de los ejes resecos, o su propia voz de "¡firme, güey!", que se siente, perezosa, alentando a los tardos animales.

Poco a poco van muriendo en el silencio de la hora los ecos del grupo que sigue su viaje siempre igual, lento y monótono, como si hombre, bestias y vehículo, marcharan, resignados, a detenerse en la muerte.

Guerra del 70

CAPITULO XI

Guerra del 70

MIENTRAS Muniz cuidaba de su hacienda, Eufemia, por su parte, ayudaba en la medida de sus fuerzas, a su esposo.

Su laboriosidad era proverbial en aquel ambiente, en el cual no era mucho lo que se trabajaba. Nuestros padres no pensaban en el porvenir; el bienestar del presente absorbía toda su vida. Sin embargo, Eufemia tenía puestos sus ojos en el mañana. Y era porque para ella, la vida era algo más que vivir en absoluta libertad y holgura, para morirse después, sin dejar de su paso por el mundo, más recuerdo que el de algún romance de heroísmo embellecido por la leyenda. El porvenir de sus hijos fué su constante preocupación; por eso supo aprovechar el oro de los minutos.

De esta manera patriarcal, se deslizaban los días de la familia, cuando otra vez el anuncio de guerra vino a interrumpir la felicidad que reinaba en el rancho de Muniz.

En una tarde de Otoño del año 70, un hombre de confianza de don Angel llegó al rancho de Justino, mensajero de una invitación del caudillo para su sobrino.

Lo que el viajero tuvo que decir, fué poco: que Aparicio invadía el País; que el partido le respondía, y que

don Angel, por su parte, necesitaba de su apoyo para reunir el paisanaje de aquellos pagos.

Nuestros gauchos no necesitaron jamás otras explicaciones; para marchar a la guerra, bastábales con los encantos que esta misma les ofrecía. Todo lo demás era cuestión secundaria.

La respuesta de Muniz no podía ser, pues, sino afirmativa, a pesar de los consejos de su esposa.

Desde entonces, comenzó a reunir en torno suyo, al gauchaje de la comarca.

Los chasques fueron de estancia a estancia, invitando a los soldados, mientras Justino visitaba a los caudillos que ya le reconocían supremacía en el mando.

Ni uno solo de los invitados faltó a la cita.

Tanto los estancieros, pequeños caudillos por su naturaleza de tales, como los gauchos más humildes, todo el paisanaje acudió presuroso a reunirse con el caudillo.

Unos, porque en las pasadas guerras habían apreciado cuánto era su valor; otros, porque tenían con él alguna deuda de gratitud, y los más, fascinados por su fama, que había traspuesto las fronteras del pago, todos, al recibir la invitación de Muniz, volvieron a empuñar las tercerolas que dormían en algún clavo del rancho, siendo admiración de los muchachos; casi cubiertas por el polvo y las telarañas.

Y solos, o en pequeños grupos, para evitar toda sorpresa, los paisanos cruzaron los campos en dirección a la casa de Muniz, en espera de ver llegar a los rezagados para luego, ya formada la columna, emprender la marcha.

No pasaron muchos días, cuando los montes de Bañado de Medina fueron refugio de un centenar de guerreros y de grandes caballadas, prontos para marchar cuando el caudillo hubiera terminado de ordenar su gente.

Si alguien hubiera pasado por aquellos contornos, ja-

más hubiese supuesto que toda una división se hallaba oculta allí, tan cerca suyo. Hasta las propias caballadas, que se trajeron por la noche pasándolas por picadas conocidas sólo de los baqueanos, estaban bien guardadas contra la curiosidad de cualquier bombero, en las islas casi salvajes, o entre los altos pajonales de los bañados.

Fácil tenía que ser el engaño del viajero, que sólo encontraría, al culminar una cuchilla, un gaucho que sin arma alguna permanecía en actitud indiferente ante su vista, para desaparecer de súbito, como si se hubiese hundido en las profundidades de la tierra. Y para completar el engaño, el caudillo continuaba instalado en su rancho, como ajeno a los rumores, cada día más insistentes y precisos, que corrían sobre los combates ya entablados por "adentro".

Una noche, después de hechos los últimos preparativos, Muniz se internó en el monte alejándose del rancho en cuya puerta la esposa, con la vista fija en las tinieblas, parecía querer arrancarles su silueta.

De las sombras comenzaron a surgir los hombres y a alistarse bajo las órdenes de sus respectivos jefes.

Formada la división, se emprende la marcha.

Adelante, a modo de vanguardia, caminan los baqueanos; luego la columna, y por último las caballadas.

No hay carretas con bagajes y ambulancias en esta columna.

Estos legionarios, apenas si tienen cada uno su lanza o una vieja tercerola. Por lo demás, así, sin nada que los embarace, pueden hacer sus correrías sin necesidad de escudos que guarden sus pechos, ni de medicamentos que les sirvan en los últimos instantes.

Con su mejor traje campero; rodeado el cuello por la golilla blanca o celeste, y adornado el sombrero con la insignia partidaria; el trabuco y las boleadoras en la

cintura; la "paba" para el cimarrón y el lazo a los tientos; empuñando la lanza sobre el caballo aperado como para una fiesta y llevando del cabestro al preferido, que no se dejó en el pago para que no lo arriaran los contrarios; he ahí la silueta de aquellos valientes que atravesaron las sombras en dirección al Cerro Largo.

Incorporados al ejército de Angel Muniz, éste confió a su sobrino el mando de su escolta.

Aún estuvo el ejército algún tiempo acampado en las sierras del Cerro Largo, mientras terminaban de alistarse los últimos caudillos que habían prometido su concurso y en tanto que se hacía acopio de caballadas.

Del Cerro Largo los revolucionarios marcharon en dirección hacia el Norte, con el objeto de buscar la incorporación de los caudillos de la frontera.

Lo más renombrado de aquellos pagos formaba en la columna de Angel Muniz. Entre los oficiales, Andrés Ybáñez, Jara, Justino y Fermín Yáñez, destacábanse como altos exponentes de arrojo y de pericia.

Andrés Ybáñez tenía fama de ser guerrillero astuto y tenaz; implacable con sus enemigos y severo con sus soldados.

Jara ya gozaba entonces de un bien saneado prestigio, que luego acrecentó en guerras posteriores.

Justino era, entre ese grupo de valientes, la personificación del valor rayano en temerario. Tenía la alegría de su juventud y la astucia gaucha que tanto le sirvió en el porvenir. El día de pelea era para él como un torneo en el que primaban el valor y la destreza.

Frente al peligro, mostraba la misma jovialidad que le hizo popular en los fogones.

Fermín Yáñez era como la antítesis del novel caudillo.

Soldado de Oribe, era ya veterano y conocedor de antiguo del peligro. Correntino, tan falto de inteligencia

como sobrado de coraje, el combate era para él el momento en que al chocar contra el enemigo, se ganaba o se perdía la vida; cosa que para él muy poco importaba.

Hosco y huraño, daba la sensación de un tipo nacido para el combate.

Para él, el jefe del ejército no tenía autoridad para juzgar sus actos. Si seguía al caudillo como subalterno, no era, por cierto, porque reconociese en aquél más hombría ni más pericia; sino porque a causa de su prestigio relativo, él no podría formar una columna respetable.

Sobre su voluntad no toleraba la de nadie.

Terminada la guerra, Angel Muniz no era más que su amigo y su igual. Por lo mismo, excepción entre el paisanaje, no admitía la más mínima imposición del caudillo. El se consideraba tan valiente y tan hombre como el que más; por lo tanto, no rendía acatamiento a nadie.

Cierta vez, en unas carreras, Angel Muniz y Fermín Yáñez tuvieron una disputa ocasionada por la duda que sugirió un fallo de los sentenciadores.

Próximos a desenvainar los puñales, hubieron de dejarlos, gracias a la intervención de los presentes. Pero aquellos dos gauchos, acostumbrados a lavar sus ofensas con la sangre del contrario, no podían conformarse, de buenas a primeras, con una solución encontrada por la palabra.

Es verdad que siempre habían sido amigos; que Yáñez reconocía el valor de Angel Muniz, y éste el de su altivo adversario; pero allí no se trataba de eso, sino de saber cuál de los dos era más hombre. Y eso sólo podrían decirlo los puñales.

Llevados, pues, por un mismo sentimiento, se apar-

taron de la reunión sin que nadie lo notara, y se dirigieron a un bajo cercano, a ventilar el asunto.

Fermín Yáñez fué el primero en llegar; por eso, cuando Angel Muniz se desmontó de su caballo, aquél ya lo esperaba de pie, puñal en mano.

¡Inaudita audacia la del correntino que se atrevía a medirse cuerpo a cuerpo, con el caudillo a quien todos respetaban por su valor y su destreza!

Desafiar a Angel Muniz era casi lo mismo que desafiar a la muerte.

¿Quién no conocía sus hazañas, cuyas mentas se hacían en todos los fogones, entusiasmando al paisanaje?

¿Quién no había oído contar, siendo del pago, episodios de heroísmo del caudillo, que aparecía en ellos con perfiles de leyendas?

Todo eso lo sabía Fermín Yáñez; pero no era lo bastante para amedrentarlo. El sólo pensaba en aquel instante, que un valiente estaba frente a él, puñal en mano, y que él sabría también mostrar su coraje. Y para que el otro no dudara de su arrojo y su nobleza, para que Angel Muniz notara cuán poco le temía, díjole, al verlo desmontarse:

—Sacate las lloronas, Angelito, no te vayas a enredar.

¡Tanto era valiente Fermín Yáñez!

Al ver a su adversario en inferioridad de condiciones por su olvido al no sacarse las espuelas, no quiso tener esta ventaja, y con palabras llenas de hidalguía criolla, llamaba la atención del otro para que no estuviera en malas condiciones para el combate.

Angel Muniz, por su parte, haciendo caso omiso de la advertencia, dió la espalda a su adversario, como haciéndole ver que no temía su traición, y púsose a manear el caballo.

En eso estaban, cuando los conocidos llegaron a todo correr, impidiendo que se mataran dos amigos.

Júzguese por este detalle, cuál sería el temple del oficial que formaba entonces, en la columna de Angel Muniz.

Y en pos de estos héroes, marchaba una legión de soldados, tan escasos de medios de ataque como ansiosos de luchas y aventuras.

Los primeros días se marchó lentamente, dando tiempo a que se incorporaran los correligionarios de los lugares por donde pasaban.

Cuando la división se acercó a las Sierras de Ríos, se tuvo noticias de la proximidad del enemigo. Los chasques habían descubierto una fuerte columna que avanzaba precipitadamente, siguiendo las huellas de los revolucionarios.

Seguro de su imposibilidad para resistir al ataque, Angel Muniz trató de poner entre sus perseguidores y sus hombres varias jornadas que le permitieran ganar el tiempo necesario para completar en la frontera la organización de su columna.

Con este fin, inicióse un período de marchas forzadas, caminándose durante la noche y descansando con el caballo por la rienda.

Todo fué inútil, sin embargo; los adversarios, bajo el mando de Máximo Pérez, se empeñaron con ardor en la persecución, logrando, después de varios días de marcha, ponerse en contacto con la retaguardia de Angel Muniz.

Desde entonces, el cansancio y el hambre se apoderaron de los perseguidos, quienes, como único medio de salvarse, iniciaron una deserción que se hacía mayor a medida que la columna entraba en las sierras.

Solos, o en pequeños grupos y hasta en escuadrones enteros, quedaban los rezagados entre las cañadas de

Sierras de Ríos, mientras el caudillo presentaba pequeños combates para detener unas horas a los adversarios y dar tiempo, entre tanto, a que ganaran terreno sus huestes. Pero el hambre y la fatiga de los perseguidos podían más que la astucia y la energía de Angel Muniz.

En la imposibilidad de realizar sus planes, el caudillo torció hacia Tacuarí, cuyos montes le prestarían refugio.

En vano hizo todos los esfuerzos imaginables para salvar a su gente. A pesar de la estratagema de los fogones dejados encendidos durante la noche; a pesar de los combates presentados por la retaguardia; a pesar del simulado desmembramiento de la columna, el adversario recrudecía en su persecución.

El contacto evitado durante unos días tornaba a restablecerse, fatalmente. Y mientras tanto, las filas revolucionarias mermaban de continuo, por obra de la muerte y de la deserción.

¡Hasta Jara había abandonado el puesto de combate!

Una mañana, Justino, que avanzaba con su escuadrón por la hondonada que formaban las cuchillas, guardando uno de los flancos de la columna para impedir la deserción, vió en la cumbre de un cerro un grupo de compañeros que casi rodeados por el enemigo, habían echado pie a tierra dispuestos al sacrificio.

Aquellos hombres no debían pensar en el peligro que los amenazaba.

Permitirles realizar su intento era decretar la muerte de unos héroes.

Se hacía, pues, necesario inducirlos a que desistieran de tal empeño. Acompañado por dos de sus soldados, Justino se dirigió al grupo.

Grande fué su sorpresa cuando al llegar, conoció a su tío dirigiendo a un puñado de valientes.

Sordo a los ruegos y consejos de su sobrino, el cau-

dillo seguía empeñado en su afán por cumplir una resolución temeraria.

Desesperado ante la imposibilidad de salvar a su columna, enardecido por la fuga de los suyos, el caudillo había decretado su muerte frente al enemigo.

Justino, conocedor de la desesperación de don Angel, rogó primero; aconsejó luego; hizo ver cuánto tenía de estéril su sacrificio; habló del perjuicio que ocasionaría la desaparición del jefe, en un momento como aquel; mostró que el valor estaba en saber afrontar la adversidad. Pero todas sus palabras se estrellaban contra éstas, de su tío:

—Quiero enseñarles a esos maulas cómo se muere.

Justino propuso quedar él en el puesto del caudillo; mas el otro no cedía.

La discusión se prolongaba y acaloraba demasiado, mientras los otros estrechaban cada vez más el círculo de fuego.

No había, pues, momento que perder.

Fué entonces cuando Justino, ya enardecido por la discusión, trajo el caballo de don Angel y le ordenó, con tono que no admitía réplica, que montara y se pusiese al frente de la dispersa columna; a él lo encontraría en Tacuarí. A no ser oído, se haría matar cargando contra el adversario.

El caudillo comprendió las palabras de su oficial, y sin detenerse a contestarle, lo abrazó enternecido y partió del grupo, mientras Justino, en guerrillas desplegadas, detenía durante todo ese día el avance del enemigo.

Al caer la noche levantó su gente y fuese, burlando al adversario, que a la mañana siguiente no pudo dar con sus huellas como si se hubieran perdido en las sombras.

Así fué cómo Justino Muniz, en un arrebato de he-

roísmo, logró apartar a su tío de una muerte segura, y a sus compañeros de un desastre desmoralizador.

El joven caudillo empezaba ya a mostrar las virtudes guerreras que luego desarrolló en alto grado, y evidenciaba la firmeza de su carácter y de su palabra; condiciones ambas tan necesarias para dirigir multitudes.

Burlado Máximo Pérez por los revolucionarios, cuyas huellas ya no pudo encontrar, vagó por los rincones de las sierras, mientras aquéllos se organizaban en Tacuarí y emprendían de nuevo la campaña, incorporándose al jefe supremo de la revolución, Timoteo Aparicio.

No transcurrió mucho tiempo, cuando ya en el pago corrió la nueva de que habiendo chocado el ejército gubernista y el revolucionario, en el Paso de Severino, éste había vencido e iniciado la persecución del adversario, que se refugió en la Capital, seguido hasta aquellas inmediaciones por Aparicio.

———

CAPITULO XII

Combate del Corralito

CAMBIADA la suerte de las armas, en el combate de Casavalle, Timoteo emprendió la marcha hacia el Norte en busca del general Caraballo, a quien encontró en las puntas del arroyo Corralito (Departamento de Soriano), el día 20 de Setiembre del año 70.

El combate se inició en las primeras horas de la mañana.

Caraballo, en mejores posiciones que los blancos, amenazaba cortar las divisiones de Timoteo, mal distribuídas a causa de la precipitación de este jefe por principiar la lucha.

Entre esas divisiones, la que corría mayor riesgo, sin duda, era la de Cerro Largo, bajo las órdenes de Angel Muniz.

Teniendo a su espalda un bañado y con fuerzas inferiores, debía resistir el empuje de la caballería que con cargas sucesivas amenazaba exterminarlos en aquel cerco.

Era un día de primavera; un viento cálido por el sol, que caía a plomo sobre la tierra, soplaba en la dirección en que se encontraban las fuerzas de Caraballo.

Angel Muniz tuvo entonces una idea salvadora. Su astucia gauchesca iba a librarlo de un desastre, si con-

taba con un oficial capaz de exponerse a ser deshecho por salvar a sus compañeros.

Ese hombre se encontró: era Justino Muniz.

Al frente de la escolta de su jefe, Justino arremetió a lanza contra las divisiones enemigas.

Al galope de sus caballos atravesaron las llanuras; la voz estridente del clarín vibraba confundida con los gritos de pelea de los gauchos.

Hubo un momento trágico; remolinearon los escuadrones, mientras las balas abrían claros en la columna. Una barrera de hierros y de fuego detuvo el galope épico de los héroes. Y entre el humo; el brillar de los corvos y las lanzas; los gritos de dolor, y las voces del clarín que tocaba a degüello, aquellos hombres enardecidos luchaban desesperados en el afán de dar la muerte o de morir.

Largo rato duró el entrevero de muerte, hasta que la gente de Muniz emprendió la retirada. Fué una retirada sin persecución; los otros formaban de nuevo sus cuadros.

Vueltos al lugar de la partida, los revolucionarios volvieron a alistarse.

Fué un momento de amargura; había muchos claros en la columna; los dejaron los caídos en el entrevero.

Los héroes estaban solos. El resto de la división había ya traspuesto el bañado.

Entonces vieron con claridad la suerte que les esperaba. Pero no había tiempo para reflexionar; ya los escuadrones enemigos embestían con nuevo furor. Era necesario abrirse paso a través de ellos.

Nuevamente el clarín ordenó a la carga; y la embriaguez de muerte dominó en el entrevero.

Desde la cuchilla cercana, Angel Muniz ordenaba a sus escuadrones que acudieran en socorro de los que

perdían sus vidas por salvarlos. Pero era tanto el peligro y tan traidor el bañado, que aquéllos llegaban hasta él, y retrocedían. Mientras tanto pasaban los instantes y con ellos la esperanza de salvar a los amigos.

Fué entonces cuando Andrés Ybáñez, obedeciendo a un impulso generoso, y sin haber recibido orden del caudillo, preparó su gente y al galope tendido pasó frente a los otros mientras les gritaba, poseído por la indignación:

—Así se salva a los amigos.

Estos nuevos voluntarios se perdieron entre los pajonales del bañado, para caer de improviso sobre un flanco de los colorados y obligarlos a retroceder.

Gracias a este gesto de Andrés Ybáñez, Justino pudo volver con los pocos soldados que le quedaban, junto a los que le debían la vida.

Los de Caraballo, entusiasmados por aquella retirada inexplicable, avanzaron sobre el bañado, creyendo que allí estaría encerrado Angel Muniz.

De pronto una gran humareda partió del otro extremo del bañado: se sintió el estallido de los caraguatás resecos. La nube se hacía por momentos más intensa, surcada a veces por llamaradas que partían del pajonal.

Al principio era un humo grisáceo, que se elevaba perpendicularmente hacia el cielo; luego fué ensanchándose poco a poco, hasta convertirse en una inmensa nube, negra, compacta, que se elevaba unos instantes, para luego flotar casi a ras del suelo, haciendo ondular los pajonales que aún no habían prendido.

El viento colaboraba entonces en los planes de Angel Muniz.

No tardó mucho tiempo y ya el humo se hacía insoportable, mientras seguían estallando los caraguatás y ardiendo los pajonales,

El calor era sofocante.

Los perseguidores comprendieron entonces, parte de la estratagema de Angel Muniz. Desgraciadamente, aún faltábales algo por conocer.

Al emprender la retirada, obligados por aquel enemigo que se había levantado de pronto, como una visión del Infierno que cerraba el horizonte, los colorados se encontraron con que los revolucionarios los atacaban por la espalda.

El pánico cundió entre ellos, que sólo pensaron en huir, dejando a los blancos dueños del campo de batalla.

Así, por obra de la concepción astuta de Angel Muniz; gracias al valor de Justino y la noble indignación de Andrés Ybáñez, la batalla de Corralito se había ganado en aquel terreno.

Esa noche, de seguro, los nombres de Angel Muniz, de Justino y de Andrés Ybáñez, serían glosados en los fogones, sugiriendo el de aquél comentarios risueños por su astucia, y el de los últimos, arrancando frases de admiración por aquellos dos oficiales que aparecían unidos por la amistad y el valor, entre el torbellino de muerte y en el pensamiento del gauchaje.

A la mañana siguiente, los revolucionarios, que durmieron esa noche sobre las armas, notaron la desaparición de Caraballo.

Timoteo Aparicio partió en busca del general Gregorio Suárez con el fin de batirlo; pero como éste hubiera pasado el Río Negro, dejando solo el Sur de la República, el caudillo blanco se dirigió sobre Montevideo, a la que puso sitio.

Después de haber tomado la fortaleza del Cerro y de librar algunos combates parciales con las fuerzas del Gobierno, Aparicio tuvo que levantar el sitio, pues lo amenazaban por la espalda las fuerzas de Suárez.

CAPITULO XIII

En Sauce Muniz conquista la lanza de Arbolito

Por algún tiempo se buscaron los ejércitos enemigos, hasta encontrarse frente a frente el día 25 de Diciembre.

Suárez había ocupado excelentes posiciones en el Sauce (Departamento de Canelones). Atacarlo allí era una imprudencia, según la opinión de la mayoría de los jefes revolucionarios, entre ellos Angel Muniz, quien tuvo un serio resentimiento con Timoteo Aparicio, que se hallaba empeñado en dar la batalla. Parte del terreno era tierra arada y surcado por zanjas; lo que dificultaba la acción de la caballería, arma casi única del ejército revolucionario.

A pesar de todo, Aparicio inició el combate.

La infantería de Suárez, formada en triángulo, ofrecía una resistencia tenaz a los escuadrones blancos.

Haciendo descargas sucesivas, unas y otras líneas, producían una enorme cantidad de bajas en las filas revolucionarias, sin que ellas, por su parte, perdieran gran cosa.

Era aquello — según las impresiones que recogí de boca de Muniz — una barrera indestructible.

La batalla presentó bien pronto dos faces:

En un frente, la infantería de Suárez, a pesar de es-

tar rodeada por la caballería de Aparicio, seguía ofreciendo una resistencia inquebrantable. En el otro frente, las dos caballerías chocaban en asaltos cuerpo a cuerpo.

Entre estos estaba Justino Muniz.

Al principio la caballería gubernista resistió con ardor al avance de los revolucionarios; pero luego empezó a ceder ante la avalancha de los escuadrones blancos.

La retirada se inició defendiendo los colorados, palmo a palmo, el terreno.

En un lugar de la línea ocurrió la escena que relato, siguiendo fielmente las palabras de Muniz y las de un testigo que presenció el episodio.

Dos escuadrones de Angel Muniz, bajo las órdenes de Fermín Yáñez y de Justino, se batían encarnizadamente con fuerzas adversarias, obstinadas en no retroceder.

Los blancos, desplegados en semicírculo, amenazaban encerrar a los contrarios, cuando éstos emprendieron una fuga precipitada, defendidos en su retaguardia por un grupo de compañeros.

Al notarlo los perseguidores, arremetieron contra los pocos que les hacían frente. De pronto, del entrevero se vió salir dos hombres. Uno, oficial colorado, huía por las llanuras en dirección a sus compañeros que habían vuelto a alistarse, seguido por un jinete que aguijoneaba su caballo, empeñado en alcanzarlo antes de que se hubiera reunido con los suyos.

El primero era el jefe del escuadrón derrotado; el segundo, Fermín Yáñez.

Por unos momentos, pareció que Fermín Yáñez no tardaría en dar caza a su perseguido; pero su caballo empezó a menguar en la carrera.

El jinete, original en el modo de prepararse para lancear, soltaba los grandes estribos de campana que, con el movimiento del caballo, pegaban contra sus patas delanteras, imposibilitándolo para correr.

En vano el jinete hacía sangrar los ijares del pobre bruto, desesperado, aquél, al ver cómo se le escapaba su presa. El otro ganaba terreno, alejándose poco a poco de su perseguidor.

Fermín Yáñez, imponente con su cuerpo de atleta y sus grandes piernas que golpeaban contra el caballo, llamaba a grandes voces a su perseguido, incitándole a que aceptara aquel combate singular que él buscaba. En su desesperación, tan pronto castigaba a su flete con el rebenque, como lo golpeaba con su enorme lanzón que sacudía con rabia.

De pronto, otro jinete partió del grupo que se había detenido a contemplar la escena.

El nuevo jinete recogió las riendas de su brioso caballo overo, lo aguijoneó con sus lloronas y partió a la carrera en busca de los otros.

En un minuto estuvo junto a Fermín Yáñez. Al pasar frente a él, le gritó, entre risueño y severo:

—Así se lancea, viejo.

Cuando el aludido miró a su lado, sólo vió la polvareda levantada por el caballo del otro, que lanza en ristre, se acercaba por momentos a su perseguido.

Yáñez detuvo su caballo, entre furioso y resignado. Aquel jinete que cruzó, como una extraña visión gauchesca, había de consumar su intento.

Un instante más, y el extraño caballero ya alcanzaba al perseguido.

Fué un minuto, no más.

Los caballos detenidos por breves momentos, emprendieron de nuevo al galope, aguijoneados por las espuelas, mientras los frenos sujetábanlos fuertemente, haciéndolos levantar la mitad del cuerpo. Los hombres, casi parados en los estribos y tratando de ocultarse detrás del cuello del caballo, acometieron con las lanzas prontas.

El choque fué instantáneo.

Las lanzas surcaron como saetas el espacio, y mientras una caía bruscamente después de haber errado el golpe, la otra se hundía en el costado del oficial perseguido, que tambaleándose sobre el caballo, cayó pesadamente.

Lo bárbaro y heroico de aquella escena enardeció a los compañeros del vencedor, quienes, con Fermín Yáñez al frente, acudieron en su ayuda, pues los amigos del vencido bajaban ya la cuchilla dispuestos a vengar la muerte de su jefe.

Al llegar Fermín Yáñez junto al vencedor que, desmontado, recogía para sí la lanza de su víctima, pues la hoja de la suya había quedado en el pecho del otro, reconoció a Justino Muniz.

Entonces comprendió el veterano caudillo la intrepidez de aquel jinete que pasó como una ráfaga por su lado y se atrevió a demostrarle cómo se lanceaba.

Eso sólo podía hacerlo aquel temible muchacho que bajo la humildad de su traje de gaucho, llevaba un corazón de héroe.

A pesar de la victoria parcial obtenida por las tropas revolucionarias en las primeras horas de combate, fueron vencidas completamente, teniendo que abandonar el campo de batalla.

***

La guerra continuó asolando al País, sin que una batalla decisiva dejara entrever al vencedor en aquella lucha cruenta y fratricida.

La suerte de las armas, favorable unas veces a las tropas legales y otras a las revolucionarias, no acababa

de decidirse francamente por ninguno de los dos adversarios.

Aparicio, después de la derrota del Sauce, organizaba nuevamente su ejército, mientras transcurrían los meses en pequeños combates.

El 17 de Julio del año 71 volvieron a encontrarse los ejércitos gubernista y revolucionario en los Manantiales de San Juan, Departamento de Colonia.

Después de todo un día de combate, los colorados, bajo los órdenes de Suárez, vencieron completamente a las fuerzas de Aparicio.

En ese encuentro, uno de los más sangrientos de esta guerra, cayó el general Anacleto Medina, antiguo y prestigioso caudillo, cuyo nombre gozaba de una triste popularidad desde el día trágico de Quinteros.

Después de este fracaso, Aparicio emprendió la retirada hacia el Norte.

Angel Muniz, disgustado con su jefe por razones de mando, se separó con su división y se dirigió hacia el Noreste, costeando el río San José.

Seguido por los adversarios, la retirada fué difícil y penosa.

El País, después de una guerra tan prolongada, presentaba un miserable aspecto de desolación y de tristeza.

La miseria en los ranchos; sin existencia las pulperías; los surcos cubiertos de yuyos; los campos desiertos de animales, sólo ostentaban los vestigios de algún campamento; las caballadas desaparecidas; ese era el aspecto que presentaban las regiones por donde pasaba aquel ejército de perseguidos, constituyendo ellos una nota más de dolor y de miseria.

Acosados por el hambre y el sueño, aquella muchedumbre atravesaba los campos de la patria, sin contar, siquiera, con un buen caballo en el que hacer grandes

jornadas y alejarse de los perseguidores. Harta dicha era entonces montar un flete.

En uno de estos días tristes, ocurrió este sencillo episodio:

El ejército marchaba por la llanura, rodeando la meseta en la que se alzaba el blanco caserío de una estancia.

En la manguera, una tropilla remolineaba entre la nube de polvo que levantaba al sentir el silbido de los lazos, que iban sujetando a los potros elegidos por los gauchos.

La manguera se fué despoblando poco a poco, mientras los soldados, ya dueños de un caballo, descendían la meseta en dirección a la columna. En la puerta aún quedaban un coronel y dos ayudantes; adentro, los flacos rocines que no se llevaron porque apenas si mantenían en pie sus esqueletos, y entre ellos un petizo mozo, gordo, que invitaba a ponerle las "garras". Aquellos hombres parecían esperar a alguien.

Del bajo se vió llegar a dos jinetes; pero no debían ser los esperados, pues al llegar apenas si cambiaron un saludo con los que ya estaban.

Eran los jinetes dos hombres altos, erguidos sobre el lomo de sus flacos caballos. Bajo el sol inmenso que blanqueaba las cordilleras, y cuya luz inundaba las campiñas, los gauchos presentaban un triste contraste y era porque en la alegría de la luz, hacíase más visible la pobreza de sus trajes.

Uno de ellos, después de quitarle los arreos a su caballo y de apoyar su lanza en el muro de piedra de la manguera, avanzó con el freno en la mano en dirección al petizo.

Era el recién llegado un tipo alto, membrudo; vestido a la usanza gaucha, aunque con pobreza; llevaba gran

sombrero ceñido por una divisa que había sido celeste, descolorida entonces por las lluvias y los soles; por debajo de las alas del sombrero, una melena lacia le llegaba hasta la golilla.

Su cara, descubierta del todo por el ala del sombrero quebrada hacia atrás, tenía los rasgos de un hombre enérgico y taciturno. Casi cubierta por una barba en la que ya se anunciaban las canas; de tez broncínea, tenía unos ojos de mirar severo y de una frialdad impresionante.

Por lo demás, en todos sus vestidos la impresión de miseria era la que se notaba más fuertemente.

Cuando nuestro hombre se llegó junto al petizo, que aguardábale receloso, el coronel le gritó:

—No agarre ese animal.

El otro miró a su compañero, y como no recibiese una palabra que reforzara las del coronel, volvióse tranquilo hacia el petizo.

Fué inútil que el oficial mandara por dos veces dejar el rocín; el otro ya le había puesto el freno, y sordo a las voces que le dirigían, marchaba en direccion a su compañero.

Iracundo el militar por la falta de respeto de aquel desconocido, díjole:

—¿De quién serás soldado, gaucho atrevido? Así será tu jefe.

No había terminado la última frase, cuando el que esperaba, irguiéndose en los estribos, le contestó:

—Del mismo que es capaz de bajarte de un lanzazo, si seguís gritando.

Se volvió el aludido y de un rápido vistazo examinó a su interlocutor.

Era éste un gaucho cuya edad parecía no pasar de los treinta años. Bajo sus ropas, raídas por el largo

uso, se perfilaba un tipo en la plenitud de su juventud y de su fuerza. Tostada su cara por el sol, con una hermosa barba negra, tenía una expresión noble y firme, a la vez. Pero lo que más inquietaba en él, era su mirada penetrante y su nariz recta y severa.

Aún cuando aquel hombre no llevaba ni sable ni galones, había de ser, sin duda, oficial de valor. Así lo probaba una cicatriz que naciendo en lo alto de su ancha frente, se perdía entre la crespa y renegrida melena, y su ademán resuelto al empuñar la lanza.

El coronel lo comprendió así; por eso, como queriendo explicar, dijo:

—Es que ese petizo es para un hijo de don Angel.

Creyó que este nombre impresionaría al desconocido.

No fué así, sin embargo.

Con el aire imperativo de antes, el desconocido contestó:

—El hijo de don Angel tiene caballo y aquí no estamos para adulonerías.

Sus palabras y su actitud hablaban elocuentemente de su resolución.

El coronel reconoció en aquel gaucho harapiento, un hombre dispuesto a no ceder en sus palabras. Poseído de un íntimo y mal disimulado rencor, dió rienda a su caballo y fuese en busca de don Angel, a quien relató lo acontecido.

El caudillo preguntó entonces las señas de los otros jinetes, y al reconocer en las palabras del oficial a uno de ellos, díjole sonriente:

—Hizo bien, amigo, en venirse; pues quien lo amenazó es muy capaz de cumplir lo que promete. Ese es Justino.

El otro, recién incorporado a la columna, recordó entonces lo que de Justino se decía en los fogones. Pero

lo que no supo fué quién era el gaucho que lo acompañaba.

Ese era Tomás Moreira.

La historia de Tomás Moreira fué una historia trágica.

Gaucho valiente y altanero, era también dado a pasarse los días junto a la carpeta, jugando sus onzas.

En el pago se le tenía por uno de los tantos valientes que a diario sacaban a relucir sus puñales en las rejas de las pulperías.

Domador y buen campero, vivía en todas las estancias sin parar en ninguna.

En la misma región habitaba un viejo, hermano de unos caudillos blancos, cuyo nombre no hay para qué citarlo. Poseedor de regular fortuna, tenía el anciano por compañía una parda tan vieja como él, y un niño.

Una mañana se supo que aquél y su criada habían sido muertos en su rancho la noche antes.

Las sospechas recayeron sobre algunos individuos cuyas malas condiciones eran de todos conocidas, y entre ellos se incluyó el nombre de Tomás Moreira.

A pesar de que nadie le conocía tan malos antecedentes como para creerlo capaz de semejante crimen, las pruebas que se daban en su contra tenían apariencias aplastadoras. El niño, único sobreviviente de aquel crimen, acusaba a Tomás Moreira.

Decía que esa noche, a la hora en que las sombras habían cubierto las lomas y cuando la oscuridad era completa, los perros ladraron con furia, como anunciando la llegada de gente desconocida.

Los perros continuaban avanzando, y por la desesperación de impotencia de sus ladridos era de suponer que los recién llegados atravesaban ya el patio.

El silencio y la oscuridad eran completos; por eso

los ladridos desesperados de los perros, ante aquellos desconocidos que ocultos en la sombra parecían despreciarlos, tenía mucho de inquietante.

Arrinconados, los canes ya no ladraban, sino que gruñendo enfurecidos, daban la impresión de que acosados por alguien, aún intentaban defender el rancho...

De pronto, unos golpes secos dados en la puerta, despertaron a la parda que se levantó sobresaltada.

Desde entonces el niño no vió más, hasta el momento en que agazapado detrás de unos trastos, con los ojos abiertos por el espanto, vió a un hombre alto, fornido; cubierto con un gran poncho; y a la luz del candil que sostenía un compañero, la cara impresionante con su barba negra y sus ojos que dábanle un aspecto terrible. Y vió cómo el desconocido se agachaba sobre el lecho del anciano, al que oprimía el cuello con una de sus manos, mientras esgrimía en la otra un gran puñal.

Después... él no sabía decir más.

A la mañana siguiente, cuando acudieron los vecinos al rancho en el que había tenido lugar tan bárbara tragedia, encontraron junto a la puerta el cadáver de la pobre parda y en el lecho al anciano, con el cuello herido de feroz puñalada, conservando en el rostro una mueca de trágico espanto, y con las manos crispadas por el dolor de la agonía. Y el niño aseguraba, nervioso aún por la impresión recibida la noche antes, que aquella cara terrible que vió alumbrada con la luz rojiza del candil, que al tocarla dábale aspecto de diabólica visión; que aquella cara, con su barba espesa, que se perfilaba en la penumbra del rancho en el cual se quitaba la vida de una mujer y un anciano, no era otra que la de Tomás Moreira.

A pesar de estas declaraciones. Tomás Moreira sostenía su inocencia.

Lo cierto es que nunca se pudo saber la verdad, pues el miedo del niño y otras influencias extrañas, podían hacerlo acusar a un inocente. Pero es también cierto, que al poco tiempo se supo en el pago que Tomás Moreira estaba en viaje para la ciudad, bien custodiado por la Guardia Civil.

La guerra hizo olvidar la suerte del condenado. Sin embargo, Tomás Moreira aún no debía desaparecer para siempre de la comarca.

Como verdadero gaucho, amaba las cuchillas de su pago, tanto como a su novia. En ella sólo encontraba la alegría de su vida. Allí se conocían sus proezas; se sabía toda su historia, que era su mejor blasón y estaba el caudillo, conocedor de su valor, y los paisanos y las criollas, en los que había depositado todos sus afectos. Es verdad que Moreira era un vagabundo en sus pagos; pero también es verdad, que para sus correrías el límite se cerraba en las cuchillas que divisaba en lontananza. A no ser en las convulsiones guerreras, o por razones imperiosas, él, como sus conterráneos, no se atrevería a internarse más allá del horizonte que cerraban sus cuchillas. Por eso, un día en que la división de Cerro Largo marchaba hacia el Norte, se presentó un gaucho preguntando por Justino Muniz.

Llegado que hubo junto a éste, Moreira, que era el gaucho recién venido, contóle en pocas palabras la historia de sus últimos tiempos: que ahora, libre de la Justicia, declaraba no haber muerto al anciano; pero que su cuchillo se había manchado no hacía mucho, de sangre. Dijo que sacado de la prisión para el servicio de la guerra, lo pusieron en un batallón de línea, en el cual militaba un sargento que se había empeñado en vejarlo, porque lo sabía blanco.

El soportó en silencio aquellas ofensas, esperando la

hora de la venganza. Esta no tardó en llegar. Cierto día, el sargento habíase apartado de la columna, en busca de caballos; Moreira, al saberlo, solicitó y obtuvo permiso para acompañarlo. Se encontraron en un bajo, y entonces, el gaucho ofendido vengó sus agravios con varias puñaladas mortales.

Ahora, libre, pedíale a Muniz lugar en sus filas.

Ese era el gaucho harapiento a quien gritó el coronel aquella mañana en la manguera.

Más tarde, terminada la guerra y vuelto a sus pagos, Moreira tuvo que hacer vida de matrero.

Durante la dictadura de Latorre, dos hermanos de su supuesta víctima desempeñaron el cargo de Comisarios en aquellas secciones.

El deseo de venganza, no satisfecho por las razones que he dicho, renació con nuevo ardor en el seno de aquella familia. Era necesario que Moreira pagara con su vida la del otro.

El sabía que sus enemigos eran tenaces e implacables; por lo mismo toda precaución era poca.

Así pasaron para él los días, mientras su nombre se iba rodeando de leyendas.

De tarde en tarde, un jinete llegaba a la pulpería, y después de haber tomado algunas ginebras y de haberse chanceado con los presentes, volvía a montar a caballo, dejando irónicos mensajes para el Comisario.

Descubierto el incógnito viajero, aquella hazaña levantaba detrás suyo manifestaciones de aprobación y simpatía, mientras él se ocultaba detrás de las cuchillas, como un pequeño punto perdido entre las sombras.

Otras veces era en el galpón de una estancia, donde el viajero de "pa dentro" estuvo amargueando con los policías y preguntándoles por la casa del Comisario, por el carácter de éste y otras noticias del pago.

Y se contaba que, después de mucho hablar y oir las mentas del "bandido Tomás Moreira", el viajero se había marchado, no sin antes jugarles una mala pasada a los asombrados perseguidores, que recién entonces cayeron en la cuenta de que habían estado con el propio Tomás Moreira.

Así, como un fantasma que aparece en todos lados sin ser conocido, hacía él su vida de matrero.

Por cierto que alejándose del pago, podría recobrar la tranquilidad perdida; pero él no lo pensaba así. Su alejamiento haría pensar en su temor al peligro, y acabaría con la leyenda que acerca suyo creaban los paisanos. Fuera de allí, no llenaría de asombro a los que desde la reja de la pulpería lo vieron apearse atando su caballo al lado de los de los "milicos". Fuera de allí, no gozaría ya de aquel extraño renombre de audaz y de valiente, que dábanle los paisanos, entusiasmados por las verdaderas o supuestas hazañas de tan singular matrero.

¿Que Moreira merecía aquella fama de que gozaba? Yo no he podido saberlo. Quizá no fuera ni tan astuto, ni tan inocente como se decía. Pero lo que de todos modos es cierto, es que nadie dudaba de sus hazañas. Y era porque lo romancesco de su vida entusiasmaba al paisanaje, que había hecho de él un prototipo de la nobleza y de la astucia.

En la imaginación de los gauchos, desaparecía el hombre para dar lugar al héroe de la leyenda.

Su fama llegó al colmo, la tarde en que se atrevió a provocar a los policías delante de los paisanos.

Se realizaban entonces grandes carreras en la Laguna del Negro.

Nada de extraño había en ellas que señalar.

Los grupos partidarios de los "parejeros" que corrían

esa tarde, hablando con expresiones indirectas para evitar cualquier oyente importuno; junto a los "trillos", donde "partían" hacía rato los caballos, las voces de los gauchos proponiendo apuestas; en las carpas, las "quitanderas" y los payadores, solazando a los perdidosos que no tenían con qué aceptar los desafíos que les harían, de seguro, en la cancha. Bajo las enramadas, los ombúes o los mimbres, el flete "tapado", cuya custodia hacía su compositor, esperando el turno, y por todos lados, algún borracho impertinente desafiando con apuestas que su cinto, exento del todo, no podría pagar.

Hasta entonces, era una reunión como tantas de su índole.

Al caer la tarde, cuando ya sólo corrían los "matungos", empezó a decirse que alguien había visto en una carpa a Tomás Moreira.

Luego se aseguró que la policía le había preparado una emboscada. Por eso, a ninguno de los que estaban en aquella enramada causó asombro cuando un recién llegado anunció que Moreira se alejaba perseguido.

Sólo uno pareció interesarse por el asunto. Era un muchachón de veinte años; de rostro alegre y fácil palabra. Tenía el aspecto de un gauchito humilde. Se llamaba Lino Pí.

Cuando oyó decir que Moreira era sólo contra tantos, arrojó las cartas sobre la carona que hacía de mesa, y cogiendo el rebenque, se dirigió a su caballo.

Sorprendidos los otros por su inesperada actitud, preguntáronle dónde iba, y él, sin detenerse, mientras se afirmaba en los estribos, contestó:

—Me voy con Tomás Moreira. Voy a probarme.

Cuando partió, Moreira marchaba al trote de su caballo, por la cuesta de una cuchilla. No parecía huir de aquel grupo de soldados que le seguían a unas cuadras de distancia.

Los que jugaban con el recién partido, vieron cómo éste atravesaba al galope las distancias y llegaba junto a Tomás Moreira.

En la cumbre de la cuchilla; a corta distancia de sus perseguidores y a la vista de todo el concurso, el matrero y su nuevo compañero se estrecharon en un abrazo que fué como una solemne promesa de cariño y de su inquebrantable resolución de morir luchando...

Luego se alejaron poco a poco, siempre ladereando las cuchillas, a las que ya empezaban a invadir las sombras.

Los policías seguían sin mostrar precipitación por darles caza. Se diría que por cumplir un desafío ya aceptado, buscaban el terreno propicio para medirse.

Sin embargo, no tardó mucho tiempo, cuando los perseguidores volvieron con la nueva de que Moreira y Pí se habían perdido entre las sombras de la noche.

Esta nueva hazaña del matrero conquistó para su fama los corazones gauchos que aún dudaban de su valor.

En cuanto a Pí, fué mentado como el prototipo de la nobleza gaucha. En sus veinte años, aún no había tenido oportunidad de "probarse", y su espíritu inquieto y aventurero encontró honrosa ocasión, aquella tarde en que a un valiente perseguían tantos enemigos.

Pasaron los tiempos y Tomás Moreira aún continuaba inquietando a sus perseguidores y asombrando al paisanaje con sus hazañas.

Gran satisfacción era para un gaucho el ser amigo de aquel hombre excepcional. Todos hubieran querido estar presentes cuando Moreira burló en alguna estancia o pulpería, a la Guardia Civil.

La dictadura de Latorre se prolongaba demasiado; lo que hacía prever que ya tocaba a su fin.

En uno de esos días, Moreira estuvo a visitar a su

jefe, Justino Muniz. Al despedirse, el caudillo le hizo notar la prudencia que había en alejarse por un tiempo del pago. Latorre no tardaría en caer y sus enemigos aprovecharían la oportunidad para vengarse.

Muniz sabía que estaban sobre su pista; no era, pues, prudente el exponerse a caer en sus manos.

Al oir hablar así a su jefe, que aunque mucho más joven que él, merecía todo su respeto, el gaucho altanero se sintió conmovido.

Tal vez pensó en su tranquilidad perdida para siempre.

Con la voz temblorosa por la emoción, Moreira agradeció al caudillo sus consejos y se despidió prometiendo cumplirlos.

Al poco rato se había perdido entre los bañados del Tacuarí.

Dejaba a su espalda a sus amigos gozando de una plácida tranquilidad, mientras él volvía al seno de lo más huraño de la naturaleza, único lugar donde encontraba un poco de reposo.

Al otro día, los paisanos vieron pasar un jinete en dirección al Frayle Muerto. Era Tomás Moreira.

Al llegar el mediodía, el viajero se bajaba en un rancho, dispuesto a pasar unas horas con unos parientes que allí habitaban.

El astuto matrero cometía una imprudencia que había de serle fatal; se le odiaba demasiado para dejarlo irse sin intentar, los otros, consumar su venganza.

No hacía mucho que Moreira descansaba en la casa, cuando la voz de su más temible enemigo le anunciaba desde fuera el último momento de su vida.

El perseguido se levantó pronto para el combate. Por la naturaleza de su vida, dormía siempre dispuesto a defenderse.

Viéndose perdido, escuchó sin contestar las amenazas que el otro le dirigía.

Trataba de ganar tiempo para aprovecharlo discurriendo sobre la mejor manera de salir de aquel paso.

Cautelosamente, escudriñó por las rendijas de las ventanas y las puertas.

Hubieron de ser tristes sus pensamientos, cuando vió que doce o quince hombres rodeaban el rancho.

A pesar de que el otro parecía no tener prisa por terminar aquella escena, Moreira notaba que su ingenio nada podría contra su destino.

Nervioso, agitado, medía a grandes pasos el piso de su prisión, con el puñal en una mano y la pistola en la otra.

Su enemigo perdió por fin la paciencia, y le gritó:

—Si no salís, prendo fuego al rancho.

Estas palabras provocaron una corriente de odio en el ánimo del matrero.

El no moriría así, acorralado en su refugio, como un cobarde que no se atrevía a hacerle frente a la muerte. Pensar en que él quedaría guardado por aquellas paredes de terrón, era inferirle un insulto que él iba a vengar bien pronto.

Con la voz serena y firme, contestó:

—No te apurés, que ya voy.

Los momentos que precedieron al drama fueron de una calma impresionante.

Mientras Moreira, adentro, hacía sus preparativos, los otros se colocaban estratégicamente frente a la puerta por la cual debía salir el gaucho.

Bien sabían los perseguidores que se iban a medir con un valiente; era necesario, pues, tomar todas las precauciones, a fin de que no se les escapara una vez más. Por otra parte, su demora en salir era indicio de que Moreira se disponía a vender cara su vida.

La plenitud de la luz solar parecía hacer más visible el ambiente de tragedia que rodeaba a aquel rancho.

Pocos instantes después, la puerta se abrió violentamente. En ella apareció la figura altiva del matrero.

Estaba remangado; en una mano llevaba un colchón que servíale de escudo; en la otra el puñal.

Era tan serena y tan resuelta su actitud, que los otros dudaron un instante.

El matrero clavó sus miradas en las de sus adversarios; en aquel duelo de sus espíritus, el perseguido dominó a los policías.

Fué un instante de calma, precediendo a la tragedia.

Después, todo pasó en un minuto.

Los otros se lanzaron contra el gaucho, mientras éste, con agilidad de tigre acorralado, echaba el colchón a la cara de sus atacantes, y con el puñal se abría paso entre ellos.

A poco, se vió salir del entrevero a Tomás Moreira, pistola en mano, deteniendo el avance de sus enemigos.

Corría en dirección al monte que estaba a pocas cuadras de distancia.

Si conseguía ganarlo, se habría salvado. Pero el lograrlo era entonces muy difícil.

Los otros lo seguían de cerca, haciendo fuego con sus carabinas.

Acababa de sonar una descarga. Tomás Moreira se detuvo de súbito; su cuerpo, tambaleándose, se inclinó hacia adelante; se doblaron sus rodillas y cayó.

Tenía una bala en la cadera.

Al notarlo los otros, corrieron hacia él, ansiosos de ultimarlo; pero el matrero, haciendo un supremo esfuerzo, logró sentarse y volver a empuñar su pistola, cuando ya aquéllos estaban cerca suyo.

Caído y todo, era temible aquel gaucho.

Desesperado ante la imposibilidad de su venganza, mandaba, invitaba, rogaba a su enemigo a que se acercase a ultimarlo.

Por respuesta, sólo obtuvo una nueva descarga....

Cuando el humo dejó ver, Tomás Moreira yacía en tierra, con una oleada de sangre en los labios.

Se había cumplido su destino. Había muerto con la heroicidad propia de su vida.

Los otros, después de quitarle sus armas, dejáronlo en el campo, de donde lo recogieron unas manos amigas para darle piadosa sepultura.

Su muerte se supo bien pronto en toda la comarca. Y entonces, el paisanaje tejió en torno suyo mil leyendas acerca de su vida y de su muerte, y los payadores crearon nuevos romances de heroísmo.

Tomás Moreira dejaba de ser hombre para ser símbolo.

Yo he recogido el eco de esas leyendas y de esos romances, en momentos en que desaparecen para siempre, los héroes y los poetas que les dieron forma y vida.

Piadosamente, he conservado la legendaria historia de Tomás Moreira, sin atreverme a separar la verdad de la poesía.

Cansado el País de tanto sufrir el azote de aquella interminable guerra, los políticos se decidieron a iniciar tratativas de paz, que felizmente llegaron a su fin el día 6 de Abril de 1872.

En cumplimiento de las cláusulas establecidas en el tratado de paz, disolviéronse los ejércitos revolucionarios y el País volvió a la lucha por su engrandecimiento y prosperidad.

CAPITULO XIV

Días de paz

NUEVAMENTE volvió Justino a dejar su lanza, para empuñar los útiles de trabajo.

A su vuelta a los pagos encontró a éstos tristes y empobrecidos por la guerra que recién terminaba.

En muchos ranchos, las criollas lloraban al gaucho que quedó para siempre en los campos de Corralito, del Sauce, o Manantiales...

Durante dos años abrigaron la esperanza de verlo tornar de la "patriada", cansado de la vida andariega que llevó; pero al fin libre para estrechar, despues de tanto tiempo, a la criolla entre sus brazos.

Por desgracia, un amigo trajo la triste nueva de su suerte.

Como un valiente había quedado entre los que cayeron en el entrevero. Y la pobre criolla, al ver alejarse su última esperanza, habrá maldecido nuestras guerras que a tantas esposas como ella dejaron desamparadas.

Ya no volverá la guitarra a descolgarse del clavo, en el que durmió tanto tiempo, esperando a que las manos del gaucho la hicieran evocar sus tristezas y sus melancolías. Quedará para siempre allí, cubierta de polvo; adornada por la cinta que se irá tornando descolorida. Muda para siempre, dormirá la guitarra que pulsó el

gaucho en las tardes del verano, cuando el sol se ponía en las lomas, o en los días del invierno, cuando la lluvia prohibíale salir.

¡Quién sabe por cuánto tiempo habrán volado de su seno las armonías que guardaba! Tal vez para siempre haya muerto la caja sonora, que ahora está ahí, muda y quieta, como ocultando en su seno el alma del gaucho que la hacía cantar.

En las conversaciones del fogón o de la pulpería, saldrán a luz los recuerdos de los que ya no están y evocada por los guerreros, el alma de los muertos flotará entre los amigos de siempre.

Los compañeros de los caídos sabrán actos de heroísmo de aquéllos, y al relatarlos se encenderán, en el pecho de los hijos que quedaron sin padre, nuevos deseos de venganzas. Y la fama del ardor y coraje con que lucharon hasta la muerte, se conservará a través de los tiempos, siempre recordada por las narraciones de los veteranos.

En casa de Muniz, su llegada se recibió con todo el regocijo con que se abraza al que por mucho tiempo se espera, con el temor de que no vuelva jamás.

Empeñoso como siempre, Muniz se dió al trabajo que tan necesario le era para reorganizar su hacienda.

En eso estaba, cuando a mediados de Junio recibió una nota que decía así:

"Melo, Junio 20 de 1872. — El infrascripto tiene " a bien comunicar a usted que con esta fecha ha sido " nombrado Comisario General del Departamento del " Cerro Largo. Al conferir a usted tan importante car- " go, cuyas atribuciones están determinadas en las ins- " trucciones que con esta misma fecha da a usted la " Gefatura, espera que sabrá corresponder dignamente " a la confianza en usted depositada. Dios guarde a " usted muchos años.—*Bernabé Rivera.*—Al señor Co-

" misario General del Departamento del Cerro Largo, " don Justino Muniz." (*)

La designacion de que fué objeto cambió en algo la vida campesina de Muniz.

Como por la naturaleza de su cargo debía vigilar todo Cerro Largo, le era necesario, para cumplir debidamente con su cometido, el estarse mucho tiempo alejado de su hogar.

Por la propia idiosincrasia de la sociedad de aquellos tiempos, el Comisario tenía entonces muy poco que hacer. El abigeato, una de las plagas de la campaña actual, era entonces poco menos que desconocida. En un medio donde las materias primas se encontraban al alcance de todos; con estancias en las que jamas se negaba la hospitalidad al viajero, y en cuyos campos las haciendas se reproducían en gran número, y como, por otra parte, el gaucho no ambicionaba mas que vivir en libertad, la tentacion del delito no confundía su mente. Pero si bien es verdad que en esto la tarea policial era escasa, no es menos cierto que su cometido era ingrato, cuando se trataba de delincuentes que se daban a la vida de matreros.

Muniz, sin embargo, veía facilitada en esto su tarea, a causa del prestigio que gozaba entre el paisanaje. Los matreros tenían buen cuidado de no merodear en los lugares que estaban bajo la vigilancia del caudillo.

Haciendo uso de una actividad que siempre lo distinguió, éste iba de estancia en estancia, donde se le recibía, como en los comercios y los modestos ranchos, con el respeto y el cariño con que se recibe a un viejo amigo, conocido de todos y apreciado por sus condiciones de hombre honrado y de valor.

(*) El original de esta nota, encontrada en el archivo de Muniz, se halla en mi poder.

Su propio cometido servía al acrecentamiento de su prestigio.

Como Comisario General tenía bajo sus órdenes un crecido número de inferiores, que en las tareas de la paz reconocían al jefe que los guiaba en la guerra; y los demás que al ponerse en contacto con él no podrían resistir al influjo de sus palabras llenas de verdad y honradez, que daban, por sí solas, idea de la superioridad de su espíritu. Por otra parte, en una sociedad como aquella, cuando el que tiene en sus manos toda la autoridad, sabe emplearla con templanza y en bien de la justicia y el orden, logra, al cabo de poco tiempo, conquistarse el respeto y aprecio de toda la campaña. Eso fué lo que ocurrió con Muniz.

En tanto que él, alejado de su casa, se esforzaba por hacer más cómodo el pasar de su familia, en su rancho, Eufemia ayudábale con un tesón que mucho la honraba.

Sin esperar a que el sol apareciese por el lado del Cerro Largo, Eufemia ya estaba de pie, con toda su prole, entregada al arreglo de la casa.

Sus tareas no se interrumpían hasta el momento en que sus hijos se recogían para la siesta.

Libre la madre por algunas horas de su cuidado, emprendía el camino del arroyo, dispuesta a ganar ese tiempo lavando sus ropas.

Allí, protegida a la sombra de algún sauce, junto al arroyo que corre por entre las losas y los sarandíes y ceibales, reflejando en las instables aguas el rostro sudoroso de la criolla y sus piernas que deja ver la falda recogida; bajo un cielo límpido e iluminado por un gran sol, cuyos rayos dan a la tierra y a las cosas un ambiente de sopor, menguado apenas por la débil brisa que se insinúa entre los árboles; escuchando el

canto de los zorzales y los sabiás, que se expande quedo y suave, y notando cómo a ratos pasa sobre las aguas la sombra que desde gran altura proyecta un cuervo en serenísimo vuelo, en ese ambiente de quietud y de sosiego — a pesar de la luz que ilumina las cuchillas — Eufemia pasa sus horas hincada sobre la tabla en la que golpea las ropas.

Llamada por el eco del llanto de sus niños, que llega desde el rancho, vuelve a él, no sin antes dejar tendidas las ropas sobre las ramas de los arbustos y los pajonales.

De nuevo en su casa, reanuda su labor, hasta que la noche ha caído sobre los campos y en el cielo se han encendido las estrellas.

Si el día es de lluvia, el trabajo es otro, aunque no menor.

En vez de la escoba, coge su aguja y frente a la puerta que da al campo, donde todo es tristeza y quietud, ella se ocupa en componer las ropas de sus hijos. Y mientras la aguja va y viene entre las ropas, ella se ve asaltada por la preocupación de que sus niños vayan a los patios donde, mojándose, puedan enfermarse.

En vísperas de carreras en el pago, aquella mujer incansable multiplica sus trabajos.

Desde muy de mañana, se la ve encorvada sobre la mesa, remangada y sudorosa, preparando la masa para los bizcochos y el pan, que al otro día uno de sus hijos ha de llevar a vender en las carreras. Y a todos los cuidados que de su parte requiere el aseo de la casa, se agregan los que da el horno, que no siempre se calienta bien, y los panes y bizcochos que se debe cuidar de que queden a punto.

Gracias a su espíritu de orden y de trabajo, Eufemia

había logrado hacer de su humilde rancho un lugar donde se respiraba un ambiente de sana alegría; alegría que dábanle los niños que, aunque pobremente vestidos, denotaban cuidado y pulcritud; los patios, de los que se extirparon los yuyos para dar lugar a las flores y hasta las propias habitaciones, donde la decencia del aseo hacía agradable el estarse allí. No podían ser sino felices los que habitaban aquel rancho de Bañado de Medina.

Poseyendo medios con que pasar holgadamente la vida; rodeados los padres de unos niños que crecían con toda la lozanía de los frutos de la tierra; contando con el afecto de los comarcanos, y viendo cómo en los campos las haciendas propias iban en aumento y en las casas, las gallinas y otras aves domésticas se multiplicaban gracias a los cuidados de Eufemia, tenían todo cuanto era necesario para ser felices en nuestra campaña.

De tarde en tarde concurrir a la fiesta que daba algún vecino, con motivo del enlace o cumpleaños de una de sus hijas. Pasarse hasta el otro día en que, ya el sol afuera, recién se dejaba el baile iniciado al atardecer y continuado bajo el claro de luna o a la luz de los candiles. Luego, volver a reanudar el trabajo, mientras se recuerdan las ruedas del pericón en las que un gaucho, infeliz en sus amores, fué despreciado por la criolla a quien díjole aquél vehemente ruego de amor; los relatos de otros tiempos que se oyeron en una rueda de viejas, o las crónicas guerreras que a la hora del asado contaron los veteranos allí reunidos.

En esa apacible tranquilidad, veía pasar sus días la familia de Muniz, gozando de la vida que siempre amó tanto nuestro gaucho; vida llena de emociones, en las que, además de las recibidas por el contacto con los hombres, se hallan las que produce la naturaleza.

Porque nuestros gauchos amaron siempre, con una devoción religiosa, a la naturaleza que los rodeaba. Por eso en sus payadas, el cielo inmenso y azul de la patria, es cantado con tanta asiduidad, y por ello mismo, el payador evoca a cada instante los montes y las cuchillas que dan carácter a sus tierras y las aves y las flores que les dan su alegría.

Por ese amor a la Naturaleza, no era raro, ni aún lo es hoy mismo, encontrar, al caer de las tardes, en la puerta del galpón o debajo de la enramada o del ombú, a un gaucho que, en actitud de místico ensimismamiento, contempla las puestas del sol, que lentamente se va ocultando tras una loma, mientras la tierra se recoge en una quietud serena. Y por ese amor, también es que en los atardeceres, el gaucho coge su guitarra para dejar que sus palabras, llenas de fuego como los anhelos y las desesperanzas que las inspiran, se eleven en la serenidad de la tarde, siendo una nota más de belleza puesta en aquel cuadro campesino.

La Tricolor

CAPÍTULO XV

La Tricolor

Corría el año 75, en medio de convulsiones internas provocadas por el despótico gobierno de don Pedro Varela, anunciando con desgraciada evidencia, una nueva contienda civil.

El estado de alarma dominaba en todo el País, cuando la libertad personal amenazada y las garantías constitucionales desconocidas, precipitaron los acontecimientos.

Reunidos entonces los hombres dirigentes de los partidos políticos, decidieron el levantamiento en armas, y nombraron, a causa de la negativa de Timoteo Aparicio de servir a esta causa justa y popular, a don Angel Muniz, jefe de las fuerzas revolucionarias.

Esto ocurría en el mes de Mayo del 75.

Sabedor el caudillo cerrolarguense de la misión con que se le honraba, dió el anuncio de guerra, que cundió rápido entre el paisanaje, el que acudió a reunirse con el caudillo al Paso de la Arena, de Frayle Muerto.

A pesar del prestigio del coronel Angel Muniz y de la justicia de la causa que iba a defender, pocos fueron los jefes que se agruparon en torno suyo el día convenido.

Alejados unos, por los escrúpulos que se les presentaban al pensar que irían a combatir junto a los colorados, y alejados los más, por la proclama que desde

Montevideo dirigió a sus correligionarios Timoteo Aparicio, en la cual intentaba desautorizar a sus compañeros y soldados de siempre, lo cierto es que Angel Muniz vió con pesar, que tendría que lanzarse a la lucha con un puñado, a penas, de voluntarios.

Los días pasaban sin que el caudillo blanco viera aumentar sus filas con nuevos contingentes.

Parecía ser que sus legiones habían olvidado sus hazañas. Pero lo que por sobre todas las cosas lo inquietaba más grandemente, era el notar que el mejor de sus hombres aun no se había alistado. Justino Muniz no había contestado a la invitación que le hiciera, antes que a nadie.

¿Por qué no estaba allí, el valiente que siempre fué el primero en presentarse?

¿Qué razones lo alejaban de su jefe, hasta hacerle no contestar a un llamado que para él fué siempre un imperativo?

¿Es que acaso ya no creía en las revoluciones y por lo mismo en su coronel, prototipo del caudillo inquieto y aventurero?

Todas estas amargas conjeturas debió hacérselas don Angel, al ver cómo transcurrían los días sin que Justino se presentara con sus gauchos del Zapallar, pronto a servirle de escolta.

Ya estaba decidida la marcha, visto el silencio de los que se esperaban, cuando una mañana se vió llegar al campamento al oficial más respetado después del caudillo.

Grande fué la sorpresa de los que esperaban, al notar que el sombrero del recién venido no ostentaba la divisa partidaria.

¡Y había razón para sorprenderse!

El guerrero romántico de Corralito y Sauce venía a protestar contra la nueva revolución. Estaba resuelto a permanecer en su casa, cuidando de sus haciendas,

mientras sus amigos tornaban nuevamente a la vida aventurera. Y eso pensaba hacer, el mismo que cuando niño burló el cuidado de su abuela para ir a pelear en Las Rengas.

Él, que había conquistado tan envidiable prestigio a fuerza de ser héroe, venía a renegar de su pasado, para tornarse un frío calculista, indiferente a todas aquellas aventuras que constituyeron sus sueños. Y era tanta la fuerza que aquella mentira había cobrado en su espíritu, que frente al jefe inquieto, aún a pesar de sus años, y a quien vió detenerse frente a Máximo Pérez para mostrar a sus soldados cómo se moría; delante de aquel caudillo a quien veneraba y en el que creía como en un elegido, Muniz tuvo la firmeza de declarar sus intenciones.

El viejo coronel escuchó de pie y mudo de asombro, las palabras de su sobrino, y luego, cuando pasó revista en torno suyo a los pocos amigos que aún le eran fieles y vió cómo habían mermado sus huestes desde la última convulsión, dijo al mentido apóstata:

—"Hasta vos, Justino, me abandonás".

Más que un reproche, estas palabras eran un ruego; más que el desprecio del caudillo para el soldado que desertaba de sus filas, fué una imprecación contra su suerte, que le alejaba al oficial en quien había cifrado todas sus esperanzas.

Fué tanta la emoción con que habló el encanecido guerrero, tanta era la tristeza que había en sus palabras, que Justino, vuelto a ser el de siempre, echó lejos de sí aquella impostura que se había apoderado de su espíritu, para presentarse en toda la plenitud de su altivez y su entusiasmo, jurando, con la voz insegura por la emoción que le produjeron las palabras del caudillo, volver a su puesto de combate.

En medio del grupo entusiasmado, aquellos fuertes

varones sellaron con un abrazo su amistad inconmovible.

Muniz volvía a ser el guerrero que burló a Máximo Pérez y detuvo a Caraballo. Sólo que ahora, para lanzarse nuevamente a las azarosas correrías, debía antes cumplir una palabra empeñada. Por eso fué que pasado el regocijo surgido al verlo tornar a su puesto, dijo al caudillo:

—"Antes de irme debo avisar a Uturbey (*) que he dispuesto levantarme, pues estoy comprometido a decirlo".

No faltó quien encontrase el modo de esquivar el cumplimiento de tal compromiso, sin arriesgar imprudentemente la vida. Pero en esto fué inflexible Justino; para él, una palabra empeñada era compromiso cuyo cumplimiento no se debía eludir, pues iba en ello su honor y su orgullo.

Viendo don Angel que su sobrino estaba dispuesto a ser fiel a su palabra, y sintiendo satisfacción orgullosa al notar en el joven caudillo tal prueba de hombría de bien, le propuso darle una escolta para que lo acompañase.

Muniz aceptó en parte el ofrecimiento, pues sólo rogó a su jefe que le dejara escoger entre sus soldados uno que sirviérale en la empresa.

Un humilde moreno de Tacuarí, llamado Mansilla, fué el honrado en la elección.

Como verdadero caudillo, Muniz conocía a todos los hombres de su pago y al elegirlo para acompañarlo en tan grave riesgo, estaba seguro de que, como él, vendería cara su vida.

En la tarde de ese mismo día, Muniz viajaba hacia su rancho, al que llegó ya entrada la noche.

(*) Jefe Político de Cerro Largo.

A la mañana siguiente volvió a partir.

Quizá fuera la última vez que veía levantarse el sol en las sierras del Cerro Largo y que en su caballo de confianza recorriera las lomas y hondonadas de su pago.

Bien sabía él que al cumplir su compromiso de honor arriesgaba en mucho su existencia.

Uturbey, aunque blanco, no se había declarado por la revolución. Además, se hallaba disgustado con don Angel y tenía en el pueblo al famoso coronel brasilero Manduca Cipriano y fuerzas bastantes como para batir a los pocos revolucionarios que se habían alistado.

A pesar de todo, el revolucionario no cedía en su empeño.

Había dado su palabra, y marchaba resueltamente a cumplirla; lo demás, allá se vería cuando él hubiese dado satisfacción a su nativo orgullo.

No tardaron mucho los jinetes en llegar junto al paso del Conventos, anchuroso arroyo que circunda a la ciudad de Melo por el lado oeste y sur.

Ya avanzaban por la calle 25 de Mayo,—angosta y recta como todas las de los pueblos de tierra adentro,—entre las bajas construcciones de paredes pintadas con vivos colores y de techos de teja, cuando Muniz, volviéndose hacia Mansilla, díjole:

—"Yo me bajaré. Vos te quedás en la puerta con mi caballo de la rienda y la pistola dispuesta. Si sentís un tiro, aprontáte porque saldré peliando".

Ni Mansilla ni él necesitaban decirse más.

Noblemente iba Justino a cumplir lo prometido; pero con la firmeza de ánimo de un hombre acostumbrado al peligro, se preparaba para afrontarlo resuelta y valientemente.

En cuanto a Mansilla, iba allí para pelear, y él sabría hacerlo cuando fuera necesario.

Desmontado ya Muniz, y al penetrar en la Jefatura, encontróse con Uturbey y el coronel Cipriano,

La noticia del levantamiento de don Angel había precedido a su llegada; por eso Uturbey, al verlo avanzar con la altivez que siempre le fué característica y vestido con su traje de guerra, supuso el motivo de aquella visita.

Con el tono socarrón de un hombre que conoce el espíritu firme de su interlocutor y la gravedad de las circunstancias, díjole, tendiéndole la mano:

—"¿Qué te trai por aquí, muchacho?".

Muniz quería ser breve, para aprovechar las ventajas de su encuentro tan cerca de la calle; por eso, sin andarse con indirectas:

"Usted sabe,—contestó,—que yo le prometí avisarle cuando me fuera a la revolución. Pues bien: ha llegado ese momento".

Uturbey ganaba tiempo, también, para reflexionar, y así, a pesar de que recordaba las palabras del subalterno, preguntóle con fingida inocencia:

—"¿Pero de qué palabra hablás, muchacho? Yo no la recuerdo".

Mal de su grado, Muniz hubo de explicarse.

Cuando terminó, Uturbey ya sabía qué partido tomar y dirigiéndose nuevamente, le preguntó:

—"¿Tiene muchos hombres tu tío? ¿Dónde están?".

Era una pregunta astuta, que Muniz supo aprovechar en su favor, diciendo que en efecto eran muchos y que marchaban sobre Melo.

La respuesta había dado en el blanco. El Jefe Político permaneció silencioso.

Entonces fué cuando Muniz, dominando las circunstancias, invitó a sus interlocutores para acompañarlo en la empresa.

El golpe era seguro. Los otros, luego de oponer como pretexto a su negativa su disgusto con don Angel, cedieron bajo la promesa de Justino, de dejarlos con entera libertad, si no se resolvían definitivamente.

Cumplido con tanta felicidad su compromiso, Muniz salió esa misma mañana del pueblo, para dirigirse a su rancho a dar el ¡adiós! a su familia y marcharse luego al Zapallar en busca de sus gauchos.

Mientras en las trastiendas de las casas de comercio los notables del pueblo comentan con fruición y lujo de detalles la escena ocurrida horas antes en la Jefatura, el héroe de la acción cruzaba los campos camino de su casa.

No hacía mucho que Muniz había adquirido, gracias a la protección del general brasilero Astrugildo Pereira da Costa, los campos que circundan el Tacuarí, l añado de Medina y las puntas de la Laguna del Negro.

Sobre la cumbre del Cerro de Medina, Muniz había construído su rancho; en el lugar donde hoy se levanta la casa en la cual pasó el resto de su vida.

El paisaje que desde esa altura se divisa es de una tranquila belleza.

Con una altura relativa de cuarenta metros, el Cerro de Medina, formado por una masa compacta, se levanta sobre las llanuras que a sus pies se extienden con suaves ondulaciones hasta el Cerro Largo, que se divisa al fondo como un inmenso marco.

En los bajos, el Tacuarí con sus montes pone una nota de alegría y de color, mientras a la distancia se suceden las ondulaciones de las cuchillas, coronadas por el blanco caserío de una estancia o por la graciosa copa de un ombú.

Hacia el norte y oeste, la Cuchilla Grande es una inmensa curva cerrando el horizonte. Y por el noreste, cuando el día es de sol, se ven blanquear a la distancia las casas de la ciudad de Melo, sobre las que se destaca la torre de la capilla.

A poco de haber llegado Muniz a su casa, Eufemia tuvo que suspender de súbito el arreglo de las ropas que su hombre llevaría para el largo viaje que iba a

iniciar, al anuncio de que por el lado del camino nacional avanzaba una partida adversaria.

Imagínese la angustia de la esposa al conocer el riesgo que corría Justino.

Era indudable que aquellos hombres venían en su busca. Sabedores de su paso para Melo, habían supuesto con razón, que antes de irse a la guerra vendría a despedirse de su familia.

Era de presumir, pues, que todas las precauciones estaban tomadas para que la presa no se les escapase.

Mientras los perseguidores se acercaban confiadamente, sin sospechar que se hallaban tan cerca del caudillo, en la casa de éste, su esposa y sus hijas corrían de uno a otro lado, ansiosas por arreglar antes de que llegaran los otros las maletas de Justino, y éste preparaba sus armas y prevenía a Mansilla del peligro en que se hallaban.

Ya los perros anunciaban la llegada de los adversarios, cuando Muniz montaba a caballo, con todos sus arreos de campaña.

La distancia de una cuadra, escasamente, separaba a los perseguidores del caudillo.

La más pequeña indiscreción y todo estaba perdido.

Entonces fué cuando Eufemia, haciendo esfuerzos supremos, trató de borrar de su semblante las señales de la angustia que sufría en esos momentos.

Como si no estuviera jugando su felicidad, salió en recibimiento de sus huéspedes, que para ella debían serle tan odiosos. Y haciendo uso de todos los recursos de su espíritu de mujer; tratando de secar en sus ojos las lágrimas que hicieron brotar los últimos besos del viajero, los invitó a detenerse hasta el mediodía, ofreciéndoles un baile improvisado entre ellos y las mayores de sus hijas.

Los otros, satisfechos de ver cómo la esposa del caudillo los agasajaba tan cumplidamente y gozándose en

aquel agravio que inferían al prestigioso adversario, cedieron a la astuta invitación de Eufemia, sin sospechar, siquiera, que el amor de aquella mujer habíale dado el ingenio necesario para salvar a su esposo.

En tanto que ellos, vencidos por la mujer, se creen dueños de la casa de Muniz, él va descendiendo al trote lento de su caballería, la cuesta del Cerro de Medina.

Al verlo cómo atraviesa la llanura seguido de Mansilla, con la misma tranquilidad con que recorría esas praderas en los días de paz, nadie hubiese pensado que aquel hombre se alejaba de unos enemigos que aún estaban a tiempo de detenerlo.

Poco a poco, con la misma lentitud con que atravesaron las llanuras, los dos jinetes se fueron perdiendo en el bañado.

Ya en su seno, detuvieron la marcha; allí podían esperar, seguros de que los caraguatás y los "tembladerales", siempre traidores para quienes no los conocen, los ponían a salvo de toda sorpresa.

Tratando de dominar su inquietud, Eufemia hacía que prosiguiera la improvisada fiesta, en la que la alegría de los intrusos era un insulto más que añadían a su presencia en la casa.

¡Cuánta amargura no tendrían las frases corteses con que ella contestaba a las palabras de sus huéspedes!

A seguir la voz de su indignación difícilmente contenida, ella hubiera expulsado de su casa a los odiosos visitantes que venían en busca de su esposo; pero el amor fué más fuerte que su propia indignación y la sonrisa—aunque amarga—hubo de ser la máscara con que cubrió su impaciencia y su odio. Y mientras la madre ofrece sus atenciones y las de sus hijas a los intrusos, Muniz y Mansilla, al galope cadencioso de sus caballos, avanzaban por las cañadas y las lomas en dirección al rancho de Andrés Ibáñez.

Ya empezaba a caer la tarde en el poniente, cuando

los dos jinetes coronaban la cuchilla en la cual se alzaba el rancho del caudillo del Tacuarí.

Para llegar hasta él, Muniz tuvo que perder todo ese día; pero lo daba por bien empleado ya que iba a invitar a uno de los jefes más renombrados de la comarca.

Como si el País gozara de la más completa tranquilidad, sordo al llamado de Angel Muniz, Andrés Ibáñez continuaba en su casa, viviendo una vida de sosiego, sin que sus montes ocultaran al paisanaje que siempre le seguía.

Por eso fué grande la sorpresa de Justino, al ver cómo el semblante del caudillo amigo no se volvía alegre y entusiasta al recibir su invitación y al oir de sus propios labios su resolución de no participar en la aventura.

La razón que oponía para su negativa era un ligero resentimiento que desde la última "patriada" existía entre él y don Angel.

De poco valieron las razones que pudo invocar Muniz para decidir a su prestigioso compañero.

Disgustado con su jefe inmediato, él no podía sentirse complacido en las filas del ejército revolucionario. Pero su espíritu guerrero fué más fuerte que el enojo que pudiera sentir contra el jefe a quien admiraba a pesar de todo. Y antes de quedarse alejado de aquellas columnas, en las que tantas veces oyó glosar su nombre, y de desechar una empresa en la que encontraría tantas emociones intensas, prefirió buscar una solución que sin lastimar su orgullo, diera asimismo satisfacción a sus deseos de soldado.

Movido por tal idea, propuso a Justino acompañarlo en la revolución, pero bajo sus órdenes inmediatas.

Al principio pareció desecharse esta idea. Muniz no podía aceptar que un caudillo de la talla de Andrés Ibáñez, veterano en la pelea y dueño de un gran prestigio en las huestes blancas, descendiera hasta el punto

de ponerse bajo las órdenes de un oficial tan nuevo aún en los campos de batalla. Pero la nobleza del veterano pudo más que todos sus escrupulos y aceptando una ley fatal de su vida, accedió, al fin, a mandar a un jefe superior en graduación militar y también en prestigio.

La resolución de Andrés Ibáñez no era sino una consecuencia de los méritos que Justino había evidenciado desde que se alistó como voluntario en la columna que fué deshecha en Las Rengas. Sin que Muniz mismo lo notara, su prestigio había acrecido rapidamente, hasta ser reconocido entre sus compañeros de armas, como el único oficial capaz de dirigirlos cuando faltase su tío. Y lo que Andrés Ibañez declaró en aquella entrevista, ya se decía en los fogones camperos y en las rejas de las pulperías.

Comprometido desde entonces el caudillo de Tacuarí, Muniz siguió viaje en busca de sus gauchos del Zapallar.

En tanto que él corría estas aventuras, don Angel, luego de impartir las órdenes necesarias, se trasladó a Melo en espera de los voluntarios que allí se reunirían para dar comienzo a la guerra.

Seguro de la adhesion de Uturbey y por lo mismo de las fuerzas que éste tenía bajo su mando, el caudillo permanecia confiadamente en la población, cuando una tarde se le dijo que el Jefe Político y sus tropas acababan de proclamar su fidelidad al Gobierno.

Era la declaración de guerra hecha al caudillo.

Este lo comprendió así y adelantándose a sus nuevos enemigos ensilló su caballo y cruzó al galope las calles del pueblo, rumbo a la frontera.

Aun no se había apartado a gran distancia de Melo, cuando notó que un grupo de jinetes galopaba en su misma dirección.

Uturbey, dispuesto en contra suya, trataba de apo-

derarse de su persona, lo cual sería un golpe de muerte para el movimiento que recién se iniciaba.

Angel Muniz comprendió que todo se había perdido. Aquellos hombres no tardarían en darle alcance y entonces él, antes de caer prisionero, se haría matar.

A pesar de que la distancia que separaba al caudillo de sus perseguidores era bastante reducida, ni el uno trataba de aumentarla, ni los otros de disminuírla.

Se diría que aquellos hombres accionaban obedeciendo a un prefijado convenio.

De esa manera galoparon largo rato sobre la arenosa franja del camino, sin que se notaran indicios de un trágico desenlace.

Ya la tarde moría sobre las lomas, cuando el grupo de perseguidores se detuvo y de él se vió adelantarse un hombre que avanzaba vertiginosamente hacia el perseguido.

En poco tiempo fué dejando detrás de sí las cuchillas que lo separaban del caudillo, que seguía ganando terreno sin parecer preocuparse por su decidido perseguidor.

Oculto por la curva de una loma, desaparecía el sombrero de Angel Muniz, cuando el otro jinete comenzaba a subir la cuesta.

Al llegar a su cumbre, vió al caudillo que lo esperaba con el caballo de la rienda y empuñando su revólver.

Era llegado el momento propicio para librarse de tan tenaz persecución. Pero fué grande la sorpresa que recibió Angel Muniz, al ver llegarse al otro jinete—el "pardo Sinforoso"—en amistosa actitud, y saber que lo había seguido para facilitar su huida y darle las noticias que corrían en el pueblo.

Libre el caudillo de sus perseguidores, continuó su viaje hasta el Brasil, en espera de que los acontecimientos le permitieran invadir nuevamente el País.

A pesar de tantos contrastes, de la indiferencia con

que el País recibió su grito de guerra y de la traición de sus amigos, el viejo coronel no desmayaba en la empresa que había acometido.

Era Angel Muniz uno de aquellos caudillos inquietos que tantas veces conmovieron el suelo de la Patria con sus continuos levantamientos.

El estado de guerra era para ellos algo tan natural, que se lanzaban a una revolución aún cuando sólo contasen con el apoyo de los gauchos de sus pagos.

Guerreros por ley de sangre y por las necesidades del ambiente, la guerra fué para ellos una oportunidad para lucir el coraje y sus condiciones de caudillos. Y aún cuando muy contadas fueron las veces en que sus esfuerzos les dieron una victoria, nada era bastante para hacerlos desistir de la fuerte pasión que sentían por las míseras correrías y los entreveros.

En su infancia, exaltaron su imaginación las crónicas guerreras y admiraron al gaucho cuyo cuerpo ostentaba, como timbre de honor, cicatrices de heridas de pasadas convulsiones; y soñaron con verse entre el galopar de una carga de lanza y con oir, más tarde, pronunciarse con respeto su nombre en la comarca.

Sus abuelos les legaron una herencia de heroísmos y de odios, y ellos, hasta en sus tareas camperas, hacían el aprendizaje que más tarde les servía para las guerras.

Angel Muniz era de esa talla. Por eso, a pesar de sus reveses y sus años, aún alentaba en su pecho ese fuego pasional que mantenía a su espíritu en una eterna juventud, que con tanta fuerza se manifestaba en el encanecido guerrero, hasta hacerlo popular bajo el cariñoso mote de "El Manco Angelito".

Esta vez había logrado conmover por unos días el ambiente de Cerro Largo.

Desaparecido un instante de la escena, todo quedó

en paz, excepto en el Zapallar, donde su sobrino aún continuaba la aventura.

Fué entonces cuando llegó a Cerro Largo el coronel Modesto Polanco, comisionado del Gobierno para instruir un sumario y castigar a los culpables.

Era voz corriente en el pueblo, que Polanco traía órdenes severísimas y la firme resolución de cumplirlas.

La fama que precedía a su nombre, hizo que se le mirara con temor cuando inició la investigación.

Los hombres que estaban comprometidos en el movimiento, fueron uno a uno a protestar de su inocencia ante el temible comisionado.

Nadie se atrevió entonces a declarar su amor a la causa que defendía el caudillo emigrado, sino que, por el contrario, todos cometieron la debilidad de negar al viejo guerrero en sus días de desgracia.

Bien pronto se supo en el pueblo que Justino Muniz había sido llamado a prestar declaración.

En todas las mentes surgió idéntica pregunta: ¿Qué hará el caudillo; negará, como los otros, a su viejo coronel? ¿Declarará, también él, que no cree en "Angelito"?

Difícil era el saberlo. Polanco intimidaba demasiado y Justino era, a su vez, de una nobleza intachable.

En esta incertidumbre estaban los pacíficos vecinos de la villa, cuando una mañana Muniz entró en Melo con la arrogancia de un hombre que desconoce el peligro.

Había recibido la orden del Jefe Político, y llegaba a deponer su declaración.

Polanco se hallaba en la Jefatura, en la que había instalado su despacho contiguo al de Uturbey, del cual lo separaba un tabique de madera.

Cuando Muniz estuvo frente al que debía ser su juez, en nada cambió la altanería de su actitud.

Hubo un momento en que los dos hombres se midieron con la mirada.

Frente al coronel investido de tan terrible poder, estaba el caudillo, hombre de nuestros campos, vestido con el romántico traje de la tierra. Hermosa la presencia y respirando un aire de altivez y libertad, del que daban justa idea aquella cara fuerte y severa, con su nariz aguileña, su barba espesa y ancha frente hermoseada por la cicatriz que le hizo Felisberto.

No cabía duda de que aquel hombre era el representante genuino de la raza. Poseía en toda su apostura, el desenfado que le daba su vida en medio de la soledad de los campos y el continuo contacto con la Naturaleza.

Polanco lo comprendió así, y ajustándose a la fórmula de su interrogatorio, preguntó:

—"¿Usted estaba en la revolución?"

Con la voz firme, digna y noble la apostura, Muniz contestó secamente:

—"Estaba y estoy".

Polanco dudó un instante; jamás hombre alguno había mostrado mayor valentía y nobleza en sus palabras, en semejantes circunstancias.

Dominado por la actitud de aquel gaucho, Polanco insistió aún en su interrogatorio y afectando severidad, dijo:

—"¿Cómo dice usted que está en la revolución?"

Muniz pareció no reparar en la severidad de estas palabras, y con el tono resuelto de siempre, contestó:

—"Digo estoy, porque "El Manco" está ahí, en la frontera. Y en cuanto pase me voy con él. Y estaba, así como estaban también ese maula del Jefe Político y ese portugués Manduca Cipriano".

Polanco notó que aquel hombre no se preocupaba de su fama y que hasta parecía no pensar en el riesgo que le amenazaba; y tratando de terminar pronto con tan

enojosa entrevista, preguntó a Muniz si era capaz de declarar lo dicho, por escrito.

Con el desprecio de un hombre de campo de aquellos tiempos, a lo que ellos llamaban "papeles", Muniz,

—"Ponga lo que quiera, dijo, siempre que no mienta".

Terminada la entrevista, el comisionado del Gobierno dió autorización a Muniz para volver a su puesto, haciéndole notar que debía presentarse cuando él volviese a llamarlo.

Bien pronto se supo en el pueblo lo ocurrido esa mañana en la Jefatura. Y en tanto que el temor que infundían el nombre y los poderes del coronel Modesto Polanco desaparecían por completo, la actitud de Justino Muniz se comentaba entre exclamaciones de admiración y de sorpresa.

El soldado de Angel Muniz acababa de dar muestras de su hidalguía criolla, afirmando ante el temible adversario su adhesión a la causa revolucionaria.

Tanto en las esquinas de las aceras como en las tertulias del hotel y de las casas de comercio, las palabras de simpatía se prodigaban a Muniz con tal generosidad, que bien probaban que en aquel pueblo blanco se le agradecía el homenaje que él tuvo el valor de rendir al popular y amado "Angelito".

Mucho tiempo después de ocurrido este episodio, y haciendo un viaje en el ferrocarril que los conducía hasta Montevideo, se encontraron el ya anciano caudillo Uturbey y el entonces general Muniz.

En la charla afectuosa que entablaron acerca de sus tiempos idos, Uturbey recordó el episodio que he narrado. Y cuando comentaba las contestaciones que Muniz diera entonces a Polanco, díjole que en ese momento él y Manduca Cipriano se paseaban por detrás del tabique que los separaba de la escena, y que por cada contestación que Muniz daba a Polanco, ellos se decían:

"¿Para qué habrán llamado a este gaucho bárbaro?" ¡No sólo se pierde él, sino que hasta nos compromete a nosotros!"

Una ruidosa carcajada, hija del regocijo que producíanles aquellos recuerdos, epilogó jovialmente el relato.

CAPÍTULO XVI

Sorpresa de Frayle Muerto

Como lo había asegurado Muniz a Polanco, don Angel invadió nuevamente el País y Justino se levantó de inmediato con sus gauchos de Cerro Largo.

Imposibilitado para invadir la República por el Departamento de Cerro Largo, Angel Muniz tuvo que hacerlo por el sudeste.

Sabedor el Gobierno de esta nueva tentativa del caudillo blanco, se dispuso a perseguirlo tenazmente, con el fin de impedir que los revolucionarios realizaran su incorporación y formasen entonces una columna respetable.

Justino Muniz, por su parte, organizaba su división para dirigirse al encuentro de su jefe, a quien suponía operando en los departamentos de Minas y Treinta y Tres.

En estos preparativos fué necesario perder un tiempo considerable que sus adversarios supieron aprovechar.

Rodeado por un centenar de guerreros, Muniz se hallaba en los campos del Frayle Muerto.

Seguro de que no tenía nada que temer, pues sus "bomberos" estaban de vigilancia en una extensión de cinco leguas a la redonda, había establecido su campamento en espera de los voluntarios que prometieron su concurso.

Diseminados en las hondonadas de las cuchillas, sin más orden que el que exige una rudimentaria organización militar, las carpas de aquella división, hechas con ramas que se trajeron de los montes cercanos y cubiertas por los ponchos o los cojinillos, ocupaban una reducida extensión en las praderas. Dando frente al camino que debían seguir, la carpa del caudillo, en cuya puerta la lanza de tantas guerras anunciaba su aposento; y siguiendo en el orden de marcha, las carpas y fogones, donde los soldados ven pasar las horas, distraídos junto a la "carona" que sirve de carpeta, o haciendo pasar el cimarrón, mientras un veterano habla de sus campañas en las "provincias" (*), o de su aventurada travesía por las selvas del Paraguay, o rodeando entusiastamente a un payador que por centésima vez canta unas décimas que mucho gustan al paisanaje por lo que tienen de regocijadas y picarescas.

En el recodo que forma la curva del monte, las caballadas pacen tranquilamente, prontas para servir cuando sean necesarias.

Más que un campamento de guerreros, aquello parece un pueblo nómade que se ha detenido junto al monte, después de una larga jornada.

Nada de todos los aprestos bélicos que tiene un ejército regular, se notaba en aquella división improvisada. Cada guerrero, desde el caudillo hasta el más humilde soldado, tenía por todo bagaje, su lanza, el trabuco y el sable, cuando no el gran facón, que también servía para la vida ordinaria.

Junto al fogón, sólo en la divisa del sombrero se podría reconocer al hombre de guerra.

Tampoco se aprovechaban los días instruyendo a los reclutas. Allí todos sabían lo mismo del arte de la gue-

(*) Así llamaban nuestros paisanos a las guerras argentinas.

rra. Se hacía ésta entonces a la usanza gaucha; utilizando las condiciones que poseían los improvisados guerreros como hombres de campo.

Y como todos los que allí estaban sabían pasarse todo un día encima del caballo, atravesando sierras y llanuras, y sabían también detener y dirigir a su antojo la carrera de un potro, nada nuevo había que enseñarles.

Mientras tanto el caudillo enviaba "chasques" por toda la comarca y recibía las visitas de los amigos, que traían nuevas sobre el estado del País.

Más de uno de esos visitantes advirtió al jefe que una columna, considerable por su número y el armamento de sus componentes, avanzaba en su busca. A pesar de que los datos parecían coincidir en su veracidad, Muniz no dió importancia a esas voces de alarma, seguro de que sus "bomberos" le avisarían cuando hubiese algo de cierto.

No pensaba el caudillo que se le pudiera sorprender en su propio pago, del cual conocía todos los senderos y picadas. Sabía él, muy bien, que los pasos de sus enemigos los conocería muy pronto en el campamento, gracias a que nadie más que él y los suyos, contaban con el cariño y la protección de la gente de aquel lugar, del que dijo Máximo Pérez que: "...hasta las chircas son blancas".

Sin embargo, esta vez la astucia del caudillo se equivocaba gravemente.

No tardaron muchos días, cuando los revolucionarios vieron que empezaban a coronar las cumbres de las cuchillas cercanas, grandes partidas de gente de guerra.

A poco de examinar a los que se acercaban, Muniz comprendió que había sido sorprendido y que los instantes eran preciosos.

Inusitada actividad notóse de inmediato en su campamento. Mientras a la puerta de su carpa, "Fusil", antiguo y fiel asistente, ajustaba la cincha a su caballo

de pelea, en otras partes unos enfrenaban sus fletes, en tanto que otros inquietaban la caballada con el silbido de los lazos, o terciaban el poncho en la cintura, firmes ya en los estribos y la lanza en la mano.

Unos instantes más y ya las balas silbaban sobre las cabezas de los gauchos, que emprendían la retirada haciendo esfuerzos por detener el avance del adversario, que ya entonces había aparecido en su totalidad sobre las laderas.

Un rezagado que pudo escapar gracias al conocimiento del lugar, trajo la noticia de que los perseguidores formaban el ejército de Latorre.

Entonces se perdió toda esperanza de resistencia.

Muniz sabía que Latorre, operando en combinación con Timoteo, acababa de batir completamente a don Angel; intentar derrotarlo era un sueño que él estaba muy lejos de concebir. Además, sus hombres sorprendidos por aquel ataque tan fuerte como inesperado y por la persecución tenaz que sufrían, iniciaron una deserción que amenazaba generalizarse en las filas.

Con la visión clara de un hombre acostumbrado a estos reveses, Muniz trazó su plan de campaña, que debía librarlo de una pérdida segura y ponerlo en condiciones de ser él el atacante.

Mal servido por dos de sus "bomberos" que estaban situados en los lugares por donde debían pasar los enemigos y que olvidando sus deberes se dejaron hacer prisioneros, mientras asistían a un baile en casa de una "comadre", Muniz pensó en el apoyo que le prestaban los montes y las sierras de sus pagos, para burlar y batir a los que se atrevían a buscarlo en su propio elemento.

En esa hora aciaga, surgió el caudillo armado de su instinto guerrero y de su conocimiento de los lugares que atravesaban.

Como el día en que tuvo que verse frente a Máximo

Pérez, tenía en su favor los montes y bañados, que le ofrecían un seguro lugar de defensa. Y así, mientras los perseguidores tendrían que detener el avance a cada momento, obstaculizados por las lagunas y los pajonales, él y sus gauchos se perderían entre ellos, deslizándose con seguridad y ligereza desconcertantes.

Combinado de este modo su plan, Muniz siguió viaje rumbo al Rincón de Ramírez, lugares que desde niño había aprendido a conocer.

Latorre, por su parte, no cejaba en su empeño, seguro de que muy pronto algún arroyo detendría la marcha del caudillo.

En ese duelo, en el que de una parte estaba la superioridad numérica y de la otra la astucia, transcurrió el resto de ese día sin mayores acontecimientos, como no fueran otras deserciones que sufrió la columna de revolucionarios.

Dominaron las sombras en los campos y con ellas el elemento que Muniz esperaba utilizar en su favor.

En tanto que Latorre detenía la marcha, Muniz ponía en ejecución la segunda parte de su plan.

Bajo el manto de la noche, y cuando los guerreros esperaban gozar del descanso de que tanto habían menester después de una marcha como la que hicieron durante ese día, el caudillo ordenó seguir andando.

Guiados por aquel hombre, semejante entonces a un alucinado que avanza en medio de las sombras, llevando dentro de sí el derrotero de su viaje y alentado por una voluntad que lo hace superior a las fatigas y al sueño, los perseguidos cambiaron de rumbo y se perdieron bien pronto en dirección al Bañado de Medina.

Silenciosamente, sin exhalar una queja, aquellos hombres que no habían probado un bocado seguían a su jefe que caminaba a su frente acortando las distancias de un trayecto que él llevaba marcado en la memoria.

Así marcharon durante largas horas, semejando una procesión de sombras viajando en la soledad de los campos.

Mientras en el campamento enemigo sólo los centinelas permanecen de pie, la columna derrotada sigue al caudillo que le sirve de baqueano, atravesando por lugares que sólo para él pueden dar paso.

Los campos de su pago lo defienden esta noche de sus perseguidores.

Y a pesar de la oscuridad reinante, ni las chircas, ni los bañados, ni las lagunas tienen para él misterios; se diría que la Naturaleza de su comarca quiere merecer el mote que el despecho de vencido inspiró a Máximo Pérez.

A medida que avanzaban iban dejando a su espalda los montes del Frayle Muerto, para acercarse a la Cuchilla Grande, que atravesaron a corta distancia del Tacuarí.

Con la seguridad de siempre, el caudillo seguido de sus gauchos aventuróse por aquellas llanuras, cuya configuración él llevaba presente en su memoria. Y en tanto que ellos van dejando detrás suyo las lomas y los llanos, el ladrido de los perros se siente, en el silencio de la noche, partir de un rancho hasta el que llega el eco del trotar de los caballos.

En el monte, que se extendía sobre la tierra como un gigante deforme y silencioso, volaron asustadas las aves, al ruido de las ramas que quebraban las caballerías.

Por el límpido espejo de las lagunas se vieron pasar las siluetas de los viajeros, cansados y soñolientos, pero llenos de esperanza en la astucia del caudillo.

Ya los tintes de la madrugada cercana se anunciaban en el cielo, y ellos aún cruzaban los campos, de los que huían sorprendidos los ganados a su vista, o dejaban a su espalda los bañados, en los que las pajas vol-

vían a levantarse y unirse, borrando las huellas del último jinete que acababa de pisarlas.

Cuando la claridad del día se hizo en el cielo y en las cuchillas, la legión de revolucionarios se detuvo al abrigo de los montes de una isla que forma el Tacuarí, a una legua de la estancia de Justino.

Ahora podían descansar libremente y cobrarse de los trabajos realizados en aquella noche memorable.

La empresa se había llevado a feliz término.

El caudillo había mostrado esa noche que era tan capaz de dirigir una carga de lanza, como de librar a sus hombres de caer en el círculo de fuego en el que sus enemigos pretendían haberlos cogido.

Típico guerrero de nuestro suelo, contaba con su valor para las peleas, y con su astucia para deslizarse inadvertido por entre las líneas de sus adversarios.

Sin mapas geográficos del País que le sirvieran en un momento de peligro, el caudillo recurría a su conocimiento de las comarcas y se arriesgaba en una larga travesía, aún en la oscuridad de la noche, seguro de que su instinto lo conduciría al punto que buscase.

Nadie como él sabía de los pasos ocultos que ofrecían los ríos de su tierra y que permanecían disimulados para el extraño, por un extenso y gracioso pajonal; nadie como él sabía dónde se cortaban los precipicios de las sierras, traidores para otro, que al intentar salvarlos caería en sus lazos; y nadie como él, en fin, sabía dónde llevaba el angosto y tortuoso sendero que se arrastraba a través de los chircales y que, internándose en el bañado, iba a morir en una laguna anchurosa y de escasa profundidad.

Él también, como lo que cuenta la leyenda de aquel otro caudillo, Rivera, conocía por la calidad del pasto que palpaba, la región en que se hallaba.

Y toda esa sabiduría campera, que sólo se aprende viviendo como él vivió, fué el arma de que se sirvió para

burlar a los de Latorre, quienes, a la mañana siguiente, no volvían de su asombro, al notar que habían desaparecido los revolucionarios y que hasta el rastro de su marcha se había borrado en las gramillas.

Así, pues, a pesar del éxito que alcanzó Latorre, le fué imposible aprovecharlo, porque la astucia del gaucho había hallado muy pronto el modo de escaparse del círculo en el cual pretendían haberlo encerrado.

Desesperado de darle alcance, Latorre siguió viaje hacia el Norte, con el objeto de entrar en la ciudad de Melo.

En la mañana del segundo día de marcha, su ejército campaba en las costas de la Laguna del Negro.

Muniz, ya repuesto de la sorpresa y dueño de nuevas caballadas que le envió su esposa, se preparaba para atacar a Latorre en la primera oportunidad que le fuese posible hacerlo.

A la espera de los acontecimientos, campaba Muniz en el monte, cuando a la mañana siguiente, el general brasilero Astrugildo Pereira da Costa llegó a su campamento.

Venía el recién llegado del campo de Latorre, a quien había prometido lograr una entrevista entre él y Muniz. Traía, asimismo, la nueva y detalles de la derrota de don Angel y su retirada al Brasil.

Por los detalles que le suministró el general visitante, y en quien depositaba toda su confianza, Muniz comprendió que la causa estaba perdida y que sólo en aquella entrevista podía obtener una paz honrosa para los guerreros que le acompañaban. Y sin pensar en el riesgo que corría al presentarse en un campamento adversario y frente a un jefe a quien la fama presentaba como temible, resolvió acceder al petitorio del emisario.

La distancia que separaba los dos campos enemigos era muy reducida; por lo cual, a poco andar, llegaron los dos jinetes a la carpa del jefe colorado.

Sabedor Latorre de las altas condiciones y del mucho prestigio de que gozaba en la comarca el caudillo que tenía en su presencia, no escatimó atenciones ni halagos, enderezados a producir en el ánimo del huésped la impresión que él deseaba, para conquistar su afecto.

Sentados sobre el césped; frente a la tienda del jefe y en derredor del fogón, platicaron amistosamente largo rato los oficiales gubernistas y el caudillo blanco.

Latorre informó a Muniz sobre el fracaso de la segunda tentativa de don Angel y de las ideas que a él lo animaban con respecto al partido en que militaba Justino. Este, por su parte, que ya conocía la desgracia de su jefe y sus amigos, prometió dar por terminada la campaña, siempre que se respetase la vida y tranquilidad de sus hombres.

Solucionado el motivo de la entrevista, la conversación se entabló sobre temas políticos y guerreros, con una afectuosidad digna de viejos camaradas.

Entre los militares que formaban en el corro, asistía un oficial—cuyo nombre no he podido recoger con exactitud—que después de mucho examinar al caudillo, le ofreció un cigarro.

Muniz, que no fumaba, rechazó agradecido el ofrecimiento, sin reparar en el tono con que el otro lo hacía. Pero he aquí que el militar insiste en su atención, con una frase de dudoso sentido:

—Fume, coronel, (*) un blanco flojo.

Al oir estas palabras, el semblante del caudillo cambió de súbito. Sus ojos centellearon de indignación, y sin detenerse a medir la gravedad de su actitud en aquel ambiente adverso; desbordante de altanería, ante la ofensa que creyó haber recibido, se irguió de pronto, y avanzando hasta su adversario, díjole, amenazante:

—Flojo; pero ningún salvaje como usted, lo insulta.

(*) A Muniz se le reconocía el grado de coronel, en las filas blancas.

Todos los que rodeaban el fogón se levantaron a su vez al notar la actitud decidida de Muniz, mientras el imprudente ofensor se retiraba ante aquel gaucho de mirada imponente, que lo seguía con el ademan resuelto y la mano en el puñal.

Cegado por la indignación, Muniz pensaba que las palabras del oficial eran el sentir de todos los presentes, que aprovechaban la oportunidad para vejarlo. Y animado por su audacia, atento sólo a la venganza de la ofensa recibida, se aprestó a enseñarles el respeto que su valor merecía.

Es verdad que se encontraba frente a un grupo de hombres armados y rodeado por todo un ejército; pero él aun no había aprendido a detener su brazo vengador ante el más impresionante de los peligros.

"Blanco flojo" habían dicho, y él les probaría cuánto se equivocaban en el insulto.

Nada era bastante a detenerlo en su intención, cuando Latorre, comprendiendo sus ideas, se interpuso entre él y el corrido ofensor, a quien reprimió duramente su actitud descortés y cobarde, puesto que no se atrevía a medirse con el caudillo a quien acababa de ofender.

En vano intentó el otro disculpar sus palabras, protestando que al decir blanco, quiso referirse a la calidad del cigarro; Latorre le ordenó pasar a su carpa en condición de arrestado.

La actitud justa de Latorre y las protestas que hiciera de su amistad, calmaron el ánimo de Muniz, quien permaneció algunas horas más en el campamento; del cual se alejó con la promesa de que serían respetados sus guerreros.

Ya en su campo, el caudillo reunió por última vez a su alrededor a los gauchos que lo acompañaron en aquella campaña y dirigiéndoles un lacónico y emocionado discurso, les anunció el fin de la revolución quizá más

popular de la Historia, al mismo tiempo que los invitaba a volver al trabajo reparador.

Enternecidos, escucharon los soldados la voz del guerrero, y sin exhalar una queja contra la adversidad de la suerte, estrecharon respetuosos la mano del caudillo, para rumbear hacia sus hogares.

En pequeños grupos o solos, fueron surgiendo del monte las siluetas de los gauchos, de cuyos sombreros ya se habían quitado las divisas.

Por unos instantes animóse la soledad de los campos, con la presencia inopinada de los jinetes que los atravesaban; y cuando se hubo perdido detrás de las lomas el último guerrero, se borró con él la efímera alegría del lugar y la postrera imagen de la guerra que allí terminaba.

Con ellos desapareció el caudillo para dirigirse a su rancho, en el cual lo esperaban ansiosos los brazos abiertos de su esposa y las frentes de sus hijos, para que en ellas estampara el ósculo tanto tiempo deseado.

En la cumbre del cerro, el relincho feliz del caballo de pelea anunció a los campos la vuelta del guerrero.

El Coronel Muñiz

CAPITULO XVII

El Coronel Muniz

Los campos recobraron su tranquilidad habitual, cuando la última columna de guerreros desapareció en el horizonte.

Los gauchos que por tanto tiempo permanecieron alejados de sus hogares, volvieron a ellos felices de poder iniciar la vida de paz y sosiego que soñaron en las noches cruentas de la lucha.

En toda la comarca, los indicios del trabajo alegraron los campos. Después de una existencia plena de vicisitudes y de sacrificios, renacía la vida serena y pacífica, con la cual se elaboró la grandeza nacional.

Cuando recién se anunciaban los resplandores del alba, el guerrero, entonces rudo campesino, recorría el área de la huerta, abriendo nuevos surcos y caminando detrás del arado que arrastran los tardos bueyes. Y en la patriarcal tarea continúa empeñosamente, mientras el sol proyecta su sombra sobre la tierra que él acaba de fecundar, hasta que el mediodía llega, luminoso, sobre los campos, y él retorna a las casas donde lo esperan el almuerzo frugal y unas horas de descanso antes de iniciar de nuevo su labor.

Los días se suceden lentamente, mientras el campesino continúa su fecunda tarea, hasta que en el cercado el negro seno de la tierra desfigura el paisaje que enverdecían las gramillas.

Como él, todos los paisanos han vuelto a sus labores.

La aparición del sol sorprende a diario al jinete que salta sobre los lomos de un potro; al labriego que rompe la uniformidad de las gramillas; a la diligencia que avanza por el camino seguida por la espesa nube de polvo que levanta, o al andar tardo y pesado de una carreta que cruza los llanos.

A esa hora, el cuadro se anima de vida y de color; los campos se alegran con el pasar de los viajeros y el blanquear de las estancias sobre las cuchillas.

Las lanzas permanecen olvidadas en los ranchos, mientras el arado triunfa en las lomas.

Si el día es de verano, desde la madrugada los gauchos están ya de pie, gustando el cimarrón antes de iniciar sus trabajos.

Después ciñen el recado sobre los caballos, para montar y marcharse al campo donde pasan la mañana ocupados en recorrerlo y revisar los ganados, o en el monte, donde el hacha corta los altos sauces o los mimbres coposos. Y mientras éstos cuidan de los animales y de aprovisionarse de leña para el próximo invierno, otros levantan la tierra en la que nacerán los verdes tallos de los maizales.

En el corral, las mujeres se ocupan en ordeñar las vacas que, libres luego de habérseles privado de su leche espumosa, desfilan perezosamente por la cuchilla, importunadas por sus terneros que gozan, con brinco y balidos, de su libertad y de la frescura del ambiente.

En las pulperías, el comerciante abre las puertas a la luz, en espera del viajero que se detendrá para tomar unas ginebras que le den calor y energía, y para dar descanso a su cabalgadura.

Durante el resto del día, bajo la luminosidad inmensa que alegra y da color al paisaje, pasan las horas del trabajo, que se deja al caer la tarde para reanudarlo a la mañana siguiente,

El sol se ha puesto ya. Un lento crepúsculo domina en el cielo y en el campo. El silencio comienza a reinar sobre las cosas. El balido de las ovejas que van llegando al rodeo, se acalla poco a poco, mientras en el monte los pájaros se recogen silenciosos.

Recostado al palenque, donde su caballo espera el instante de partir, un gaucho apura unos amargos, aguardando a que en el cielo se enciendan las estrellas y que la luna, con su luz pálida, bañe los campos y las cosas.

Precisado a hacer una larga jornada, el viajero ha esperado la noche, para librarse así de los rayos ardientes del sol de verano y gozar de la frescura que a esa hora se siente en la tierra.

Yo no sé si en esa resolución hay algo también, de sentido y emoción poéticos; pero es lo cierto que nuestros paisanos prefieren, con marcada preferencia, el hacer esos viajes en la tibieza de las noches de estío.

Cuando las sombras se han extendido sobre los campos, el viajero inicia su marcha al trote lento de su caballo.

A su alrededor todo es silencio y reposo; en medio del paisaje que duerme, el jinete es el único que parece vivir en aquella hora.

Sobre la quietud de muerte de las cumbres y los llanos, ataviada de astros, se muestra la bóveda celeste, impasible y eterna.

La luna semeja una lámpara encendida en la azul inmensidad del espacio.

Bajo aquel espectáculo grandioso, el jinete continúa cruzando los campos, al galope cadencioso de su caballo. Y las cuchillas que deja a su espalda se van borrando como negras curvas, mientras atraviesa los llanos en los que se siente el golpear de los cascos de su flete, sobre el piso endurecido.

Acariciado por una brisa tibia, el viajero recorre las

distancias bajo el palio azul de la noche, en la que se diría que el espíritu de Dios, inmensamente lírico, se anuncia en la poesía maravillosa del Infinito. Y es tanta la emoción que hay en esa hora, hora en la que yo no sé qué extraño misticismo se apodera de nosotros, hasta hacernos asomar lágrimas a los ojos cuando contemplamos la mudez imponente de los cielos, que nos parece sentirnos abrasados por un irresistible deseo de volar, en un vértigo de Azul, a hundirnos en la profundidad infinita de la noche.

El gaucho siente en su espíritu el encanto de la hora, y sin saber por qué, canta; son canciones del terruño en las que palpita su alma criolla, con todos sus sueños y melancolías.

En el silencio de las cosas, sus palabras van pasando hasta morir en la soledad.

Y en tanto él sigue su viaje, y pasan las horas lentamente, frente a la quietud inmutable de los astros, la luna va describiendo la parábola de su viaje.

Ya no recuerda cuánto tiempo lleva andando, cuando el eco de sus canciones provoca el ladrido de los perros, al pasar junto a un rancho.

Su voz y los ladridos son los únicos signos de vida que se advierten en la noche.

El jinete sigue recorriendo las distancias, mientras los ecos de las voces se apagan paulatinamente, hasta perderse en el silencio de la hora.

Por los parajes que atraviesa, el viajero supone lo que falta aún para que venga la anunciación del alba.

Ya ha dejado a su espalda muchas lomas y llanuras, y la quieta superficie de una laguna se agitó un momento a su paso.

Aún no ha terminado de hundirse en la curva del Espacio el astro de la noche, cuando sobre la cumbre del Cerro Largo se anuncian en el cielo los tenues resplandores del nuevo día.

Poco a poco el azul se tiñe de un rosa pálido que invade su inmensidad, y mientras en los campos se hace una luz difusa, en el cielo comienzan a apagarse las estrellas.

En la enramada de un rancho que se levanta al costado del camino, el jinete distingue el rojizo resplandor del fogón junto al cual "amarguean" los paisanos madrugadores.

Al pasar oye el canto de los gallos que saludan la llegada del día.

La noche se defiende aún, hasta el instante en que sobre la cumbre del cerro, el sol asoma sobre los campos produciendo una eclosión de luz. Y la quietud de muerte que dominaba en la tierra se ha ido con la noche, para que reine la claridad del día.

Entonces el viajero suspende su viaje, para dar descanso a su caballo y esperar el nuevo declinar de la tarde, en el que proseguirá su marcha.

Así, todo es paz y trabajo en la campaña.

Al ver cómo los hombres retornan, al descender el sol, de sus tareas, las mismas que los ocuparon el día anterior, se diría que todo se sucede idénticamente, sin que un solo cambio se opere en los hombres y las cosas.

No es así, sin embargo; una vida nueva empieza entonces en la comarca.

¿De dónde viene? ¿Cuándo se inició? ¿Quién la hace?

Difícil fué entonces, y lo es ahora, el saberlo.

Sin grandes revoluciones, obedeciendo a una ley natural y por lo mismo fatal, la campaña de aquellos lugares experimentaba una extraña transformación que se acentuaba con signos cada vez más visibles. Era algo así como el cumplimiento de una voluntad superior y desconocida, que el gaucho aceptaba resignado, y sin percatarse, en mucho, de su trascendencia.

Sobre las cuchillas, hasta entonces libres, las líneas

de los alambrados comenzaron a extenderse, señalando la propiedad de cada uno.

La tierra, que fué patrimonio de todos y que se abría generosa para todos, fué limitándose por aquellos muros que señalaban los caminos y hacían notar las riquezas de los estancieros.

En derredor de los ranchos, donde hasta entonces por lo general sólo se extendían las verdes gramillas, los rubios trigales pusieron una nota de color. En las cuchillas aumentaron las majadas, que alegraban los campos con sus múltiples balidos y la limpia blancura de sus vellones.

Entonces, ya no le fué dado al gaucho recorrer los campos al capricho de sus deseos y siguiendo la ruta que le indicaba su conocimiento del paraje. La tierra tenía desde ahora su dueño, que le privaba hacer por ella sus correrías asustando los ganados que pacían en la pradera.

Hasta el gaucho sufría en su traje tradicional, las consecuencias de aquella nueva vida.

La ruda bota de potro, que tan bien le servía para afirmar los dedos del pie en el estribo, como para bailar un pericón, fué reemplazada por una nueva, toda enteriza, que se hacía en las ciudades. Con el tosco calzado se fueron también las lloronas que lo acompañaban, ante la invasión de una espuela más delicada y pequeña. Pero, no sólo aquí se detuvo el impulso transformador del progreso que avanzaba en el pago. Aún faltaba despojar al gaucho de otros típicos atributos de sus vestidos. La invasión de esta nueva vida tuvo para los tradicionalismos una crudeza implacable

Así fué cómo, poco a poco, desaparecieron de los campos el chiripá y los ribeteados calzoncillos que le servían de complemento, para dar lugar a la bombacha, nueva prenda que pronto se aclimató en la comarca,

porque respondía al espíritu y las necesidades del hombre de campaña.

Pocas, hasta desaparecer por completo, fueron las melenas agitadas por las auras campesinas. Y el trabuco, que sólo servía para disparar una vez en la lucha; esa arma gaucha, por lo que tiene de tosca y de inútil, propia para aquellos valientes que sólo fiaban su vida en el puñal, fué también desterrado por el revólver, rápido y certero, adecuado para los que entonces sentían poco fuego de coraje en sus venas. Y como elocuente indicio de que nada permanecería en su puesto ante aquella invasión, hasta la guitarra tuvo que discutir méritos, en las pulperías y las enramadas, con la ramplona acordeón.

¿Cuánto tiempo necesitó para gestarse este cambio?

Bastante, en verdad; pues como todos los cambios duraderos, éste fué lento y discreto.

¿Qué pensaba el gaucho de esta nueva vida?

Yo creo que él entró en ella, sin apercibirse siquiera de la faz extraña que tomaba la campaña y del destierro fatal en el que desaparecían sus vestidos y sus costumbres. Y era porque sus propias necesidades y la civilización que invadía su pago, así lo exigían.

Sumisos a esta ley de su existencia, los paisanos acataban aquella voluntad desconocida, sin notar que los cambios eran el principio de una nueva época, en la que, con el correr de los años, muchos de ellos se verían reducidos a la vida de parias en su propia tierra.

Entonces comenzaba en la comarca el reinado de la época de mansedumbre y de paz, que en los campos de Laguna del Negro, anunció don Ramón Mundo con la alegría de sus huertos cultivados.

En el hogar del caudillo se había operado también una sensible transformación.

Con la seguridad de la paz y gracias al trabajo, la hacienda mejoraba notablemente.

Las praderas de sus campos se poblaron de ganados, y la chacra volvióse alegre con las plantas que en ella crecieron.

En el lugar donde antes existía el modesto rancherío de la estancia, levantábase ahora una moderna y confortable casa cuyo altillo hacía las veces de mirador, desde el cual se abarcaban con la vista grandes extensiones de la comarca.

Los vestidos criollos de la esposa y los hijos, como los del caudillo, se dejaron por los que exigían los tiempos y la posición social que entonces ocupaban.

Por esa época ocurrió un suceso trascendental que vino a favorecer el crecimiento del prestigio de Justino.

Don Angel Muniz, desilusionado por el fracaso de la Revolución Tricolor, y aconsejado por altos personajes políticos de Montevideo, acababa de vender sus propiedades en el Departamento y de trasladarse a la Capital.

Con la desaparición del caudillo del escenario político, la figura de Muniz se levantó en el ambiente, dominando a las de todos los demás jefes de algún prestigio. Sus cualidades de guerrero y la popularidad de sus fuertes condiciones morales, lo hacían, sin duda, digno de ocupar la jefatura que acababa de dejar el anciano coronel.

En la plenitud de su vida; valeroso en los combates, como sereno y lleno de recursos en la derrota; honrado en sus palabras y noble en su amistad, Muniz era el prototipo del caudillo nuestro, en lo que tiene de fuerza moral y de nobleza.

Por eso fué que nadie osó entonces discutirle sus derechos en la dirección del gauchaje de Cerro Largo.

Hacia él se volvieron todas las miradas y las esperanzas, cuando se supo en el pago el alejamiento del antiguo caudillo. Y él fué desde entonces su guía, hasta

el momento trágico en que la Fatalidad lo puso frente a sus viejos camaradas y soldados.

En las tareas de la paz no se adormecieron las condiciones guerreras de Muniz, en una vida ociosa y libre de trabajos. Y fué porque en aquella época las tareas del campo exigían del hombre, además de su inteligencia, el concurso de su fuerza y su habilidad. Por esta razón, eran nuestros paisanos una mezcla de hombres de labor y de guerra, pues privado del auxilio de la máquina, el hombre debía dominar a la Naturaleza con su esfuerzo propio.

En Muniz sus altas condiciones de campero eran proverbiales en todo el pago.

Criado desde su infancia, lidiando con los potros y los toros cerriles, había adquirido verdadera maestría en esas labores.

Nadie podía decir que un bagual lo hubiese despedido de sus lomos en medio de la lucha; y cuando en el rodeo una res se escapaba para esconderse en los bañados, siempre el lazo de Justino cayó justo sobre sus astas, antes de que en su loca carrera el animal hubiese recorrido mucha distancia.

En la paz, como en la guerra, él era el hombre más capaz de toda la comarca. Y esa superioridad que se hacía sentir tanto en las tareas fuertes de la hierra, en la que los lazos sujetan bruscamente a las reses, como en las domas cuando los potros remolinean y brincan espantados en la manguera por los lazos que cruzan sobre sus cabezas, era lo que había contribuído en gran modo a su inmenso prestigio, que, naciendo en el pago, había terminado por traspasar los límites del Departamento, correr por los campos del País y llegar a la capital, donde los "*dotores*" pensaron en conquistarse la amistad de aquel gaucho que había labrado su fama llevado por su temperamento y su coraje.

No eran los grados militares que Muniz pudiera

ostentar, los que hacían al paisanaje rendirle homenaje de respeto, toda vez que se encontraban a su lado.

No eran, tampoco, los favores que pudiera dispensar, lo que hacía de aquel hombre el único capaz de imponer su voluntad a toda una sociedad cuyo más alto orgullo fué siempre su libertad y su altivez.

Es que Muniz era la síntesis de todos los valores que el gaucho aspiraba a poseer para llegar a lo que él entendía como la más alta perfección personal.

Muniz era para ellos, un ideal hecho carne; un héroe de romance a quien se podía reconocer hasta en el menor de sus gestos. Era el sueño de su vida de gaucho, realizado en un hombre salido de su ambiente. El valor sin mengua; la altivez perenne y la superior inteligencia que descubre el pensamiento del interlocutor, cuando con sus ojos severos parece sondear el espíritu del que le habla.

El caudillo de entonces era el sucesor glorioso del encanecido guerrero que por última vez esgrimió su lanza en la Revolución Tricolor. Y para que sus paisanos aún lo admiraran más, él apareció en el alto puesto que su tío dejaba vacante, pleno de juventud de cuerpo y de espíritu; hombre símbolo de aquella sociedad toda acción y vida.

Por ello, mientras él proseguía laborioso sus trabajos, una adhesión religiosa lo circundaba y se extendía por todo el Departamento.

CAPÍTULO XVIII

Con riesgo de la suya, Muniz salva la vida de un amigo

MUY de mañana, cuando aún la cerrazón tendía su blanco velo sobre los campos, Muniz montaba a caballo para realizar su habitual paseo por sus dominios, hasta la hora en que ya el sol abrasaba a la tierra con sus rayos.

En una de esas mañanas, Muniz, que recorría como de costumbre sus praderas, dirigió el caballo hacia una carreta que esa madrugada había desuncido en la cuchilla cercana al Paso de Medina.

El sol empezaba a iluminar con sus rayos oblicuos, que se reflejaban en las gotas de rocío que humedecían las gramillas.

Diseminados en la pradera, los ganados pacían tranquilamente, sin que un solo viajero les hiciera levantar el extendido cuello. Por los alrededores, sólo las casas de Muniz blanqueaban a distancia de una legua; lo demás, todo era soledad y silencio en la inmensidad abierta de los campos.

En la dirección que él avanzaba, sobre la línea grisácea y ondulante del camino, la carreta ponía una nota de vida.

Al llegar junto a ella, Muniz saludó al viajero, que sentado sobre un "cojinillo" junto al fogón donde her-

vía el agua para el mate, contestó a su saludo invitándolo a desmontarse.

En viaje para la capital, el carrero había llegado al lugar esa madrugada, y saboreaba entonces unos "amargos", antes de uncir de nuevo y continuar la marcha.

Antiguos amigos, Muniz y el viajero departieron largo rato junto al fogón, hasta que éste fué a arrimar sus bueyes, que pastaban diseminados en torno de la carreta.

Pacientemente, el carrero fué acercándolos junto al pértigo del vehículo y ayudado por su huésped, ciñéndoles el yugo sobre la cerviz. Como hombre acostumbrado a los caprichos de sus animales, el carrero sufría sin impacientarse las impertinencias de los bueyes que, perezosos, se resistían a colocarse junto al yugo, a pesar de las voces incitantes del hombre.

Con esa tranquilidad fueron quedando uncidos todos los animales, excepto uno que se negaba a dejarse sujetar por la coyunda.

Era un novillo colorado, pequeño, de astas cortas y afiladas, de mirar inteligente y nerviosa y fuerte apostura.

Iniciado hacía poco en el trabajo, el animal resistía ante aquella mansedumbre a que lo condenaba el yugo, y al martirio de recibir sin rebelarse, el acerado aguijón de la picana.

En los primeros tiempos de su apresamiento había tenido que seguir a la carreta a través de lodazales y de los caminos polvorientos y abrasados por el sol, unido por un fuerte anillo a un manso buey que le impedía correr por los campos e ir a confundirse con los ganados que lo vieron pasar, humillada la cerviz, siguiendo el tardo paso de la carreta.

Miserablemente, durante los días interminables del verano y las lluvias del invierno, él había arrastrado

por los campos la pérdida de su libertad, siempre unido a aquel buey de aspecto humilde, que lo obligaba a seguir paso a paso las huellas de la carreta. Y cuando en un arranque de juventud intentó emanciparse de aquella vida, siempre chocó con la irritante resignación de su compañero que marchaba, baja la cabeza y rumiando tranquilamente, como agobiado por un enorme cansancio de vivir.

Así pasaron para él largos días de aburrimiento y de martirio, en los que ni siquiera le era dado saltar y correr a su antojo en las horas de descanso, hasta que, ya más sumiso, lo libraron por fin de aquel compañero que no parecía de su casta, y que sin embargo era un anuncio vivo de su porvenir.

Entonces vinieron para él los trabajos.

Humillada la cerviz por el yugo, hubo de tirar días enteros agobiado por el peso de la carreta y martirizado por las voces y la picana del hombre.

A pesar de esto, el novillo aún ensayaba resistir.

En medio del grupo miserable de sus compañeros, resignados y hasta indiferentes ante sus trabajos, él era el único que defendía su libertad que el hombre intentaba quitarle para reducirlo a la condición de mudo servilismo, a que había reducido a los otros bueyes.

Esa mañana, la frescura del ambiente y la alegría de los campos pusieron en su sangre desusada nerviosidad.

Desde el día en que lo sujetaron al yugo, nunca como entonces había sentido tantos deseos de ser libre. Hasta el carrero, viendo su resignación, había supuesto idas para siempre sus rebeldías. Pero esa mañana su instinto se rebeló desde lo más íntimo de su ser, y lo incitó a volver a su libertad.

Al verse junto a sus compañeros que, uncidos ya, rumiaban en espera suya para iniciar el trabajo, quiso

gozar de la libertad que respiraba el ambiente fresco y luminoso de la campaña.

Durante largo rato esquivó la coyunda con que el carrero intentaba sujetarlo, hasta que impaciente por la insistencia del hombre, que lo golpeaba con violencia, revolvióse furioso y avanzó con inesperada presteza, deseando terminar de una vez.

Tanta fué la rapidez con que atacó, que el carrero, sorprendido, apenas pudo desviarse del camino del animal que, viéndose burlado, se aprestó para atacar de nuevo.

El momento era propicio para realizar su venganza; distante unos pasos de la carreta, el hombre no tendría dónde esconderse para librarse de sus astas. El animal pareció entenderlo así. Miró nerviosamente; olfateó el suelo, sobre el que dejó caer la baba que salía de su boca, y con la cabeza gacha, encorvado el lomo y enarcada la cola, arremetió ciego de furia, dispuesto a levantar en sus astas a su victimario.

Difícilmente el carrero, hombre ya anciano, hubiese podido librarse de aquella arremetida violenta que amenazaba cogerlo. Pero he aquí que desde el fogón donde estaba sentado, Muniz dió un salto y se interpuso entre la bestia y el carrero.

Fué un choque violento, brutal.

La bestia detuvo de súbito su carrera; movió bruscamente la cabeza intentando librarse del obstáculo que la detenía, mientras afirmaba sus patas en el suelo para saltar nuevamente.

Al notar que las manos del hombre le impedían avanzar, el animal retrocedió unos pasos para tomar impulso; entonces, mugiendo de furia, levantó bruscamente la testa y dió un salto hacia adelante, queriendo arrastrar en él a su adversario. Todo fué en vano, sin embargo. Con agilidad sorprendente, Muniz esquivó el

ataque del animal, y haciendo un supremo esfuerzo sujetó su carrera haciéndole torcer el cuello.

Este nuevo fracaso terminó de enceguecer a la bestia.

Entonces se trabó la gigantesca lucha cuerpo a cuerpo.

En la amplitud del escenario, en medio de la inmensidad de los campos, el hombre y la bestia medían su fuerza brutal, en una lucha de la que podría resultar la muerte del hombre.

En sacudidas violentas, Muniz y el novillo remolineaban de uno a otro lado, sirviéndose el primero de su inteligencia para dominar aquella fuerza bruta que amenazaba aplastarlo. Y sus membrudos brazos eran como tenazas que aprisionaban las astas afiladas y temibles.

A pesar de los saltos que se veía obligado a dar, impelido por el furioso empuje de su atacante, el hombre continuaba la lucha, pareciendo que su afán no fuera el librarse de aquella testa armada que tenía junto a su pecho, sino el de dominar completamente a su extraño y fuerte enemigo.

¿Cuánto tiempo duró aquel duelo singular?

Yo no puedo decirlo. Pero es lo cierto que fué necesario largo rato de lucha para que las fuerzas del animal comenzaran a menguar ante la resistencia de aquellas manos que lo sujetaban a pesar de su empuje. Hasta que al fin, como resignado ante su derrota, el novillo inclinó humildemente la cerviz bajo el yugo, en el que le aprisionaron las coyundas.

Al poco rato desaparecía el techo de la carreta detrás de una curva del camino, por el cual el novillo sigue su marcha fatigosa, confundido entre el grupo de sus resignados compañeros.

En tanto que él arrastra, a través de los campos su vida miserable, hasta el momento en que la muerte venga a sorprenderlo en medio de su viaje, el carrero con-

tará a los transeuntes que se detengan junto a su fogón, la historia de aquel buey que un día sintió deseos de ser libre, movido por la frescura de una mañana de estío y la alegría de los campos, y cuyos deseos hubiera realizado, a no ser por el caudillo Justino Muniz, que con sus membrudos brazos le hizo sentir la debilidad de sus fuerzas.

CAPÍTULO XIX

Muniz y "El Mellizo"

AQUEL día, el trajín de una afanosa tarea ponía una nota de desusada actividad en la estancia del caudillo.

Desde el atardecer anterior, hora en que llegó la comparsa de esquiladores, los aprontes para el trabajo pusieron en movimiento a todos los habitantes de la estancia.

Esa mañana, cuando aún el sol dormía entre las nubes que envolvían la cumbre del Cerro Largo, las majadas avanzaban lentamente por el Cerro de Medina, en dirección a los bretes.

Eran como una extraña caravana, subiendo en desorden por los senderos que se arrastraban en las cuchillas.

Los campos, hasta entonces dormidos y desiertos, se alegraron con aquel desfilar de blancos vellones que en caprichosas columnas los cruzaban, entonando a los aires el concierto múltiple de sus balidos, entre los que se oyen las voces de las ovejas que en la precipitación de la marcha olvidaron a sus hijos, extraviados en la multitud; los llamados de los corderos que por brincar perdieron a la madre; y entre tantas voces suaves, que se suceden y multiplican, el ronco balido de los carneros que cortejan a las tiernas borregas, que marchan a

prisa por esquivar los requiebros de sus austeros galanes.

Así, como un pueblo o un ejército en marcha, llegaban las majadas al corral, siguiendo a las más audaces ovejas que avanzaban describiendo las caprichosas curvas de los senderos.

Cuando toda aquella multitud estuvo encerrada en los bretes, ya las esperaban los esquiladores en el galpón, barrido y preparado prolíjamente para la faena.

En tanto que el sol ascendía sobre la tierra, en el galpón las tijeras entonaban un canto de trabajo, y en el corral las ovejas remolineaban levantando una nube de polvo que las envolvía.

La tarea, abandonada durante las horas del almuerzo, se reanudó en las primeras horas de la tarde.

Era una tarde de Octubre, cuando recién los campos renacían del sueño letárgico del invierno.

A pesar de que aún no era normal en aquella época del año, la tarde tenía todo el sopor de los días estivales.

Nuestra primavera, tan variable, tiene a menudo esos cambios bruscos y acentuados; así, a un día ventoso y frío, sigue otro quieto y cálido.

El de entonces era así.

En el cielo, límpido con una rara transparencia, el sol estaba radiante de luz.

Como suspendidas en el espacio, densas y quietas, nubes todas blancas se hallaban dispersas a grandes distancias en la diafanidad luminosa del azul.

Por lo demás, la bóveda celeste presentaba un aspecto de inmutable quietud. Hasta el sol mismo parecía moverse con mayor lentitud que los demás días.

Por los campos florecidos difundíase idéntico sopor.

La luminosidad que bañaba las cuchillas tornaba descoloridas y sin vida a las margaritas que en los crepúsculos matizaban la verde alfombra con manchas de

sangre o con sus tintes violáceos. Hasta las propias gramillas, verdes con la juventud de sus primeros días, que borraron el ambiente de muerte que dominaba en los campos, se habían tornado amarillentas bajo los rayos solares.

En los montes, los árboles aún desnudos mostraban sus ramas enrojecidas por la savia que volvía a correr.

Ni un canto, ni un ruido rompía el enervante silencio de aquel mediodía.

A veces, una paloma con volar lento, cansado, abierto su pico por el calor, viajaba por los aires en los que reverberaba la luz.

En el corral las ovejas se reunían en grupos, agitadas, temblorosas por el calor sofocante que las abrasaba, defendiendo sus cabezas entre las patas de las demás, del sol que pesaba sobre sus lomos.

En la amplitud del corral, aquellos animales que esperan a los "agarradores" que los han de llevar para que los trasquilen, dan una impresión de doloroso cansancio.

Ni un balido, ni un salto. Sólo se oía el agitado respirar que convulsionaba los cuerpos, o la ronca tos que provocaba el polvo levantado por las ovejas que remolineaban cuando los "agarradores" elegían una de ellas.

En el ambiente, que no refresca la más pequeña brisa, se levanta un acre olor a estiércol.

En el galpón, el ruido incesante y monótono de las tijeras que hienden los vellones abriendo anchurosas franjas, eleva un himno de trabajo.

Hay el mismo sopor que en el campo y en el corral.

Alineados a lo largo de las paredes, sobre el piso prolijamente barrido por la escoba que maneja sin descanso el "canchero", vestidos de chiripá y remangada la camisa por encima del codo, los esquiladores tienen entre sus piernas a las ovejas que trasquilan.

Hincados sobre el animal que yace, maniatado, a sus

pies, los hombres, con el rostro sudoroso y enrojecido por el calor, manejan diestramente las tijeras que van desnudando de sus vellones a las ovejas.

Es un trabajar continuo, en el cual se aprovechan los minutos que entonces valen oro.

A veces, entre el monótono ruido de las tijeras, se levanta el quejido de una oveja que ha sido herida.

Se oyen entonces las voces irónicas de los esquiladores, mientras el que ha lastimado a su animal lanza una imprecación contra la pobre víctima, en cuyo costado un hilo de sangre enrojece el vellón recién cortado.

De los animales se desprende un fuerte olor a sudor que domina en el ambiente, haciendo más enrarecido el aire que se respira.

A ratos, una oveja toda blanca se ha levantado de entre las manos grasientas del hombre, que le quita los últimos mechones de lana.

Tiene el aire extrañado. Al sentirse libre parece no reconocerse bajo su nuevo estado. Llegó en los brazos del "agarrador" toda cubierta de largo vellón ennegrecido por la tierra del corral, y sale toda blanca, con una blancura amarillenta en la que hay algunas listas rojas de su sangre.

Al sentirse libre, yérguese nerviosamente sobre sus patas que golpean el suelo; mira sorprendida a su alrededor, y emprende su carrera dando brincos de alegría al verse más ágil y más joven.

Inmediatamente su lugar es ocupado por otra, operándose de este modo la transfiguración de la majada.

Así se continuaba la esquila, en medio del canto de las tijeras, dominado a intervalos por los quejidos de las ovejas y las voces de los hombres, que sin levantar siquiera la cabeza dirigían irónicas humoradas a los que herían a sus animales.

En las casas, todo era entonces pensar en aquella fiesta del trabajo.

Mientras las mujeres trataban de que nada faltase en el galpón, los muchachos, alegres de poder solazarse a su antojo, hacían de agarradores, encontrando en esta tarea grandes motivos de esparcimiento y de solaz.

Autorizados para ello, se confundían en el polvo de la playa del corral, andando a veces en cuatro pies, empeñados en la caza de la pata de la oveja que habían de llevar. Y a pesar del sol que caía sobre sus cabezas y del polvo levantado por los animales, que les desfiguraba el rostro, ellos seguían con la jovialidad de sus pocos años y el encanto de lo singular de la tarea, revolcándose entre los animales y cubriéndose de tierra las ropas y los rostros sudorosos; todo ello entre alegres y sonoras carcajadas, provocadas por los cómicos incidentes de sus juegos.

Así, con la alegría sana que surge del trabajo, continuaba la esquila, cuando una nota extraña vino a detener por unos instantes el canto de las tijeras y las risas de los muchachos en el corral.

Hallábase el caudillo sentado en el zaguán de la casa en compañía de un antiguo camarada, cuando uno de sus hijos, Santos, niño de pocos años, llegóse con el rostro lloroso a contar el motivo de su llanto.

Estando en el galpón, y al pretender ayudar a uno de los esquiladores, éste le había dado una grosera bofetada.

Agitóse Muniz en la silla, como si en su rostro hubiera sentido caer la bofetada recibida por su hijo.

Centellearon sus ojos de rabia, mientras ya de pie y el ademán resuelto, inquiría el nombre del que había osado insultarlo en su casa y en su carne.

"El Mellizo" se llamaba el audaz ofensor.

Era "El Mellizo" un tipo singular en el pago.

Venido de Treinta y Tres, donde había muerto a un enemigo y ahuyentado a los policías que intentaron prenderlo, ambulaba por los campos del lugar, circun-

dado por una aureola de leyenda trágica que dábale singulares contornos en el ambiente.

Aunque sin llegar a la valentía y audacia que la imaginación popular continuaba atribuyendo a la figura desdichada de Tomás Moreira, muerto en un mediodía de tragedia, él gozaba, sin embargo, de renombre de valiente. Y decía la fama de su incipiente leyenda, que más de una pulpería del pago había sido teatro de sus hazañas.

Conocedores de tales nombradías, el amigo y la esposa de Muniz intentaron disuadirlo de su empeño en castigar por sí mismo la ofensa recibida.

No era prudente arriesgar un combate singular con un hombre de la catadura de "El Mellizo", quien nada tenía que perder, como no fuera su fama de valiente, para cuya defensa contaba con la fuerza y destreza de su juventud.

Inútiles fueron los sanos consejos de los amigos. Prudencia fué palabra que nunca guió a aquel hombre en cuya gloria la audacia tuvo tan grande participación.

En tanto que esta escena se iniciaba en el zaguán y continuaba en el patio, en el galpón seguían sonando las tijeras.

Como si una voluntad unánime hubiera paralizado todas las manos, cesaron las tijeras de cantar alegremente, mientras las miradas se dirigían hacia la puerta en la cual acababa de aparecer la figura del caudillo.

Un gesto de inquietud dominó en aquel silencio dramático, al ver surgir la silueta del héroe.

Adivinábase en el mirar severo que fruncía su entrecejo y en el ademán resuelto que anunciábase en todo su cuerpo, la cólera, difícilmente contenida, que le agitaba.

Todas las miradas lo siguieron, cuando con andar reposado, como si una firme voluntad lo guiase, atrave-

saba el ancho espacio que lo separaba del rincón en el cual "El Mellizo" esperábalo con el mirar hosco y la ambigua actitud de un hombre que no sabe si huir o atacar.

En el silencio de la escena levantóse la voz enérgica del caudillo, mientras sacando el puñal que ofrecía a "El Mellizo", agitaba su rebenque:

—"Agarrá ese puñal—dijo—y defendete".

En el galpón dominó un sobrecogimiento de terror.

La actitud de fría resolución de aquel hombre que parecía entonces en la plenitud de su fuerza, y el laconismo y la firmeza de su frase, presagiaban la tragedia.

Como si hubiera sentido en sus músculos un choque eléctrico; nervioso, vibrando todo él de emoción, irguióse "El Mellizo", sin apartar su mirada de los ojos del caudillo, que parecían dominarlo con la luz extraña que irradiaban.

Sereno el uno, con la serenidad dominante de un hombre dispuesto a cumplir su voluntad, cueste lo que cueste; firme sobre sus pies, semejando un genio de venganza surgido del seno de la tierra; nervioso el otro, con la mirada vaga de un hombre que busca en su cerebro atormentado, una palabra, un gesto, una actitud salvadora; inclinada la cabeza bajo el peso de la mirada que se le adentra hasta las entrañas, así lo vieron los paisanos, cuando la voz de "El Mellizo", semejante a un hálito de muerte, pronunció:

—"Con usted no peleo, coronel".

El puñal de Muniz estaba a sus pies, esperando a que la mano del gaucho tantas veces mentado en los fogones por su valentía, lo recogiera para la lucha. Pero "El Mellizo", a quien la fama colocaba entre los arquetipos del valor, no se movió.

Apenas si osó mirar a los ojos del caudillo.

En el galpón se sentía la angustia del silencio.

Hubo un gesto de espanto. En todas las gargantas se ahogó un grito de asombro...

El rebenque de Muniz, después de cruzar los aires, había caído sobre la espalda del otro.

Una convulsión de odio hizo temblar su cuerpo; crispáronse las manos, centellearon de rabia los ojos del matrero, que, ante el insulto recibido, no acertó más que a dar un salto hacia la puerta.

Impávido, ocultando el odio que le dominaba, sin medir siquiera el extraño renunciamiento del otro, Muniz recogió su puñal y tirándolo nuevamente a los pies de "El Mellizo", habló:

—"Defendete porque te voy a matar".

Con sonoridades extrañas, quedaron vibrando los ecos de sus palabras, en el galpón que servía de teatro a aquel drama.

Bajo el dominio fatídico que la presencia del adversario infundía en su espíritu, "El Mellizo" continuó en su sitio, sin hacer ni un ademán, ni un gesto...

Se diría que más le lastimaban los ojos de Muniz que su propio rebenque.

Daba la sensación de una paloma, cuyas alas no saben volar bajo el mirar de la víbora.

Y mientras él se empequeñecía bajo el influjo de su espanto, el caudillo parecíale transfigurado de majestad sobrehumana.

Repetidas veces sonó, en el completo silencio del galpón, el rebenque de Muniz al caer sobre las espaldas de "El Mellizo".

A pasos vacilantes, como si sintiera flaquear sus piernas bajo el peso de la mirada que lo seguía lastimando, "El Mellizo" retrocedió hasta la puerta del galpón, por la que desapareció de súbito.

Serenamente, con la serenidad con que ejecutó su venganza, el caudillo recogió su puñal sobre el que no se atrevió a ponerse la mano del matrero, y dejó el gal-

pón donde volvieron a cantar alegremente las tijeras, mientras los esquiladores trataban de explicarse la extraña cobardía de "El Mellizo".

***

No transcurrió mucho tiempo, cuando un viajero de Treinta y Tres trajo la nueva de la muerte de "El Mellizo".

Vuelto a su pago, después de haber sido humillado por el caudillo a quien se atrevió a insultar en el rostro de su hijo, tuvo que tornar a su errante vida de matrero.

Hasta que una tarde, platicando con un amigo en su rancho, supo que veinte hombres de policía lo rodeaban.

Sin esperar más, despreciando sus astucias y su ingenio, pareciendo más bien que buscaba a la muerte en vez de huirle, "El Mellizo" se internó en el monte, donde sabía que le esperaban sus enemigos.

Durante largo rato resonaron bajo la bóveda verde de los árboles los disparos de los contendientes.

Al otro día supieron los paisanos que el rebelde de la comarca había muerto con la honra con que había vivido. Y no sería poco, de seguro, el asombro de las tranquilas gentes del lugar, al saber cómo se había dejado coger aquel hombre que tantas veces burlara a los policías.

Pero en Cerro Largo, donde se conocía su humillante derrota, los paisanos juzgaron la muerte aquella como el sueño liberador de la vergüenza que roía las entrañas del matrero, desde la tarde en que el rebenque del caudillo cayó brutalmente sobre sus espaldas.

CAPÍTULO XX

Luchas políticas

Los ecos de las hazañas de Muniz repercutían en el pago, rodeándose de lujosos detalles que contribuían a hacer más relevante la personalidad del caudillo.

Como consecuencia lógica de este prestigio que llenaba todo el Departamento, ocurrió que los "dotores" fijaron sus ojos en el hombre que, nacido y encumbrado en un ambiente de fuerza y de incultura, se había impuesto por sus condiciones de guerrero y su inteligencia, que tenía toda la vivacidad necesaria para adivinar ajenos pensamientos y dominar en el ambiente donde se empleaba.

Fruto de la sociedad gaucha en la cual había nacido, él era a la vez su síntesis.

Como los grandes árboles de nuestra tierra, su prestigio hundía sus raíces en lo más hondo del alma popular y, alimentándose con su savia, crecía fuerte y coposo, hasta sobresalir por su tamaño y por la sombra que prestaba.

En el ambiente en que actuaba, él era una nota más en el armónico conjunto social.

Alma generosa, estaba bien allí donde los hombres morían esclavos de la palabra empeñada y donde la conciencia de cada uno era el juez de su vida.

Sin nociones de una amplia preparación cultural, regía su destino de acuerdo con su corazón, siempre abierto para los hondos afectos humanos, capaz de comprender la grandeza de un corazón amigo y de llorar con sus penas y alegrarse de su fortuna.

Libre su inteligencia de las complicaciones que trae consigo la civilización, juzgaba los hombres y los acontecimientos con la sencilla rudeza del hombre que aquilata los méritos ajenos según el sentir honrado de su conciencia, sin perderse en cálculos egoístas o utilitarios.

Blanco por tradicionalismo y por las luchas que en defensa de su partido había afrontado, su política era la del rudo caudillo de nuestra tradición, que sólo piensa en obedecer al llamado de la causa de sus amores, para volver a las cuchillas en su defensa.

Y así, sencillo y noble, fuerte en sus amores como en sus odios, se había levantado en medio del ambiente campesino, con fuerza tanta, que atrajo sobre sí las miradas de los políticos que pensaron en aprovechar el apoyo de su brazo, para satisfacción de altos ideales o de mezquinos intereses.

Después de la desgraciada Revolución Tricolor, el País permanecía en una paz que, si bien era intranquila por las pequeñas revueltas que se sucedían a intervalos, no había sido interrumpida, sin embargo, por una guerra formal.

Es verdad que de tiempo en tiempo llegaban hasta la campaña de Cerro Largo los estremecimientos fugaces de una conspiración, fracasada en la propia capital o en el departamento donde se iniciara. Pero, desaparecidas entonces del escenario guerrero las figuras de Aparicio y de Angel Muniz, el Partido Blanco permanecía en paz, tratando de conquistar en las urnas los puestos directivos que no pudo lograr en los campos de pelea.

Fué entonces cuando hasta la estancia del caudillo llegaron los políticos solicitando su concurso, ofrecido generosamente cien veces en los combates.

Y el hombre de los campos, que sólo entendía la política a la manera sencilla de sus soldados, cometió la imprudencia de aceptar sobre sí una carga que había de serle fatal.

Fuera de su órbita, alejado del centro en que imperaba por más fuerte y por más sabio, iba a aceptar la lucha en un ambiente desconocido, frente a los adversarios que, conocedores de ocultos resortes y hábiles en el manejo de la palabra y de la pluma—armas de esta lucha—habían de atacarlo rudamente, deseosos de dominarlo.

Por desgracia, el principio de su nueva vida ofrecióse con grandes esperanzas y con fingidas apariencias de triunfo.

Teniendo su prestigio enclavadas las raíces en el campo, el gauchaje lo seguía con la misma fe con que lo había rodeado en la hora del triunfo o de la derrota.

Por eso su palabra fué escuchada con el respeto que infundía su alto renombre.

Mientras tanto, los políticos, los bien intencionados y los que se prometían medrar a su sombra, rodearon al caudillo envolviéndolo en un ambiente que si bien aún no era del todo asfixiante, érale, por lo menos, extraño.

No diré yo que todos los que rodeaban a Muniz fueran calculistas dispuestos a robarle las prebendas que él pudiera lograr. Pero es la verdad que desde que Muniz surgió en el Departamento como una fuerte columna cívica, se anunciaron a su alrededor esos comediantes de la política; seres despreciables, capaces de todo servilismo, siempre que logren con ello la mísera recompensa que no pueden aspirar por sus propios méritos.

Y es también la verdad que ocurrió lo que fatalmente debía suceder.

Puesto en una lucha para la cual no contaba con la más elemental ilustracion; desconociendo el ambiente político, hubo menester de consejeros que avivando sus pasiones—nobles siempre, y no bajos apetitos como han dicho sus detractores—hicieron de él, con el correr de los años y según convenía a sus intereses (que ellos confundían con los del partido), un instrumento cada vez más privado de voluntad propia.

¡Es amargo decirlo, pero es la verdad!

Sin embargo, aún le quedan al caudillo algunos años de verdadero dominio sobre sí mismo. Veamos cómo se comporta en esta nueva vida, que le llama para infringirle la más grande y dolorosa de sus derrotas.

Corría el año 1880. El País, en paz, continuaba entregado al trabajo, sin que en el horizonte político asomara ningún indicio de una nueva convulsión nacional.

En su departamento, Muniz cuidaba de su hacienda, tan venida a menos durante las pasadas guerras, mientras la leyenda de sus hazañas vagaba por los campos.

Era el mes de Julio, cuando un decreto del Gobierno lo declaró incorporado al ejército nacional con el grado de teniente coronel y antigüedad del 14 de Octubre de 1863.

El Gobierno de entonces, con el doctor Francisco A. Vidal como Presidente, estaba, según la opinión de los contemporáneos, en manos del general Máximo Santos. Era, pues, un gobierno colorado.

Muniz aceptó, sin embargo, el empléo que le decretaban sus adversarios políticos.

En este acto del caudillo han querido ver sus enemigos "el primer acto de sumisión a los gobiernos".

Eso no es verdad.

Muniz aceptó el grado de teniente coronel en el ejér-

cito nacional, lo que no es lo mismo que decir: en el ejército colorado.

En aquella época los gobernantes colorados dieron grados militares a más de un caudillo blanco, sin que esto significara, en ningún modo, el declararlos miembros de su partido político. Y los caudillos de la llanura que tales grados aceptaron, se consideraron entonces, como siempre, sostenedores de la causa a que habían servido siempre. Y sus correligionarios no pensaron otra cosa.

Muniz fué uno de esos caudillos. Nada más.

Prueba de ello es que continuó en su Departamento luchando por la causa blanca, y ocupando en las columnas cívicas y guerreras de su partido los puestos más prominentes.

Tan verdad es lo que afirmo, que algunos años más tarde — en Agosto de 1887 — recibía el caudillo, de la Comisión Directiva del Partido Nacional (*) una invitación "para resolver sobre la legalidad de la elección del Directorio del Partido Nacional, celebrada por la Convención el día 18 de Julio ppdo". (1)

La posición política del caudillo fué entonces un elemento más, aprovechado en bien de sus correligionarios.

Contemplado en sus deseos por los gobernantes, que no querían tener frente a ellos al temible guerrero, utilizó las ventajas que le ofrecía su prestigio, para extender la mano en ayuda de sus amigos de siempre.

No dicen verdad quienes afirman que Muniz adormeció sus rebeldías cuando Santos sació sus apetitos con las prebendas de grados y consideraciones personales.

Muniz era demasiado noble y por demás altivo, para

(*) Nueva denominación que se había dado al Partido Blanco.

permitir que la mano de un Dictador lo tuviese sujeto al precio de bajos premios de servidumbre.

Noble y desinteresado, sólo callaba en bien de sus amigos políticos, y era este silencio el que aconsejaban, por otra parte, altos personajes de su partido, en quienes él tenía depositada toda su confianza y de cuya honradez partidaria nadie se atrevía a dudar. Eran éstos los doctores Martín Aguirre y Juan José Segundo.

En ellos tenía Muniz su más íntima confianza y ellos fueron desde entonces quienes le indicaron su conducta, sirviéndose de su prestigio para lo que llamaban "combinaciones políticas".

Por lo demás, Muniz era el protector de los compañeros que llegaban hasta él en demanda de su ayuda para solucionar sus conflictos con el Gobierno, o para emprender cualquier empresa.

Así, en el año 1887, el coronel José María Pampillón recomendaba a la protección del caudillo a "su pariente el coronel Benjamín Olivera, que ha sido nombrado Jefe Político de ese Departamento". (2).

Luego, pues, el grado que Santos reconoció a Muniz, en vez de ligarlo servilmente a su dictadura, fué, más bien, un auxilio poderoso que él utilizó en favor de su departamento y de sus amigos.

Por aquellos tiempos el Partido Nacional, como se llamó desde entonces al Partido Blanco, volvía a preocuparse de organizar sus columnas cívicas en vista del resultado negativo de tantas revoluciones.

En Cerro Largo agitóse bien pronto el ambiente, ofreciendo el promisor espectáculo de un resurgimiento sereno y pacífico de los hombres que tantas veces pretendieron imponer soluciones políticas a fuerza de lanzas.

Como respondiendo a una necesidad de mejoramiento social, todo el paisanaje se prestó entusiasta a colaborar en la obra de los hombres dirigentes del partido.

Muniz ocupó el puesto que sus virtudes partidarias le señalaron.

Se diría entonces que el País entraba en una era de ininterrumpida tranquilidad, y el Partido Nacional en una de sus mejores épocas. Pero he aquí que por razones que no es ahora del caso explicar, surge dentro del partido una honda disensión que fué acentuándose a medida que las pasiones y los intereses adquirían mayor importancia en la lucha.

Realizada la elección del Directorio partidario, los personajes políticos se dividieron en dos fracciones, a las que se llamó: Mayoría y Minoría.

Entre los primeros se contaban los amigos de Muniz; desde luego, fácil era suponerlo a él también alistado en sus filas.

Empeñada la lucha, el Departamento de Cerro Largo hubo de ser teatro de los más afanosos trabajos que en favor de sus ideas realizaron los dirigentes de ambas fracciones.

Al principio, la división no significaba en aquella región una fundamental divergencia de ideas o programas políticos. Era fácil ver que detrás de cada grupo se agitaban únicamente pequeños intereses de partido.

Tampoco podía decirse que significara una ruptura definitiva entre las dos fracciones en pugna.

El fenómeno se presentó como una transitoria división, llamada a desaparecer cuando hubieran desaparecido las circunstancias especiales que la provocaron.

Pero he aquí que la buena voluntad con que los gobiernos colorados acogieron a las fracciones blancas que les prestaban su concurso, cambió la faz del problema hasta ocasionar una anarquía dentro del Partido Nacional y de la que sólo pudieron escapar los hombres de serenas actitudes, que colocaron el interés del partido por encima de pequeñas conveniencias.

¿Quién fué el culpable?

Difícil es el decirlo.

En lo que respecta a Muniz, trataremos de analizarlo con la detención que nos permite la naturaleza de esta obra.

Era en el año 1890, cuando en Cerro Largo Muniz dirigía la política nacionalista, de acuerdo con los doctores Aguirre y Segundo.

La pasión de partido ya entonces volcaba en las páginas de los periódicos y en los discursos, todo su odio contra el caudillo que proseguía sus trabajos, inspirado en el bien de su departamento y llevando a él o a su representación nacional, a los hombres que en su sentir podrían hacer su prosperidad. (3 y 4)

Perdida la serenidad en el examen crítico, la agitación de la lucha trajo consigo el desbordamiento de pasiones, entre las que era fácil descubrir, también, despreciables intereses personales.

Muniz, aconsejado por sus amigos e injuriado por sus ocasionales adversarios, seguía la ruta en la cual lo precipitaban los acontecimientos. Por otra parte, la política de entonces presentaba un extraño aspecto caótico.

En tanto que los colorados se dividían en grupos obedientes a tal o cual caudillo, los nacionalistas, rota la unidad de miras y de acción, trataban de obtener de los gobiernos ventajas locales, ofreciendo, en cambio, su concurso de colaboración en la obra que desarrollaba el Presidente de la República, único director de la cuestión política del País.

En Cerro Largo la fracción de Muniz estaba encauzada en esa tendencia, que si bien puede justificarse en un principio, tuvo luego consecuencias fatales para el caudillo.

Así, impulsado por distintas ideas, Muniz se deslizaba por el error que, nutriéndose de la generosidad de su espíritu, lo conducía a un amargo renunciamiento de gran parte de su personalidad.

Pero, ¿quién hubiera dicho entonces que aquellos acercamientos suyos al Gobierno vendrían, a fin de cuentas, a distanciarlo de su partido político?

¿Cómo pensar que hombres tan íntegros en sus convicciones y en sus procederes—como lo eran algunos de los que le rodeaban—habían de llegar más tarde a una desairada actitud política?

Entonces toda la lucha se resolvía dentro del Partido Nacional, y si en algo se mostraba la influencia gubernativa, era en el conceder ventajas a los departamentos cuyos caudillos le aseguraban la paz pública. Y en la mente del caudillo, como en la de los nacionalistas de la región, el problema a resolver era puramente de orden interno dentro del partido.

La participación del Gobierno no era, pues, otra cosa que un elemento más — sí que precioso — aprovechado en favor de la fracción que lo recibía. (5)

CAPÍTULO XXI

Muerte de Eufemia

En medio de la agitación que la lucha política producía en su ánimo, un acontecimiento íntimo vino a poner su nota luctuosa en el alma de Muniz.

En la paz que gozaban, la familia del guerrero sólo había sentido amargados sus días por la muerte de uno de sus hijos, Antolín, muy joven aún cuando dejó vacío su puesto en la casa paterna.

Con la muerte de este hijo pudiera decirse que empezaron los días tristes del caudillo. Desde entonces comenzó a sentir el alma de aquel fuerte luchador, que la dicha se alejaba de su lado. Y su vida, que era como un canto de acción y de alegría, empezará a tornarse amargamente trágica.

En tanto que él cobraba una creciente importancia política, a fuerza de trabajos, en la tranquila vida del hogar, Eufemia continuaba siendo la hacendosa compañera que intervenía a menudo en los asuntos públicos de su marido, aplicando a estas cosas el sencillo criterio con que dirigía los pequeños cuidados de la estancia. Y unida a él, como una segunda conciencia a quien todo se consultaba, derecho adquirido a fuerza de ser discreta y de naturaleza talentosa, recorría ella el camino de la gloria que inició con el caudillo, cuando, románticos por la juventud y el amor, huyeron de la casa paterna en una noche lunar.

Si no fuera por aquel hijo que perdieron de manera tan desgraciada, ella podría creerse dichosa al ver cómo dormían en el pensamiento de Muniz las visiones guerreras, mientras la hacienda prosperaba y la leyenda de sus hazañas flotaba en el ambiente, dando tema a las décimas de los payadores y a las charlas del fogón.

¿Qué dicha mayor podría soñar aquella criolla, que ver cómo su hombre ocupaba al fin el puesto que por sus virtudes merecía, y ver ella también, disputándose su amistad con idéntico empeño, a los doctores ciudadanos y las sencillas gentes del lugar?

La vida dábale entonces la razón que ella adujo cuando despreció los galanteos interesados del gallego. Y los sacrificios hechos en las pasadas guerras estaban entonces bien recompensados con la tranquila paz de la vida presente.

Aunque aceptando los deberes impuestos por su nueva situación social, Eufemia no olvidaba, sin embargo, los antiguos afectos de sus convecinos, en quienes encontró muchas veces el apoyo que no podía prestarle el caudillo, viajero quién sabe por qué lejanos lugares.

En Setiembre de 1893 se separaban los dos esposos, por el nombramiento de Muniz para jefe de las fuerzas de la frontera, expedido por el Gobierno el día 4 de ese mes.

Era la última vez que se abrazaban dichosos, aquellos seres que habían vivido juntos una vida tan llena de emociones.

Pocos días después de esta separación, Eufemia se sintió enferma y necesitada a trasladarse a Melo en busca de los auxilios médicos.

Penosa fué la lucha que tuvo que afrontar aquella naturaleza aún joven y fuerte, para librarse de la muerte que se mostraba empeñada en doblegarla. A medida que pasaban los días, la enfermedad parecía avanzar fatalmente, sin que fueran bastante a detenerla los es-

fuerzos de la ciencia. Bien comprendía el caudillo, entonces a la cabecera de su cama, lo inevitable que cercaba el lecho de su compañera.

Interminables horas de angustias y luchas, en las que a veces asomaba una esperanza muy pronto desvanecida, pasaron en aquella casa donde la naturaleza de la criolla intentaba resistir a su eterno aniquilamiento. Todo era en vano, por desgracia.

Llegó el 26 de Setiembre, día primaveral, en el que se aquietaron para siempre aquellas manos hacendosas, y perdieron su última luz los ojos de la mujer que tanto había vivido.

¿Cómo habrá sufrido el noble pecho del guerrero, aquel nuevo golpe de su suerte?

¿Qué silencio tan grande no habrá sentido a su alrededor, cuando ya sus oídos no escucharon la voz que tantas veces lo alentó en las noches de incertidumbre, cuando solos, en el humilde lecho conyugal, el caudillo desesperaba de su suerte para él tantas veces mezquina?

¡Oh dolor; la que alegró los ranchos con sus hijos y sus flores, cuando los días del tranquilo laborar; la que curó sus heridas y veló sus sueños en la selvática isla del Frayle Muerto; la que tantas veces regó con sus lágrimas la blanca divisa; que desafió por él el desamor de sus padres y el odio de sus enemigos; que embelleció su vida con el calor de sus besos, se fué de su lado en el momento en que la vida parecía ofrecerle el premio a tantas virtudes!

Sin luz para siempre, se cerraron los ojos que cautivaron su corazón de niño rebelde, y lo vieron dichoso la mañana aquella, cuando vistió su traje de fiesta para legalizar la unión que ya habían santificado sus hijos.

¡Cómo se volverá triste su estancia, cuando en los patios no ponga ya Eufemia la nota amable de su nerviosa silueta y de su charla!...

Desde el galpón, donde el viejo "Fusil" sólo admitía

compartir con ella el amor del caudillo, hasta los más humildes ranchos del lugar, correrá haciendo verter lágrimas a su paso, la nueva de la muerte de aquella que para todos tuvo una palabra amiga y un auxilio generoso.

¡Cuán llena de sus recuerdos quedó la estancia, y, sin embargo, qué vacío dejó en pos de sí la hacendosa dueña, a quien nunca sorprendió el sol, en sus amaneceres, sin la alegría de sus patios barridos!

Desde ahora, la vida del caudillo será incompleta; a la rudeza de sus trabajos y de sus guerras, no podrá hacer amable con los besos de la criolla, que lo dejó en la plenitud de su gloria, como si quisiera llevarse en los ojos la triunfante figura de su hombre.

Ahora que su cabello comienza a encanecer y que la vida lo azotará reciamente, le ha de faltar el regazo de la mujer que también llevaba en su sangre ardores de guerrero.

El 26 de Setiembre de 1893, la tragedia que empezaba a cercarlo, le tendió un lazo más.

Vuelto Muniz a la vida pública, que abandonó durante la desgraciada enfermedad de Eufemia, repartía su tiempo entre la vigilancia de la frontera y sus asuntos políticos.

La situación se agravaba por momentos, siendo de notar los signos de descomposición que se anunciaban dentro de las filas del Partido Nacional. El curso que habían tomado los acontecimientos hacía ver que Muniz se alejaba por grados de su partido, para prestar su apoyo al Gobierno. Ya hemos visto las causas que determinaban esta actitud del caudillo. Sin embargo, aún era tiempo de reaccionar. Bastaba con que una voz amiga

le hiciese ver el peligro que corrían sus prestigios y su nombre, aceptando la no siempre honrosa carga de obedecer a los gobiernos que se sucedían en el País. Por su desgracia, los hombres de Montevideo, entre los que el doctor Segundo ocupaba el primer puesto, y sus amigos de Cerro Largo, principalmente Juan y Gumersindo Collazo, le aconsejaban perseverar en su actitud.

A raíz de las elecciones de Noviembre del 93, y en el calor de la lucha, los amigos de Muniz lo incitaban a continuar en el peligroso papel que deseaban hacerle representar. Y por medio de empeñosos trabajos trataban de ligarlo estrechamente al doctor Julio Herrera y Obes, en la actualidad Presidente de la República, cuya amistad convenía conservar para bien del departamento y del partido. Como comprobación de estas afirmaciones erróneas, el propio Presidente atendió los insignificantes pedidos del caudillo en favor de sus correligionarios, en tanto que los intercesores lo acercaban a su gobierno. (6-7-8-9)

El 17 de Febrero de 1894, Herrera y Obes otorgaba el grado de general de brigada a Muniz, sellando así, pocos días antes de terminar su mandato presidencial, una vez más su amistad con el caudillo. (10)

Poco después, el señor Juan Idiarte Borda asumía la presidencia de la República. Como lo había hecho con los gobiernos anteriores, el doctor Segundo se apresuró a acercar a Muniz y al nuevo mandatario. (11)

Si bien es verdad que colaborar en el gobierno de Herrera no significaba, por las circunstancias ya analizadas, un renunciamiento de su personalidad, no así ocurrirá con el Gobierno de este nuevo Presidente, que llevó su incapacidad gubernativa hasta precipitar en la revolución a gran parte del Partido Nacional.

Podría decirse, sin analizar profundamente los hechos, que la situación del Partido Nacional frente a Borda, era la misma que ocupaba cuando Herrera. Pero

si esto pudo ser verdad al principio del nuevo gobierno, bien pronto debió verse el error. Sin embargo, los íntimos de Muniz no le descubrieron esta verdad, haciendo aparecer, por el contrario, ante sus ojos al nuevo Presidente como un amigo de los "blancos" y de cuya amistad no era prudente prescindir, si se deseaba conservar en Cerro Largo las ventajas que se habían obtenido de los gobiernos anteriores. (11)

Dentro del Partido Nacional, los adversarios de Muniz, por su parte, no escatimaban sus violentos ataques contra el caudillo que tantos sacrificios contaba en su vida revolucionaria.

Si bien es verdad que aún conservaba en sus filas grandes arraigos y merecía deferentes consideraciones (12), no es menos verdad también que sus violentos adversarios, entre los que se contó el doctor Eduardo Acevedo Díaz, hoy alejado de su propio partido, olvidando todos los servicios que Muniz había prestado a la causa "blanca" sin exigir la más pequeña recompensa, divulgaron calumnias que sólo lograron ahondar la división existente en las filas nacionalistas.

Con una administración pública vergonzosa, el "bordismo" se enajenaba las simpatías de la opinión pública, que comenzó a serle cada día más adversa.

El malestar general se extendía por todo el País, levantando voces de protesta contra un Presidente que desconocía las más elementales funciones gubernativas.

Muniz, desde su estancia de Cerro Largo y oyendo únicamente a sus consejeros, no podía comprender la situación del Gobierno al cual prestaba su apoyo.

Para él sólo existían amigos y enemigos.

Estos, calumniándolo cruelmente en la tribuna pública y en las columnas de los diarios, sin detenerse a hacer llegar hasta el caudillo las verdaderas palabras de compañerismo que estaban obligados a pronunciar para volver a la verdad a quien, incapacitado intelec-

tualmente para descubrirla, siempre había sido de los primeros en responder al llamado de su causa.

Desgraciadamente, "la sana moral"—según la expresión de un escritor nacionalista—hizo que los insultos postergaran a las razones.

En cuanto a sus amigos, ¿por qué no hablaron de acuerdo con la opinión pública?

¿Por qué la palabra de aquellos hombres no llegó a Muniz—que en ellos confiaba—con la verdad que todo el País proclamaba en alta voz?

Misterio en el cual, acaso, se escudara un renunciamiento.

Ya en el mes de Noviembre de 1896, el doctor Martín Aguirre, que ocupaba un puesto digno frente al *bordismo*, había insinuado a Muniz la realidad de la situación. Sabedor de ello el doctor Segundo, que entonces merecía la más absoluta confianza del caudillo, negó las afirmaciones del doctor Aguirre, asegurando la honradez de miras del Presidente de la República. (13)

La conducta política del doctor Segundo y de sus amigos de Cerro Largo era, pues, francamente favorable al Gobierno. Encaminados ya en esa errónea situación, les era imposible volver sobre sus pasos y defender al Partido Nacional—y entonces al País también—de los incorrectos procederes del *bordismo* Y ya en esa corriente de adhesión, no escatimaron denigrantes juicios para los correligionarios que, viendo la verdad del momento, seguían una política de franca hostilidad para el Gobierno.

Fruto de esa desgraciada pasión es la carta que el doctor Segundo escribió a Muniz con el propósito de distanciarlo del doctor Aguirre, y ocultándole la gravedad de los momentos en que se gestaba una revolución. (13) Y es también producto de esa política, el consejo que daba a Muniz Gumersindo Collazo—Jefe

Político de Cerro Largo—diciéndole: "es necesario prevenirse contra el malón iniciado".

Aunque sin descubrir claramente el alcance que podría tener para él y su partido político la situación a que lo empujaban sus adversarios y sus consejeros, el caudillo había adoptado una actitud de prudente expectativa, esperando a que los hechos le indicaran el camino a seguir.

En vista de los rumores de guerra que circulaban por el departamento, reunió en torno suyo a sus soldados de la región—para lo cual estaba autorizado por su grado militar—pero sin comprometerse de ningún modo a sostener o combatir la situación oficial.

Despreciando los insultos de muchos *arrivistas* de su partido, él esperaba el llamado de sus camaradas de otrora para decidirse en la lucha.

Desgraciadamente, una inesperada tragedia lo llevó con violencia por el camino contrario a sus deseos.

1896

CAPÍTULO XXII

1896

Junto al camino nacional y sobre una elevada cuchilla, se levantaba la señorial vivienda de don Ramón Mundo.

Ya en capítulos anteriores hemos dicho quién era este hombre, que para asombro de los vecinos de la Laguna del Negro, construyó aquella casa cuyo aspecto recordaba los feudales castillos del Medio-Evo.

Mirando hacia el Este y frente al camino, la casa presentaba un aspecto pesado, dando la sensación de que se había construído como una fortaleza donde pudieran guarecerse en busca de refugio, sus dueños, frente a una sociedad bárbara.

Rodeada por la parte Oeste por varios galpones, el edificio central podría dividirse en tres partes, de las cuales dos se separaban únicamente en el interior, por estar destinadas a distintos moradores.

Examinado desde el camino, el edificio consta de dos partes. La primera, o sea la central, y más fuerte, ocupa el lado Sur, dando frente por un lado al camino en una extensión de veinticinco metros.

Desde allí hasta su parte posterior, el edificio se prolonga en una extensión poco mayor que la del frente.

Dominando sus cercanías, dos torres surgen en las

esquinas levantándose unos metros por encima de las azoteas.

La parte que ocupa el costado Norte, es menos imponente en su aspecto.

Unida al edificio central por un muro que partiendo de su pared Norte y a unos quince metros de la torre, cierra el frente Este y dobla hacia el Oeste, termina en una puerta que da acceso al jardín, situado en el espacio que dejan el muro y las habitaciones que dan al Oeste.

En el espacio que cercan el muro y las habitaciones, las rosas y las azucenas, mezcladas con flores indígenas, alegraban el reducido jardín.

Hemos dicho anteriormente, que este edificio podía dividirse en tres partes. La que miraba hacia el Sur, habitada en el momento histórico que estudiamos, por don Ramón, y las que daban al camino por el Este y Norte, ocupadas entonces por mi señor padre.

Siendo estas dos últimas las que nos interesan describir, intentaremos hacerlo detalladamente, para favorecer la justa comprensión de la tragedia que allí se va a desarrollar.

Formando en el núcleo central del edificio y mirando hacia el Este, se hallan cuatro habitaciones comunicadas entre sí por puertas interiores. Las tres primeras, dedicadas entonces al comercio, se sucedían en primer término, comunicándose con la última, que daba acceso a la quinta de don Ramón, que se extendía a su espalda.

Esta habitación, dedicada a dormitorio, se comunicaba con la pieza que iniciaba el otro lado del ángulo y que servía de comedor.

Luego, y sin comunicación interior con las restantes, seguían otras dos piezas que terminaban el cuadro de casas cerrado por el muro.

En la sala que daba al camino y en la cual estaba la tienda, una puerta, entre dos ventanas de rejas, comunicaba con el exterior, por su frente.

Casi junto a la torre que se levantaba en la esquina y mirando hacia el Norte, un gran ventanal enrejado de más de dos metros de largo por uno de ancho, servía para atender al público cuando el comerciante tenía cerrada la puerta del frente. En esta misma pared y antes del lugar de donde partía el muro, una nueva ventana de rejas, daba luz a la pieza contigua, que a su vez comunicaba con el jardín por una puerta.

La pieza inmediata, donde se hallaba el escritorio, sólo recibía la luz exterior por una ventana.

El dormitorio tenía una puerta al jardín, situada en el ángulo formado entre esta pared y las demás habitaciones, que a su vez poseían puertas de acceso al jardín.

En la pared posterior, que miraba a la quinta, y exceptuando el comedor, que poseía una puerta, las demás piezas recibían luz y aire por pequeñas ventanas.

Agréguense a este edificio, ranchos que lo rodeaban por el Noroeste y Suroeste, y varios paraísos que servían de sombra a los caballos, y se tendrá una idea aproximada del escenario donde se va a desarrollar una extraña tragedia.

El panorama que se divisa desde las torres, a las cuales se puede penetrar por puertas interiores y por las que dan acceso a la azotea, es abierto y risueño.

Por un lado, se ve salir el sol, de las sierras del Cerro Largo. Hacia el Sur, Cerro de las Cuentas, semeja una puerta gigantesca abierta entre los dos cerros que se divisan con coloridos azulados o grisáceos, según la hora en que se les mire. Por el Noroeste, la Cuchilla Grande y por el Norte, los montes de la La-

guna del Negro y el Tacuarí, a cuyas espaldas se ve el blanco caserío de la estancia de Muniz, semejante a un bombero apostado en la cumbre del Cerro de Medina.

Observado a la distancia, el edificio se recorta vigoroso y extraño en el horizonte, coronando la cuchilla por la cual se arrastra la cinta roja del camino nacional bordeado por una hilera de eucaliptus que en los atardeceres se creerían una procesión de fantasmas ascendiendo lentamente a las alturas.

Desde hacía algunos años, mi padre—don José A. Zavala—tenía establecida allí una casa de negocios, cuyos prestigios se extendían por toda la comarca.

Unido a Muniz por lazos de parentesco, por su casamiento con una de las hijas del caudillo, Eugenia, vivía dedicado a su comercio, aunque como todo criollo, militaba también en política cuando las circunstancias lo obligaban. Pero, en la paz que gozaba entonces el País, esta pequeña distracción de sus negocios, nunca había tenido para él, otras molestias que las que ocasiona una lucha electoral entre amigos, donde los odios no oscurecen virtudes ni afectos.

Ocupados en el trabajo, pasaban los días de mi familia, sin que nada hasta entonces hubiera perturbado su felicidad.

En aquellos días de Noviembre del 96, todo era nervioso movimiento en el comercio de la Laguna del Negro, producido por la llegada del mayor surtido de mercaderías comprado hasta entonces, y por el apuro en tenerlo todo pronto para los próximos días en que habían de efectuarse grandes carreras en el lugar.

No obstante los rumores de guerra que corrían insistentemente, mi padre se hallaba visitando las casas de sus clientes, cuando llegó el 26 de Noviembre.

Amaneció un claro día estival.

El sol que calentaba a la tierra, daba a la atmósfera una pesadez que se iba tornando con exceso molesta, cuando llegaron las diez de la mañana.

En tanto que en las casas se continuaba la labor, comenzaron a surgir por el lado Sur de la comarca, jinetes que acortaban las distancias al galopar ligero de sus caballos. Al principio, fueron poco numerosos los que alegraron inusitadamente el cuadro. A la distancia desde la cual se les veía aproximarse, no se distinguía más que el grupo que trasponiendo cuchillas, levantaba nubes de polvo en la franja del camino.

Muy pronto detuvieron su galope junto a la reja del comercio, aquellos extraños viajeros cuyos animales sudorosos hacían sospechar un viaje precipitado.

No bien los recién llegados hubieron detenido sus fletes bajo los paraísos, cuando comenzaron de nuevo a huir los ganados, al ruido que producían grupos de jinetes, que desviándose del camino para abreviar el trayecto, corrían por los campos en dirección a la casa de Mundo.

Bastaba fijarse un instante en su número y atavíos, para ver que aquella era gente de guerra.

Por el desorden con que avanzaban, cortando alambrados sin tener necesidad de ello, podía conjeturarse también, que no era de fiarse de sus intenciones.

Mi madre, que lo comprendió así, ordenó a los empleados Victoriano Martínez y Luis Lamas (hijo), que cerraran la puerta que daba al camino y atendiesen a aquellos hombres por el ventanal enrejado. Era una medida de prudencia que aconsejaba la inspección de aquellos desconocidos.

Según el poder de sus cabalgaduras puestas a toda carrera, fueron llegando a la reja los nuevos viajeros, capitaneados por un pardo de nombre Juan Sosa, aunque conocido vulgarmente por Juan "Garras".

Vestidos para la guerra; ceñida en el sombrero la divisa blanca, y empuñando diferentes armas, desde el trabuco y la lanza hasta la carabina, aquellos hombres tenían en sus rostros una alegría siniestra.

Desde su capitán, de quien se contaba la infamia de haber asesinado a una familia durante la guerra del Brasil, hasta sus soldados, todos ellos tenían un aspecto amenazador.

Los moradores de la casa, en su mayoría, habían visto muchas guerras; pero no era aquel el aspecto que ellos habían conocido en los nobles paisanos que marchaban a la revolución, alucinados por el generoso deseo de servir a su causa y a su caudillo.

Entre los que ahora se agolpaban junto a la reja, mandando, más que pidiendo que beber, la mayor parte eran brasileros, enrolados quién sabe por qué, en las filas de la nueva revuelta.

Por la propia declaración de los llegados, se supo que formaban en la división de Florencio Aparicio (a) Chiquito Saravia, cuyo segundo era Benito Viramonte.

A medida que su número crecía con los que iban llegando, crecían también sus exigencias y sus bromas insultantes dirigidas entre estrepitosas carcajadas, a los aturdidos empleados que no acertaban a satisfacer tantas órdenes dadas a un mismo tiempo.

Por la naturaleza de sus imperativos, se comprendía que aquellos hombres deseaban que les abriesen las puertas del negocio; y como no pudieran lograr su intento, infligieron a los empleados y a la propia familia, el insulto de que ésta les sirviera su almuerzo y de que aquéllos acarrearan agua para sus caballos.

No sino un cobarde deseo de insultar a los mora-

dores de la casa, dictaba los mandatos de los desconocidos y las procaces bromas con que humillaban a los empleados que no cesaban un instante de servirlos.

Esto ocurría en el negocio, cuando Segundo Muniz —niño de diez y seis años e hijo del caudillo—vió desde lo alto de la torre de la tienda, llegar un carruaje acompañado por dos hombres.

Bajo el sol del mediodía que se acercaba; al trote cansado de los caballos, llegaban los nuevos viajeros por el lado opuesto al que trajeron los guerreros.

No bien habían detenido su marcha bajo los paraísos, cuando de entre los que se hallaban junto a la reja, partieron diez hombres en su reconocimiento.

Los que acompañaban al carruaje, en el cual viajaba la esposa de uno de los hijos de Muniz, Pablo, eran Alberto Muniz, hijo también del caudillo y subcomisario de la Sección, y su asistente Epifanio Silva.

Joven de veinte años, blanco como su padre y todo el paisanaje del pago, era entonces Alberto, un muchachón fuerte y alegre, si por algo conocido en la región, por su carácter travieso y abierto a la amistad de todos.

Corta era la distancia que separaba los dos grupos; por ello muy pronto estuvieron en contacto.

Ya frente a frente, dos mulatos de mirar atrevido, interceptaron el paso de Alberto Muniz que se dirigía a las casas. Era necesario que respondiese al interrogatorio a que sería sometido por el "capitán" Juan "Garras", en cuya búsqueda fueron los mulatos.

Desde la reja donde capitaneaba a los suyos en los insultos que ahora dirigían a Muniz, se adelantó el famoso "capitán", con alegría mal disimulada.

Como si hablara a los de su partida; con la apostura insolente de los que nunca han podido ordenar,

sino en tales circunstancias, Juan "Garras" preguntó al joven Muniz:

—"¿De qué sesión son ustedes?"

—"De ésta—", contestó secamente el interrogado, clavando sus miradas en los ojos del capitán que los bajó en actitud de pensar.

Es probable que aquella altanera respuesta le hubiese desconcertado un tanto. Pero él no estaba allí para divagar. Y levantando su achatada frente, ordenó:

—"Monten a caballo, desordenaos."

—"No montamos", — fué la respuesta.

Avanzó Juan "Garras" con el ademán resuelto de sujetar al muchachón que se atrevía a desobedecerle; pero éste que conoció su intención, esquivó sus brazos y corriendo traspuso la puerta que daba al jardín

Tras él corría Juan "Garras" seguido de Epifanio, a quien perseguían tres hombres. Al trasponer la puerta del jardín, Epifanio, con su resuelta actitud, logró detener a sus perseguidores; quienes volvieron a sus caballos para presenciar por encima del muro el espectáculo de la muerte del joven Muniz, que ellos se prometían.

Entre tanto, Juan "Garras" había llegado junto a Alberto, que se había detenido a la puerta del almacén.

Un golpe recibido en la pierna, le hizo notar la presencia de Juan "Garras".

Volvióse súbitamente el perseguido, empuñando su revólver; pero al intentar disparar, una oleada de sangre nubló su vista. Su enemigo acababa de partirle la frente con un golpe de carabina.

Enardecido por el odio y la sangre, el muchacho abrazó fuertemente al "capitán", intentando disparar su arma.

Entonces se trabó la lucha cuerpo a cuerpo.

Aquel famoso guerrero que toleraba con evidente complacencia su leyenda de asesino de familias, se encontraba ahora sujeto entre los férreos brazos del muchacho, que habrían de enseñarle a luchar con los hombres.

Para él, los acontecimientos cambiaron de súbito. Ya entonces no se trataba de dar caza a un joven inexperto que caería fácilmente bajo los golpes de su carabina; ahora, el problema era librarse de aquellos brazos que le imposibilitaban todo movimiento.

Desposeído de su arma, caída a sus pies, Juan "Garras" tomó entre sus manos el pañuelo blanco que adornaba el cuello de Muniz, intentando ahogarlo.

Astucia desesperada que le costó la vida.

Sin hacer caso al nudo que le oprimía fuertemente la garganta, el muchacho introdujo sus dedos en la achatada nariz de su agresor y colocando el cañón de su revólver junto al pecho del "capitán", disparó.

Un ronco gemido fué la única voz que se oyera durante aquella lucha.

En la desesperación de su agonía, el pardo estrujaba entre sus manos el pañuelo de Muniz, con la esperanza de detenerlo a su lado, haciendo de él el blanco sobre el cual, desde lo alto del muro, descargaban los otros sus armas.

Los instantes eran preciosos. Ya no bastaban a ahuyentar a los tiradores, los disparos de Epifanio. Por casualidad se hallaban aún con vida aquellos dos hombres.

En el silencio trágico, Muniz y Juan "Garras" continuaban luchando.

Un nuevo gemido, semejante a una imprecación, asomó a los labios del pardo, mezclado con una ola de sangre.

Aflojáronse sus dedos; una mirada inconsciente vagó por su rostro en busca de Muniz, y se desplomó.

En el medio de la frente, un hilo de sangre resbalaba, coagulándose.

Tendido entre las flores, cayó el insolente "capitán", con la mueca trágica de su agonía pintada en su rostro de bestia, alegrado unos momentos antes en la esperanza de degollar un Muniz.

Infeliz engendro del crimen, aún después de muerto va a ejercer su influjo diabólico, como si su sola presencia animara los instintos bárbaros de los hombres.

Al ver tendido a su cabecilla, los otros se precipitaron en el jardín profiriendo gritos de venganza, mientras Muniz, a la puerta del dormitorio, llamaba a mi padre.

En medio de la grita que hacían los otros, mi madre conoció la voz de su hermano y a pesar de las balas que pegaban contra las paredes, hízole entrar con su asistente.

En el instante de abrirse la puerta, una descarga sonó en el jardín; cinco balas se incrustaron en las maderas.

Breve fué el diálogo sostenido entre Alberto y Eugenia Muniz. Aquellos dos jóvenes comprendieron que el prestigio de su padre armaba contra ellos a aquella turba miserable. Y aceptando el extraño mohín de la suerte, se prepararon a defender sus vidas hasta que la llegada de los jefes pusiera fin a aquel atentado.

Hubo un instante de silencio, después de la descarga.

Eugenia y Alberto medían la gravedad de las circunstancias, mientras los otros inspeccionaban las puertas.

De súbito, un gesto de dolor y de espanto se pintó en el rostro varonil de la joven. Una de sus niñas yacía en el suelo, en la actitud de un eterno sueño.

Flaquearon un instante las fuerzas de la joven y en su desesperación de madre, dejó escapar un grito de dolor, que rasgó el silencio abatiendo los ánimos de todos los sitiados.

—"¡Me mataron una hija...!", lloró desesperadamente la madre.

Y los del jardín, al oirla, respondieron con exclamaciones de feroz regocijo:

—"¡Ya murió una gurisa...!"

—"¡Viva la Revolución!"

—"¡Vivan los Saravia!"

¡Cómo manchaban aquellos gritos el honor de una familia y de una causa!

Felizmente, la niña sólo había perdido el sentido, a causa del golpe violento que recibió de una puerta impelida por los plomos. Pero aquellas voces, que dijeron bien claro la intención siniestra de quienes las proferían, resonaron en los oídos de la madre, haciendo brotar en su alma un sentimiento de odio y de coraje, contra el cual van a estrellarse los esfuerzos criminales de los asaltantes.

Esta joven esposa, que sólo había conocido la paz de un hogar tranquilo en el que se desarrolló su infancia enfermiza, siendo una nota delicada y extraña en el ambiente, y cuya vida de madre sólo sabía de afectos y cuidados, sintió entonces que la sangre de Muniz agitaba su pecho dándole una firmeza nunca sospechada.

Y en tanto que el estruendo de las detonaciones y de los objetos que caen hechos pedazos, se mezcla con los insultos soeces de los asaltantes, ella impone a cada uno el lugar que debe ocupar y arrincona a sus niños para librarlos de las balas.

Haría ya una hora que estaban sitiados, cuando en la ventana de su dormitorio sintió Eugenia la voz de la señora de Mundo, que la llamaba.

Acudió la joven y entreabriendo un postigo, miró hacia afuera.

Con el rostro lloroso, la señora de Mundo pidió a Eugenia que entregase a su hermano, pues en caso contrario morirían todos. Así lo declaraba aquel hombre rubio, de regular estatura, que estaba montado junto a la ventana y esgrimiendo una lanza. Aquel hombre era Florencio Aparicio (a) Chiquito Saravia.

¿Quién era Chiquito Saravia?

Eugenia no lo sabía. Su apellido le era familiar por haberlo oído en casa de sus padres, cuando la guerra del Brasil, en la que Gumersindo Saravia realizó tan hermosa epopeya. Sabía de Chiquito, sólo que era hermano de Aparicio, estanciero de quien se empezaba a hablar como futuro jefe de una revolución, y nada más.

Chiquito le era tan desconocido como Benito Viramonte, su segundo.

¿Por qué, entonces, aquel hombre de quien nunca oyera hablar, le imponía el sacrificio de entregarle su hermano para que con su vida pagara la del pardo Juan "Garras"? ¿Qué clase de hombre era aquel, que la amenazaba con el exterminio de todos los suyos?

Eugenia sólo supo una verdad cruel. Y fué que aquel desconocido de quien no tenía noticia alguna, le pedía a su hermano para ajusticiarlo. Y a pesar de la señora amiga, y de la resolución inflexible del desconocido, a quien no movieron a compasión las lágrimas de cinco mujeres abrazadas a sus rodillas, breve y firme fué su respuesta:

—"Que nos mate, si es capaz".

El desafío de lucha tan singular, estaba aceptado.

Ciento cincuenta guerreros, combatirán contra una madre y tres hombres.

Fácil era suponer el final; pero Eugenia, si lo pensó, no paró mientes en ello.

En vano fueron los llantos de su amiga. El postigo volvió a cerrarse sin que una sola súplica saliera de los labios de la mujer que veía precipitarse una tragedia en la cual habían de morir todos, víctimas de su firmeza de ánimo.

Cuando volvió al lado de los suyos, Alberto y Epifanio, quitados los sacos y remangadas las camisas, se adelantaron con el facón en una mano y el revólver en la otra, dispuestos a salir.

Habían oído el diálogo y no querían que sus vidas costaran las de aquellas mujeres y de aquellos niños.

A pesar de la locura que iban a cometer, los hombres parecían serenos.

Detrás del joven Muniz, que avanzaba blandiendo su cuchillo, el viejo asistente seguía sus pasos con la actitud modesta de un hombre que no da importancia a su situación.

Al verlos, Eugenia se interpuso entre ellos y la puerta.

—"¿Dónde van?"

—"A salir—contestó Alberto.—No queremos que te maten por nosotros".

—"Eso no te importa; en vez de salir—replicó Eugenia—llamemos a Segundo, que está en la torre."

Al saber que incendiarían la casa, Eugenia quiso llamar al niño, temiendo que le pudieran aislar las llamas.

Alberto, que sentía a los asaltantes junto a la reja que daba al almacén, objetó que eso no era posible, pues los verían salir y serían todos muertos. Pero su

hermana sólo respondió, al mismo tiempo que avanzaba hacia el almacén:

—"Nos salvamos todos, o morimos todos".

Era preciso seguirla. Tanta era la seguridad con que ordenaba y la firmeza de su mirar, que se diría transfigurada de pronto en un genio protector, a cuyo lado no era de temer la muerte. Dirigiendo a los dos valientes que sólo pensaban en caer con honor, caminaba con la rigidez hierática de un sonámbulo, la joven que esperaba salvarlos o morir con ellos.

La predicción de Alberto, se realizó en parte.

Al divisarlos en el umbral de la puerta, los otros hicieron una descarga. Pero ya era tarde. Los tres habían desaparecido ocultos por los mostradores.

Arrastrándose bajo la lluvia de balas que se clavaban en las paredes y en los muebles, llegaron hasta la puerta de la torre.

Por dos veces, Alberto llamó a Segundo. Pero lo hacía en voz tan baja, que el infeliz niño no pudo oirlo, de seguro.

Descubiertos por los de afuera, les fué preciso volver precipitadamente.

Al fracaso de aquella tentativa, surgió una duda torturante en el pensamiento de Eugenia. ¿Qué sería de su hermanito?

Sin embargo, era necesario callar y atender al asalto que por orden de Chiquito Saravia se había iniciado.

En tanto que las balas atravesaban las puertas, chocando contra los muebles que se rompían estrepitosamente y mientras se oían en el jardín las voces amenazadoras, confundidas con las detonaciones incesantes, la puerta de la tienda que daba al camino, cedía al impulso de un eje de carreta, esgrimido por varios hombres, como ariete.

Una explosión de voces alegres y de siniestras carcajadas, anunció a los de adentro que la puerta había cedido, al fin.

Poseído por el odio, Alberto contestaba desde adentro a los disparos, impidiendo que los asaltantes se acercaran a la puerta del escritorio que comunicaba con el almacén, mientras Epifanio defendía la ventana que daba al jardín. Y atendiendo a sus niños; alentando a dos muchachas que estaban con ella, y vigilando las puertas del comedor, Eugenia se daba tiempo para alcanzar balas a los hombres y animarlos en la lucha.

Largo rato se sintieron los pasos precipitados de los hombres en la tienda, ocupados en saquearla.

Serían las dos de la tarde, cuando un nuevo enemigo surgió en aquella escena amenazando terminarlo todo.

En la tienda y el almacén, comenzaron a levantarse grandes llamaradas de fuego, que lamiendo las paredes envolvían en sus brazos las mercaderías dejadas por los extraños guerreros.

El kerosene con que rociaron las telas y cajones, abreviaba el trabajo de las llamas que ya invadían las dos salas.

Un ruido infernal anunciaba el desmoronamiento de las filas de objetos, mientras el humo rodeaba ya todo el edificio.

Internándose por las rendijas de las puertas, inició su invasión aquel enemigo contra el cual eran vanos todos los esfuerzos.

Con rapidez desesperante, invadió las dos piezas que ocupaban los sitiados.

Ya no era posible resistirse en aquel lugar. Las llamaradas iluminaban trágicamente la espesa nube que

se extendía por las habitaciones, en las cuales se ahogaban los niños.

Eugenia dispuso ceder esta parte del edificio a sus enemigos, esperando resistirse en el comedor.

Guiados a su vez por el llanto de los niños, los asaltantes atacaron la pieza donde se habían refugiado aquellos seres cuya vida defendía Eugenia con tanta heroicidad. Y el combate se trabó allí, con nuevo ardor.

Atravesando las puertas, buscaban los plomos a quién herir, destruyendo cuanto encontraban a su paso.

A pesar de todo, los dos hombres y la esposa, no pensaban en entregarse.

Por un momento pudo creer Eugenia, que la desesperación invadía los ánimos de los hombres que luchaban contra un fin que parecía inevitable.

Ante la invasión del humo que comenzaba a iniciarse en la pieza, ciego de odio por aquella lucha tan prolongada como desigual, Alberto descargaba su revólver contestando a cada detonación que se oía en el jardín.

Epifanio, por su parte, obedecía en silencio las órdenes de su jefe.

Ya las balas empezaban a escasear, cuando al sentir pasos cerca de la puerta que daba al jardín, Alberto se aprestó a tirar.

Al verlo, Eugenia detuvo su brazo, diciéndole:

—"No tires, porque te van a faltar balas, más tarde."

—"Es que ahora puedo matar uno."

—"Sí; pero no tendrás balas cuando tengas que morir. Y yo quiero que mueras matando."

—"Pierde cuidado; aún tengo munición y mi cuchillo. Además, Epifanio tiene el suyo y revólver."

Al oirse nombrar, el viejo asistente se acercó a los dos hermanos, y dijo en voz queda y reposada:

—"A mi padre lo degollaron por entregarse fiao en palabras... A mí no me pasará lo mesmo."

Con esa estoica valentía, pensaban aquellos seres acorralados por el fuego, las balas y el humo. Sin esperanza de salvación, sólo les importaba morir con la dignidad que ellos deseaban.

En cuanto a Eugenia, ¿cómo poder trasmitir la firmeza de su ánimo de mujer, resuelta a morir con todos sus hijos, antes que pedir gracia de su vida a los que pretendían asesinar a su hermano?

¡Con ella han de morir sus cinco niños, devorados por las llamas, si antes una bala no les parte la frente, por tener el orgullo de salvar a Muniz uno de sus hijos!

La herencia de los caudillos de su raza, ha hecho esta milagrosa transfiguración.

Y poseída por una voluntad gigante, enrojecido su rostro por el calor, sólo para incitar a la lucha y abrigar una esperanza, desplegaba los labios.

Pero la situación se agravaba por momentos. En la sala del comedor, tan reducida y sin comunicación con la pieza contigua, la defensa se iba volviendo imposible.

Por la puerta del jardín, las balas atravesaban la pieza. Del dormitorio penetraba una columna de humo que ya no dejaba ver. Los niños comenzaban a sufrir ahogos, a los cuales no se les encontraba remedio.

Sólo la puerta que daba acceso a la quinta, estaba en esos momentos libre. Pero el ruido que hacían las armas y los caballos, anunciaban que por allí era inútil huir.

Pensaba en esto Eugenia, cuando vió que junto a

esa puerta, se empezaba a levantar una columna de humo.

Cautelosamente aplicó su oído, pudiendo distinguir el ruido que producía un hombre al arrimar materias combustibles con el objeto de llevar el incendio hasta allí. Apresuradamente fue en busca de un arma y poniéndosela en las manos de Luis Lamas, le ordenó que tirara.

El joven dudó un instante; pero obedeciendo a la orden que Eugenia reiteraba enérgicamente, disparó.

Un gemido de muerte y el caer de un cuerpo, respondió a la detonación.

En el silencio que siguió a esta escena, se sintió el murmullo de pasos apresurados que se acercaban a la puerta y se alejaban después.

Uno más había caído en la lucha.

La vida de dos hombres costaba ya a los de Chiquito Saravia, la muerte de los sitiados.

Poseídos de una energía sobrehumana; con la firmeza que les imponía su situación, aquellos seres luchaban contra la muerte, incomprensible para la vida que agitaba sus cuerpos jóvenes.

Tal vez sin la conciencia clara de sus actos, la vida era quien ponía en ellos aquel desesperado ardor con que prolongaban su suplicio. En la potencialidad de su juventud, la vida que cantaba en sus músculos y sus cerebros, se defendía desesperadamente, dando a sus cuerpos una fortaleza no sospechada y a su mente una segura esperanza de salvación.

La muerte del que se atrevió a desafiar su valor, demostró a Chiquito Saravia la voluntad trágica de sus presas. Y viendo cómo las llamas se arrastraban por las paredes, asegurándole el término fatal de sus víctimas, ordenó que se dejara al incendio vengar al pardo Juan "Garras".

Cesaron las detonaciones.

Un silencio absoluto dejó oir el estruendo de las maderas al caer sobre los pisos. Mientras en los alrededores los asaltantes esperaban formados en línea de combate, gozando del dantesco espectáculo, en el comedor la Vida y la Muerte, parecían en el epílogo de su lucha.

Abrasandolo todo, como culebras rojas que se arrastraban por los muros y los techos, las llamas envolvían el edificio, levantándose luego en el espacio, para poner sus resplandores rojizos en el negro de las nubes de humo.

Lentamente; con la pesadez propia de su volumen, el humo envolvía primero las habitaciones, irguiéndose en negras espirales, que ascendían en línea recta en el espacio, apenas inclinadas por la brisa cálida de aquella tarde estival.

Y en medio de tan extraña decoración, el estrépito de los techos derrumbados; los tirantes que arrastraban en su caída pedazos de pared; balas que explotaban disparando en todas direcciones y toneles que despedían de su seno grandes llamaradas, producidas por la inflamación de los alcoholes.

Bien lo pensó Chiquito Saravia, al dejar su misión de venganza a aquellos inexorables elementos que él mismo llamó en su ayuda.

En el reducido espacio de una sala; caminando a tientas entre el humo, que enceguecíendo con el dolor que pone en los ojos se ha esparcido como un tupido velo; ahogados por el aire de fuego que se respira y que en grandes bocanadas se cuela por los agujeros de las puertas, hasta las que ya llegan las rojas serpientes; acosados por el hambre y la sed, y con la amenaza de sucumbir bajo los techos derrumbados, así se revuelven aquellos seres que sólo han cometido

el delito de no querer morir por el cuchillo de unos desconocidos.

Eran las tres de la tarde.

Forcejeando las puertas y envenenando el ambiente, la muerte anuncia que muy pronto ha de concluir con las vidas que Chiquito Saravia y Benito Viramonte le ofrendaron.

Ya los niños se retuercen en dolorosas convulsiones, cayendo junto a la madre, asfixiados por el humo que no deja ver. Y los hombres, desesperando de poder escapar del enemigo que los tiene cercados, sólo piensan en acabar pronto abreviando aquel suplicio.

Torturado por la sed, Alberto quiere beber el agua enrojecida con la propia sangre de su frente. Próximo a morir, bien puede amenguar su martirio, aún cuando sea bebiendo su sangre.

Como si fuera un licor mucho tiempo deseado, acerca a sus labios el líquido sanguinolento, cuando la mano de Eugenia lo detiene.

Sobre el espectáculo de tragedia que la rodea, más fuerte que su propia desgracia, la joven aún los defiende, animada por una vaga esperanza de vivir.

Han de ultimarla; pero su última palabra, el postrero de sus gestos, será la protesta de una vida inmolada a un deseo de bárbara venganza.

Pero en aquella habitación ya no es posible esperar. El fuego se está colando por las rendijas, próximo a dominarlo todo.

¿Qué hacer, entonces?

La pieza contigua no tiene comunicación con la que ellos ocupan. Por la puerta que da a la quinta, se sienten las voces de los sitiadores. En el jardín el fuego está abrasando las flores, en tanto que desde el muro aún parten disparos hacia la puerta del comedor.

Ha llegado la hora suprema. Nada podrá ya contra el destino que se cumple, el valor de los hombres y el estoicismo de la madre. La muerte ha terminado de tender la red fatal, sin que se vislumbre una sola esperanza.

Mas, he aquí que un elemento puede serles favorable.

En el jardín, donde las llamas se esparcen abrasando a las flores y las aves prisioneras en sus jaulas, el humo ha tendido su velo, envolviéndolo todo.

¿Acaso no será posible huir, ocultos en el seno de estas negras nubes que se arrastran por el suelo?

Es necesario intentarlo.

Alguien hace notar que los otros podrán verlos salir, y entonces todo habría acabado. Pero ante una muerte precedida por una lenta agonía, Eugenia prefiere ofrecerse con sus hijos a las balas de sus victimarios.

Por la puerta del dormitorio, con dos niños en los brazos y llevando asidos de la falda otros dos, seguida de una muchacha que conducía el otro niño, apareció en el jardín la madre, en cuyo seguimiento avanzaban los tres hombres.

Protegidos por el humo que ocultaba el sol, en medio de aquel círculo de fuego, caminaba el grupo sintiendo silbar sobre sus cabezas las balas que iban a chocar contra las paredes.

¿A dónde van?

Sólo Eugenia lo sabe. Y con el ánimo fuerte de su espíritu, al que alienta una nueva esperanza, hiende las sombras de las cuales puede surgir el cañón de una carabina, o la bala que deje inmóvil en sus brazos a aquellos niños que ya no pueden llorar.

Al llegar a la puerta del muro, Eugenia se internó en la pequeña pieza dedicada a despensa.

Esta, como las demás, tenía techo de media-agua cuya parte elevada miraba al jardín.

En su interior, apenas si podía andarse.

Trastos viejos y toneles de vino, ocupaban casi por completo el reducido espacio. Suponiendo que los otros no tardarían en descubrirlos, avisados por el llanto de los niños, Eugenia se dispuso a morir.

Aprovechando la disposición del techo y su falta de cielo raso, aconsejó a los hombres que sirviéndose de los toneles y trastos, improvisaran una escalera por la cual pudieran llegar hasta el techo.

En la seguridad de ser descubierta, dispuso que los hombres, levantando las tejas, practicaran una salida por la cual se subirían al tejado cuando los otros avanzaran.

Desde allí aún podrían defenderse, para terminar luego bajo las balas que les dispararían desde la quinta.

De este modo se libraban de ser degollados; idea que dominaba en su mente como una obsesión.

En cuanto a la suerte que a ella le esperaba, en el momento supremo se vería.

Sin embargo, aún alentaba una esperanza.

Colocados sobre los toneles, durmiéronse los niños, fatigados por tantas horas de padecimientos.

Ignorantes de la tragedia que los envolvía, una sonrisa de inocencia se dibujaba en sus rostros. Sorprendidos por aquella escena, cuando aún no conocían de la vida otra cosa que los cariños de sus padres, durmiéronse al arrullo de las voces maternas, como en las noches felices en que la paz rodeaba sus cunas.

Cansados de llorar, cerráronse sus ojos y sus labios, ignorando que en aquel silencio estaba su salvación,

Libres un momento del fuego y las balas, Eugenia tornó a pensar en Segundo.

¿Qué habría sido de él? Guarecido en la torre, ¿se habría acaso salvado de las llamas, huyendo por las azoteas?

¿Y si no pudo hacerlo?

Desde allí seguía oyéndose el estruendo de los muebles y los techos que se desplomaban, carbonizados por el fuego creciente que rodeaba a la torre.

¡Cuántas veces hubo de reprimir su deseo de correr a través de las llamas en busca de su hermanito! Ahora que una esperanza de salvación le devolvía algo de su serenidad de pensamiento, ¡cómo la torturaba la duda sobre la suerte de Segundo!

El incendio seguía, entre tanto, envolviéndolo todo. Minutos más, y en aquella misma pieza el fuego los habría alcanzado nuevamente.

Y Muniz ¿por qué demoraba tanto en correr para salvar a sus hijos? ¿Acaso desde su estancia, erguida sobre la cumbre del Cerro de Medina, no veía aquellas densas espirales que se elevaban en la diafanidad de un cielo estival?

¿No comprendía el caudillo, por quien luchaban sus hijos, que aquel fuego que todo lo abrasaba, provenía de un incendio? ¿No había tenido uno que corriese a decirle que allí, en la tranquila casa de don Ramón, su hija defendía a su raza, amenazada de muerte por aquellos hombres trágicos?

Mientras él, talvez descanse en el ambiente patriarcal de su estancia, unos hombres desconocidos acaban de detenerse en la casa de don Ramón, dispuestos a saciar un odio nacido en la sombra.

Ya no es posible esperar más.

Mientras en aquella pieza, la madre lucha desesperadamente por impedir que los hombres se embria-

guen con el vino que hay en los toneles, los incendiarios esperan pacientemente a que las llamas hayan concluído todo.

Un correr de caballos y sonar de armas que chocan, comienza a sentirse por el lado que da a la quinta.

Entre el murmullo de las voces de mando, que se repiten febrilmente, uno ha gritado:

—"¡Ahí viene Muniz!"

Corriendo a todo el correr de sus corceles, azuzados despiadadamente por las espuelas, los de Muniz suben y bajan cuchillas, desesperados por la distancia que aún les queda por correr.

Los más nobles caballos, son entonces tardos para el deseo de aquellos hombres que adelantan sus cuerpos sobre la cabeza de sus animales, como deseando acortar más de prisa las distancias.

Al igual de los que vinieron por la mañana, ellos corren sin orden por la lista roja del camino, sudorosos los fletes, cuyas narices abiertas aspiran el aire cálido de la tarde.

¡Ah, cómo sufre de impaciencia el caudillo al ver pasar, para adelantarse en el raudo galopar, a los centauros que cortan el aire en su carrera!

Su caballo de pelea, ¡qué lerdo es ahora, bajo el peso excesivo de su cuerpo!

Y los ijares del pobre bruto sangran bajo la espuela impaciente del guerrero.

—"¡Ahí viene Muniz!"

Bajo el fatídico influjo de este nombre, huyen despavoridos los siniestros incendiarios, con el pesar de no ver consumada su obra.

Pocos instantes después, sólo el estrépito de los techos que se desploman, se oye en medio del humo y de las llamas.

Jadeantes; temblorosos; abiertas las narices, por

las que cae abundante espuma; sangrando los ijares, han llegado tres caballos, cuyos jinetes, lanza en mano y el sombrero en la nuca, traen en sus ojos bien claro el deseo de venganza.

No se podría decir en qué rostro el odio se anunciaba con más fuerza; pero era bien claro el deseo de aquellos hombres, por matar.

Gauchos eran los tres y a cual de ellos más capaz de morir por vengar el insulto hecho a su caudillo.

Bajo el arco severo de sus cejas, los ojos de Profecto Muniz relampagueaban de odio. Transfigurado por la pasión, el semblante sereno de Rufino Montes de Oca, se animaba con aquellos ojos azules inyectados de rabia.

Con la severidad de las líneas bruscas de su frente, su nariz y su barba, imponente con su cuerpo de atleta y su melena lacia, Eduviges Piriz callaba acariciando su idea de venganza.

Nada les fué preciso preguntar. La verdad cruel la proclamaban a la luz de aquella tarde, las rojas llamaradas que subían arrastrándose por las paredes.

Pocos instantes después, Muniz forma en el grupo.

En tanto que van llegando sus hombres, y tendiéndose en guerrillas que avanzan a medida que retroceden los cuatrocientos de Saravia y Viramonte, Muniz se ha parado a interrogar a su hija.

Tiene entonces la actitud hosca y reconcentrada, de un hombre que ahoga en la severa línea de sus labios, palabras de odio.

Bajo el ala del sombrero, sus ojos despiden aquella luz extraña que a tantos valientes hizo titubear.

En la contracción de sus cejas, se adivinan las ideas que se revuelven en su cerebro.

Muy breve es lo que se dicen el padre y la hija.

Para el caudillo, aquel es el insulto sangriento hijo

de la misma pasión que dictara los que se le dirigían en las columnas de los periódicos Pero si antes esperó, deseoso de saber la verdad; si escuchó a sus consejeros en cuestiones de letras, ahora sólo él decidirá esta situación en la cual su odio ha de responder al odio de los otros.

Mientras su honor fué discutido por los hombres de ciudad, él esperó el final de la lucha. Pero ahora han ido a despertar en su pecho de guerrero, una pasión violenta que sólo con sangre de enemigos ha de calmarse.

Esos desconocidos, que cometieron la audacia de desafiar al héroe insultando a sus hijos, pues no se atrevieron a buscarlo en su propia estancia, han de sentir muy pronto el poder de aquel espíritu tan fuerte en el odio como en el amor.

Chiquito Saravia se ha atrevido a desafiar al guerrero de tantos combates. Sangre de su sangre ha derramado. En aquella mortecina hora de la tarde, en el pensamiento del caudillo se ha escrito su sentencia de muerte.

A pesar de haberle asegurado a su hija que Segundo iba prisionero, Muniz no estaba seguro de ello.

Después de ocuparse de los enemigos, ordenó a Eugenia que se alejara de aquella casa en donde tal vez tuviera que resistirse él mismo.

El sol se había puesto enrojeciendo el horizonte, en tanto que las sombras iban envolviendo a los campos.

Semejantes a una extraña procesión de fantasmas, los eucaliptus parecían ascender lentamente la cuchilla, en cuya cumbre las negras espirales se elevaban en el espacio, hendidos sus senos por los relámpagos de fuego que se alzaban del edificio.

Por las aberturas que ahora tiene la pared, las llamas surgen a intervalos, abrazando la torre en la cual

el cuerpo joven de Segundo Muniz se ha vuelto cenizas...

En el silencio del tranquilo atardecer, se repiten aquí y allá los disparos de los fusiles.

Es Muniz buscando su venganza.

*
* *

Dispuesto Muniz a terminar rápidamente con aquella montonera que ostentaba la divisa blanca, como si con ella protegieran la inmoralidad de su atentado, envió en busca del Regimiento 3.° de Caballería, destacado en Melo, iniciando inmediatamente la persecución.

Aparicio Saravia, levantado también en armas, reunióse con Chiquito, sin que tal fusión de fuerzas bastara a detener la tenaz persecución de Muniz.

Sin señalar su paso con ningún hecho de heroicidad o de estrategia guerrera, las huestes saravistas huían por los campos del País, tratando únicamente de alejarse del caudillo que en su constante seguimiento, apenas si les dejaba escasos momentos para dormir.

Chiquito Saravia había gritado en la casa de don Ramón, que ellos enseñarían a Muniz el rigor de sus armas.

Con un desprecio inexplicable, aquel oscuro vecino del Cordobés, de quien nada se sabía; hombre cuya historia no había transpuesto los límites de su hogar y de sus íntimas relaciones, desconocía los méritos del guerrero que desde el cuerpo a cuerpo de Las Rengas, jamás había permanecido sin acudir a los campos de batalla, en los cuales conquistara tan alto renombre.

Si no fuera por la manera trágica con que Chiquito Saravia hizo sentir en los inocentes hijos del caudi-

llo, su ardor guerrero y sus cualidades de revolucionario, resultaría irrisoria su jactanciosa afirmación.

Viéndoles huir por los campos, sin atreverse a empeñar un solo combate formal, se nos ocurren incomprensibles aquellas palabras que, con pedantesca impostura, pronunció Chiquito Saravia junto a la ventana de la hija de Muniz.

Ni costosa ni prolongada, fué aquella persecución.

Muy pocos días después de haber incendiado la casa de un yerno del caudillo y de haber condenado a las llamas a un niño de 16 años, aquellos hombres pasaban la línea fronteriza del Brasil, dejando en manos del guerrero a quien habían desafiado, un número considerable de prisioneros.

¿Fué aquello una revolución del Partido Nacional?

No lo creemos.

A pesar de la divisa blanca que ostentaban, aquellos hombres no podían representar al Partido Nacional.

La mayor parte de los jefes de prestigio de este partido, permanecieron ajenos a tal movimiento.

Un millar de gauchos, entre los que se contaban los brasileros por centenas, no constituían, entonces, uno de los partidos políticos más numerosos y fuertes del País.

Para Muniz, esta verdad era aún más evidente. Él no podía creer que su propio partido se armara para incendiar la casa de sus yernos y matarle sus hijos.

En cuanto a sus amigos, blancos también, he aquí lo que decía de aquellos revoltosos Gumersindo Collazo: "Esos bandoleros, comparables sólo con los beduinos o negros selváticos del Africa, han sentido desde el primer momento de que si les sobra insolencia para insultar a los veteranos que han jugado su

vida en cien combates, les falta valor para resistir el empuje de los soldados del orden y de la paz pública.

Todos los criminales son cobardes y ciertamente que esos bandoleros no podrán vivir en su patria, sino para purgar el crimen monstruoso con que se han enlodado para siempre".—(14).

La Revolución de 1897

CAPÍTULO XXIII

Muniz y los Saravia

Fracasado el movimiento revolucionario de Noviembre, muy pronto tornó a hablarse de un nuevo levantamiento. Por los rumores que entonces se difundían, era de creerse que la nueva tentativa revolucionaria asumiría mayores proporciones, participando en ella los caudillos de mas prestigio en las filas nacionalistas.

La administración de Idiarte Borda producía aquel estado de efervescencia en que se agitaba el País, deseoso de terminar con un régimen en el que se desconocían derechos y se dilapidaba el tesoro publico.

Muniz, cuyo ánimo fuera sondeado por algunos amigos comprometidos en el próximo movimiento armado, consultó a sus hombres de confianza, dispuesto a postergar su venganza personal, siempre que su partido necesitara de su apoyo.

Aquel hombre, injuriado en la prensa e insultado en sus hijos, aún esperaba servir a su partido, del cual excluía a los que osaron desafiar sus ardores de guerrero. Era el amor de toda su vida pasada; el recuerdo de tantos sacrificios, que aún lo ligaba a la causa blanca.

Por lo demás, si en aquella intentona de Noviem-

bre, él hubiese visto figurar en las filas de los Saravia a sus antiguos camaradas, tal vez hubiese pensado que de su propio partido surgían sus adversarios de ahora. Pero ninguno de los jefes que con él hicieron las pasadas campañas, prestigiaba con su nombre la cruzada que en los campos del Cordobés se inició para incendiar una casa, matar un niño y terminar en precipitada fuga hacia las tierras brasileras. A pesar de que los consejeros de Muniz lo incitaban persistentemente a combatir a la próxima revolución, él esperaba aún a que se produjeran los hechos que habían de determinar su actitud.

Al frente de su división, Muniz campaba a pocas leguas de Melo, cuando los telegramas del Gobierno le ordenaron marchar precipitadamente hacia el Sur, en busca del ejército de Aparicio Saravia, que por aquellos días acababa de invadir, en son de guerra, el País.

Eran entonces los primeros días de Marzo del año 1897.

Sin dar mayor importancia a las órdenes recibidas, Muniz marchó hacia el Sur lentamente, a la espera de que los revolucionarios tomaran la iniciativa de los hechos. Bien pronto llegó hasta él, el rumor de que Aparicio Saravia, al frente de más de dos mil hombres, avanzaba dispuesto a presentarle batalla.

¿Quién era Aparicio Saravia?

Estanciero del Cordobés (Departamento de Cerro Largo), su incipiente popularidad nació en la guerra del Brasil que recién terminaba, en la cual había acompañado a Gumersindo, su hermano, que tan gloriosamente dirigió aquella campaña.

Muerto Gumersindo, Aparicio heredó, no sé si por razones de sangre o de méritos, el mando del ejército, que bien pronto se licenció, y los prestigios de su

hermano. Su nombre, pues, no estaba en nada ligado a la historia de este país, hasta el mes de Noviembre del 96, en el que por primera vez aparece dirigiendo un levantamiento.

Fuera por combinaciones políticas, fuera por razón de sus méritos, lo cierto es que Aparicio Saravia invadió el territorio oriental el 5 de Marzo de 1897, al frente de un ejército revolucionario que lo proclamaba su general.

Después de recorrer durante algunos días el Departamento de Cerro Largo, tiempo empleado en organizar sus columnas, Aparicio Saravia marchó en busca de Muniz resuelto a batirlo.

El estanciero del Cordobés y general revolucionario del Brasil, iniciaba su revolución blanca, yendo a combatir al caudillo de más prestigio dentro de las filas del Partido Blanco.

De muchos modos y con ingenuas, cuando no mal intencionadas teorías, se ha querido justificar esta falta de Saravia, en la cual encontró su castigo.

La mayor parte de sus panegiristas, dados a glorificar a este hombre, han inventado antiguos rencores separando a los Saravia de Muniz. Y dados ya a hacer literatura chabacana y tendenciosa, faltos de un recto sentido de las cosas, unos, y de un alto sentido moral, otros, han acudido al arcaico recurso de personificar en Saravia la Virtud y, como contraluz necesaria a sus desplantes literarios, el Vicio en Muniz.

No seré yo quien discuta estas vulgaridades, hijas de criterios fanáticos de hombres bien intencionados, tal vez, y de creaciones innobles de mercaderes de la política. Pero conviene decir, para la Historia, que no dicen verdad los que aseguran esos resentimientos habidos entre Muniz y los Saravia. Antes de que Chiquito Saravia atacara la casa de mi señor padre, en

la cual sólo pudo sacrificar un hijo de Muniz, éste jamás había pensado en aquellos estancieros del Cordobés, de los cuales sólo conocía y mucho apreciaba, a Gumersindo.

Si en el pecho de sus otros hermanos, un odio violento existía para el caudillo, yo no puedo saberlo. Y si así era, como lo demuestran los hechos, ¿no sería ese odio hijo de una mezquina envidia? Porque, ¿qué razón, sino las grandes condiciones de Muniz, tenían ellos para odiarlo?

Se ha dicho, con sobrada mala fe, que era el odio de los justos contra el Vicio.

El autor de esta obra, que sufrió en su propia familia los efectos de ese odio, no puede creer que el amor a la Justicia y al Bien alentara en el pecho del hombre que intentó quemar a una madre y sus hijos.

Un escritor apologista de los Saravia, ha dicho: "Es acto de nobleza reconocer que la muerte trágica y fatalísima del niño Muniz, relatada en el anterior volumen, bastó para cavar un abismo donde antes se diseñara una quebrada."

Quítense a esta frase las últimas palabras, "donde antes se diseñara una quebrada", y ella explicará en mucho, la conducta de Muniz. Pero, ¿y la de los Saravia?

Inútiles han sido los empeños de sus panegiristas, para explicarla.

Por lo demás, es de notar que Cesáreo Saravia, blanco también, Basilisio y José, sirvieron a las órdenes de Muniz, mereciendo su más absoluta confianza.

CAPÍTULO XXIV

Arbolito

COMENZABAN a anunciarse en el horizonte los tintes de la aurora cercana, cuando en el campamento de Muniz, los guerreros apuraban unos amargos o saboreaban sus "churrascos", antes de ensillar.

Desde la noche anterior, se están recibiendo noticias de la cercanía del enemigo, a quien se sabe fuerte en más de dos mil hombres.

Muniz, dispuesto a aceptar el combate que no tardarán en presentarle, espera la incorporación del Jefe Político de Cerro Largo, Gumersindo Collazo, y del comandante Juan Derquín o Alarquín, quienes al frente de más de doscientos hombres, están por llegar, conduciendo el parque de municiones.

Serían ya las 6 de la mañana, cuando el eco de unos disparos anunció la proximidad del enemigo, al mismo tiempo que Gumersindo Collazo llegaba al campamento, con la noticia de que los revolucionarios tenían cercado a Derquín.

Desde su campo, en la costa del arroyo Campamento, Muniz envió dos escuadrones al mando del entonces capitán Ortiz y del comandante Cabrera, en protección de Juan Derquín.

Una distancia de diez kilómetros, aproximadamente, separaba los dos ejércitos.

Cuando los hombres enviados por Muniz se acercaban a la división de Derquín, supieron que éstos, con su jefe al frente, acababan de rendirse a los revolucionarios.

Para Muniz, aquello fué una evidente deserción. El tiroteo habido entre las fuerzas de Derquín y los revolucionarios, no había pasado de un pequeño simulacro de combate.

A pesar de todas las pruebas en contra, no ha faltado quien afirme que, por el contrario, Juan Derquín se entregó prisionero, vista su imposibilidad de defensa.

Aunque tal episodio pudo ser de graves consecuencias para el ejército gubernista, puesto que le restaban 200 hombres y su parque, no merece mayor atención la actitud de este jefe, que incorporado a las filas de los blancos, abandonó a sus compañeros de ahora, así que los vió derrotados.

Desertor o no, Derquín pidió a Saravia puesto en sus filas.

Esa fué la verdad que supo bien pronto Muniz.

A la voz de los clarines, inició cautelosamente su marcha al encuentro del enemigo, el ejército gubernista.

A lo lejos se sentían los disparos de los escuadrones de Ortiz y Cabrera, que habían ya trabado el combate con la vanguardia de los revolucionarios, a las órdenes de Chiquito Saravia.

Poco más de mil serían aquellos hombres que avanzaban entre las sombras, formados en columnas, dispuestos a recoger el desafío de los enemigos a quienes sabían considerablemente superiores en número.

Con su caudillo al frente, marchan en silencio aquellos paisanos, todos blancos, si se exceptúan el Regimiento de Caballería N.° 3 y algunos otros.

Blancos como su jefe, que no admiten otra denominación política y que niegan su calidad de tales a los que acompañan a Saravia.

Llenos de fe en el hombre que los guía, ellos van a la pelea seguros de que defienden su vieja causa, a cuya sombra unos arrivistas pretenden devastar el País y terminar con su viejo caudillo.

Verdad es que en parte se equivocaban; el espíritu del Partido Nacional lo representan ahora esos adversarios que ellos llaman "salvajes"; pero verdad es también, que esos representantes del Partido Nacional han declarado la guerra a su jefe; lo cual era un insulto que sus soldados estaban dispuestos a vengar.

Por encima de los amores partidistas, estaba aquel amor de extraña naturaleza, que sentían por el hombre a quien habían acompañado en tantas guerras. Y era tal la fe que Muniz provocaba en aquellas almas fuertes y nobles, que por él arriesgaban todo cuanto fuera para ellos más preciado, si necesario fuese, para correr en defensa suya.

El hogar, la hacienda, la divisa, todo era poco para apagar en ellos la fe idolátrica que sentían por el hombre en quien hallaban todas las virtudes.

Jinete en un caballo "rosillo", conocido de todos por ser el ensillado para las grandes marchas o los combates; todo vestido de negro; con una extraña alegría en el rostro, Muniz avanza por el camino que conduce a Melo, tratando de robar a las sombras que aún se extienden por los campos, las líneas enemigas.

A su lado marchan sus secretarios y "Fusil". Alegre como su jefe, pues su alma no es más que un reflejo del alma del caudillo, en lo poco que el viejo

asistente puede comprenderla, "Fusil" tiene el aire arrogante del que avanza en busca del peligro.

A corta distancia, la escolta encabeza la columna.

Son 34 gauchos, elegidos entre los más valientes soldados. Con ellos van algunos viejos compañeros del caudillo, blancos como él, seguros de que a su lado está la verdadera causa del Partido. Son los mismos del 70 y de la Tricolor, que vuelven a ofrecerle sus vidas, en un desprendimiento de generosa admiración.

Honrado, con la más alta distinción que su humilde pensamiento pudiera esperar, Rosas Castillos es quien lleva la lanza del guerrero.

Rufino Montes de Oca y los hermanos Pedro y Manuel Araújo, ostentan a su lado la vincha blanca.

Adelantándose a sus hombres, Profecto Muniz marcha al frente de la escolta.

Es el mismo que vimos llegar en la tarde del 26 de Noviembre del 96, a la casa de don Ramón, en defensa de sus hermanos.

Recio de contextura, hay en todo su cuerpo un aire de fría severidad, que se anuncia en la manera de montar a caballo tanto como en su cabeza siempre levantada. Hijo del caudillo y el que merece su mayor confianza, Profecto ha heredado muchos de sus rasgos.

Más alto y delgado, tiene como él, el empaque imponente del hombre nacido para mandar. Hay en su mirada una luz extraña que da a su rostro, de líneas rectas y severas, una fuerte expresión de altivez.

A creer a las voces que corrían en el ejército, aquel hombre de mirada glacial estaba llamado a ser el heredero de los prestigios de su padre.

En su pos caminan los treinta y cuatro valientes de la escolta, de entre los que se destacan la figura atlética de Eduviges Piriz, segundo de Profecto, y el

rostro fresco de juventud de Santos Muniz, que cuenta a la sazón diez y siete años.

En la penumbra de la madrugada, se recortan las rectas de sus lanzas, encabezando la columna.

Luego avanzan las otras divisiones: el 3.° de Caballería, al mando del coronel Julio Gutiérrez; la Urbana, cuyo capitán Gerónimo Iriondo, nuevo en el Departamento, va a demostrar bien pronto de cuánto es capaz, y las divisiones de Guardias Nacionales.

Juan Aguiar, Aparicio Carrión, Carlos Chagas, Cesáreo Saravia y Juan Nievas, veteranos compañeros de Muniz, han sido puestos, para el combate, al frente de los escuadrones. Perdidos en la anónima multitud, avanzan antiguos soldados del caudillo, compañeros de guerra desde la juventud, o que heredaron de sus padres la adhesión tradicional a su jefe.

Por el camino que conduce a Melo marchaba la columna sobre la cumbre de la Cuchilla de Arbolito, cuando una espesa cerrazón se tendió sobre los campos.

Con el instinto guerrero que poseía en tan alto grado, Muniz comprendió el peligro que lo acechaba en el tupido velo de la cerrazón, y en consecuencia, ordenó hacer alto a la columna.

Con sus fuertes rayos, que anunciaban una jornada de sopor, serían las 7 de la mañana del día 19, cuando el sol se hizo ver rasgando los velos de la cerrazón.

En la claridad que siguió a la niebla, y desde la cuchilla en la cual se había detenido la columna, se divisaba todo el paisaje que había de servir de teatro a la batalla.

A la izquierda del ejército de Muniz, el Cerro Largo se levantaba a pocas cuadras de distancia. Al Norte, y en la dirección en que marchaban, una hilera de cuatro casas y un plantío de maíz, servían de base de

operaciones a los enemigos. Entre ellos y los de Muniz, la pronunciada elevación de una cuchilla atravesaba el camino.

A la derecha, abruptas serranías se levantaban frente al Cerro Largo y junto al camino que se alargaba bordeándolas un gran trecho.

Un árbol solitario y frondoso, era la única nota extraña en aquel ambiente áspero. El paisaje tiene en aquellos lugares una extraña grandeza.

Aparicio, cuya gente se divisaba ocupando posiciones estratégicas, había elegido un hermoso campo de batalla.

Tendidas en semicírculo que partía de las sierras, se apoyaba en las casas y terminaba en las quebradas del Cerro Largo, sus líneas podían resistir victoriosamente el ataque.

Bien claro comprendieron los hombres de Muniz el acierto de su jefe cuando se detuvo ante la cerrazón que ocultaba a sus enemigos. A no haber sido así, hubiese caído fatalmente en el círculo de fuego que ahora descubrían tendido entre las sierras, las casas y el plantío de maíz.

Pocos días antes, el general Villar había caído en un lazo semejante que le tendió el coronel Diego Lamas. Pero Muniz conocía demasiado los secretos de la Naturaleza, para dejarse coger.

El aparato de combate que se notaba en los otros, decía bien a las claras que era necesario aceptar el desafío en el terreno en que se lo presentaban.

Fácil era ver que los de Saravia estaban dispuestos a dar en aquel paraje una batalla formal; decisión que para Muniz tenía más fuerza, puesto que las sierras y el Cerro Largo imposibilitaban toda evasiva, en la cual tampoco se le ocurrió pensar.

Aún avanzó la columna en formación de marcha, unos metros, tratando de tomar posiciones.

Desde las sierras y el frente, las balas comenzaban a silbar sobre las cabezas.

Los escuadrones del capitán Ortiz y del comandante Cabrera, que ocupaban la izquierda, habían iniciado el combate con las fuerzas de Chiquito, que se apoyaban en las cuchillas y hondonadas del Cerro Largo. En protección de estos escuadrones y para que ocupase la extrema izquierda de su línea, Muniz envió a su hijo Pablo, al frente de sus hombres.

Sin haber meditado largamente, ni consultado la opinión de sus jefes, Muniz concibió el plan de combate con la premura que exigían las circunstancias. Frente al enemigo, dominando desde la cuchilla que cruzaba el camino, el campo donde había de desarrollarse la acción, aceptó el combate en las condiciones que Saravia se lo presentó.

Es verdad que él desconocía en absoluto las teorías sobre estrategia militar; pero su vida de guerrero y su talento natural, suplieron esta ignorancia del caudillo.

Ya caían en gran número las balas a su lado, cuando empezaron a disgregarse los escuadrones para ocupar su sitio de pelea.

El ala izquierda estaba formada con los escuadrones de Pablo Muniz, Lino Cabrera y Braulio Ortiz, cuyas guerrillas defendían a su vez el frente que daba al camino. La Compañía Urbana, a las órdenes del capitán Iriondo, partió a ocupar un frente del ala derecha.

Al recibir el capitán Iriondo la orden de marcha y cuando los clarines elevaban a los aires las notas de una diana, ordenó a su segundo:

—"Teniente Resler: al soldado que dé vuelta, mátelo".

A lo que agregó Muniz, siempre risueño:

—"Y también, capitán, al oficial que dé vuelta, mátelo."

Bajo el inexorable imperativo de esta orden, y de los aires alegres de la diana, desplegó la Urbana avanzando en línea de batalla hasta doscientos metros del enemigo.

Cesáreo Saravia, el comandante Estomba y el coronel Juan Aguiar, ocuparon la extrema derecha.

Sirviendo de eslabones a esta primera línea de pelea, los demás escuadrones del regimiento y de Guardias Nacionales ocuparon, también, sus puestos.

Serían las siete y media de aquella calurosa mañana de Marzo, cuando se inició seriamente el combate.

Sobre la cumbre de la cuchilla, desde la cual dominaba todo el campo de acción, Muniz dirigía a su ejército, sin hacer caso a las balas que levantaban puñados de polvo a su alrededor.

Las tropas de Saravia que, como ya hemos dicho, ocupaban excelentes posiciones, eran mandadas por jefes aguerridos entre los cuales se destacaban por su fuerte prestigio, Juan F. Mena, Celestino Alonso, antiguo ayudante de Muniz, Juan José Muñoz y Nicasio Trías, junto a los cuales figuró con honor el joven oficial Basilio Muñoz (hijo), detenían el avance de las tropas gubernistas, con un fuego recio.

A pesar de esto y de la superioridad numérica del enemigo, Muniz estaba seguro de vencer. Alegre y decidor como nunca, despachaba a sus ayudantes, que corrían incesantemente por las hondonadas, con órdenes en las que se mezclaban chanzas para sus jefes.

Los veteranos que lo acompañaban, no extrañaban aquel estado de ánimo del caudillo. Desde que le co-

nocieron, siempre el día de pelea fué para Muniz, día de intensa satisfacción.

El fuerte guerrero en el fragor de los combates encontraba un extraño encanto. La fusilería se tornaba cada vez más intensa y mortífera.

En el ala izquierda y el frente, las divisiones al mando de Chiquito, apoyadas en las casas, pugnaban por doblar a los escuadrones de Pablo Muniz.

En el ala derecha, el capitán Iriondo, movido por un heroico arrebato, había avanzado imprudentemente sobre sus enemigos, colocándose en una situación en extremo difícil. Desde la sierra que tenía a su frente y el plantío de maíz a su izquierda, un nutrido fuego de fusilería ocasionaba grandes claros en sus filas.

Sin medir las consecuencias de su avance, Iriondo había comprometido imprudentemente a su división. Alterando la línea de combate, lo amenazaba el riesgo de ser cortado por sus enemigos. Pero retroceder era imposible; hacerlo era dejarse fusilar impunemente por la espalda.

Descubierto su error, Iriondo resolvió enmendarlo con una defensa heroica. Y a pesar de las balas que caían sobre sus hombres, dejando gran número de ellos tendidos en el campo, entre los cuales cayera un oficial, los clarines continuaban poniendo sus notas agudas y vibrantes en el estrépito de la fusilería.

Al notar Muniz el riesgo en que se encontraba aquella división, desplegó en su apoyo y para restablecer la línea, al escuadrón del capitán López.

El tremendo estampido de cien rémingtons al disparar, cuyos ecos se repitieron en las sierras, anunció a Muniz que Iriondo estaba protegido.

Mas aún no bastaba con esto. Si bien era entonces más difícil cortarla, la Urbana podía, en cambio, ser

arrollada. Sus filas se diezmaban con una rapidez alarmante. Su propio capitán, cuya silueta se destacaba desafiando las balas sobre aquel campo de muerte, había estado a punto de pagar con su vida tamaña temeridad. Su caballo estaba herido en las narices y la frente; una bala había chocado con la hebilla del cinto del jinete.

Muniz ordenó entonces al mayor Nievas, que acudiera en protección de la Urbana. Puestos al galope los caballos, cuyos cascos golpeaban fuertemente el pedregoso suelo de la cuchilla, adelantábanse aquellos jinetes con el rostro iluminado por el entusiasmo bélico.

Erguido arrogantemente sobre su flete, vibrando de inquietud, quebrado en la nuca el sombrero cuyo barbijo se sujeta en la nariz de su dueño; chispeante los ojos de altanera provocación, sacudiendo la lanza, el mayor Nievas se adelantó hasta Muniz. Al enfrentarse con el caudillo, que lo recibió con un gesto de aplauso, y sin detener el nervioso galopar de su flete, el mayor Nievas dirigió a sus hombres, mientras agitaba en el aire el sombrero, su grito de guerra:

—"¡Viva el General Muniz! ¡Mueran los salvajes!"

Un ¡Viva! prolongado señaló el paso de los jinetes, que llegaron galopando al sitio de pelea.

Entre ellos, Alberto Muniz militaba como oficial.

"¡Mueran los salvajes!", fué la imprecación lanzada a los aires por aquellos blancos que iban a morir defendiendo a los "salvajes" (*) que insultaban.

La ceguedad de su fe en el caudillo, producía en ellos tamaña confusión.

Iba transcurrida ya más de una hora de pelea, cuando, sin que se supiera cómo, un tal Onofre Xavier se acercó a Muniz entregándole una carta que dijo ser de Chiquito Saravia.

(*) Adjetivo empleado por la masa blanca para insultar a sus adversarios.

Sin mirarla casi, el caudillo estrujó entre sus manos aquella carta y ya la hacía pedazos, cuando Xavier agregó: "Dice si se entrega".

El estremecimiento de indignación que tales palabras produjeron en el ánimo de Muniz, fué notado por el otro, quien sin esperar respuesta — que sería su muerte—desapareció súbitamente.

Desde entonces cambió el ánimo de Muniz.

Ya no sonreían sus labios, ni tenía chanzas para sus jefes.

En número considerable huían los desertores aprovechando la atención que sus compañeros tenían fija en el enemigo.

En las líneas de Saravia, el ardor de la lucha parecía recrudecer por momentos. A pesar del empuje de los hombres de Muniz, aquéllos no cedían ni un palmo; más bien, ahora eran ellos quienes luchaban por doblar a sus adversarios.

Hubo un momento en que la extrema derecha de los gubernistas comenzó a ceder terreno ante la avalancha de los escuadrones blancos, cuyo desprecio por la muerte en nada desmerecía del de sus contrarios.

Parecía que deseaban cercar a Muniz por su espalda, doblando para ello a las divisiones del coronel Aguiar.

Incapaz de defender sus posiciones, este jefe envió un ayudante a Muniz, dándole cuenta de su difícil situación.

Era completamente imposible detener el empuje de aquellos enemigos que con tanto heroísmo buscaban la victoria.

En esa situación, ¿qué debía hacer?

Fuera de sí, al ver que sus divisiones no habían adelantado nada desde el principio del combate y en-

colerizado por la pregunta de su bravo camarada, Muniz contestó con firmeza:

—"Que se haga matar".—A cuyas palabras añadió como comentario:—"¡Tan viejo y tan zonzo!".

Los que le oyeron pudieron comprender la idea que entonces dominaba en el pensamiento de aquel hombre. Pero, por si aún les restaba alguna duda, sus propias palabras lo declararon categóricamente.

Conocido por los tiradores enemigos, Muniz era el blanco de los que ocupaban el frente del camino. Solo, sobre la cuchilla, podían los otros apuntarle con grandes probabilidades de herirlo.

Era un milagro lo que ocurría con aquel hombre. Las balas llovían a su alrededor; pasaban silbando sobre su cabeza o levantaban puñados de tierra junto a los cascos de su caballo, sin que una sola lograra tocarlo.

Transfigurado por el ardor que hacía latir violentamente sus venas, Muniz parecía no ver ni sentir las balas que se aplastaban contra las piedras o rozaban su cabeza.

El sol se acercaba al zenit, y aún resistían con ímpetus formidables aquellos enemigos que desde las sierras, las casas y las hondonadas, diezmaban sus divisiones sin ceder un palmo de terreno.

La voz potente del caudillo se había enronquecido de tantas voces de mando dadas incesantemente.

Resistirse, morir; he ahí las únicas consignas que tenía para los jefes que solicitaban su consejo. Entre tanto, las balas continuaban chocando contra las piedras que pisaba su caballo, o pasaban con su silbido de serpiente, sobre su cabeza.

No era prudente exponerse de tal manera. Bien claro se veía que él era el blanco de los disparos enemigos.

Profecto, cansado de la inacción a que estaba sujeto, y nervioso al ver a su padre en tan grave riesgo, le hizo decir que era mejor retirarse de la cuchilla y dejar que ellos cargaran.

Al oir el consejo de su hijo, Muniz volvió a agitarse colérico, mientras decía:

—"¿Por quién me toman, esos maulas? ¡Los voy a hacer matar a todos, antes de cederles un palmo a esos miserables!"

Aquel hombre, viendo cómo se le escapaba la victoria, sólo acechaba el momento de ofrecerle su vida para conquistarla. Por primera vez se encontraba frente a los que le quemaron un hijo. Imagínese cuánta sería su cólera al ver que tanto tardaba en realizarse su venganza.

La situación se tornaba por momentos más difícil.

Algunos escuadrones, incapaces ya para resistir el mortífero fuego que los envolvía, empezaban a replegarse tratando inútilmente de recobrar las posiciones perdidas. Sin embargo, en la extrema izquierda, la división de Pablo Muniz había logrado avanzar victoriosamente. Era la primera vez que aquel hijo del caudillo participaba en un combate. Y a fe que lo hacía con sobrado arrojo. Pero en el centro, los gubernistas cedían terreno sin poder sostenerse.

El sol de mediodía caía pesadamente sobre aquel campo de muerte.

Por uno y otro lado, se notaba un evidente cansancio. Pero el de los gubernistas, parecía anunciar un próximo agotamiento de energías.

Por el lado de las casas que estaban junto al camino, apareció de pronto un escuadrón de lanceros, que después de hacer una tentativa de avance, volvió a esconderse detrás de las casas.

Chiquito Saravia se preparaba para terminar con Muniz y conquistar con su lanza la victoria.

El caudillo comprendió claramente la intención de aquellos hombres.

Había llegado el instante decisivo; la ocasión acechada por él, se la ofrecía Chiquito con un atrevimiento que le fue fatal.

Muniz miró a su escolta.

Cuarenta hombres esperaban impacientes la orden de carga.

Con su lanza en la mano, Profecto permanecía silencioso, a corta distancia de su padre.

De chirupa y sin saco; remangada la camisa por encima del codo; sujetando sus lacios mechones de pelo con una vincha; puesto el sombrero en la nuca y el sable en la mano, Eduviges Piriz esperaba con una vaga sonrisa, que hacía menos frío aquel rostro desfigurado por la viruela.

Prontas las lanzas para el entrevero, aguardaban los otros la voz de orden.

De nuevo volvieron a asomar los de Chiquito y a ocultarse, para reaparecer formados en orden de ataque, galopando hacia las líneas gubernistas.

Bruscamente giró sobre sus patas traseras el rosillo de Muniz, mientras éste, quitando su lanza de manos de Rosas Castillos, le decía:

—"¡Traiga esa lanza, viejo... ¿Le apretaron el tornillo?"

No pudo oir la respuesta. Ya su caballo descendía al galope la cuesta que los separaba de los otros.

—"¡Cargá!", — gritó a Eduviges Profecto, cuyo caballo, herido por la espuela, se avalanzaba por el camino que seguía Muniz.

—"¡Carguen!", — ordenó secamente Eduviges, mien-

tras se echaba sobre el cuello de su flete, puesto a su vez a toda carrera.

Con tal rapidez se sucedieron aquellas voces de mando, que nadie pudo seguir inmediatamente a los tres que las habían dado. Y así, mientras Santos prepara a sus hombres para el ataque, ellos acortan la distancia que los separa de los de Chiquito.

A todo el correr de sus corceles, casi acostados sobre sus cuellos, descienden vertiginosamente la cuchilla, como poseídos por una embriaguez de heroísmo, aquellos tres hombres, en busca de enemigos.

Sobre el rosillo que aspira por sus narices abiertas el aire, blandiendo su lanza de tantos combates, Muniz es el primero que desciende la cuchilla, golpeando con el regatón de su arma a los que huyen.

En su pos, febril por alcanzar a su padre y por matar, Profecto aguijonea cruelmente su caballo, cuya carrera no es tan veloz como la del rosillo. Y tras ellos, firme la mano que sujeta la rienda; en alto el sable en cuya hoja se reflejan los rayos del sol; ondulando los lacios mechones de su melena, Eduviges avanza deseando ser el primero en encontrar a los enemigos.

Todo el ejército puede verlos.

A la vista de los atónitos ojos que no comprenden su arrebato, ellos van a encontrarse con los lanceros de Chiquito.

Ya éstos han quebrado la resistencia de las primeras líneas del regimiento y galopan ansiosos a su vez por alcanzar a los tres jinetes.

Pareciendo que se halla en la plenitud de su vida, Muniz, con sus 59 años, seguido de los dos valientes que corren por rodearlo con sus pechos, dará a los cobardes una lección de inmenso heroísmo.

Con la lanza que recogió en el Sauce de manos de

su enemigo moribundo, va a realizar la más grande, quiza, de todas sus proezas. Y será a la vista de dos ejércitos, como dicen que lucharon Goyo Suárez y Timoteo Aparicio.

Ya se acercan los de Chiquito, cuando Profecto y Eduviges galopan al lado de su jefe.

A su espalda se siente el sonoro galopar de la escolta a cuya cabeza corre el niño Muniz, de 17 años.

Al pasar junto a un oficial que ha quedado con la boca abierta, confundida su mente, ante aquellos jinetes que cruzaron a su lado como un torbellino, se oye la voz de Profecto:

—"¡Cierre esa boca, maula!...".

Una sonora carcajada se apagó entre el chocar de los cascos de los caballos contra el suelo.

Ahora es Eduviges quien corre adelante.

De pronto, un enemigo le ha puesto su pistola en la frente.

Profecto lo ve y, al pasar, sin apartar su mirada de Muniz, le dirige estas palabras:

—"Ya te embromaron, pardo".

Sonó un tiro. Profecto volvió su vista.

Eduviges seguía galopando, mientras a su espalda quedaba retorciéndose en estertores agónicos, el que disparó. Las cejas de Eduviges tenían tizne de la pólvora; su sable seguía en alto, aunque sin reflejar los rayos del sol, pues se lo impedía la sangre que lo empañaba.

Ajenos a todo cuanto pasa a su alrededor, dos hombres jóvenes, vestidos de negro, y en el sombrero la divisa blanca, corren en dirección contraria a nuestros jinetes, persiguiendo a un soldado que huye.

Están a pocos metros de Muniz, cuando éste los distingue, y apartándose de su hijo, le dice, sonriente:

—"Fijate si estos dos saben de qué mueren".

Al comprender Profecto la resolución audaz de su padre, intenta torcer su caballo para ir en su ayuda.

Ya era tarde.

Conocieron los otros al caudillo y apuntando con sus revólvers, le dejaron paso entre ellos

El que se situó a su derecha, intentó levantar su arma; pero la lanza de Muniz acababa de abrirle, desgarrándole, las entrañas.

Al ver caído a su hermano (pues tales eran los dos valientes), el otro apuntó al pecho del caudillo.

Por su desgracia, Muniz adivinó su intención.

Un fuerte golpe de lanza lo despidió violentamente del caballo, yendo a caer con un pulmón asomándole por la espalda.

En el dolor de su agonía, el infeliz y valiente muchacho apretó el gatillo de su revólver.

La bala pasó silbando por el costado de Muniz, que continuaba su carrera, y fué a perderse en el aire.

A la vista de su escolta que ya lo alcanzaba, Muniz tuvo — según sus propias palabras — la desgracia de matar a aquellos dos jóvenes, cuya heroicidad pagaron con la vida.

Después... Nadie pudo decir lo que pasó. Fueron lanzas que chocaron; astillas volando por los aires al golpe de los sables, y jinetes que rodaban heridos en aquel horrible entrevero.

Unos instantes más, y Muniz se detenía en las casas de donde partieron los lanceros de Chiquito.

Según el poder de sus caballos y los enemigos que tuvieron que matar, fueron llegando los hombres de la escolta, que acababan de decidir la victoria en su favor. Allí se supo que Chiquito Saravia, llevado de su entusiasmo por matar a Muniz, había caído en el

entrevero, preso por las boleadoras de Toranza y muerto con una herida de bala en las piernas y otra en el pecho, y dos puntazos, uno en el cuello y otro en la frente.

Las voces alegres de los clarines que recorrieron las líneas tocando a victoria, anunciaron a los de Muniz que la batalla de Arbolito estaba ganada.

Dominados por un terror invencible, huyeron en desbande los hombres de Saravia, al conocer la suerte que habían corrido muchos de sus jefes.

Es el temor colectivo que domina en estas circunstancias a las multitudes, sin que basten a dominarlo los más grandes esfuerzos. Así, aquellos hombres cuya valentía supieron evidenciar en tantas horas de combate, hasta el extremo de acercar a ellos la victoria, huyen ahora a través de los campos, atemorizados por un pequeño grupo de enemigos.

Ante la retirada completa de los de Saravia, Muniz ordenó al coronel Juan Aguiar que los persiguiera con unos cien hombres. Y aún cuando se le hizo notar que los otros habían incendiado los campos, a fin de poner entre ellos y sus perseguidores una valla de fuego, el vencedor ordenó el avance de sus hombres, aún a través del humo y de las llamas.

En tanto que el ejército saravista atraviesa los campos en dirección a Melo, completamente derrotado, Muniz reune sus escuadrones junto al comercio de Falco.

Interrogado el comerciante sobre el ejército blanco, éste contó al vencedor, en presencia de sus oficiales este episodio:

Antes de iniciarse el combate, Chiquito Saravia dictaba a Benito Viramonte, en presencia de Falco, la carta que Xavier llevó a Muniz, invitándolo a rendirse.

Cuando la misiva estuvo escrita, y al poner en el

sobre su dirección, dice que Viramonte interrogó a Chiquito:

—"¿Le ponemos General?"

A lo que replicó el interpelado:

—"No; ponele Justino, nomás; que esa oveja tiene poca lana y pronto la esquilaremos".

Sonrióse el caudillo al escuchar el relato, y pensando en la suerte de Chiquito, contestó con su travesura gaucha:

—"Poca, sí; pero con abrojos".

Y tal era la verdad de lo ocurrido. Pocas fuerzas y medios para vencer en aquel combate que le presentaron los Saravia, tenía el hombre a quien Chiquito despreció en sus palabras. Pero como él mismo lo dijo, difícil hasta volverse imposible, fué para sus adversarios cortar la "lana" de sus prestigios.

El propio Chiquito, cuyo cadáver encontraron tirado en el campo los que por orden de Muniz fueron en su reconocimiento, pues éste no lo conocía, pagó con su vida la audacia de creer *oveja* al guerrero a quien la imaginación popular llamaba "El Toro", impresionada por la firmeza de su carácter.

CAPITULO XXV

La noche de Arbolito

Era ya entrada la noche, cuando los vencedores volvieron al lugar de la lucha, estableciendo allí su campamento.

Muy pocos eran los que rodeaban a su jefe. Parte de la división se hallaba distante, empeñada en perseguir a Saravia y otros habían desertado en el momento del combate.

Al calor sofocante del día, siguió la llovizna de una noche tormentosa que amenazaba lluvia.

En silencio descendían los guerreros las pendientes, llevando sus caballos de la rienda, temerosos de rodar en aquellos precipicios.

En lo más hondo del valle, un árbol ofrecía el refugio de sus ramas contra la llovizna que se tornaba por momentos más intensa. Allí se dirigió Muniz, seguido de sus secretarios y su escolta.

El caudillo, previendo cualquier sorpresa, buscaba la guarda de las sierras para establecer su campamento.

Agobiados por el hambre y el cansancio de la lucha de todo un día, los guerreros descendían en el mayor desorden y sin hablar palabra. Se diría que el dolor de una derrota amargaba sus ánimos.

No eran más que sombras iluminadas a intervalos por

los relámpagos que rasgaban las nubes agolpadas en el cielo presagiando lluvia.

Junto al árbol que se erguía solitario en la hondonada, el caudillo permanecía sobre su caballo, en tanto que a su alrededor se agrupaban los soldados.

Sombras que recorrieron los campos, llevaron a todos la orden de campar, sin que fuera permitido encender los fogones. Era necesario, en previsión de cualquier sorpresa, esconderse en las tinieblas que se intensificaban.

Rodeando al jefe que permanecía erguido sobre su caballo, sin pronunciar palabra, las sombras fueron acostándose en el campo.

Por unos momentos, el sordo murmullo de las armas al chocar, y las voces de los guerreros que se hablaban en la oscuridad, se oyó en derredor del árbol.

A la luz de los relámpagos, podía verse aún la silueta del caudillo, firme sobre su flete, como si velara el sueño de los hombres que dormían tendidos en el césped, envueltos en sus ponchos para defenderse de la llovizna.

Cuando todo fué sosiego, Muniz se acostó bajo el árbol.

Muy pronto el cansancio durmió a los guerreros.

El relincho de algún caballo rompía por breves instantes el silencio que envolvía a aquel campo de vencedores.

La llovizna continuaba cayendo sin interrupción; los relámpagos iluminaban brevemente el cielo cargado de nubes, seguidos por los truenos cuyos ecos se sucedían por largo rato en la atmósfera.

El calor era sofocante.

Dormía ya Muniz, cuando un hombre vino a decirle

que algunos soldados penetraban en una chacra cercana en busca de alimentos.

El General, cuyo ejército fué siempre modelo de respeto por el vecindario, ordenó que se pusiera una guardia en aquel cercado para protegerlo del hambre de sus hombres.

Volvió el otro a perderse en las sombras.

El silencio se hizo entonces completo.

Mientras la tierra dormía envuelta en una atmósfera enrarecida, en el cielo continuaban los relámpagos y los truenos amenazando una próxima tempestad.

Era ya cercana la madrugada, cuando una ráfaga de viento cálido comenzó a agitar las ramas del árbol a cuyo pie dormía el caudillo. La llovizna, entonces más fuerte, continuaba azotando los rostros de los guerreros dormidos.

Las fugaces luces de los relámpagos descubrían a los caballos, vueltas sus ancas al viento, pastando tranquilamente.

Aparte de este sordo murmullo de las bestias, ni un solo ruido se oía en el campamento.

Junto al árbol a cuyos pies estaba tendido el jefe vencedor, una sombra se irguió cautelosamente.

De pie, sobre aquel campo dormido, la sombra cobraba un extraño aspecto. En las tinieblas se borraban sus contornos, percibiéndose apenas su alargada silueta.

Sólo se oía el murmullo de las hojas del árbol, azotadas por el viento; lo demás era un completo silencio.

La sombra avanzó hacia el caudillo. Sus labios musitaron primero unas palabras, produciendo apenas un insensible murmullo. Mas, poco a poco, como si alguna profunda evocación animara sus palabras, eleváronse en el campo despertando al caudillo y sus ayudantes.

Sorprendidos por aquella visión que se agitaba en

fuertes convulsiones, levantando las manos al cielo en actitud de implorar, mientras cantaba una canción de cuna, los hombres sentáronse en sus recados intentando identificar a la sombra...

Un relámpago iluminó brevemente la escena.

A la luz pálida del relámpago, uno de los ayudantes de Muniz pudo ver lo que pasaba a su alrededor.

A pocos pasos, azotada la faz por la lluvia y el viento que agitaba sus rubios cabellos; fija la mirada en un punto perdido en las sombras; abiertos los brazos que dirigía hacia el cielo; ondulando sus negros vestidos cuyas rasgaduras dejaban ver los fuertes senos y unos muslos de intensa blancura, aquella mujer, semejante a una alucinada, continuaba su dulce canción de cuna, cuyos ecos se repetían en el campamento. Bajo el árbol, entre cuyas hojas cruzaba el viento silbando, el caudillo se había sentado con el sombrero en los ojos y examinaba a la extraña mujer.

El cielo había vuelto a sus tinieblas.

Con amenazas de tempestad, llegaban los lejanos ecos de los elementos desencadenados.

Por encima de las cabezas se sentían pasar los truenos a través de las nubes.

La grandiosidad de aquella naturaleza enfurecida, tenía anonadado el espíritu del espectador, infundiéndole un místico recogimiento. Y el espíritu ciudadano del secretario, puesto en observación estaba lleno de asombro ante aquel espectáculo.

De lo más hondo de la quebrada, en la que dormían los guerreros después de una cruenta jornada; rasgando extrañamente el silencio, las voces de la mujer elevaban su tierna canción de cuna, hacia aquel cielo que señalaban sus brazos abiertos y cuyas voces se sentían conmoviendo las cumbres de las sierras.

Bajo la copa del árbol en la que el viento modulaba su canción, el caudillo examinaba silencioso las contorsiones de la mujer.

La mente del secretario, confundida por las escenas de muerte que lo rodearon durante el día, no acertaba a comprender el fantástico espectáculo que lo rodeaba.

La mujer; Muniz; los elementos que continuaban conmoviendo el cielo y poniendo en las sierras sus tremendos ecos, todo adquiría en su imaginación el aspecto de una visión abracadabra.

En medio de aquel ambiente, sólo él se encontraba extraño a la inteligencia que parecía regir a los elementos y los hombres. Y fatigado su espíritu por las profundas emociones de aquel día de batalla, sentía pesar sobre él un inconfesado temor supersticioso.

Todo entonces parecía serle extraño.

Las tinieblas rasgadas siniestramente por los relámpagos, que dejaban ver los cuerpos tendidos en derredor suyo; la sombra fantasmagórica con sus brazos en actitud de implorar y la imponente voz de los truenos, daban a las cosas y a los hombres un aspecto que él nunca hubiera sospechado.

Muniz mismo, al pie de aquel árbol, parecíale ahora más incomprensible que en el momento de cargar contra sus enemigos.

¿Qué pasaba por la mente de aquel hombre que permanecía silencioso observando a la mujer? ¿Y aquel fantasma, cómo había llegado hasta allí, sin que los centinelas lo hubiesen detenido? ¿De dónde venía aquella mujer, con los vestidos desgarrados, la mirada extática en la contemplación de las sombras, y los senos fuertes que se adivinaban a través de las ropas pegadas a su cuerpo por la lluvia?

En confusión desesperante cruzaban estas ideas por

la mente del observador, cuando el cansancio lo tendió, dormido, sobre el recado.

Por la cumbre de las sierras continuaban pasando las gruesas nubes, con sus truenos, mientras el viento modulaba su canto en las hojas del árbol a cuyo pie dormía otra vez el caudillo y la mujer, cuyas manos en alto parecían implorar, continuaba lanzando al cielo su tierna canción de cuna...

***

A la mañana siguiente, el campamento ha recobrado su alegría.

Muniz, sentado al pie del árbol en el que se apoya su lanza manchada de sangre, recibe las impresiones que sobre el combate le trasmiten sus oficiales

A pocos pasos de distancia, la mujer fantástica duerme aún, con las ropas pegadas contra su cuerpo y agobiada por la excitación nerviosa que le produjo la crisis de locura. En el desorden de la noche anterior, aquella infeliz vino a echarse tan cerca del General. Y tal vez la impresión del día de combate fue lo que excitó su locura, haciéndola asumir aquella actitud que tanto asombró a uno de los secretarios de Muniz.

Diseminados en torno del árbol, los guerreros se han reunido junto a los fogones, en los que chisporrotean las brasas que doran los asados y bulle el agua para el mate, mientras se cuentan las hazañas del día anterior.

Sobre los arbustos, las ropas tendidas para recibir los rayos de un hermoso sol, ponen una nota más de alegría en aquel campo sobre el que estuvieron pasando las nubes de tempestad, durante toda la noche.

En aquel ambiente de luz y de alegría, el secretario recuerda sus visiones de la madrugada, que entonces le parecen una fantástica pesadilla.

CAPITULO XXVI

Retirada hacia el sur

A PESAR de la victoria completa obtenida por Muniz en los campos de Arbolito, y cuyos beneficios morales bien pronto se sintieron en todo el País, su ejército no pudo continuar la persecución de Saravia, que huía rumbos a la frontera.

Sorprendido en las sierras de Arbolito, Muniz hubo de aceptar el combate con su pequeña división, mermada considerablemente por las deserciones del día de pelea. Por esta razón poderosa, y a pesar de habérsele reunido Basilisio Saravia con su "División 33", le fué imposible esperar a las columnas de Aparicio y Lamas, que, una vez fusionadas, volvieron sobre él con ánimo de batirlo.

Ante el avance de un enemigo superior, Muniz inició su retirada hacia el Sur.

Los escritores nacionalistas que han juzgado este hecho de guerra, quieren ver en él un triunfo de Saravia. Se diría que su héroe está muy falto de positiva gloria, cuando con tanto empeño se le adjudican triunfos imaginarios, que en la realidad no fueron sino nuevas derrotas.

La lucha entre el caudillo de Bañado de Medina y el de Cordobés, recuerda, en más de un momento de

esta guerra, las luchas de señores feudales que vió Europa en los tiempos del Medio-Evo. Sin que una diversidad de programas políticos los separe, animados solamente por razones de índole personal, buscará cada uno de ellos el aniquilamiento de su enemigo, para dar satisfacción a sus deseos de venganza.

El odio de dos familias; la lucha entre el caudillo de los nuevos tiempos y el de los que se van, eso, y no otra cosa, hay en el fondo de la rivalidad de estos dos hombres.

En los campos de Arbolito, los manes de Segundo Muniz fueron vengados con la muerte de Chiquito Saravia.

Ahora es Aparicio quien, desoyendo los más vitales intereses de la revolución, se empeña inútilmente en vengar la muerte de su hermano.

El recuerdo de los seres amados que cayeron en el principio de esta lucha de odios, será el móvil oculto, pero siempre latente, de los hechos de los dos caudillos. Y Cerro Largo, departamento blanco, se verá dividido por largos años, entre los dos hombres Allí, donde los colorados no se contaban, los blancos abrazarán una u otra causa, sin que pese en su determinación otro sentimiento que no sea el odio hacia un caudillo y el amor hacia el otro.

Los bandos no tienen un programa ideológico

La pasión es su único guía.

Ya no hay "mayoristas" ni "minoristas"; los dos hombres han borrado esa división que pudo ser ideológica. Por muchos años, en Cerro Largo se era Municista o Saravista.

He ahí la verdad de esta lucha. Lo otro no es más que circunstancias accidentales, o declamaciones de políticos y retóricos.

Desde las costas del arroyo Guazú-Nambí, el ejército municista comenzó su retirada internándose en el Departamento de Treinta y Tres.

Al frente de una columna respetable cuyo ánimo, abatido por la derrota de Arbolito, reconfortaban entonces las huestes de Lamas, vencedoras de Tres Arboles, Aparicio seguía las huellas de Muniz, deseoso sólo de quebrar el prestigio de su adversario.

No se puede encontrar justificación a esta actitud del jefe nacionalista, a no ser que se prefiera, como él lo hizo, la pérdida de la causa, por saciar odios personales.

De las propias filas de su ejército ha partido la acusación.

El jefe nacionalista don José Núñez, cuyos prestigios militares no se pueden desconocer, acusó a Saravia de este error, en un manifiesto publicado poco después de ocurridos estos sucesos. (15)

Sin embargo, son muchos los apologistas de esta acción, a la que califican de "genial".

"Al volver de Aceguá, su idea invariable, cosida con energías extraordinarias en las circunvoluciones de su cerebro, fué quebrar a Justino, indudablemente el peor de sus enemigos". (*)

Veamos la genialidad de Saravia al realizar esa "su idea invariable cosida con energías extraordinarias en las circunvoluciones de su cerebro".

Seguro Muniz de que Aparicio iba en pos de sus huellas, y en la imposibilidad de afrontar un combate serio, pues carecía de hombres y elementos, comenzó a alejarse de Cerro Largo, en la esperanza de que su adversario no se empeñaría en una inútil persecución.

(*) Del libro «Por la Patria», ya citado.

Por falta de caballadas, la marcha hubo de hacerse lentamente.

Al frente de la columna, trazando en las abiertas llanuras y a través de las lomas y bañados el derrotero de su viaje; recordando en cada cerro o paso que dejaba a su espalda, episodios de su vida de guerrero, Muniz se internaba en las quebradas de Treinta y Tres, sin denotar inquietud alguna en el rostro o en las palabras.

Al tranco de sus flacas y agotadas cabalgaduras; temerosos unos y descuidados otros por la proximidad del enemigo, los vencedores de Arbolito se alejan despaciosamente, atravesando parajes que sólo su caudillo conoce.

La división de Basilisio Saravia cubre la retirada.

Un día están en las márgenes del arroyo Otazo; después pasan Corrales.

Viendo con la pausa que se aleja aquella columna, nadie diría que un ejército enemigo devora las distancias por darle alcance.

En perfecto orden de marcha; con todos sus bagajes; al paso tardo y cansado de sus caballos, los soldados de Muniz prosiguen su viaje sin que el enemigo que corre tras ellos, sea bastante temible hasta hacerles perder el ánimo o la disciplina.

Al amanecer de todos los días se oyen disparos sostenidos por la retaguardia con el enemigo. Pero la confianza que desde la mañana de Arbolito tienen los hombres en su general, los previene de todo temor.

Decididos a combatir en cualquier momento, los perseguidos juzgan sin temores las circunstancias en que se encuentran.

Sin embargo, su situación era entonces muy difícil.

Completamente a pie, pues las caballadas apenas si podían resistir el excesivo trabajo de una marcha tantos días continuada; desprovistos de municiones, que les fué

preciso agotar para vencer en Arbolito; inferiores en número y aislados completamente en aquellos apartados lugares, les sería poco menos que imposible rechazar victoriosamente el ataque todos los días esperado.

La columna avanzaba por una extensa llanura cubierta de altos pastizales, cuando un ayudante vino a decir a Muniz que el caballo de una china que acompañaba a su hombre en la guerra, se había cansado.

Los enemigos estaban a corta distancia. Hasta allí llegaba el eco de sus disparos.

Muniz ordenó que se detuviese la marcha para que pastaran los caballos y la china se proveyera de otro en aptitud de seguir el viaje.

Sentados sobre el césped, Profecto Muniz y el capitán Iriondo examinaban las probabilidades de un próximo encuentro, cuando, recorriendo las líneas, acertó a pasar el coronel Aguiar.

Profecto le dirigió la palabra, y haciendo broma de la situación en que se hallaban, dijo:

—"¿Qué le parece, Coronel; se correrá esta carrera?".

Con esta frase gaucha, aludía a la posibilidad de un combate.

—"Me gusta para los nuestros", agregó Iriondo.

A lo que replicó Aguiar, en el mismo tono de indirectas:

—"Y... si nos apuran mucho..."

A escasa distancia del adversario, mientras los caballos recobran sus energías con el blando pasto que poblaba las praderas, aquellos perseguidos hacían bromas de su situación, no obstante las circunstancias desfavorables que los rodeaban.

Desde Guazú-Nambí, Saravia seguía sin apartarse un momento de su perseguido, que continuaba internándose

en la seguridad de que el caudillo revolucionario no se atrevería a impedirle su despacioso avance.

En las cercanías del arroyo de los Corrales, y habiendo hecho alto la columna, un oficial de la retaguardia pasó, al trote lento de su caballo, por delante del caudillo.

Era el capitán Villa; gaucho afamado por su coraje, y a quien se suponía hijo de Angel Muniz.

Desde la retaguardia llegaban los ecos de un tiroteo. Villa era el jefe de la patrulla que se batía en esos momentos.

—"¿Qué andás haciendo por aquí? ¿Dónde quedaron los hombres?" — interrogó Muniz a su oficial.

—"Ahí, están, General. Se están tiroteando con los míos, en el paso. Yo los dejé un momento, por una comisión".

Villa hablaba de la proximidad del enemigo, quitándole toda la grave importancia que encerraba.

—"Que te vaya bien".

—"Gracias, General".

Y Villa se apartó de Muniz, sin que uno ni otro mostraran la más pequeña impaciencia por la proximidad de aquel enemigo de quien ellos no esperaban ninguna sorpresa audaz.

Esa misma tarde, los saravistas encontraban en una pulpería un carro con varias lanzas y fusiles, inútiles.

Era todo cuanto habían conquistado en varios días de persecución.

Conviene decir que ese carro pertenecía a un español, Mauriño, que acompañaba al ejército en calidad de proveedor.

Así, paso a paso, deteniéndose cuando el más pequeño incidente lo exigía, los de Muniz continuaban su retirada sin que Saravia hiciera otra cosa que seguir el camino que ellos recorrían.

Traspuesto el arroyo del Oro, llegaron hasta las márgenes del Olimar; río que vadearon por el Paso de la Laguna, para seguir rumbos al Cebollatí.

Sin apresuramientos de "desbande", como lo asegura un escritor nacionalista, los vencedores de Arbolito recorrieron este largo trayecto, sin que una sola vez, siquiera, Saravia hubiese detenido su marcha.

A la mañana siguiente de haber vadeado el Cebollatí, se supo que los perseguidores cambiaban de rumbos, para dirigirse al Oeste.

Sobre la cumbre de un cerro que se levantaba en medio de las llanuras; bajo un sol pleno de luz que alegraba el paisaje, Muniz, montado en su rosillo de pelea, contemplaba el desfile de su división.

Poseídos por el entusiasmo que la habilidad de su caudillo hacía brotar en las almas, alegres como aquella mañana de sol, desfilaron los guerreros, lanzando a los aire sus vivas al General Muniz, mientras los sombreros se agitaban en sus manos.

Sin empeñar un combate; sin obligarlo a fraccionar la columna, ni quitarle sus bagajes, Saravia siguió obedientemente el camino que le trazó Muniz en su retirada.

Más tarde, cuando la guerra de 1904, veremos cómo Muniz persiguió a Saravia con menos elementos de locomoción y supo, no obstante, batirlo unas veces en Mansavillagra e Illescas y otras en Palo a Pique y Paso del Parque.

El jefe revolucionario perdió en esta ocasión un tiempo precioso para su causa, sin que consiguiera otra cosa que alejar a Muniz de Cerro Largo, a donde irá a buscarlo para ofrecerle una nueva victoria.

He ahí cómo Aparicio Saravia realizó "al volver de Aceguá, su idea invariable cosida con energías extraordinarias en las circunvoluciones de su cerebro", que "fué

la de quebrar a Justino, indudablemente el peor de los enemigos''.

En la esperanza de poder alcanzar a Saravia y presentarle combate, Muniz pidió al Gobierno que le enviara municiones a Nico Pérez, desde donde pensaba partir en busca de aquél. Pero la desorganización de los ejércitos gubernistas encargados de batirlo, permitió a Saravia pasar al Norte del Río Negro, donde los jefes de Borda pretendieron cercarlo.

Obedeciendo a un plan militar, de cuyo estudio se desprende su elogio, Muniz recibió orden de cubrir los pasos del Río Negro en el Departamento de Cerro Largo, a fin de impedir la vuelta de los revolucionarios. (16) Los demás pasos de este río debían protegerse por el numeroso ejército del general Santos Arribio y el del Jefe Supremo de las fuerzas en campaña, general Vázquez.

Si la realización de este plan hubiese respondido a las esperanzas que en él se fundaban, es evidente que Saravia se hubiese visto en la necesidad de hacer un supremo esfuerzo, a fin de escapar del cerco que le habían tendido. Pero la incapacidad de algunos generales y altos jefes gubernistas, hizo que fracasara un plan perfectamente concebido.

Desorganizados por completo; obedeciendo cada uno a sus intereses o a sus planes personales, los jefes gubernistas movían sus ejércitos sin unidad alguna de acción y sólo causando estragos en la campaña.

Así lo declaraba el General Vázquez a Muniz, en carta particular que le escribió con motivo de su renuncia del comando de las fuerzas en armas. (17)

En cuanto a Muniz, privado de la ''División 33'', que se hallaba en su departamento, y obligado a guardar los pasos que dejaban desguarnecidos las demás fuerzas, se

encontraba en pésimas condiciones para resistir cualquier ataque, cuando recibió noticias de que Saravia, escapando de la persecución de Villar, se dirigía hacia Cerro Largo. (18)

Sin caballadas; carente de armas y municiones, y reducido a resistir a un enemigo superior, se dispuso, no obstante, a esperar el ataque de los revolucionarios. (19)

CAPITULO XXVII

Aceguá

Iba transcurrido más de un mes desde que Muniz llegara a las sierras de Aceguá, cuando en los últimos días de Junio tuvo noticias del avance de los revolucionarios.

Después de pasearse por el Norte de la República, burlando a los jefes gubernistas que le dejaron escapar, no obstante la superioridad de sus fuerzas, el ejército de Saravia y Lamas se disponía a cruzar el Río Negro y batir al único general que supo vencerlo toda vez que se encontraron.

Desde las puntas del Arroyo Minuano, el coronel Chagas anunciaba a Muniz, el 28 de Junio, que las fuerzas de Aparicio se dirigían sobre su línea.

El caudillo campaba entonces en las sierras de Aceguá, junto al límite con el Brasil.

Las sierras de Aceguá dan a la parte Noreste del Departamento de Cerro Largo una extraña fisonomía, con sus agudas elevaciones en las cuales apenas crece una débil vegetación, y sus hondas quebradas por las que corren pequeñas vertientes.

Muy cerca del arroyo de La Mina, y a pocas cuadras de distancia del camino que se extiende por la línea divisoria con el Brasil, estaba el campo de Muniz.

En lo más alto de un áspero cerro, desde el cual se divisa en la lejanía del Suroeste la curva del Cerro Largo confundiéndose con el horizonte, y por el Norte las cumbres de las sierras que se internan en el Brasil, la carpa del guerrero dominaba el campamento extendido en las laderas.

Sobre las alturas cercanas, las columnas de humo surgiendo de entre las piedras, anunciaban los puntos avanzados de la división.

En la aridez de las sierras, algunos dispersos higuerones ponen la nota de su verdor.

En ese invierno de 1897, los vendavales y las heladas azotaban cruelmente a las sierras en las que los pocos hombres de Muniz no encontraban ni siquiera leña abundante para encender sus fogones y suplir, a su calor, la carencia de ropas de invierno que el Gobierno no acababa de mandar.

Aislado así, en el confín de la República, supo Muniz que los enemigos habían traspuesto el Río Negro por el paso de Carpintería y avanzaban sobre su campo. Todos los días llegaban chasques de la vanguardia anunciando la marcha de Saravia y la imposibilidad de resistencia.

Los de Muniz, carentes de armas y municiones — como se desprende de los documentos a la vista — reducidos en número y desalentados por la culpable indiferencia en que los tenía el Gobierno, perdieron el ánimo al conocer la aproximación de Saravia y el poder de su ejército.

Nada que no fuera retirarse se podía entonces hacer, si no se deseaba el estéril sacrificio de aquellos hombres. Pero el vencedor de Arbolito no pensó en ello.

Sus chasques cruzaron los campos en busca de la "Di-

visión 33'' — entonces en su departamento — mientras él se preparaba a resistir el ataque.

Empeñado en estas providencias, lo encontró el anochecer del 6 de Julio.

A la luz vacilante del fogón que ardía a unos pasos de su carpa, Muniz recibió a un jinete que acababa de escalar las alturas del campamento.

En los declives de las sierras, brillaban diseminados los fogones de la división.

Durante unos instantes conferenciaron el general y el recién venido, hasta que éste volvió a montar y descendió, al trote de su caballo, por entre las luces que brillaban en las pendientes.

Viendo alejarse al jinete, uno de los secretarios acercóse a Muniz, diciendo:

—''Chagas llegará tarde a la vanguardia''.

Al oir las palabras del secretario, el caudillo lo miró sonriente, y dijo:

—''Ya no hay vanguardia, amigo; Chagas va a campar frente a los hombres, que están ahí''.

Entonces comprendió el otro la inminencia del peligro.

Aquel jinete que se había detenido unos momentos en el fogón de Muniz, era el coronel Chagas, que acababa de llegar a Aceguá, después de varios días de retirada. Bastaba saber este hecho para juzgar la gravedad de la situación. El soldado audaz, lleno de astucias guerreras; conocedor experto de aquellos campos, había sido arrollado. Cuando él tuvo que ceder, es que nadie, a no ser Muniz, podría intentar otro resultado de sus planes.

A poco de haberse alejado Chagas a ocupar sus posiciones, Muniz entró a su carpa.

Una noche de invierno, fría y ventosa, envolvía el

campamento municista. Todos los fogones se habían apagado al conocerse la proximidad del enemigo.

Serían las diez, cuando los secretarios penetraron en la carpa del caudillo, para tratar sobre el posible avance de Saravia por territorio brasileño.

Tendido sobre el recado, en cuyos bastos apoya el codo, sosteniendo la cabeza con su mano derecha, el caudillo recibió jovialmente a sus secretarios.

Varios días iban ya que dormía vestido con sus bombachas y su saco negro; calzadas las botas, sobre el recado extendido en el suelo, pronto a levantarse y acudir al combate.

A no ser aquel recado que serviale de lecho, ningún otro mueble u objeto suavizaba la vida del guerrero en su carpa.

Sentados cerca del caudillo, los secretarios combinaron con él una protesta dirigida al Gobierno contra las fuerzas brasileñas, por permitir que los revolucionarios cruzaran en armas el país vecino. Muniz expuso así sus ideas:

—"Conviene que ustedes vayan a hacer esa protesta. Los hombres están ahí. Yo no tengo armas ni municiones; pero los voy a esperar aunque sea con los pocos que tengo".—Hasta entonces su voz era tranquila; pero poco a poco fué agitándose su rostro.

—"Si no me asaltan esta noche por el Brasil, mañana me han de atacar. Ya mandé afilar los sables. Voy a hacerlos venir hasta esos bajos, y ahí vamos a andar con la sangre por las verijas. Pero mientras yo viva, ningún cobarde va a mirar al Brasil, ni hemos de ceder un palmo de este campo".

Sus interlocutores comprendían la extrema resolución de aquel hombre. Seguro del poder de sus enemigos, prefería morir antes que ceder el terreno a sus con-

trarios. El sabía muy bien que a la guerra se va a morir; pero lo que nunca pudo pensar fué en retirarse con vida de un campo donde le hubiesen derrotado. Los combates tenían para aquel hombre, sólo dos faces; la victoria o su muerte. Nunca pudo comprender la fatalidad de la derrota.

Hubo un instante de silencio. La carpa agitábase azotada por el vendaval. Muy cerca de allí se sentía el sordo rumor producido por el rosillo de los combates, comiendo su ración.

El caudillo continuó, dirigiéndose a uno de sus secretarios:

—"Yo pelearé mañana. Antes que ceder un palmo, me haré matar. Tengo cincuenta y nueve años y he vivido bastante. Si me matan, ahí queda usted para cuidar de los míos".

Dominados por la impresión de un próximo desastre, los secretarios se alejaron por entre las carpas de la escolta, que rodeaban a la del caudillo.

Conociendo el valor que Muniz daba a sus palabras, los secretarios pensaron que entonces había llegado el último combate del guerrero. Aún estaba cercano en su memoria el recuerdo de la heroica locura de la tarde de Arbolito.

En las primeras horas de la mañana del día 7, comenzaron a sentirse los disparos de las vanguardias.

Junto al higuerón en cuyas ramas se apoyaba la lanza del guerrero, "Fusil" tenía de la rienda al rosillo de pelea.

Profecto vigilaba los últimos aprontes de la escolta, a cuyo frente había vuelto Eduviges Píriz, que hacía más de un mes cumplía un arresto en la "Urbana".

Las descargas recrudecían por momentos, cuando

Muniz subió en su caballo para dirigirse a las líneas de fuego.

Los de la escolta lo vieron pasar seguido de "Fusil", con la misma alegría que mostró en la mañana de Arbolito.

Por las alturas que recorría, las tropas, hasta entonces abatidas, recibíanlo con ¡vivas! y voces entusiastas, a las que contestaba el caudillo hablando particularmente a los hombres que pasaban a su lado, y asegurándoles la victoria.

Sin formalizarse el combate transcurrió así todo el día, hasta que la falta de luz hizo cesar el fuego.

Cuando en la noche dejaron de oirse los disparos, la división sintió la seguridad de vencer. Habían visto al caudillo galopar entre ellos, dirigirles palabras de aliento mezcladas con joviales ocurrencias, sólo acostumbradas en él durante los días de pelea.

La noche del 7 la división durmió con el arma al brazo, previendo cualquier ataque por el Brasil.

Un frío intensísimo dominaba en las alturas.

En la madrugada del 8, un sordo rumor que pasó rodeando el campamento y fué a detenerse en un extremo de la línea, anunció la llegada de la "División 33".

Basilisio Saravia, jefe de aquella columna, presentóse a Muniz pidiendo sitio en el campo.

Frente al enemigo era el lugar que les estaba reservado a sus hombres.

A los vendavales anteriores, sucedió un sol radiante que alumbró, surgiendo en medio de las sierras, la mañana del 8 de Julio.

El ejército revolucionario, fuerte en hombres y en posiciones, se presentó a la vista de los de Muniz, con

el arresto heroico que ha animado siempre los combates orientales.

Allí militaban jefes aguerridos, veteranos quién sabe de cuántas guerras, y tras ellos, soldados encanecidos gloriosamente en los combates, o mozos que soñaban con imponer al respeto de todos el caudal de su heroísmo.

Se saben superiores en número y cuentan con que esta vez quebrarán para siempre el prestigio del vencedor de Arbolito; del único general que les había hecho sentir el dolor de la derrota.

Es cierto que comanda las fuerzas revolucionarias un jefe incapaz de oponer a las genialidades guerreras de Muniz, otra cosa que el valor de sus soldados; pero Lamas, los Muñoz, Imas, Alonso, Marín y otros guerrilleros, pueden ofrecer a su caudillo una victoria.

Con la aparición del hermoso sol que iluminaría el combate, comenzaron a avanzar los escuadrones blancos.

El jefe nacionalista don Nicolás Imas recibe orden de trabar el combate con las primeras guerrillas de Muniz. Y el heroico revolucionario avanza intrépidamente, sin pensar en las balas que diezman su columna.

Tendidos a lo largo de la cuchilla y de las hondonadas, los de Muniz esperan, decididos a sostener sus posiciones.

Basilisio Saravia y el comandante Buist, al frente de una parte del 1.° de Caballería, son los únicos jefes que se han unido al glorioso grupo de Arbolito.

Y a fe que merecieron figurar en aquella columna.

Vibraban los clarines con sus notas agudas repercutiéndose en las sierras, en tanto que los escuadrones desfilaban marchando al sitio de pelea.

Al desánimo de los días pasados, ha sucedido la profunda convicción de la victoria.

Aguiar, Iriondo, Montiel, Gutiérrez, Chagas, Nievas, Pablo Muniz, los mismos que combatieron el 19 de Marzo, alientan ahora a sus guerreros que ceden terreno ante el avance de los revolucionarios.

Profecto y Eduviges esperan, como en aquella gloriosa tarde de Otoño, la orden de arremeter con sus lanzas.

Se acercaba ya el mediodía, cuando el combate había adquirido toda su intensidad.

A galope, desde un extremo al otro de su línea, Muniz pasaba alentando a los guerreros, seguido de sus ayudantes y "Fusil".

Los soldados veíanlo pasar, todo vestido de negro; echado hacia atrás el sombrero, que deja ver su rizada y blanca cabellera; alegre sobre el rosillo que galopaba nervioso sobre las sierras, como si el fragor del combate también electrizara sus músculos. Y tras él, con el mirar fosco, tirado también el sombrero hacia atrás, feliz de mostrarse a los hombres combatiendo junto a su caudillo, "Fusil" parecía transfigurado por el ardor del combate.

Los revolucionarios lamentaban ya la muerte de Nicolás Imas, que cayó aleccionando con su valor a los cobardes.

En un extremo de su línea, los de Muniz se habían adelantado hasta tocar el límite con el Brasil. El entonces teniente López, mandaba a aquellos bravos. El caudillo galopó hasta ellos, y ordenó:

—"Cuide, teniente, de que ningún soldado vaya a caer con la cabeza en el Brasil".

Y partió al galope, en medio de las balas que pasaban sobre su cabeza, al terreno donde el coronel Aguiar renovaba sus viejas hazañas.

Más que la voz de los clarines tocando diana de vic-

toria, excitaba el valor de los guerreros, aquel galopar del caudillo que pasando junto a ellos les llamaba por sus nombres y exhortábalos a mostrar el coraje de otras veces.

En cuanto a los capitanes, todos ocupaban ya la línea de combate. Y en ella, los vencedores de Arbolito — cuyos nombres guardo, porque sería largo el citar a tantos héroes — competían en arrojo con los de la "División 33" y los escuadrones del 1.°, que mandaba Buist.

El clarín de la escolta ordenó la carga, y Profecto y Eduviges encabezaron el avance al galope de sus hombres.

Hubo un momento en que los soldados de López comenzaron a retroceder bajo la presión de los revolucionarios. Escaseaban las municiones y no había parque al que pedir repuesto. En vano eran los esfuerzos de su oficial; el escuadrón cedía palmo a palmo el terreno de aquella quebrada, por la que avanzaban valerosamente los contrarios.

De pronto, el teniente López sintió a su espalda las palabras joviales del caudillo:

—"Vamos a ver, teniente: ¿pa qué tienen esos sables?".

Al oir las palabras de Muniz, López ordenó detener el fuego y retirarse unos metros, dejando un cono de entrada al enemigo.

Cumpliéndose esta orden, hubo un instante de silencio. Pero he aquí, que de pronto, cuando los soldados se replegaban, el caballo de "Fusil" dió un salto hacia adelante, azuzado por su jinete.

¿Qué pensaba hacer el asistente de Muniz?

Tal vez ni él mismo lo supiese. Lo cierto es que anduvo así unos metros al encuentro del enemigo, y cuan-

do estuvo cerca apuntó con su trabuco, al mismo tiempo que gritaba:

—"¡Ya reventaron, salvajes!".

Una tremenda detonación seguida de un fogonazo, surgió de la boca de aquella arma tosca con que "Fusil" pensaba destruir a sus enemigos.

En medio de las balas volvió el asistente a ocupar su puesto, con la inocente convicción de haber amedrentado a los que avanzaban.

Al ver cómo retrocedían los soldados de López, un escuadrón de revolucionarios se adelantó por la quebrada. Pero he aquí que de súbito surgen aquéllos esgrimiendo sus sables y arrollan a los imprudentes enemigos que se retiran dejando varios muertos en el campo.

El sol comenzaba a esconderse detrás de las sierras, y aún continuaba el combate con la intensidad de las primeras horas.

Todo un día de lucha habían soportado heroicamente los guerreros de Muniz, alentados por la palabra del caudillo que subía y bajaba las sierras por las cuales se extendían sus líneas, blandiendo la lanza de Arbolito, con alegría espontánea que ponía en sus frases la palabra precisa para enardecer a sus hombres.

Elevábanse en toda la extensión de las sierras las columnas de humo, escondidas en las cuales cruzaban las balas para ir a hundirse en el cuerpo de un hombre, o aplastarse a su lado, contra las piedras. Y confundiéndose con el estrépito de las armas, los gritos de pelea, destemplados, salvajes, o las voces de los heridos llamando a los amigos para que los levantaran del campo.

A veces, cuando las municiones se agotaban, los sables servían al coraje y al deseo de matar de aquellos hombres.

Se oscurecían ya las sierras, y aún continuaban los

guerreros luchando por dominar aquel campo en el que grandes charcos de sangre humedecían aquí y allá sus botas.

Los de Muniz resistían aún el empuje de los revolucionarios, confiados en que la victoria prometida por el caudillo estaba próxima a llegar, mientras él, seguido de sus ayudantes y "Fusil", continuaba galopando, y con voz enronquecida infundiendo ánimo en sus combatientes.

Las sombras de la noche envolvieron el campo de pelea, ofreciendo unas horas de descanso a los héroes.

Los de Muniz camparon sobre el terreno que habían defendido con tanto valor.

Cuando volvió el día, tornaron a oirse los disparos, cuya intensidad fué disminuyendo hacia la tarde, hora en que finalizó el combate, como se va a ver.

***

El doctor A. Rodríguez Larreta, comisionado de paz, había iniciado gestiones para promover una suspensión de armas, mientras se llegaba a un arreglo definitivo. (20)

De acuerdo los jefes nacionalistas con la proposición, y autorizado Muniz para aceptarla en nombre del Gobierno, (21) firmóse un armisticio de paz entre ambos contendientes, el 16 de Julio de 1897. (22)

El armisticio de Aceguá vino a suspender, pues, el combate que buscado por Saravia, fué resistido victoriosamente por los gubernistas.

Se ha dicho que a nadie perteneció la victoria, pues ambos ejércitos conservaron sus posiciones. No es verdad. La victoria se decidió, como se va a ver, por el ejército de Muniz.

Saravia vadeó el Río Negro, por el Paso de Carpintería, con el único objeto, como lo declaran los propios escritores nacionalistas, de batir a Muniz. Superior en fuerzas y armamentos, parecía inevitable la victoria de la Revolución. El ejército atacado se encontraba entonces en las peores condiciones posibles para aceptar un combate. Abandonados por la indiferencia o la incapacidad del Gobierno, los leales de Muniz ni siquiera tenían ropas para defenderse del frío intenso de aquella estación. (23)

Cuando se leen las notas en que el caudillo pedía al Gobierno lo indispensable para hacer frente a las primeras necesidades militares, causa pena y asombro ver el estado de pobreza de aquellos héroes. No es posible concebir en un Gobierno, y sobre todo en la esfera militar, mayor indiferencia por los soldados en campaña que el que acusa una nota, hallada en el archivo de Muniz, con letra de uno de sus secretarios. (24)

Si era miserable, en cuanto a ropas, el estado de la división del caudillo a quien no pudo vencer Saravia, ¿qué decir de su armamento? Algunos días después de la batalla de Aceguá, recién pudo Muniz armar a muchos de sus escuadrones (25 y 26).

Con esa pequeña división, compuesta por 1200 hombres, sin armas, sin ropas, sin caballos; presa del desaliento en que necesariamente debían sumirse esos guerreros, al ver cómo los abandonaban a su suerte, fué a chocar el ejército saravista, sin lograr expulsarlos de sus posiciones, ni menos desalentarlos, como se ha pretendido.

¿A quién corresponde, entonces, el honor de la victoria?

Saravia no logró su objetivo militar; sufrió pérdidas de gran importancia, — entre otras la muerte de Imas,

— mientras Muniz sólo tuvo un oficial muerto, y terminado el armisticio se alejó del ejército al que había pretendido desbandar. Es evidente que fué derrotado.

En cuanto a Muniz, recuérdense sus palabras de la noche del 6 de Julio; valórese el estado de su división, y se verá que la batalla de Aceguá fué una de sus más brillantes hazañas militares.

Se ha dicho, pretendiendo demostrar la indecisión de la victoria, que Muniz dejó alejarse a Saravia, sin asumir su persecución. Los documentos que transcribo bastan para probar la imposibilidad absoluta en que se encontraba el caudillo, de hacer más fecundo su glorioso triunfo (27, 28 y 29).

Tal fué el resultado de la batalla de Aceguá, que en sus primeros momentos pareció ser el principio de una derrota.

Nuevamente Aparicio Saravia fué a ofrecer a Muniz una oportunidad para cubrirse de gloria.

Durante toda la campaña de 1897, hemos visto al guerrero de "Las Rengas" renovar sus clásicas temeridades e imponer a la admiración de los paisanos, sus virtudes de militar. No podemos decir lo mismo de los otros generales en campaña. Cuando Saravia se alejó de Muniz, mandaba un ejército escaso de caballos y aún de municiones, si se compara con la empresa acometida desde entonces.

Es por eso que resulta incomprensible la actitud de los generales Benavente y Tajes, quienes, el primero en Tarariras y el segundo en Nico Pérez, dejaron escapar a los revolucionarios, que sólo detuvieron su marcha ha-

cia la Capital — después de haber cruzado el País — para imponer en La Cruz una paz de vencedores.

El 25 de Agosto de ese año, Avelino Arredondo hirió de muerte al Presidente Idiarte Borda. Venido a la Presidencia de la República el señor Juan L. Cuestas, se apresuró a firmar una paz que permitiérale gozar tranquilamente de su alto destino. Y así fué cómo, por el interés de un hombre, la paz fué anunciada al País, el día 18 del mes de Setiembre.

Fué una de las bases fundamentales de ese convenio, la cesión por parte del Presidente, de seis departamentos del País, al Partido Nacional; uno de ellos fué Cerro Largo.

Nada más reprobable pudo hacer el señor Cuestas, para obtener de los nacionalistas la paz que tanto convenía a sus miras.

El Partido Nacional merecía una paz honrosa, por haber defendido una causa justa. Sus guerreros eran dignos de la victoria, por el heroísmo con que habían luchado. Pero no debe decirse nunca, que el Pacto de Setiembre fué una solución patriótica.

Con harta crueldad y evidencia, se demostró lo contrario en el año 1904.

En cuanto a Muniz, recibió como ingrato premio a todos sus heroísmos, el que se concediera a la única y despótica influencia saravista, el departamento que él había tratado de hacer feliz, y en el cual se extienden los campos de Arbolito y Aceguá, testigos de su gloria.

Vencedor en los combates, fué vencido en los pactos políticos.

Así había de suceder. Mas no importa.

Cuestas quitó a Muniz para ofrecer, sumiso, a Saravia, el predominio en Cerro Largo.

Pero lo que él ni nadie pudieron jamás hacer, fué glorificar la frente del caudillo del Cordobés, con los laureles de Arbolito y Aceguá.

El héroe ha vuelto a su hogar.

Asistamos a las horas trágicas que se acercan para él.

Paz armada

CAPITULO XXVIII

El saravismo en Cerro Largo (*)

JUAN L. Cuestas y el Partido Nacional entregaron al predominio exclusivo de Aparicio Saravia, el Departamento de Cerro Largo, al firmar la paz de 1897.

El juicio histórico sobre este hecho deplorable para el País, se ha vertido ya con sobrada autoridad, para que sea necesario hacer aquí una revisión amplia de él.

En lo que se refiere a Cerro Largo, el estudio de ese pacto político adquiere una particularidad notable, por la evidente injusticia de Cuestas contra Muniz.

Hemos demostrado ya que el caudillo de Bañado de Medina, fué el único general gubernista que impidió el triunfo de la revolución en los campos de pelea. Pues bien; cuando los nacionalistas pudieron imponer a la interesada debilidad del Presidente, el Pacto de La Cruz, una de sus más fuertes preocupaciones fué pedir para ellos el gobierno de Cerro Largo.

Un escritor de ese partido político, ha hecho derroche de injurias contra Muniz, obligado a justificar el odio violento que les animaba contra el caudillo; odio que fué la única causa de su afán por obtener el dominio de Cerro Largo.

(*) No se estudia aquí detalladamente esta época histórica de Cerro Largo, por ser objeto especial de un libro en preparación

Pasemos sin contestar a esas injurias, hijas de una imaginación exaltada y de una absoluta incomprensión de la realidad. Por otra parte, ese mismo escritor puede encontrar en las páginas de su obra, la verdad que tanto se empeña en desconocer:

"Al volver de Aceguá (Saravia) su idea invariable cosida con energías extraordinarias en las circunvoluciones de su cerebro, fué quebrar a Justino, indudablemente el peor de los enemigos".

En esta frase de un malísimo corte retórico, el doctor Herrera debe encontrar la razón del empecinamiento nacionalista por obtener el gobierno de Cerro Largo.

"Quebrar a Justino"; he ahí lo que Saravia no logró hacer en los campos de batalla, y lo que la debilidad de Cuestas le ofreció en el pacto de paz. Y así fué cómo por servir a los odios de un hombre, se hizo mal al País, se premió con ingratitudes el heroísmo de Muniz, y se entregó a Cerro Largo, como presa conquistada, a un estanciero que nada hizo por el bien de su departamento.

¿Puede, acaso, encontrar justificación alguna esta actitud de Cuestas?

No lo creo. Pero era necesario que el estanciero del Cordobés, venido de pronto a ser árbitro en las más difíciles cuestiones nacionales, pudiera vivir tranquilo y temido de todos, en sus pagos.

Y para ello se creyó indispensable "quebrar a Justino", el guerrero que le había hecho sentir el dolor de la derrota en los campos de Arbolito y Aceguá.

En vano fué que Cuestas se apresurara a decir telegráficamente: "Puedo decirle sinceramente que usted no tiene mejor apreciador de sus facultades y de su valor, que el que se dice su amigo.—Cuestas." (30)

Bien conocía Muniz el valor de aquella amistad,

Después de haber licenciado a sus tropas, el caudillo volvió a su hogar, amargado su espíritu al ver cómo pagaban los políticos del poder, las victorias que él les había ofrecido.

Nuevamente volvió a relinchar sobre la cumbre del Cerro de Medina, el caballo que durante un año recorrió los campos de la Patria llevando sobre sus lomos al guerrero, vuelto ahora a la vida laboriosa del hogar.

En Noviembre de 1895, Muniz había hecho su esposa a la joven Clotilde Massaro, lugareña de la Laguna del Negro.

Después de haber visto alejarse en todas direcciones a sus guerreros; con el alma traspasada por dolorosos desengaños, volvió a su estancia el caudillo, seguido de "Fusil", a soñar en las tardes de paz, con las visiones de Arbolito y Aceguá.

Al cabo de un año de guerras, durante el cual cruzaron lomas y bañados, bajo el sol y la lluvia, retornaban Muniz y "Fusil", al seno de los suyos, uno, y al abrigo de la casa solariega el otro, sin más recompensa que la gloria adquirida en los campos de pelea enriqueciendo la leyenda heroica del caudillo, y el orgullo de haberlo acompañado en esos días, glorificando a sus propios ojos, la vida humilde de "Fusil".

Tal vez para el viejo asistente, fué dolorosa esta vuelta a la vida de paz.

Bien comprendía él, al quitar el freno al caballo del guerrero, que desde esa tarde dejaría de ser indispensable su persona cerca de Muniz. Entre uno y otro, la familia de su general se interponía entonces, privándole a él de estar cerca de su héroe, para que su vida fuese como una irradiación de la de aquél.

¡Quién sabe por cuánto tiempo, no volverá a tener

de la rienda al rosillo, mientras el guerrero se calza las espuelas para ir al combate!

Ahora sólo estará cerca de Muniz, una vez a la mañana y otra a la tarde, cuando le lleve el caballo de paseo. El resto del día lo pasará en los galpones, haciendo "tientos" o afilando sus cuchillos, mientras las mujeres cuidan del héroe.

¿Cómo no ha de celar a toda esa gente que rodea a Muniz haciendo inútiles sus cuidados, que fueron en él como los de una novia? Cuando las guerras, "Fusil" sabía que en todo instante le era dado estar cerca del caudillo; pero ahora en la paz, ni siquiera puede seguirlo en sus diarios paseos por los campos; aquél no aceptaba compañía alguna durante esas horas.

Sólo quedaba, pues, al viejo asistente, entretener la charla a la luz del fogón, narrando anécdotas y repitiendo los más mínimos gestos y palabras que él vió y oyó de Muniz en los días de pelea.

Algunas mañanas, sin embargo, "Fusil" entraba gozoso en el corral; el caudillo estaba de viaje y él sería su compañero.

Horas después, la brisa campesina acariciaba el rostro alegre del asistente, mientras los caballos galopaban por los caminos, seguidos de una nubecilla de polvo.

Yo he oído contar a personas que conocieron a "Fusil", el regocijo que le causaban esos viajes. Sin embargo, nada de extraordinario ocurría en ellos; más aún: el laconismo del caudillo hacíalo viajar leguas y leguas sin interrumpir su silencio más que raras veces, en que se dirigía a su acompañante para hacerle observar algún animal extraño, o la particularidad del paraje que cruzaban. Pero "Fusil" era dichoso viéndose galopar por los caminos, donde los viajeros se descubrían con res-

peto al conocer a Muniz, y dirigíanle a él alguna palabra cordial, que contestaba con un saludo lleno de arrogante laconismo.

¡Cuántos paisanos, al verlo pasar siguiendo al caudillo, le envidiarían el honor de guardar con su trabuco, la vida de aquél!

¡Pobre "Fusil"; tú que ofreciste la vida en los combates y galopabas por los caminos pronto a ofrecerla por el hombre a quien tanto amabas, ibas, en una madrugada de invierno, a morir con el trabuco en la mano, y tus últimas palabras serán para tu héroe!

***

Transcurría el mes de Julio de 1898.

El aspecto político de Cerro Largo había cambiado notablemente. Una nueva figura se levantaba entonces, atrayendo hacia ella las simpatías de sus parciales; las lisonjas de los aduladores de los que pueden algo, y el odio de los leales de Muniz.

Aparicio Saravia comenzaba a afianzar su poder, ayudado por todo un partido político y por Cuestas. El contingente saravista crecía de manera nunca sospechada. Para los que no conocen cuánto tiene de atrayente el poder en esta tierra, pudo aquel surgimiento, parecer el efecto del sólido prestigio de un hombre virtuoso.

No quiero estudiar ahora si Saravia tenía o no virtudes que le hicieran digno de ese prestigio; pero deseo señalar un carácter del fenómeno.

Surgió entonces innumerable cantidad de nacionalistas, de todos los rincones de Cerro Largo. El departamento asistía a la gestación de un tipo político, que si lo hubo en otras épocas, nunca fué tan característico como en aquellos tiempos.

Yo era niño, y recuerdo el constante desfilar de hombres hacia la casa del que mandaba; las alabanzas que a voz en cuello se hacían en las esquinas y en las ruedas de los comercios, del caudillo que todo lo podía, y a cuyos oídos se deseaba llegasen esas voces de adhesión. Hombres he conocido que blasfemaban de Muniz, — el mismo a quien no mucho antes rindieran el mezquino homenaje de sus lisonjas, — por merecer el aprecio de Saravia. Y en la escuela o en la plaza del pueblo, a la luz de la luna, muchas veces hube de luchar con mis amigos, que hablaban de Muniz como de un diabólico personaje que turbara sus sueños infantiles.

La pequeñez de los hombres, vengaba a Saravia de las derrotas sufridas en los campos de batalla.

También es cierto que hoy, desaparecido aquel caudillo, muchos de sus más tenaces defensores vivan al gobierno colorado, y otros repiten, por lo bajo, que no siempre fué infalible. El también tuvo sus traidores.

Justo es decir, que Aparicio contaba en esos días, como sucede hoy mismo, con entusiastas admiradores que veían en él al conductor de multitudes deseosas de redimir a un pueblo.

¿Mereció ese prestigio? Ya hemos visto las condiciones militares que puso de manifiesto en las guerras del 96 y 97. Y como hombre que tuvo en su mano y pudo hacer el bien de Cerro Largo, nunca he oído decir de una sola iniciativa de aquel cerebro al que se llama "angel tutelar" de su tierra.

He leído muchos libros sobre la administración saravista en Cerro Largo, y aun más: la viví yo mismo y escuché a sus panegiristas. Declaro que nunca oí decir que Aparicio Saravia iniciase o coadyuvara a la más insignificante iniciativa en bien de Cerro Largo.

El ídolo que tuvo bajo su predominio exclusivo el

departamento en que naciera y se criara, era sumamente rico. No conozco ningún hospital, casa de beneficencia o escuela, levantado con su dinero. Pero gran parte de los hombres que entonces rodeaban a Saravia, no pensaban en eso; bastábales con ser recibidos en su mesa, o poder dispensar favores en sus pagos.

Su patriotismo, como se ve, no era muy exigente.

En tanto que Aparicio imperaba en Cerro Largo y aun en el País, gozando de un prestigio que llenaba las páginas de libros y periódicos, Muniz vivía retirado en su hogar, viendo cómo triunfaba su enemigo.

En la paz de su estancia, el caudillo permanecía apartado de todos, recibiendo de tarde en tarde la visita de sus viejos amigos, fieles en su desgracia, como lo fueron en las horas del triunfo.

Recorriendo los campos de su propiedad, soñaba con los tiempos en que todo Cerro Largo tenía puestos sus ojos en él; en las noches en que se poblaron de guerreros sus montes, prontos a seguirlo cuando descendiera, en su caballo de guerra, la empinada cuesta del Cerro de Medina.

Ahora, su nombre apenas si se repite en las charlas del fogón, evocada su leyenda por los abuelos que recuerdan aún su juventud florida. Los soldados que le siguieron en su última campaña, se han perdido en los rincones del departamento, acosados por el odio de los vencidos en las peleas y entonces victoriosos por maniobras políticas.

En su propia estancia, sólo viven los miembros de su familia.

Un poder desconocido ha ahuyentado de su mesa a todos los que se honraron en comer el pan de su hogar, cuando él podía extender la mano y dispensar favores.

La nueva figura que se levantaba en el Cordobés,

llamó a aquella estancia a la turba aduladora que llegara constantemente a Bañado de Medina. Aquí sólo llegan ahora los que amaron siempre al caudillo, sin pedir jamás otra recompensa de su amor, que un puesto junto a él en el combate.

Desde el fin de la guerra, personas amigas prevenían a Muniz que se pensaba en su muerte. No faltó quien le hiciese saber noticias, al parecer concretas, de lo que se decía con perseverante insistencia. Se le odiaba profundamente, y no era difícil que un día quisieran saciar el odio que sus virtudes provocaban.

No obstante, él continuaba sin precaverse en lo más mínimo.

¿Quién se atrevería a ir a desafiar al león en su propia casa? Bastaba el poder de su fama para amedrentar al que osara internarse en sus campos con la idea de asesinarlo.

Asesinar a los héroes, ¡cuán difícil es!

Se diría que un poder misterioso y divino, detiene, crispada de miedo, la mano que esgrime el puñal homicida.

La fama de sus heroicidades, es como un escudo guareciendo el pecho del guerrero.

CAPITULO XXIX

La fatalidad continúa cerniéndose sobre el caudillo

A pesar de los repetidos avisos de sus adictos, Muniz continuaba en su estancia, sin precaverse contra los peligros que le amenazaban. Nada importaba a la temeridad del caudillo, el verse rodeado por tantos y tan obstinados enemigos, como eran los que entonces imperaban en Cerro Largo. La convicción de su propio valor, dabale la seguridad de que nadie osaría internarse en sus campos con el ánimo de asesinarlo.

En las lomas de Bañado de Medina, terminaba el poder del saravismo imperante, detenido por el prestigio del vencedor de Arbolito y Aceguá.

Era entonces el invierno de 1898.

En la estancia donde el caudillo descansaba de sus luchas guerreras, en medio de su familia, sólo dos de sus hijos, Alberto y Santos, y dos viejos soldados, Andrés Cardozo y "Fusil", ayudábanlo en las labores campesinas, a la vez que servíanle de escolta.

Bien pocos eran, en verdad, para guardar la vida de aquel guerrero, del odio que engendraba el despecho en los vencidos. Pero más que toda guardia, detendría a los criminales que osaran acercarse, el temor que en tales gentes debía infundir su fama.

Eran recién las primeras horas de la madrugada del

día 24 de Julio, cuando, en la cocina de la estancia, el sargento Cardozo sentóse junto al fogón, en espera de que con el sol vinieran las horas de trabajo.

A poco de estar allí, un nuevo personaje sentóse frente a él, dispuesto a acompañarlo en el mate.

Era este último un negro que en el atardecer anterior había llegado a la estancia en demanda de posada. A pesar de su extraña presencia y de la sorpresa que causó a los moradores el verlo montar un hermoso caballo, fué recibido con la cordialidad acostumbrada en nuestros campos.

Entonces, sentado frente a Cardozo, acosábalo con sus preguntas sobre los hábitos del caudillo, cuya fama él decía haber oído mentar en sus lejanos pagos.

Fuera del murmullo que el diálogo de los dos hombres producía en la cocina, lo demás era silencio.

En los patios, los perros arrinconados junto a las puertas, gruñían desesperados por el frío del pampero que azotaba sus carnes. Frente a las casas, el ombú y la palma elevaban al cielo frío y oscuro de aquella madrugada, sus brazos desnudos. Los animales tamberos, tendidos en la playa del corral, semejaban sombras confusas de las que se escapaba el sordo murmullo que producían rumiando.

"Fusil", tendido en su recado, dormía cerca de la puerta del galpón.

Varias veces iban ya que el forastero había salido a los patios, cuando los perros comenzaron a ladrar avanzando hacia el fondo de la quinta, donde un grupo de álamos jóvenes erguía sus estiradas siluetas. El ladrillo de rabia de los perros pareció inquietar al huésped, por lo cual Cardozo hubo de tranquilizarlo diciéndole que tal vez hubieran sentido a algún "bicho".

Pocos instantes después, volvió a hacerse el silencio en rededor de la estancia, hasta la que llegaban los apagados ecos de los perros en la quinta.

Sobre el caballete de los ranchos sentíase pasar el pampero que azotaba las desnudas ramas del ombú. Una llovizna fría y persistente, hacía más oscura aquella madrugada de invierno.

Al calor del fogón, cuyos resplandores iluminaban apenas a los dos hombres, continuaban ellos platicando como si se tratara de viejos camaradas.

Desde el bajo volvieron a oirse los ladridos de los perros, por lo cual el extraño personaje se dirigió al galpón.

En la cocina quedó Cardozo, de espaldas hacia la puerta, en espera del otro.

No había sorbido más de un mate, cuando oyó que desde la puerta que daba al patio, su compañero le ordenaba en voz baja:

—"Entregáte".

Volvióse sorprendido el sargento hacia el lugar de donde partió la voz, y se encontró con que el negro, acompañado de un nuevo personaje, le cerraba el paso, puñal en mano.

Fácil le fué comprender el móvil de aquellos hombres. Se trataba de reducirlo al silencio, para luego atacar al caudillo.

Entonces comprendió el significado de las tantas preguntas que sobre los hábitos de su general le había hecho su huésped. Era de suponer que, en posesión de todos los datos necesarios, el plan del asalto estaba ya calculado. El negro no era otra cosa que el espía de los que, ocultos entre los álamos de la quinta, provocaron el ladrido de rabia de los perros.

¿Cuántos y quiénes eran? El no lo sabía. Pero era

de pensar que, cumpliendo la orden recibida, la muerte del caudillo era segura. Mas, ¿cómo resistir, si su cuchillo lo había olvidado en el cuarto y allí sólo tenía a su alcance las astillas con que avivaba el fuego?

Era, pues, preciso entregarse, o detener su muerte hasta que la claridad del día ahuyentara a los asaltantes.

En tanto que los otros esperaban, puñal en mano, a que cumpliera su mandato, el sargento pensaba en todo esto y resolvía resistirse.

Su actitud de defensa, asumida al protegerse detrás de unos muebles, indicó a los otros que aquel hombre estaba dispuesto a todo.

Seguros de terminar muy pronto, acometieron los desconocidos contra el sargento que intentaba detener sus puñales, fulgurantes a la luz rojiza del fogón, con una astilla esgrimida a manera de arma.

Y la lucha se trabó en el silencio, violado apenas por la ronca imprecación de Cardozo al sentir en su cuerpo los aceros, o por el chocar de éstos en el aire.

Arrinconado, sin otro medio de defensa que la astilla, el sargento se revolvía sobre sus pies, intentando esquivar los puñales que desgarraban sus ropas solamente, gracias a sus ágiles movimientos.

Sorprendidos por el heroísmo de aquel hombre, con el cual no habían contado, no se percataron los otros de que estaba indefenso; pero visto esto por el negro, avanzó audazmente buscando con su acero el corazón de Cardozo.

Fué aquel un instante supremo. El puñal del asesino cruzó rápido el espacio que le separaba de su víctima, movido por el impulso bárbaro de su dueño. Saltó con violencia el atacado hacia su derecha, mientras el puñal, cimbrándose, chocaba contra el muro de la ha-

bitación. Pero si pudo el valiente librarse de aquel acero, no así del otro, que le atravesó un brazo.

Comprendió Cardozo que permaneciendo allí, acabarían muy pronto con él. Pero, ¿cómo romper el cerco de aquellos aceros manchados ya con su sangre?

En la cintura tenía la vaina de su cuchillo. En ella estaba su salvación.

Aparentando recordar recién que llevaba su arma, arrojó a la cara del negro la astilla y empuñando la vaina a manera de facón, dió un salto hacia la puerta, mientras decía:

—"¡Aura verán, cobardes!"

Sorprendidos por el súbito ataque del sargento, abriéronle paso los otros; mas no sin dirigirle sus puñales. Un quejido de odio y de dolor brotó de los labios del sargento al sentir en su costado las aceradas hojas.

Perseguido por sus asesinos, recostóse al brocal del aljibe en medio del patio para guardar así sus espaldas y sostener su cuerpo cuyas fuerzas comenzaban a flaquear.

En la oscuridad de aquella lluviosa madrugada, en medio del patio de la estancia del caudillo, Cardozo moría en defensa del guerrero que descansaba entonces sin sospechar el sacrificio que hacían por él. Sin embargo, no era poco lo que el General defendía entonces a su sargento.

Un temor supersticioso entorpecía los golpes de los puñales, que chocaban en el aire o apenas rozaban las ropas de Cardozo. La fama del caudillo hacía titubear a aquellos asesinos que se atrevían a desafiarlo en su propia casa. Y mientras sus puñales erraban los golpes dirigidos hacia el corazón del sargento, ellos no cesa-

ban de mirar hacia la puerta, temerosos de ver en ella la figura del guerrero.

Sobre sus almas cobardes, sentían entonces con toda su fuerza pesar la legendaria fama del valor de Muniz.

Cardozo, dominado por el odio que su sacrificio le infundía, dejaba escapar los insultos con que contestaba a los puñales que continuaban abriendo heridas en su cuerpo bañado por su propia sangre.

Desfalleciente, atravesados sus brazos; empapadas de sangre sus ropas, sólo conservaba la fortaleza heroica de su ánimo que se traducía en insultos cada vez más fuertes.

Desde el galpón donde dormía, se levantó "Fusil" a las voces de Cardozo y sospechando el crimen que en las sombras se consumaba, salió al patio.

Era el instante mismo en que su amigo, cubierto de heridas, exánime, se dejaba caer junto al aljibe, mientras sus asesinos se echaban sobre él, ansiosos de ultimarlo.

—"¡Ya reventaron, salvajes", gritó "Fusil" desde la puerta del galpón, mientras su trabuco buscaba el blanco sobre el cual hacer fuego. Y la potente detonación del arma de "Fusil", retumbó entre las paredes e hizo saltar espantados a los asesinos de Cardozo.

Hubo un instante de silencio.

"Fusil" buscaba en las sombras a sus enemigos.

Un nuevo disparo salido del galpón, contestó a su trabuco.

El gallardo asistente llevó una mano a la espalda; dejó escapar de la otra su arma, y cayó.

Ante sus ojos nublados por la proximidad de la muerte, dos sombras pasaron huyendo. . .

El estampido del trabucazo de "Fusil" despertó al caudillo, quien, sospechando la verdad de lo que en esos

momentos ocurría en el patio, intentaba desasirse de su esposa y salir por una ventana. Luchando por ello el caudillo fué a chocar con una mesa llena de cristalería, que rodó por el suelo con gran estrépito.

En las losas de la vereda que da frente al camino, sintió Muniz el sonar de pasos precipitados. Eran los asaltantes que en acecho junto a su puerta, huyeron amedrentados por el aviso de que el caudillo estaba prevenido. Su cobardía les hizo perder un golpe seguro. Temerosos de encontrarse frente al guerrero, huyeron ocultos en la oscuridad de aquella madrugada lluviosa, los cobardes que osaron acercarse a la morada del temible adversario. Ninguno de todos cuantos eran, se atrevió ni aún a herir traidoramente a aquel hombre cuyo solo anuncio de prevención les infundió tanto pánico.

Cuando Muniz y sus hijos salieron al patio, los hondos gemidos de Cardozo les llevaron hasta donde el heroico sargento yacía bañado en la sangre que brotaba de sus diez heridas.

Interrogado por su general, sólo pudo decir:

—"Mire cómo me dejaron esos maulas".

Los hijos del caudillo levantaron al herido, mientras aquél se acercaba a "Fusil", caído a la puerta del galpón con el traluco a su lado.

—"¿Qué te pasa "Fusil"?, interrogó con dolor Muniz a su asistente.

"Fusil" hizo un supremo esfuerzo y levantando su brazo que señalaba al galpón, murmuró:

—"Por aquí entraron".

—"¿Estás herido?", volvió a preguntar el caudillo.

Pero "Fusil" ya no contestó. Sus últimas fuerzas las agotó en señalar a su caudillo el lugar por donde habían entrado los que pretendieron asesinarle. En su

postrer instante, como cuando sus días de gloria en los campos de pelea, olvidaba sus peligros para pensar en los de su héroe.

Inclinóse sobre su fiel asistente el caudillo, intentando levantarlo. Al sentir los brazos de Muniz que le rodeaban la espalda, "Fusil" abrió los ojos; suspiró hondamente y quedó exánime, mientras su brazo señalaba la puerta por donde entraron los enemigos de Muniz.

El dolor de aquella muerte nubló el rostro del caudillo abrazado al cuerpo del humilde asistente, sacrificado en su defensa.

Por una bala traidora, tuvo "Fusil" la muerte que tal vez hubiera soñado cuando velaba junto a la carpa del caudillo o le seguía en medio del peligro en los combates.

En los brazos de su héroe, a quien idolatraba, cerró sus ojos "Fusil", viendo llorar de dolor a los del hombre por quien moría.

A causa de la oscuridad no fué posible dar alcance a los asesinos.

A la mañana siguiente, un carrito seguido por los moradores de la estancia, caminaba en dirección al Bañado de Medina.

Era el doloroso cortejo que acompañaba a "Fusil".

En la cumbre de una cuchilla, los azadones cavaron la sepultura en la que manos amigas dejaron el cuerpo del asistente.

A pesar de los datos suministrados por los vecinos, la policía no pudo aprehender a los asaltantes.

En el expediente que se conserva en el Juzgado del Crimen, he visto las declaraciones de los testigos, sorprendiéndome que ni uno solo de los criminales fuera identificado. Y no dejan de ser asimismo interesantes, los datos que suministran algunos vecinos sobre la acti-

tud de unos comisarios y los vestidos de los tipos que vieron pasar como si se alejaran de la estancia de Muniz.

Dice uno de los testigos, que el Comisario de la 7.ª sección rural, no persiguió a esos sospechosos, a pesar de saber que aún iban cerca. Otros, dicen haber visto a esos hombres, con "ponchos patrios" en cuyos cuellos lucían botones con el escudo nacional. Y en medio de tales declaraciones, no siempre concretas, cítase a menudo el nombre de Aparicio Saravia.

La Justicia no pudo decir quiénes fueron los criminales. Difícil nos es, por ahora, a nosotros, el afirmarlo. Pero, lo que de todos modos es cierto, es que a pocas leguas de Melo se asaltó la estancia de Muniz, huyendo los asesinos en pleno día, sin que la policía pudiese identificarlos.

En cuanto al caudillo, en la declaración escrita que prestó ante el Juez, dice: "No quiero adelantar opinión sobre este hecho, porque ella está formada y V. S. ha podido apreciarlo cuando estuvo en mi casa a levantar el sumario".

Un día no lejano tal vez me sea dado decir si era o no cierta esa opinión que Muniz quiso callar.

Hace ya algún tiempo, en un comercio de Melo, un viejo soldado preguntóme si descendía yo de Muniz. Al saberlo, descubriéndose me enseñó dos anchas cicatrices que honraban su frente. Era el sargento Andrés Cardozo. Emocionado ante la humilde presencia del héroe, le extendí mi mano agradecida.

Cuando vuelvo a los campos de Bañado de Medina, jamás me olvido de llegar hasta la cuchilla donde pudrieron los huesos de "Fusil", el gaucho generoso que tantas horas de gloria compartió con Muniz, y cuyas últimas palabras fueron para indicar al caudillo la puerta por donde podía volverle el peligro.

* *

Con la muerte de "Fusil", comenzó a hacerse el vacío de sus héroes en torno del caudillo. Tiempos de seguidas y grandes desgracias se anuncian para el guerrero, privado en la madrugada del 24 de Julio, del más humilde, sí, pero también del más fiel de sus soldados.

La línea trágica de la vida de aquel hombre, parece acentuarse durante estos años de paz.

El hijo de la criolla a quien sedujeron los encantos extraños de Julián Ramírez, verá de nuevo destrozado su hogar por la Fatalidad que vuelve a herirlo cruelmente.

Aún estaba floja la tierra donde descansaba "Fusil" y amargado el ánimo de Muniz, cuando un chasque llegó, sudoroso el caballo, a anunciarle una nueva desgracia.

Hacía ya algún tiempo que uno de los hijos de Muniz, Fernando, visitaba de continuo los campos de Aceguá.

Respetado por los estancieros, de los que más de uno de ellos pensaba en el joven como un buen partido para sus hijas casaderas, y amado por los gauchos, a los que encantaba la sencillez y hombría de bien de "Fernandito", era popular en aquellos campos donde los arrestos guerreros de Saravia se quebraron frente al heroísmo de Muniz.

Blanco por convicción, no militó, sin embargo, ni en las filas de su padre ni en las adversarias, durante la guerra terminada.

Elogiando esta actitud sincera del joven Muniz, un paisano me ha repetido la frase que él dice haber oído

de labios de Fernando: "Yo no peleo contra mi partido; pero tampoco contra mi padre".

En Aceguá, y en los lugares donde se conocía la actitud del hijo del caudillo, se le citaba como ejemplo de sano partidismo y de piedad filial. Conociendo las causas por las cuales su padre fué a la guerra, tal vez no mereciera Fernando el elogio que los paisanos hacían de su abstención.

En cuanto a Muniz, no por eso hizo el más mínimo reproche a aquel hijo que rehusaba vengar la muerte de su hermano y el insulto hecho a su raza.

En la noche del 27 de Julio de 1898, Fernando Muniz y algunos amigos se alejaban de una estancia de Aceguá. Caminaban junto a la línea divisoria con el Brasil.

Entre las sombras los amigos avanzaban confiadamente, cuando de improviso varios hombres les cerraron el paso.

En las tinieblas se oyó el chocar de sus armas.

Detuviéronse los otros, y al inquirir por el nombre de los desconocidos, y la razón por la cual los detenían, supieron que eran de la guardia brasileña, y que buscaban vengar la ofensa que uno de los compañeros de Fernando les había inferido.

Hablar más era en vano. Aquellos hombres venían a matar y mostraban la resuelta intención de cumplir con su propósito.

Dispuestos a defenderse, esperaron los amigos la acometida de los brasileños.

En el momento de confusión que siguió a las palabras de amenaza, no se oía más que el chocar de los aceros en la oscuridad.

Hasta entonces Fernando no había intervenido en la lucha. Amigo de unos y de otros, esperaba volver al

sosiego a los atacantes. Pero he aquí que a su lado distingue a dos sombras cercando a uno de sus compañeros. Comprendió Fernando la situación del atacado, y sin poder contenerse, saltó sobre uno de los guardias, a quien quitó la aguda bayoneta con que intentaba herir.

Nadie pudo decir después, con exactitud, lo que pasó en las sombras.

Cuéntase que Fernando, deseoso sólo de evitar la muerte de su amigo, inclinóse sobre la bayoneta cuya extremidad apoyaba en el suelo, con la intención de quebrarla. Empeñado en ello estaba, cuando el otro guardia le hundió su acero en el vientre.

Al sentirse herido de tan traidora manera, el joven increpó su cobardía al asesino. Y cuentan, los que pretenden haber oído las palabras de tragedia que se cruzaron en la sombra, que el brasileño lloró de arrepentimiento al conocer a su víctima.

Es lo cierto que el generoso muchacho quedó solo en el campo de la lucha, hasta que pudo subir a su caballo y volver a la estancia de donde había partido.

Por la pequeña herida de su vientre, asomaban los intestinos de Fernando que, estoico ante su dolor, rogaba a los amigos que cosieran, aún con la grosería única de que ellos podrían ser capaces, aquella boca por la cual se iban su sangre y su vida.

Satisfecho de su generosa heroicidad, impasible a los dolores de su agonía, murió herido de traición, aquel hijo del guerrero a quien todos esperaban una vida dichosa.

La extraña fatalidad que rodeaba al caudillo, hirió al menos propenso de sus hijos a morir de tal suerte, ya que no estuvo al lado de su padre en los campos de pelea.

Súpose bien pronto en la comarca el desgraciado fin

de Fernando, y en la mente supersticiosa de los paisanos, afirmóse el sentido trágico de la vida de Muniz, cuyo Destino alcanzó hasta a aquel hijo, el único que parecía no haber heredado el acometedor heroísmo de la raza, y cuyo espíritu se conservaba libre del odio que en su familia sentíase de tan fuerte modo contra los adversarios del caudillo.

"Es el Destino"; lloraron los paisanos al saber la muerte del joven. El destino de Muniz, cumpliéndose fatalmente en los hijos.

Desde Bañado de Medina partieron los hermanos en busca del cuerpo de Fernando, enterrado en el Brasil. Y una noche, por una oculta picada, dispuestos a disputar luchando, la carga del carruaje que rodeaban, los hijos de Muniz trajeron a tierra uruguaya el cuerpo del hermano.

Sobre las ropas ensangrentadas, lloró el caudillo la muerte del hijo amado, cuya vida generosa perdió por un amigo.

Inútil fué para el desdichado Fernando el sustraerse a las filas de su padre; Muniz era, y como tal, noble y temerario. No tuvo para su muerte el escenario heroico de Arbolito; pero, sangre de guerreros, la herencia del héroe surgió en su espíritu para hacerle morir en la lucha.

* * *

Todo parecía conjurarse para herir al caudillo. Se diría que un poder desconocido y adverso, que el "Destino" invocado por los paisanos cómo explicación a tanta desgracia, complacíase entonces en dirigir sus golpes sobre el alma del guerrero.

Olvidado por los que le debían la gloria de Arbolito y Aceguá; perseguido por la indiferencia de Cuestas; bajo el imperio de su enemigo, cuyo absoluto poder alejaba a sus gauchos; muertos "Fusil" y Fernando, sin poder vengarlos, he ahí lo que el año 98 tuvo para Muniz. Pero el ánimo fuerte de aquel hombre, no se doblegada bajo el peso de sus desdichas.

Era su valentía moral, tanta como el arrojo con que admiró a sus paisanos en las pasadas cargas de lanzas.

Sobre sus espaldas arrecia la desgracia; mas él continúa inflexible en su propio camino: nada será bastante para abatir aquella frente en la que la cicatriz de Felisberto "Pelo Largo", es como un blasón de fiera valentía.

La Justicia no ha podido dar con los asesinos que quisieron sorprenderlo en su estancia. No falta quien asegure que Muniz pretende arrojar sobre el saravismo que impera en Cerro Largo, el baldón de un crimen. Ya no cabe la menor duda de que se desea, por unos y por otros, anularlo por completo. Un sentimiento de constante hostilidad flota en aquellos campos de sus glorias. El caudillo emprende entonces el camino del destierro.

Y en Diciembre de 1898, de aquel año funesto para él, Muniz atraviesa la línea del Brasil, donde le rodean afectos antiguos y las admiraciones que provocó cuando los días de Aceguá.

Quedan libres de él, Cuestas y Saravia. Ahora pueden continuar el gobierno del País, dividido en dominios feudales, sin la inquietud que la presencia de Muniz podría producirles. Cuestas continuará refocilándose en el sillón presidencial, al que tanto parece aferrarse, mientras Saravia impone sus caprichos al País, y se prepara para un mañana incierto.

Muniz se asila en tierra extranjera, esperando días mejores. El sabe que sus enemigos desean su muerte. ¿Quiénes son? ¿Cómo realizarán sus empeños?

El no puede decirlo a ciencia cierta. Pero el asalto a su estancia, basta para afirmarlo en tal convicción.

Muy cerca de los campos de su Patria, Muniz se ha detenido. Es la primera vez que se aleja de sus pagos para asilarse en tierra extraña.

¡Cuán doloroso fué para él este alejamiento!

Es verdad que está en tierra amiga; pero siempre fué muy duro para un gaucho el alejarse así de sus pagos. El, que esperó, pronto el caballo, todas las guerras para ir a la lucha, ahora tiene que retirarse ante esos enemigos a quienes él no puede conocer entre tantos como son, para hacerles sentir el peso de su venganza.

Lograron alejarlo de Bañado de Medina; pero, ¡ay de quien ose ir hasta allí a desafiar su cólera!

***

Han pasado seis meses.

El destierro es demasiado triste para el gaucho nacido en Sauce de Olimar y unido a sus campos por un amor en el que hay mucho del amor a sí mismo, en los recuerdos que le evocan.

Las almas amigas que en el Brasil se esfuerzan por hacerle menos duro el exilio, no consiguen más que su agradecimiento.

Volver a su tierra, a los campos de Bañado de Medina, donde quedaron sus hijos y sus adictos; sentirse de nuevo en el seno de aquella gente amiga entre los que don Ramón semeja un patriarca, he ahí el único pensamiento de Muniz.

A desafiar a sus enemigos; sordo a todo ruego, una mañana luminosa pone su caballo rumbo a Cerro Largo. Y dispuesto nuevamente a defender su prestigio, aunque en ello le va la vida, por última vez el guerrero hace aquel camino que tantas otras veces recorrió en su rosillo, cuando los días de Aceguá. Desde aquellas cumbres que ahora deja a su espalda, abarcó con la vista los campos de su pago, en cuyas lejanías el Cerro Largo se extiende como si formara una misma cordillera con las Sierras de Ríos.

Dejó detrás suyo las sierras y la cañada de Aceguá; subió a la cumbre de los cerros de Buena Vista; galopó por las lomas de la Cuchilla Grande para acercarse a Melo, del que se volvió a alejar, siempre hacia el Sur, hasta detenerse en Bañado de Medina, después de atravesar el Conventos y el Tacuarí.

Bajo el ombú de su estancia, volvió a desensillar su caballo, gozoso también por la vuelta, el hombre fuerte que no pudo sufrir más largo destierro.

***

De nuevo en sus campos, pareció por un tiempo que la tranquila vida de paz volvía para Muniz.

Se diría que los odios habíanse calmado y un olvido más noble daba al caudillo la tranquilidad de ánimo de que tanto había menester. Mas, una mano invisible, como si fuera un genio adverso, tejía en el misterio la tragedia de su vida.

Pasaron los días románticos de las luchas en medio de los campos luminosos; en esta paz de ahora, en que se consuma su derrota, en lo más sensible de su alma es que ha de luchar contra la adversa suerte que amenaza quebrantar su fortaleza de ánimo.

Mientras él recorre, por las mañanas y las tardes, las praderas de su estancia, solo con sus recuerdos y sus dolores, la Fatalidad ciérnese sobre él, pronta a herirlo en uno de sus hijos.

En los límites de sus campos; sobre la última cuchilla que se encuentra caminando hacia Melo, la casa de Profecto Muniz alzábase rodeada por tres ombúes, rugosos por los años. El Tacuarí, anchuroso y profundo unas veces; otras, siendo apenas una débil corriente saltando entre los sarandíes y los sauces, forma en el bajo de aquella cuchilla, una de sus curvas Mirando hacia el Sur, las desiertas llanuras; la línea siempre ondulante del Tacuarí; una que otra estancia blanqueando bajo el sol, y en las lejanías, el Cerro Largo, Guazú-Nambí, Cerro de las Cuentas, y el horizonte azul.

Tal es el rincón donde moraba el jefe de la escolta de Muniz.

A escasa distancia, la propia de dos lomas suaves, y en dirección hacia el Norte, alzábase apenas del suelo el rancho donde vivía un yerno de Muniz, que cuidaba de las haciendas aquerenciadas en las praderas cercanas. Dos ombúes desgajados por los rayos; una higuera que languidece sobre la tierra que aprieta sus raíces, y un álamo, es lo único que hoy queda de aquel hogar donde la feminidad de Justina, hija del caudillo, se empleaba en rodearse de flores, lucir la limpieza de sus patios y en el trabajar arduo y constante.

Entre los árboles que la naturaleza hizo surgir en las riberas del Bañado de Medina, que corría a pocos metros del rancho de entonces, un camino sombreado por los mimbres, recuerda la mano hacendosa de la criolla.

Profecto Muniz y Susano Leguizamón, esposo de Jus-

tina, cuidaban ambos los ganados del caudillo que pastaban por allí, y los suyos propios.

Unidas por el parentesco, las dos familias vivían ligadas por un trato íntimo y continuo, propio de la escasa distancia que las separaba. Unas veces era Justina que en los domingos visitaba la casa de su hermano, y otras era la familia de éste que llegaba a pasar la tarde de fiesta en su rancho, continuando así los afectos sin que nada pareciera capaz de disminuirlos. Pero un desconocido, quién sabe qué alma mezquina, sembró de pronto el odio entre aquellas gentes hasta entonces dichosas.

Yo no he podido saber, con justeza, de dónde partió la primera intriga que llegó hasta la rinconada donde vivían aquellas familias; recorrió las estancias y fué repetida por más de un pulpero a cada uno de los dos hombres, que se sintieron de pronto enemigos y olvidaron los afectos familiares para odiarse con odios de muerte. Tal vez fué una palabra indiscreta; más posible es aún, que una mente malvada hubiese preparado los lazos de la calumnia en que los amigos de antes habían de caer. Lo cierto es que Profecto, impulsivo y terco en sus pasiones, decidió azotar a su cuñado.

No faltaron entonces las palabras amigas; los consejos prudentes, y los ruegos de su hermana, que intentaron disuadirlo. Todo fué inútil. La infamia había infiltrado odios violentos en su alma, y nada sería capaz de torcerlo en su empeño.

Muy de mañana, cuando en las lomas galopaba Susano tras los caballos que corrían en tropel hacia el corral, desde el ombú de su casa Profecto espiaba sus movimientos, en espera de que aquél se alejara de su rancho para salirle al camino. Pero el otro tenía siempre el cuidado de esquivar su encuentro.

En las noches del invierno; cuando la escarcha ex-

tendía sus cristales en el bañado, dos sombras se veían moverse bajo las barrancas del Paso de Medina. Era Profecto, que bajado del caballo, esperaba a su enemigo de viaje a Melo. Y en tanto que avivábase su odio ante el constante cuidado del otro por no encontrarlo, la intriga continuaba enceguecíéndole con sus calumnias.

En los primeros días de Diciembre del año 1901, llegamos a pasar nuestras vacaciones al rancho de Justina

Aún conservo el recuerdo de una visión que me llenó de espanto, en uno de aquellos anocheceres estivales. Sobre las cañadas, en las que ya las sombras comenzaban a tenderse, galopaba un jinete en dirección al Bañado de Medina. Mi entendimiento infantil no pudo explicarse la desesperación que se leía en los rostros de las mujeres en el patio, cuya angustia acentuábase al ver cómo corría por la cañada el grupo oscuro, que entonces sólo se distinguía, del hombre y el caballo. Yo no sé qué misterio fatídico llenó de miedo a mi alma de niño, cuando entre las sombras del crepúsculo se perdió el galopar del jinete. Después supe que era Profecto buscando en los campos a su cunado.

¡Qué terquedad en su pasión; qué odio tan violento había de agitar entonces a aquel hombre enjuto de carnes y de recio mirar, cuando en mi mente de niño tornábase fatídica la visión de su figura estirada sobre el caballo, galopando por las cañadas de Bañado de Medina! Para mí, que tantas veces me había dormido en sus rodillas, era entonces aquel hombre como un genio de muerte, siempre en acecho, cuyo brazo vengador ningún poder extraño podría detener.

El mediodía del 27 de Diciembre llegó sobre los campos, luminoso y cálido.

Recogímosnos para la siesta, temerosos los niños de

que "Tabardillo" (*) viniera a golpear nuestra ventana, en busca del que mayores travesuras hubiese cometido.

En el silencio del mediodía, el sueño vino a cortar unas horas nuestros juegos.

Serían ya las dos de la tarde, cuando Susano, en compañía de un amigo, salió al campo en busca de las lecheras. Ya los hombres volvían siguiendo a los animales que avanzaban diseminados y perezosos bajo el sol que pesaba sobre sus lomos, cuando Susano notó que una de sus vacas se le había olvidado y pastaba en la cuchilla cercana a la casa de Profecto.

Antes de volver en busca del animal, miró hacia las casas de su enemigo. Un sosiego completo, como si aún continuara la siesta, fué la impresión recibida por el observador. No había, pues, nada que temer.

Se acercaba ya a la loma en que pacía la lechera, cuando vió surgir a un jinete y galopar hacia él.

Huir era en vano; llamar al compañero para que éste conjurara el peligro, inútil también; el amigo galopaba ya por las cuchillas alejándose del lugar donde debían encontrarse los hombres.

Estalló un grito de angustia en el patio de Justina, que nos despertó sobresaltados. Salimos todos para rodear a la esposa que lloraba desesperadamente, mientras extendía sus brazos hacia la loma.

—"¡Es Profecto! ¡Es Profecto!", repetía sin cesar la infeliz esposa, compendiando en el nombre de su hermano, toda la tragedia que ella veía acercarse.

En el declive de una loma, bajo el sol de aquel mediodía de Diciembre, dos hombres galopaban en dirección a nosotros.

(*) Fantasma con que nos asustaban cuando niños.

El eco de una voz imperativa llegó hasta nuestro grupo mientras las mujeres se tapaban los ojos para no ver lo que iba a pasar entre aquellos jinetes que ya estaban cerca.

Mudo de espanto ante el dolor de los que me rodeaban, tenía yo fijos los ojos en los hombres.

Adelante, al corto galopar de su caballo overo, Susano huía de Profecto, jinete en un caballo oscuro puesto a toda carrera.

Ha llegado el momento tantas veces esperado por aquel hombre, cuyas largas piernas golpean ahora al caballo, animándolo en la carrera, mientras su voz imperativa hiere con provocaciones de lucha al que huye. Ya nadie podrá quitarle de sus manos a aquel hombre a quien supone un cobarde y al que es necesario aleccionar con el rebenque, que sacude con rabia. No será aquello una lucha en pleno campo, bajo el cielo luminoso de Diciembre; él azotará como a un niño al hombre cuya esposa, desde su rancho, presenciará la humillación. Corriendo detrás de Susano, Profecto es como un Destino cumpliendo sus leyes fatales.

Acércanse los caballos, detenidos en su carrera por los hombres que se miden con una mirada.

Se alzó de pronto el brazo de Profecto, sacudiendo su rebenque, que describió la curva buscando las espaldas del otro. Mas, he aquí que el hombre a quien su enemigo pensaba azotar como a un niño, salta de su caballo, y, ya en el suelo, hace frente.

El eco de un disparo ahogó un grito en la garganta de los que presenciaban la escena desde el rancho.

El overo de Susano, erguida la cabeza, enarcada la cola, describió un círculo en la loma y alejóse al galope, de su dueño que corría trás él, mientras Profecto

inclinábase sobre su caballo, para caer seguidamente en el campo.

Lloraban desesperadamente las mujeres en el patio, mientras yo continuaba con los ojos fijos en los hombres que ahora corrían sobre la loma, uno en pos del otro, y en el acero de Profecto, fulgurante por los rayos del sol.

Algo de extraño había en los saltos que daba sobre el pasto uno de ellos, cuyas voces llegaban hasta nosotros. ¿Qué decía? Nadie percibía las palabras.

En dirección a su caballo corría Susano, en cuyo seguimiento avanzaba Profecto agitando su fulgurante cuchillo y deteniéndose a veces, como si cobrara aliento.

¿Volverán a alcanzarse? Tal pareció ocurrir en el instante en que brilló el acero del uno sobre la cabeza del que huía.

Lo trágico de aquel momento enmudeció todos los labios. En aquellos campos abiertos, ya no se separarán los dos hombres sin que uno de ellos quede muerto.

Desde la distancia de la cual yo presenciaba la lucha, pareció que el brazo de Profecto llegaba hasta el otro. Pero, he aquí que éste da un salto hacia adelante; se detiene de pronto haciendo frente... y un nuevo disparo resuena en el silencio de los campos.

En el declinar de la loma, un hombre sentado agita el brazo esgrimiendo su puñal, en el que se reflejan los rayos solares.

En la cañada próxima, otro monta en su caballo y corre velozmente hacia las casas.

Lloran junto al alambrado las mujeres, apagando el eco de la voz que llega desde la loma donde continúa brillando el acero.

—"Lo herí... Yo no tuve la culpa... Me está llamando para que lo mate...", así habla con voz trémula

Susano junto a nosotros, mientras se calza las botas que le ha traído Justina. Extiéndenos luego la mano, besa a su esposa y galopa hacia Bañado de Medina, en cuyo monte se pierde muy pronto.

Por las cuchillas vemos correr desde las casas de Profecto y Susano, a las mujeres y los hijos que pueblan los mudos campos con sus lamentos, mientras se acercan al herido.

Cuando Susano se perdió entre los árboles, dejó de oirse la voz que aún lo incitaba a la lucha. Estuvo un instante en alto el fugurante cuchillo, y cayó.

Desde las casas yo veía a Justina, ¡pobre hermana!, correr por los campos hacia el cuerpo que entonces ya no era más que una mancha negra sobre los pastos amarillentos, mientras del otro lado corrían también los hijos y la esposa, a quienes siguió muy pronto un carrito.

Los grupos dolorosos llegaron junto al herido, al que pusieron sobre el vehículo. Cuidadosamente, adelantábase apenas el carrito, al que rodeaba el grupo que lanzaba al cielo luminoso de aquel mediodía, sus aves, mientras en el declive de la loma, solo, encorvado, haciendo brillar, al sacudir, el azadón, como momentos antes brillaba el puñal, un hijo cavaba el hoyo en que enterrar la sangre de su padre.

El sol se hundía enrojeciendo el ocaso, cuando Muniz llegó junto a la cama donde agonizaba su hijo.

El predilecto en las guerras; el que en Arbolito le acompañó en el épico galopar; Profecto, a quien los gauchos miraban como el nuevo héroe de la raza, saltaba ahora en convulsiones agónicas sobre aquella cama manchada con la sangre de su pecho y de su pierna.

Con la voz llorosa ante su nueva desgracia, el caudillo se dolía de la temeridad de su hijo que le llevó

hasta la muerte. Pero Profecto ya no pudo oirle. Agitóse todo su cuerpo en un brusco estremecimiento, y quedó rígido sobre la cama, cuando en la alcoba ya se hacía el crepúsculo.

Junto al lecho donde descansaba para la eternidad aquel valiente, víctima de su propio arrojo, el caudillo lloraba al hijo muerto en la plenitud de su vida fuerte, con quien se perdía, quizá, el último guerrero de la raza

A pocas cuadras de distancia, en el rancho cuya silueta se recorta junto al álamo, en aquella noche estival, Justina lloraba también la muerte del hermano, que cavaba un abismo entre su esposo y su padre.

Así, entre tanto dolor, terminaba la intriga que un día nefasto tendió sus hilos en aquella rinconada del Tacuarí y Bañado de Medina.

El viajero que viniendo de Melo llegue a los campos que fueron de Muniz, verá sobre el declinar de la primera loma que encuentre a su derecha, una piedra rosa, y más lejos, casi junto al Bañado de Medina, alzarse solitario un álamo.

Es lo que resta de aquel mediodía de Diciembre de 1901.

La piedra señala el lugar donde cayó Profecto. El álamo recuerda los días en que proyectó su sombra sobre los patios alegres de Justina, muerta poco después de aquella tarde, en un perdido villorrio del Brasil.

***

El saravismo continuaba gobernando a su placer el País, en tanto que Cuestas hacía las veces de un Presidente nacional.

Aparicio Saravia gozaba de su situación política, con la que quizá jamás soñó cuando no era más que un

humilde estanciero del Cordobés. Dueño de varios departamentos e imponiendo su voluntad a los políticos del Gobierno, ¿qué más podía desear aquel caudillo?

Mucho se ha hablado del desinterés patriótico de este hombre, que "terminada la guerra volvió a sus tareas sin pedir ningún puesto o posición oficial".

Ingenuo debe ser quien no comprenda el sentido de tales frases, propias de discursos partidarios y nunca de un historiador.

Aparicio Saravia fué quien obtuvo mayores beneficios de la paz arrancada a la debilidad de Cuestas. No obtuvo ninguna recompensa oficial, porque más que todo lo que pudiera darle Cuestas, lo tenía él por aquella paz que lo erigía en el poder más fuerte del País, y sobre cuya voluntad no imperaba la de nadie. ¿Quién, siendo de Cerro Largo, no recuerda la situación de señor de vidas y haciendas, del Saravia de entonces? Y si por acaso alguien no lo sabe, ahí están sus propios panegiristas, para ponerlo en evidencia. ¿Qué podrían importarle las posiciones oficiales a aquel caudillo que se sabía el fiel de la balanza política de entonces?

Ya he dicho de otros guerreros, entre ellos del propio Muniz, el sentido que tenían de ideales políticos y aún mismo de la Patria.

¿Cómo admitir que el estanciero que se inició en las guerras del Brasil, tuviera una conciencia más clara de estas cuestiones, tan difíciles de resolver aún para hombres de otra cultura?

Aparicio era, en esto, igual a los caudillos que le precedieron y a los que entonces le acompañaban. Diciendo lo contrario, se llega hasta afirmar — como por desventura se ha hecho, — que el negro "Camundá", asistente suyo, ofreció su vida por asegurarnos más am-

plias libertades políticas y un porvenir mejor. Y eso es absurdo, además de ridículo.

Se acercaban nuevos tiempos.

Cuestas iba a descender del alto sitio cuya posesión le costó tan grande renunciamiento de su investidura nacional.

El problema de la futura presidencia, agitaba el ambiente político.

Saravia y los suyos se consideraban fuertes con la posesión de seis departamentos, que les aseguraba una base de operaciones en cualquier circunstancia.

Muniz continuaba su vida de dolor, en los campos de Bañado de Medina.

Llegó por fin el mes de Marzo de 1903, en que el ciudadano José Batlle y Ordóñez fué electo Presidente Constitucional.

La ascensión de Batlle al Poder, no tardó mucho tiempo en disgustar al Partido Nacional, que comenzó a prepararse para el caso de un posible conflicto de poderes.

La más sangrienta de nuestras guerras, está próxima a estallar. Saravia se dice sorprendido, y, sin embargo, espera los acontecimientos, confiado en sus fuerzas. El Presidente de la República piensa reconstituir la integridad nacional.

Muniz ha sido llamado para ocupar la jefatura de un ejército.

Días de grandes dolores para la Patria, se avecinan en los últimos meses de 1903.

El caudillo espera a que se le ordene volver a los campos de pelea.

Muniz y Saravia van a encontrarse de nuevo en los combates, y otra vez Muniz le hará sentir el peso de su valor y de sus instintos de guerrero, al caudillo del Cordobés,

Últimas campañas y muerte del caudillo

CAPITULO XXX

Campaña de 1904 (*)

A FINES de 1903, Saravia y su partido político habíanse levantado en armas, llegando hasta el pueblo de Nico Pérez, donde las proposiciones de paz, aceptadas por los revolucionarios y el Gobierno, detuvieron su avance hasta la Capital.

A pesar de esta momentánea suspensión de hostilidades, nadie se engañó respecto a la gravedad de los momentos.

Por desgracia, en Enero de 1904 estalló de nuevo la guerra amenazando destruirlo todo.

No importa ahora decir quién fué el culpable de esta enorme desgracia que amenaza al País. Es más: Quizá no estaba la culpa en el momento en que se gestaba la nueva contienda; aquello era una consecuencia natural de la paz firmada por Cuestas y el nacionalismo, en el año 1897.

La situación anormal que soportaban el País y el Poder Ejecutivo, no podría prolongarse cuando cualquier ciudadano, siempre que no fuese Cuestas, intentase hacer un gobierno nacional.

(*) Por ser objeto de un libro en preparación, no se hace aquí el estudio completo y analítico, de esta guerra; estudio que, por otra parte, no permite la naturaleza de esta obra.

¿Que pudo resolverse esta situación, sin necesidad de hacerse por medio de la guerra? El conocimiento de nuestros hombres y de nuestra Historia, nos hace dudar de ello. Pero fuese quien fuere el culpable, lo cierto es que entristece pensar en todo el mal que sufrió el País durante ese año nefasto.

Libres de todo partidismo; sin odios para ningún partido político en lucha, recordamos con inmenso dolor a los miles de hombres nobles y fuertes, caídos en los campos de pelea.

Saravia, al frente de los suyos, está ya en armas y reune un ejército que llegará a ser el más numeroso de cuantos han desfilado por los campos de la Patria.

Muniz, nombrado jefe del Ejército del Sur, avanza desde el centro de la República a encontrarse con su adversario.

La desolación y la muerte, serán las huellas dejadas por esos dos ejércitos.

No se hable de criminales, ni de hombres que se complacen en tales ejercicios.

Es la guerra, inexorable, cruel, alimentándose de vidas perdidas estérilmente, y de miserias.

Ya han pasado los tiempos; ¿por qué, ante tanto dolor, continuar llamando criminales a los hombres que ofrecen también su vida en el campo contrario? El color de una divisa, no da a nadie timbre de nobleza. Los partidos políticos son mejores o peores, según sus programas de gobierno; pero nunca porque sea verdad que en uno de ellos se refugien los más grandes valores morales, y en el otro sólo existan el crimen y la deslealtad.

Antes de toda palabra, declaro que en este instante siento tanta admiración por los héroes que cayeron en las filas de Saravia, como por aquellos que lucharon en los ejércitos de Muniz. Por eso no comprendo la indig-

nidad de algunos escritores, que hablan de los caudillos adversarios y sus soldados, faltos de todo respeto para esos hombres que se sacrifican cumpliendo tal vez altas misiones sociales.

En los primeros días de Enero, Muniz al frente de una pequeña división, avanzaba sobre Cerro Largo en busca de las tropas revolucionarias .

Aquellos hombres que ahora rodeaban a Muniz, la mayor parte de sus jefes y oficiales, nada de común tenian con él. Durante la paz que siguió al año 1897, formóse una generación para la cual era desconocido el caudillo que permanecia olvidado en sus campos de Bañado de Medina o alejado en tierra extranjera. Nuevos hombres y nuevas ideas, predominaban entonces en aquella columna en marcha hacia Cerro Largo. Ya no están, como en Arbolito, los veteranos que conocían sus hazañas desde los tiempos primeros de nuestras guerras. El coronel Aguiar, su segundo, habia muerto poco antes de esa fecha. Profecto, Eduviges, Rosas Castillos, "Fusil", los paisanos que olvidaban sus amores partidarios para seguir al caudillo, han desaparecido de sus filas. Solo, como en sus campos, marcha ahora Muniz, mandando un ejército cuyos jefes no pertenecen a su partido político, y entre los cuales se duda de sus condiciones de guerrero.

Nuevos hombres van a surgir a su lado y a hacerse dignos de la confianza que en ellos depositará; pero también le acompañan otros, retóricos muchos de ellos, que juzgan al guerrero incapaz de dirigirlos, porque como ellos él no sabe teorías sobre estrategia, y no luce el traje que corresponde a su jerarquía militar.

El hogar, la esposa, sus cuatro niños, quedaron otra vez abandonados por el hombre a quien acompañan sus hijos mayores. Otra vez la guerra; y aquel hombre fuerte

abandona la vida de su hogar y va a ofrecerse al partido que ahora defiende, arrastrando también a la lucha a los hijos en edad de combatir. Anciano ya; abatido por una enfermedad que le acosa, al frente de su pequeña división, Muniz se internó en los campos buscando a su adversario.

Próximo a Santa Clara de Olimar, sus avanzadas le anuncian la cercanía de Saravia.

El caudillo nacionalista, aprovechando los elementos de que disponía en los departamentos en los cuales dominaba su partido, había logrado reunir un ejército que, aunque mal armado, era de sobra numeroso para batir a Muniz.

Cuentan los escritores nacionalistas, que al saberse en aquellas filas la proximidad de Muniz y el escaso contingente con que se había aventurado en el seno mismo de los dominios saravistas, un entusiasmo profundo animó a los revolucionarios.

¡Muniz había caído en sus redes! ¡Ahora mostraría Saravia el poder de sus talentos militares! ¡Más de diez mil hombres, rodean completamente a sus dos mil; ya nadie podrá salvarlo! Y el enemigo comienza a cercar a Muniz, desafiante, arremetedor, pronto a terminar con el vencedor de Arbolito y Aceguá.

Una noche alumbran los fogones de los perseguidos, en el seno del círculo tendido por Saravia. A la mañana siguiente, sólo las cenizas de esos fogones encuentran los nacionalistas, mientras los otros siguen viaje hacia el Sur.

Entonces comienza una persecución tenaz, detenida unas veces por la retaguardia del caudillo, mientras el grueso de las tropas continúa retirándose.

Esa mañana ha de ser el combate; ya no podrán huir más; con esperanzas como éstas, se detienen cada noche

los perseguidores, para volver al otro día a marchar detrás del caudillo que los lleva hacia el Sur, donde podrá volcar sobre ellos las fuerzas que le manda el Gobierno.

Al paso de su caballo; enfermo, agobiado por el sueño y el cansancio, Muniz se retira al frente de sus hombres, que empiezan a admirar la serenidad de ánimo y el estoicismo de aquel viejo guerrero. Una noche avanzan los del Gobierno amedrentados por la proximidad de los perseguidores. Nadie confía en la salvación; los soldados piensan en desertarse o tenderse a dormir en los campos que pronto invadirán los revolucionarios; no obstante, algo les detiene en las filas. Sobre su caballo Muniz continúa avanzando día y noche, sin ceder al temor colectivo ni a sus dolores físicos. Y la presencia del caudillo levanta el ánimo de los guerreros que lo ven pasar a su lado. El sabrá salvarlos; basta ver la lentitud con que marcha, para saber que aún confía en el triunfo. Y no sabían sus soldados, que aquellos dos hombres que marchaban junto al General, le llevaban las riendas mientras él, atados los pies a los estribos, avanzaba dormitando sobre el caballo de pelea.

Una noche duerme el caudillo en Nico Pérez, tirado en un viejo carruaje de campo, pues su enfermedad le impide montar. En los fogones corre el rumor de que lo llevan muerto sobre su caballo, para que al verlo nadie piense en huir.

Algunos lo vieron pasar esa noche junto al camino, y aseguraron que llevaba el sombrero sobre los ojos para que la tropa no notase en ellos el signo de la muerte.

Los centinelas apostados en las calles del pueblo, tienen la consigna de no dejar acercarse a nadie. En las sierras se sienten a los enemigos que ocupan sus posiciones, dispuestos a cercarlos.

Nadie puede decir el pánico que dominó a los soldados

aquella noche en que rodeaban al caudillo a quien creían muerto. Noche de inquietud y de miedo, fué para ellos aquella que les parecía víspera de un desastre.

Era aún muy de mañana, cuando en las sierras comenzaron a surgir los escuadrones enemigos, y en el ejército de Muniz algunas tropas se colocaban estratégicamente. ¿Irían, acaso, a combatir, teniendo muerto a su General? Tan triste reflexión hacianse los soldados, cuando vieron a un jinete, vestido de campesino, galopar frente a las líneas y ordenar los escuadrones.

El ardor heroico dominó desde entonces entre aquella gente. El caudillo, como poseído por una voluntad sobrehumana, volvía a sentir en su cuerpo quebrantado, la fortaleza de sus mejores días.

Sabedor de que Saravia intentaba cercarlo en las sierras de Sosa, resolvió hacerle frente; pero el enemigo se detuvo ante su aparato de combate, permitiéndole continuar su retirada.

Así, alejándose poco a poco de los revolucionarios, Muniz recorrió la distancia que existe desde Santa Clara hasta Mansavillagra, sin que los enemigos lograran dispersarle su tropa, ni menos obligarlo a una fuga desmoralizadora.

En Mansavillagra, el Presidente había puesto a sus órdenes las tropas y armas necesarias para batir a sus perseguidores.

La incertidumbre que reinaba sobre el éxito de este encuentro, puede percibirse a través de los telegramas publicados recientemente por "El Día", de Montevideo.

La mañana del 17 de Enero, las tropas de Muniz y Saravia trababan un reñidísimo combate, que se prolongó durante varias horas, para terminar en una completa derrota de los últimos.

Entonces comenzó la persecución tenaz, continuada durante todo el día y la noche, sin dar tiempo a los revolucionarios ni siquiera para descansar unas horas o alimentarse.

Cuando recién anunciábase el día, el eco del cañón llenaba de pánico a los saravistas que, cansados, somnolientos, sin fe ya en nadie ni en nada, huían por los campos al solo anuncio de la proximidad de Muniz.

Los papeles se han invertido. Por los campos donde antes pasaron los revolucionarios persiguiendo al caudillo, ahora desfilan precipitadamente, oyendo a cada instante la misma frase latídica: "¡Ahí viene Muniz!".

Saravia cayó en el lazo que le tendieron sus enemigos. Huir; huir siempre y sin descanso, es todo lo que puede hacer ahora ante la presencia de su adversario que anuncia así su persecución: "Continúo persiguiendo rumbo al Cordobés, por el paso de San Juan que vadearé dentro de dos horas. Allí está Saravia. Ya siento tirotear mis vanguardias". (31)

Y viene entonces el constante correr por los campos, huyendo siempre del caudillo a quien se pensó vencer fácilmente.

Mansavillagra fué una completa derrota. Más lo es aún Illescas, que termina de desalentar aquellos hombres que sólo confían ya en sus caballos para librarse del contacto de todas las horas.

Así, presas del desaliento, sin ánimos para resistirse, dominados por el hambre y el sueño, vimos desfilar a los cuatro días de Mansavillagra, a aquel ejército de revolucionarios.

Era una mañana de lluvia. El continuo pisar de los caballos, había salpicado los frentes de las casas con el barro de las calles. En Melo, el pueblo blanco, yo ví desfilar al galope a aquellos guerreros que llegaban hasta

los balcones en los que las mujeres les ofrecían divisas, ropas, un bocado, unas monedas.

Pasan escuadrones y escuadrones, siempre al trote largo de sus caballos, bajo el cielo gris de aquella mañana. Invaden la plaza; suben por las aceras, huyendo del enemigo que se acerca.

¡Qué compasión inspiraban aquellos guerreros, quién sabe entre ellos cuántos eran los héroes, galopando por las estrechas calles del pueblo!

En el balcón, mi madre alcanzaba monedas y pan a los que se lo pedían. Yo estaba a su lado, sin comprender el dolor de aquel desfile de paisanos en cuya persecución corrían los hombres de mi abuelo.

Un hombre subió la acera y extendió la mano; mi madre le alcanzó una moneda. Quitóse el sombrero, y ya se alejaba, cuando otro soldado le gritó:

—"¿Sabes a quién pediste? A la hija del que nos viene corriendo.

—"¿Qué queres, hermano?, cuando el hambre mata...", respondió el infeliz, mientras se alejaba de nosotros.

"¡Muniz! ¡Ahí viene Muniz!", oíamos decir a cada instante a aquellos hombres que parecían dominados por el terror. Entonces comprendí, al oir nombrar de tal modo a mi abuelo, la triste misión de los caudillos.

Aun no se habían borrado en los rostros de las madres y las novias las huellas del llanto que produjo el breve abrazo de los hombres que volvieron a partir, cuando en las calles del pueblo los clarines de Muniz elevaron las notas alegres de sus dianas.

Y volvió el precipitado galopar por las calles, y se llenaron otra vez mis ojos infantiles de visiones guerreras.

Acompañado por mi madre, íbamos dejando a nuestra

espalda los escuadrones que avanzaban por el camino bordeado de eucaliptus, que va de Melo hacia el Este.

Nos dirigíamos a abrazar al abuelo.

Bajo una enorme piedra a cuya sombra se protegía, el caudillo, poseído de cólera, había dado orden de que nadie se acercase.

Debido a un jefe que no cumplió sus órdenes, Saravia pudo escapar por el Paso de la Cruz

Es verdad que debía considerarse vencedor después de Mansavillagra e Illescas, y de la fuga en derrota a que había obligado a su enemigo. Pero él pensaba terminar la guerra en el Paso de la Cruz.

No pudo ser.

Con el sombrero sobre los ojos; sentado a la sombra de aquella piedra; severo el gesto y reconcentrado en sus pensamientos, así vimos a Muniz cuando llegamos cerca suyo.

Por entre las sierras, desfilaban las columnas, con sus caballadas, sus banderas desplegadas al viento, sus cañones describiendo un círculo en derredor del caudillo y en el mayor silencio, como si los guerreros no quisieran turbar sus meditaciones.

Muniz continuaba enfermo y agobiado por sus dolores físicos; no obstante, sólo le preocupaba la idea de encontrar de nuevo a Saravia.

Viéndolo en medio de aquellos hombres extraños, con sus arreos de guerra, sentimos lejos de nosotros al abuelo. Entonces sólo admirábamos, en silencio, al caudillo.

Volvió a alejarse su ejército en busca del enemigo, mientras en el pueblo blanco, las mujeres lo injuriaban como al causante de tanto mal. Es Muniz, tenaz, implacable, que persigue a sus padres, sus esposos o sus hijos. El, siempre él; como si ningún otro general hi-

ciera la guerra; como en Arbolito, en Aceguá: Muniz, siempre Muniz.

Así piensan las desconsoladas mujeres, olvidando en el egoísmo de sus amores, que como ellas hay una esposa y una hija que lloran también por la suerte del caudillo, y que él mismo, durmiendo en pleno campo, bajo las lluvias, arrastrando su ancianidad y sus dolores, va expuesto a morir como los otros, y como sus propios hijos, ofrecidos a la guerra. Olvidan que en medio de la pelea, Muniz salvó a un bravo muchacho (*), porque fué amigo de su padre, y que a nadie más que a él, le duele aquella vida fuerte y terrible. Sus virtudes de guerrero, le valen esos odios.

Es la guerra, que endurece las almas; turba las conciencias, y engendra odios irreductibles.

***

Saravia logró escapar de la persecución de Muniz y dirigirse hacia el Sur, alejándose siempre de su temible adversario.

En los campos de Fray Marcos, poco tiempo después, las tropas revolucionarias alcanzaban una completa victoria, desbandando a las fuerzas del general Melitón Muñoz.

A las puertas de Montevideo, sobre un cuerpo de ejército bien municionado, los nacionalistas vencieron fácilmente, llegando a conquistar los cañones y el parque enemigo.

El pánico cundió por todas partes. Los amigos del Gobierno, temían que Saravia atacase la Capital o apro-

(*) Francisco Olivera (hijo).

vechara, en todo cuanto podían ser, las ventajas de su triunfo. Pero bien pronto se supo que Saravia tomaba rumbos al Norte.

Era Muniz que volvía sobre él.

A pesar de la falta de caballadas de que padecía, el ejército del caudillo emprendió de nuevo la persecución del enemigo, que continuaba internándose siempre hacia el Norte, con la esperanza de alejarse de aquél.

Aún cuando no hubieran sido muy importantes las ventajas militares obtenidas en el combate de Fray Marcos, era indudable el efecto moral que tal hecho produjo en las filas gubernistas. Entonces el jefe de la Revolución contaba con un ejército numeroso, armado en gran parte, y alentado por los recientes triunfos. Pero detrás suyo, se sabe que marcha Muniz; es necesario alejarse.

Eran los últimos días de Febrero, cuando Saravia comenzó a tener noticias concretas de un ejército que avanzaba siguiendo sus huellas. Muchos afirmaban haber visto soldados en cuyas divisas se leía: "Ejército del Sur". Pero él no creía, sin embargo, en que pudiese ser el "Ejército del Sur" el descubierto por sus retaguardias. Parecíale imposible una marcha tan rápida de aquel enemigo a quien se sabía completamente a pie.

Grave error.

En la tarde del 1.° de Marzo, las avanzadas de Muniz tiroteaban a los suyos en las proximidades del Paso del Parque, sobre el río Daymán. Y a la mañana siguiente, sorprendiendo a los revolucionarios, la vanguardia de Muniz avanzó sobre el paso, dando principio al combate.

Fué una lucha heroica. Ansiosos los gubernistas por aprovechar la sorpresa, acometían a los de Saravia que intentaban, en desesperados esfuerzos, defender sus posiciones. Van llegando al campo de la lucha los escua-

drones de Muniz y fortaleciendo sus líneas, sin que les sea posible arrollar a sus enemigos que luchan heroicamente por salvarse de aquel desastre que se cierne sobre ellos. Un hijo del caudillo, Santos, acababa de caer herido de bala en el rostro, cuando el padre llegaba junto a su vanguardia. Sin detenerse más tiempo que el necesario para reconocer el estado de su hijo, continuó avanzando Muniz, mientras sus escuadrones comenzaban a forzar el paso.

Por fin, después de un constante luchar, en el que se sucedieron los trágicos cuerpo a cuerpo, huyó el ejército de Saravia abandonando en poder del enemigo numerosos prisioneros, y el cañón y parque conquistados en Fray Marcos.

Otra vez Muniz malograba los triunfos de la Revolución, y levantaba el ánimo de los partidarios del Gobierno.

Paso del Parque salvaba la situación de Fray Marcos. Y era Muniz, siempre él, quien hacía sentir a Saravia el poder de sus armas.

Falto de caballadas y a causa de las grandes crecientes, la persecución hubo de hacerse con lentitud.

Pasó un tiempo sin que volvieran a encontrarse los ejércitos enemigos.

Imposibilitado para hacer con mayor eficacia la persecución, Muniz permanecía al frente de sus hombres, mientras en sus propias filas la intriga y la calumnia intentaba desconocer sus valores y sus servicios. Mas, a pesar de tantas calumnias, el Presidente confiaba en la lealtad del hombre a quien se atacaba, seguramente, por sus amores al Partido Blanco. Los jefes gubernistas que en esas tareas ocupaban sus horas de ocio, en las que sentirían el dolor de su impotencia y su incapacidad, no admitían que los mandara un caudillo no afiliado a su

partido político, y superior a ellos en virtudes morales y guerreras. Quien leyere los documentos que, relacionados con estos hechos, se publicaron en "El Día" de Montevideo, no podrá ocultar su compasión hacia esos militares que sólo saben disertar sobre estrategia y abrumar al Presidente con quejas indignas de un guerrero.

Batlle, no obstante, confirió a Muniz el grado de General de División. Nadie lo merecía más que él; sus detractores debieron pensar que en el ánimo del Presidente no impresionaban sus discursos sobre la "dignidad militar" y otras necedades de que tanto hicieron uso.

Justo es decir, también, que frente a esos militares sin prestigios y sin hazañas conocidas, que injuriaban a Muniz, militaban otros, entre los cuales se destacaba la figura de Pablo Galarza, el guerrero de más méritos y prestigios dentro de su partido, cuya adhesión al General, fué siempre grande y constante.

Bien se comprende el efecto que tales desavenencias producirían en el ejército de Muniz.

A pesar de todo reanudaron, cuando les fué posible, la persecución de Saravia, a quien volvieron a alcanzar en el paso de Palo a Pique, sobre el río Olimar.

Sin tiempo para evadir el encuentro, las últimas divisiones saravistas tuvieron que resistir el empuje arrollador de la vanguardia de Muniz, a cuyo frente Pablo Galarza imponía sus condiciones militares.

He oído de boca del propio Muniz, recordar el dolor que le produjo la presencia de los jóvenes caídos en aquella jornada de desgracia para la Revolución. Nunca como entonces, decíame el caudillo, fué más cruel la guerra, cebándose en aquella juventud muerta gloriosamente por defender sus ideales partidarios. Cuando Muniz atravesó aquel paso, sintió con dolor su victoria

obtenida sobre los jóvenes cuyos cadáveres encontraba diseminados en las barrancass.

*
* *

Meses más tarde, la Revolución recibía un golpe funesto en los campos de Masoller, donde fué herido de muerte su jefe.

La paz volvió entonces al País.

A pesar de sus glorias, no faltaron los libelos plenos de injurias para Muniz. Hombres sin conocimiento alguno de nuestras guerras, o escritores empeñados en adquirir prestigios en su partido con calumnias para el adversario, pretendieron desconocer los hechos del caudillo en la pasada contienda.

En el próximo libro que he de publicar sobre estos sucesos, analizaré y probaré de manera irrefutable, el error o la mala fe de esos hombres.

Sin embargo, hágase un balance de la actuación de los demás ejércitos, y se verá cómo cumplió Muniz con sus deberes militares:

El general Vázquez, venció en Massoller a la Revolución, por haber sido herido allí Aparicio Saravia.

El general Benavente, jefe de otro ejército, no dió ninguna batalla.

El general Melitón Muñoz, sólo esperó a Saravia para ofrecerle la más completa de sus victorias.

El general Pablo Galarza, jefe entonces del "Ejército del Sur" abandonado por Muniz, y en cuyas filas el caudillo colorado había impuesto sus grandes condiciones de guerrero, resistió el ataque de Saravia en los campos de Tupambaé, sin que una victoria definitiva se decidiera por ninguno de los combatientes.

Estos fueron, en síntesis, los más importantes hechos de los citados generales durante ese año de guerra. ¿Que no fueron mayores por especiales circunstancias? No es a nosotros a quien corresponde probarlo. No damos ni quitamos méritos; exhibimos los hechos, para juzgar la actitud del caudillo a quien se culpa de no haber luchado con bríos durante esa campaña.

Primero en Las Pavas, donde inició su retirada; luego en Mansavillagra, su primer victoria; Illescas, Paso de San Juan, Conventos, Paso del Parque y Palo a Pique, he ahí los campos donde Muniz se acercó a Saravia, para retirarse en el primer encuentro, y vencer en todos los demás. Todo esto, sin detenernos a hacer notar la importancia militar y moral de esos encuentros.

Los colorados que por pasión partidaria acusan a Muniz de no haber terminado con la Revolución, deben pensar en estos hechos y, entonces, verán si son justos en sus críticas.

Hay más: el hecho de que sólo a él se culpe el no haber dado muerte pronta al levantamiento, prueba evidentemente de que sólo de él, y nunca de los otros generales, se esperaba ese triunfo. Porque, a ser de otro modo, ¿cómo no se hacen esas críticas a los otros generales en campaña?

Y en resumen, si aun quedaran dudas al respecto, ahí está la opinión del Presidente Batlle, que en medio de la lucha otorga a Muniz el grado de General de División; terminada aquélla, Jefe de la Zona Militar N.º 2, y más tarde, cuando su segunda presidencia, lo premia con el grado más alto del Ejército, ascendiéndolo a Teniente General.

Cierto es todo esto, como lo es también, que el caudillo volvió a su hogar, débil su salud y amargado el espíritu por la ingratitud de los hombres.

Así terminó para él el año 1904, el último de su vida de guerrero y en el cual sólo tendió sus líneas para vencer.

Por siempre terminaron las gestas heroicas en nuestros campos. La paz embotará la lanza de los caudillos. Así sea, para bien de la sociedad, hoy que sus tiempos y su misión han terminado.

No les injuriemos. Ellos fueron factores de una fatalidad histórica, que debía cumplirse en estas tierras americanas. Tal vez con sus luchas echaron las bases de nuestro porvenir.

Fueron nobles; creyeron en la santidad de la causa por la cual ofrecían hacienda y vida; fuertes en el amor y en el odio, llenaron de romances heroicos nuestros campos.

Sintiendo la misión que el presente nos confía, miremos hacia adelante, sin olvidar que en la historia de aquellos varones podemos encontrar ejemplos de una vida fuerte y generosa.

Alguien lo ha dicho ya: "El arte tiene en él, preciosa cantera humana; sus fastos y sus gestos, son dignos de la épica y del bronce". (*).

(*) Alberto Zum Felde: «Proceso Histórico del Uruguay».

CAPITULO XXXI

Ultimos años del caudillo

La guerra había dejado sus huellas de desolación, sobre los campos de Bañado de Medina. Libres de los alambrados, cuyos hilos se hallaban hundidos en las cuchillas, señalando el lugar de un campamento, los ganados dispersáronse a su antojo por las estancias vecinas.

Un año de guerra, fué para todos año de miserias y de inquietudes. Para el caudillo, cuyos triunfos del Paso del Parque y Palo a Pique le dieron tanto renombre, significaba también, volver a su Departamento en cuyos hogares maldecirían su nombre, por haber acaudillado las tropas que les quitaron sus padres o sus hijos.

Ingratitudes de unos y odios de otros, he ahí el triste premio a tanto sacrificio.

Modesto en su gloria, el caudillo tornó a la existencia laboriosa, a vivir de sus recuerdos y de sus sueños.

Los tiempos cambiaban la fisonomía de los campos y el alma de los hombres. La soledad de la incomprensión, acentuábase en torno suyo.

Ya no están, como en las épocas de sus mocedades, los gauchos que hacen menos tediosa la paz recordando los pasados días de lucha, mientras en cualquier pago, un caudillo espera la hora de volver a levantarse. ¡Cuán

difícil le es ahora, entre los hombres que le rodean, descubrir la verdad! El, que siempre leyó en el alma de sus paisanos hasta sus más recónditos pensamientos, pues conocía su historia y sus pasiones, encontraba a su lado en los últimos años, hombres cuya nobleza escondíase detrás del halago, que bien pudiera ser el arma de un adulador.

Su andar vuélvese pesado, porque la enfermedad que le azota tiende a paralizar sus miembros. Sus rizos, que agitaron los vientos en los días de sus primeras hazañas, han encanecido, como su barba. Sólo el fulgor de su mirada recuerda ya al guerrero de Corralito y el Sauce.

Rodeado por su esposa y sus cuatro hijos menores, Juan, Basilisa, Segundo y Eulogio, y por Alberto, que dirige los trabajos, el caudillo vive en su retiro de Bañado de Medina, sin que puedan arrancarle de sus campos ni los halagos de la ciudad ni los consejos de sus médicos. Allí está en su ambiente; la vida tranquila que le rodea, es más propicia para entregarse a sus recuerdos. El que nació de un romántico amor en la rinconada de Olimar, y cuyos años transcurrieron en medio de la sociedad libre y fuerte de los campos, enfermaría de tedio, de seguro, si permaneciera largo tiempo en la ciudad. El no comprende otra vida que aquella, bajo el cielo abierto en el cual ve sucederse los soles, y en medio de la soledad apacible de sus campos, testigos de toda su vida.

Y mientras él se detiene, como si esperase el momento de desaparecer, transcurren los años y los campos van perdiendo la fisonomía de su época, para que nada reste de todo cuanto amó.

A veces, salido de un rincón donde resiste a su ancianidad, un viejo conocido llega hasta la estancia del caudillo, a remover recuerdos y pasadas historias. Pero

la muerte comienza a llegar a los ranchos donde sueñan esos viejos.

Don Ramón, el que esperó las diligencias junto a la torre de su casa, se ha ido con la visión del camino desierto, por el cual ya no pasan los carruajes, ni las carretas, inutilizados por el ferrocarril.

Desgajados los árboles agonizantes sobre los pastos que ahogan sus raíces; cubierta de yuyos la quinta, en otrora alegre con el verdor de los maizales; sucias y resquebrajadas las paredes de la casa; desierto el rojo camino al que aún dan sombra los eucaliptus, así quedó aquella cuchilla en la cual tantas veces reuniéronse los gauchos a escuchar a Cortés "El Payador" evocar su tragedia; para ver cómo Tomás Moreira desafiaba a los policías, o escuchar las anécdotas de Oribe que don Ramón repitió en las tardes, a la sombra de los paraísos.

¡Todo cambia a su alrededor!

Nuevos hombres que no saben su historia; que ignoran que una mañana entró seguido de Mansilla por las calles de Melo a ofrecer la vida por ser fiel al caudillo blanco, dirigen ahora a las multitudes que ya no piensan en guerras. Los "hombres cultos", en el noble afán de educar en la paz a las nuevas generaciones, hieren con sus ataques y desprecios a los gauchos como él.

El ferrocarril y el automóvil, cruzan los campos en los que se detuvo tantos mediodías la carreta de Juan Alejo o del "Mulato Perico".

Solo, como un recuerdo de tiempos lejanos que de pronto surge en nuestra memoria, así sentíase el caudillo en medio de una sociedad cuyos valores morales habían cambiado.

Ya no es ley el valor, ni da honores una cicatriz como aquella que en su frente dejó Felisberto "Pelo Largo". Enmudecieron las guitarras, a cuyos sones iban

los payadores de estancia en estancia; de reja en reja, cantando en sus trovas las hazañas de los héroes.

Muy de mañana, el caudillo subía sobre su caballo y alejábase por los campos de su estancia, sin permitir que nadie le acompañase.

Muchas veces, huésped suyo, le ví ascender al paso de su cabalgadura las cuchillas y detenerse en ellas durante largo rato.

Era un hábito nunca olvidado, estos paseos de las mañanas, que repetía cuando en las tardes el sol empezaba a declinar. Se diría que espoleado por sus recuerdos, buscaba la soledad de las lomas para entregarse a ellos. Al verle sobre su caballo, firme en los estribos; alta la cabeza, como si hubiese rejuvenecido de pronto, daba la sensación de que un instante la dicha sacudía su alma.

Solo con sus recuerdos, visitaba las llanuras y cuchillas que tantas veces recorrió en su juventud y en las que ahora cada una de ellas había de remover quién sabe cuántas visiones.

Algunas tardes lo vi llegar con el sombrero sobre los ojos, en los que acaso asomara una lágrima. Es que en su paseo había llegado junto al lugar donde una mañana enterraron a "Fusil", o detuvo su caballo frente a la piedra que el hijo de Profecto colocó sobre la sangre de su padre.

En los campos que abarcaba con la vista desde la cumbre del Cerro de Medina, veía surgir las visiones de sus tiempos de lucha.

Allá, en la lejanía, el Cerro Largo, donde estuvo la estancia de don Angel, y a cuya espalda extendíase el campo de Arbolito. Hacia el Suroeste, los eucaliptus ascendiendo hasta la cumbre de la cuchilla donde se alzaba la abandonada casa de don Ramón, en la que se

hallaron las cenizas de Segundo. Más cerca, en forma de círculo extendiéndose en sus campos, como para herir todos los días su memoria, la loma donde un día un cura campesino consagró su unión con Eufemia en presencia de don Angel, un amigo y sus hijos; la cuchilla en la que pudrieron los huesos de "Fusil", muerto por salvarlo, y en el fondo, allá en la rinconada del Tacuarí y Bañado de Medina, el álamo junto al rancho del que fuese para siempre Justina, cuando en la casa cercana Profecto acabó su vida en los brazos del caudillo.

A fines del año 1910, un nuevo levantamiento lo alejó de su hogar.

No tardó mucho tiempo en volver sin haber combatido. El País resistía a la guerra.

Después, Batlle lo nombró Teniente General. Pero su vida estaba terminada.

Su lanza, teñida con la sangre de Arbolito, permanecía olvidada en un rincón de su alcoba.

Pasaron los tiempos en que Rosas Castillos se honraba con llevarla en las marchas, provocando los celos de "Fusil", que reclamaba para sí tanta honra. Entonces, la mayor parte de los que la veían arrinconada a la espalda del caudillo, ignoraban que fué de un enemigo muerto en el Sauce, y que había recorrido tantas veces los campos del País.

Algunas noches, a la cabecera de la mesa después de la cena, el caudillo evocaba su historia. Al verlo, con sus rizos blancos como su barba; bajos los ojos, mientras sus labios trémulos nombraban a Don Angel, sentíamos que estábamos junto a un patriarca. Don Angel, Fermín Yáñez, Feliciano "El Callao", "Fusil", Profecto; surgían los nombres de los héroes, de boca de aquel testigo

de sus hazañas. Pero jamás le oí recordar la figura enigmática de Julián Ramírez.

No pude saber qué extraña preocupación hacía al hijo olvidar el nombre de su padre.

*
* *

La mañana del 5 de Diciembre de 1914, los caballos en el corral anunciaban una faena de campo.

Avisados de que habría hierras esa mañana, amargueaban en el fogón los peones a los cuales se habían reunido algunos vecinos, deseosos de participar de la fiesta.

Aun no había aparecido el sol sobre los campos, cuando los hombres se pusieron de pie al oir la voz del caudillo que esperaba su caballo.

Pocos momentos después, una alegre cabalgata se alejaba de las casas, siguiendo a Muniz y su hijo Alberto, directores de la faena.

Todos los rostros denotaban alegría, y era porque para nuestros paisanos, un día de hierra lo es de ruidoso regocijo, en el cual se mezclan las hazañas de los "pialadores" con los sobresaltos de los "maturrangos", y las bromas de los peones con las del dueño de los ganados, que quiere merecer el elogio de su generosidad y bonhomía. La hierra es quizá, la tarea que más regocija a los paisanos. Olvídanse ese día las distancias que separan al estanciero del peón, y hasta se hace número obligado de la fiesta, el que alguno de los trabajadores pierda el sentido a fuerza de tanto "aceptar tragos". (*)

(*) Es costumbre, en estas faenas, obsequiar con un sorbo de alcohol al que hace un buen tiro de lazo. El ofrecimiento de la botella, tiene su frase consagrada: «Valió un trago». A lo que se contesta siempre: «Venga de ahí, aparcero».

Las nubes de tormenta que ocultaban el sol, hacían más fresco el ambiente.

Comenzaron a separarse en pequeños grupos los jinetes y galopar en distintas direcciones, mientras Muniz y su hijo menor, Eulogio, continuaban dirigiéndose hacia un grupo de ganado que se veía en el confín del potrero.

Despertaron sorprendidos los animales, por las voces ruidosas de los hombres que galopaban por las cuchillas azuzando a los caballos para infundirles la nerviosidad necesaria para el trabajo.

Las voces y los silbidos de los hombres, confundíanse en alegre desconcierto con el ladrido de los perros y el mugido de las vacas que corrían en dirección al rodeo.

Con tan ruidosa alegría animóse en un instante aquel potrero, por el cual Muniz y su hijo, eran los únicos que marchaban despacio.

Desoyendo los consejos médicos, el caudillo continuaba sin interrumpir sus paseos a caballo, como si más le importara gozar de las bellezas de la soledad de aquellas lomas, que su propia vida.

Aquella mañana se había sentido mal, y, no obstante, o tal vez por ello, pidió su caballo para dirigir la hierra.

Cuando llegaron sobre la cumbre de una pequeña loma junto a la línea del ferro-carril, Muniz, indicando a su hijo los ganados, le ordenó correr en su busca.

Partió al galope el muchacho, uniendo su voz a los gritos de sus compañeros, que ya corrían detrás de los animales.

El caudillo comenzó a descender la loma, como si fuera a bajarse junto a una zanja que se abría al costado de la línea del ferro-carril. Algunos perros rodeaban su caballo.

En ruidoso tropel empezaron a surgir en la cuchilla

del rodeo, los ganados con sus cabezas blancas, huyendo de los hombres que revoleaban sus lazos y gritaban detrás de ellos.

Cuando todo estuvo pronto para dar comienzo a la hierra, alguien notó la ausencia del caudillo, y fué en su busca.

Sobre el borde de la zanja que acababa de transponer con el caballo de la rienda, acostado, con los ojos puestos en el cielo, encontró el jinete al caudillo, cuya inmovilidad anunciaba su muerte.

Callaron las voces alegres; galoparon con el alma contristada los paisanos, hasta aquella zanja donde bajáronse, quitados los sombreros, para recoger el cuerpo del héroe. Mas los perros, movidos por no sé qué misterioso dolor, aullaban junto al cuerpo de Muniz, impidiendo acercarse a los hombres. El caballo pacía tranquilamente, como esperando a que su dueño volviese a montarlo.

Bajo el cielo gris de aquella mañana de Diciembre, cruzaron los campos, los hijos y los paísanos del caudillo, cuyo cuerpo llevaban tendido en sus brazos. Entre ellos saltaban los perros pretendiendo lamer las manos de su dueño.

Subieron y bajaron dos lomas los hombres que llevaban al guerrero en medio de sus llantos, mientras los ganados se alejaban tranquilamente del rodeo, donde se acallaron las voces alegres de los hombres.

Ha muerto el caudillo.

Abatióse por fin aquella vida de 77 años; vida fuerte y heroica, sobre la que extendíase como una sombra trágica el recuerdo de Julián Ramírez.

Repentinamente enmudecieron los campos de Bañado de Medina.

Los que salieron en alegre cabalgata, vuelven a la estancia en una procesión de dolor.

El cielo estaba gris; las cuchillas azules cuando sobre ellas caía el sol, eran entonces sombrías...

Rodeado por los cirios mortuorios, descansaba el caudillo, sereno el semblante, como si la muerte hubiera sido para él un dulce sueño.

En las lomas, las nubes se deshacen en lluvia.

El último caudillo de la tierra, ha muerto.

Como su padre; como Julián Ramírez, él también desapareció cuando nadie lo esperaba.

En los fogones de antaño, el forastero podía oir el relato de las hazañas de Julián Ramírez; en los de hoy, aún lloran los paisanos la muerte de su hijo.

Si alguna vez el lector llega a los campos de Bañado de Medina e interroga a los paisanos sobre hechos guerreros, le dirán:

"Allá, a lo lejos, en aquella casa que se ve blanquear entre los árboles, junto al cerro que interrumpe bruscamente las llanuras, en la cumbre más alta de esos campos, allí fué la morada del caudillo".

Y le contarán la historia del héroe, a quien lloran aún, como si hubieran quedado huérfanos de gloria.

Documentos de prueba

Documentos de prueba

1

Comisión Directiva del Partido Nacional.—Cerro Largo.

Melo, 4 de Agosto de 1887.

Señor don Justino Muniz:

Bañado de Medina.

Esta Comisión ha resuelto citar a todos sus miembros para la reunión que tendrá lugar el día 23 del corriente mes en esta Villa, a las 7 de la noche, en el local de costumbre, para resolver sobre la legalidad de la elección del Directorio del Partido Nacional, celebrada por la Convención el día 19 de Junio ppdo. Se ruega la asistencia de usted a este acto, por la importancia capital que reviste; sirviéndose asimismo acusar recibo oportunamente de esta comunicación.

Saluda a usted atentamente.

J. Guerrero,
Vicepresidente.

Dalmiro Coronel,
Secretario.

NOTA.—La reunión se celebrará el día 23.—*El Secretario.*

2

Montevideo, 22 de Diciembre de 1887.

Señor Coronel don Justino Muniz.

Cerro Largo.

Estimado compañero y amigo:

El portador de la presente es nuestro compañero de sacrificios, mi pariente el Coronel Benjamín Olivera, que ha sido nombrado Jefe Político de ese Departamento; por la amistad que me liga con usted, me permito recomendárselo mucho, suplicándole le preste su valioso concurso, seguro de que tendrá en él un excelente amigo que satisfará sus deseos, como el de todos los habitantes de ese Departamento.

Le deseo felicidad y mande a éste su amigo que lo estima.

José M.ª Pampillón.

3

Señor Coronel don Justino Muniz. (*)

Querido Coronel:

. . . . . .

Como ya lo sabe, triunfamos aquí. Me vi en apuros cuando don Alejandro se rehusó a aceptar, le hice te-

(*) Carta escrita con motivo del nombramiento de don Alejandro Bresque, ciudadano de grandes méritos en el Partido Nacional, para Jefe Político de Cerro Largo.

legramas en su nombre y en el mío, y le hice hacer por varios amigos y también por los doctores Rodríguez Larreta y don José Pedro Ramírez. Al fin aceptó el hombre, sacándonos de la terrible incertidumbre en que estábamos.

. . . . . .

El doctor Aguirre secundó enérgicamente cuando llegó la oportunidad, mis trabajos, deseando corresponder al pedido que usted le hizo en su consabida carta. El hombre, pues, se calentó a última hora, y sirvió de mucho, de manera que considero de buena política que le haga cuatro líneas agradeciéndole su valioso concurso y reiterándole la promesa de que usted y los amigos de Cerro Largo, servirán siempre a la buena causa que representan los amigos de la Cámara.

. . . . . .

Usted y sus amigos deben hacerle ver a don Alejandro que nadie le ayudará mejor a hacer una buena administración que aquellos que han deseado siempre la felicidad del Departamento, que son usted y demás amigos, y por eso han trabajado todos, y usted, en primera línea, por su candidatura. Sólo así podrá servir todo el elemento de Cerro Largo a sostener con energía al Gobierno y a servirnos a nosotros de base para futuras combinaciones en bien de nuestro partido.

. . . . . .

Acepte un fuerte abrazo de su amigo y S. S.

J. J. Segundo.

Montevideo, Marzo 22-90.

4

Señor Coronel don Justino Muniz. (*)

Melo.

Montevideo, Marzo 22|90.

Estimado amigo:

Aunque no contesté su carta que me fué entregada la noche del banquete al doctor Herrera, ya habrá usted visto por los hechos, que metí el cuerpo para conseguir lo que ustedes deseaban y era bastante difícil de alcanzar por los compromisos anteriores que había. Algo ha habido que prometer, como creo que se lo diría Segundo antes de su salida de esta. Espero que la solución alcanzada sea para bien de todos y que mediante ella se consiga el acuerdo y unidad que en esta situación necesitamos mucho más que en la anterior, por lo mismo que las esperanzas favorables son mayores. Tengo el gusto de repetirme su atento servidor y amigo

M. Aguirre.

5

Señor don José A. Zavala.

Mi querido amigo:

. . . . . .

Pasando a otra cosa le diré, que por aquí no hay novedades, sino la actitud del elemento oficial contra la

(*) Carta escrita con el mismo motivo de la anterior.

candidatura Tajes. Parece que la destapada prematura del titulado Directorio Nacionalista, le ha hecho mucho mal. Se están dando el contra fuego. También los blancos de aquí, en general, y particularmente la Comisión Departamental, y la mayor parte de las seccionales, están resentidas con el Directorio, y piensan contestarle invocando su autonomía, que no ha sido consultada, y pretende atar al partido a aquella candidatura sin esperar las demás que se proclamen y especialmente la que oficialmente proclamó el gran Directorio del Partido Colorado, recientemente constituído con acuerdo de todo el País-*colorado*.

Por lo que hasta ahora se ve, si el oficialismo que es poderoso no cambia, aquella candidatura está muerta. Aquí se ha comentado con risa la proclamación ridícula de tal candidatura por el elemento minorista, que carece de elementos propios para contribuir a su triunfo.

. . . . . .

Me figuro que los anarquistas que bajo el pretexto de conciliación tratan de debilitar nuestros elementos, no habrán adelantado un paso en su afán desquiciador, por servir planes de aquí que avergüenzan porque quieren presentar a nuestros hombres como *suizos enganchados* al peor elemento del Partido Colorado. Hay que hacerles el vacío para que sufran un verdadero desengaño, y se acaben de convencer los blancos y colorados de aquí, que el único elemento que ahí vale por sus cabales, es el que encabeza nuestro amigo el Coronel Muniz.

. . . . . .

En fin, ustedes ahí saben lo que hacer, y hoy como siempre, les darán a los encarnizados enemigos, una lec-

ción de *mayoría* y de *habilidad* política en materia electoral.

. . . . . .

y usted mande a su siempre affmo. amigo y S. S.

J. J. Segundo.

Montevideo, Octubre 2-93.

6

Melo, 8 de Noviembre de 1893.

Señor Coronel don Justino Muniz.

Aceguá.

Estimado coronel y amigo:

El desarrollo de los sucesos políticos, en la localidad, asegúranos el triunfo en la próxima contienda comicial. Los minoristas han proclamado la abstención, sin duda porque se encuentran débiles para presentarse en el campo de la lucha o porque existen divergencias en sus filas respecto de candidaturas a la Representación Nacional. Puede ser, sin embargo, que a última hora se decidan a votar. Los *separatistas,* con Manuel Ibarlucea a la cabeza, aun cuando no tienen elementos con que ir a las urnas, y como audaces que son han proclamado candidatos para diputados a Alberto Palomeque, Manuel Herrero y Espinosa y Juan José de Hererra. Esta gente lo que quiere es meter barullo, aunque no obtengan resultado. Sus trabajos tienen mucho de ridículo por

no decir de gente que no sabe lo que hace, o que ha perdido el juicio. Acabo de recibir carta de Montevideo, en donde se me dice que los empleados y oficiales de línea que andan metidos en política serán llamados al orden. Por lo pronto, Gamarra ha sido puesto a medio sueldo; Ibarlucea es probable que sea trasladado a Treinta y Tres, y algunos otros serán también tratados como se merecen. Ya ve, mi amigo Coronel, que todo nos viene favoreciendo en nuestros trabajos, así es que el triunfo no será dudoso.

Sin más lo saluda afectuosamente, su amigo y S. S.

Gumersindo Collazo,
Jefe Político de Cerro Largo.

7

Señor Coronel don Justino Muniz.

Querido Coronel y amigo:

. . . . . .

Por diversos conductos he sabido ayer el señalado triunfo que usted y sus amigos de ese Departamento han alcanzado en los comicios, aplastando una vez por todas a sus gratuitos y pérfidos enemigos. Por la parte importante que me cabe en el triunfo de ustedes, le ofrezco una vez más mi profunda gratitud y la de mi familia, con la formal seguridad de que me esforzaré por hacerme digno de la confianza que a usted y sus amigos les merezco.

. . . . . .

Para mí, los tajistas son pan comido. El *mentao* de don Melitón no le quedó otro recurso que ganar su

estancia. Sus amigos fueron vergonzosamente derrotados. No hubo un sólo voto en contra del Gobierno. Yo hice votar en Canelones los blancos de las secciones de Santa Lucía y San Jacinto, por la lista del Gobierno, porque esa responde al nuevo Presidente, que yo deseo triunfe para asegurar más todos los elementos que administran el Departamento de Cerro Largo, y obtener las demás ventajas para los amigos. El Presidente quedó muy agradecido de su actitud al acatar y ofrecerse con sus amigos todos de Cerro Largo, que bien puede decirse que forman un ejército, a sostener el principio de autoridad. Su declaración fué publicada por el Gobierno y muy bien recibida por todos.

. . . . . .

J. J. Segundo.

Montevideo, Noviembre 27-93.

8

Señor Coronel don Justino Muniz.

Querido Coronel y amigo:

. . . . . .

Respecto de sus recomendados los señores Rosas Castillos y don Juan M. Bresque, me preocupé de su encargue, y como el Director de Aduana anda por el Salto, lo vi al Presidente y en el acto ordenó que no los removiesen de sus puestos, y que si por un evento ya los hubiesen trasladado, que sin demora los hiciesen re-

gresar. El Presidente se mostró muy complacido en atender su pedido.

. . . . . .

Aquí las cosas políticas marchan bien, como que son dirigidas por un hombre tan hábil como el doctor Herrera. Ayer tuvo lugar una manifestación pública de los tajistas que fué sumamente ridícula, pues no alcanzaron a reunir mil hombres, ni con los centenares de pilluelos vendedores de diarios que siempre concurren a esas reuniones callejeras. La tal candidatura está muerta y bien muerta, como se lo he manifestado otras veces.

. . . . . .

J. J. Segundo.

Montevideo, Diciembre 5-93.

9

Querido General:

Estamos todavía en la brecha. Creo que triunfaremos y los amigos de Cerro Largo quedarán siempre en pie. Nuestro amigo el doctor Herrera, me concedió los grados siguientes: Mayores: Gumersindo Collazo, Antonio Rey y Plácido Rosas, etc., etc.,

Los demás diputados de Cerro Largo y el Senador Aguirre, se han portado como en Cagancha. En el pecado llevarán la penitencia. Nuestra lealtad y firmeza nos dará el triunfo.

Lo saluda y los abraza su amigo affmo.

J. J. Segundo.

Montevideo, Marzo 6-94.

10

(Telegrama fechado en Montevideo, el 12 de Febrero de 1894).

A Justino Muniz.

Presidente cumplióme promesa; acabamos nombrarlo General en comisión permanente y coroneles Aguiar y Visillac. Nuestros amigos del Departamento estarán de felicitaciones como yo, por merecido ascenso.

Le felicito y saludo.

Juan José Segundo.

11

Señor General don Justino Muniz.

Querido General y amigo:

. . . . . .

Sin embargo, es bueno que usted, y los amigos de ahí, aunque con la mejor voluntad, se ciñan como siempre a las órdenes que tienen y dejen que los brasileros en lucha, que, por lo general, nos han hecho a los blancos todo el mal posible, se entiendan ahora como puedan. No vayan ustedes a caer en el error de comprometerse por hacer un servicio personal que nunca compensará el perjuicio político que pueda causarles a ustedes en estos momentos de tantas intrigas y pillerías puestas en juego por los enemigos de la situación que ustedes ahí y yo aquí servimos con toda lealtad.

. . . . . .

Desearía verlo aquí en breve, porque hace tiempo que no viene y siempre es bueno acercarse a la Capital siquiera una vez por año.

. . . . . .

El otro día estuvo el Presidente a visitarme, y me manifestó que en la borratina de grados que había habido por las intrigas y propaganda injusta de los enemigos, etc., *no habían entrado mis recomendados*, que eran los únicos que se habían respetado en atención a mis empeños y servicios a la situación.

. . . . . .

Créame siempre su affmo. y S. S.

J. J. Segundo.

Montevideo, Junio 94.

12

Buenos Aires, 24 de Marzo de 1894.

Señor General Justino Muniz.

Cerro Largo.

Distinguido correligionario:

Tengo encargo de la Comisión que presido, de invitar a usted especialmente, para la gran reunión pública de nuestros correligionarios residentes en la República Argentina, que tendrá lugar en esta ciudad el 19 de Abril

próximo, con el objeto de constituir el centro que dirija nuestros trabajos políticos.

Con tal motivo me es grato saludar a usted con mi más distinguida consideración.

Abdón Aróztegui,
Presidente.

Juan C. Nosiglia,
Secretario

13

Señor General don Justino Muniz.

Querido compadre y amigo:

. . . . . .

Aquí el amigo Aguirre anda haciendo zonceras, escribiéndole cartas al Presidente con insinuaciones torpes contra mí, diciéndole que los elementos *blancos desconceptuados* por las vinculaciones con los colorados, debía suprimirlos para poner hombres en las Cámaras de mayor representación y prestigio en el Partido. Está lleno de celos, porque no ha podido meter ningún Diputado que él quisiera, para tenerlo de instrumento para después no hacer nada y bailar con la más fea. ¡Lo de siempre! Aquí los hombres de gobierno lo acusan de tener conciliábulos con el General Estevan, a puerta cerrada, y tener correspondencia con Aparicio Saravia, etc., etc., especies que yo he tratado de destruir como verdadero amigo, — y que él me paga con una patada de mula. Como usted sabe, no es de ahora que me tira al codillo con intrigas ahí en Cerro Largo, y con trabajos para dividir a nuestros amigos de quien es us-

ted jefe, *para* (aquí hay una palabra ilegible) *partidos nuevos*, a título de unir desuniendo! Como sucedió en la elección pasada. Aquí uno de los Ministros, para evitar complicaciones y peligros que hagan daño a la situación, y en particular, a los amigos de ahí, iba a escribirle a usted y a Collazo, haciéndoles presente la conducta doble del doctor Aguirre, para que ustedes pensasen que no era conveniente mandar a la Cámara de un Departamento amigo, a un enemigo del Gobierno, y que no perderá oportunidad en el porvenir de producir divisiones y anarquías peligrosas. Yo también pedí que no lo hiciesen, porque siempre será para usted desagradable esa noticia, y, precisamente, porque me creo más noble que Aguirre (lo digo sin jactancia), y a fin de evitar un conflicto posible si el Gobierno les rogaba lo sustituyeran por otro ciudadano blanco y ustedes se resistían, hice esfuerzo porque esas cartas no fuesen a manos de ustedes, en la esperanza que las bajezas e intrigas y envidias políticas de Aguirre no tendrán efecto ni resonancia en Cerro Largo, ni en ninguna parte. De todos modos, bueno es que no pierdan de vista ahí cualquier trabajo de aquel intrigante y mal amigo, que no sabe agradecer y ser consecuente con los suyos, permitiéndose imitar los trabajos desquiciadores de otra época del nulo de don Remigio. (*) En fin, usted, mi querido general, sabe lo que hace y conoce bien a Aguirre y a mí, en los años que nos trata, y por cierto, dada su viveza y buen criterio, nos habrá calado bien, y apreciará en justicia, si Aguirre o yo, o mejor dicho, cuál de los dos se habrá mostrado más compañero y leal y habrá hecho más esfuerzos posibles por Cerro Largo y los nobles amigos que con todo sacrificio y constancia

(*) Remigio Castellanos, ex Jefe Político de Cerro Largo.

nos han estado sirviendo con su valiosa influencia política y electoral. En fin, mi querido General, doblo la hoja, por no hablarle más de estas miserias a que por carácter y sentimiento de lealtad soy enemigo consciente y declarado. No sé si insistirán en escribirle los hombres del Gobierno, a pesar de mis gestiones en contra; pero de todos modos cumplo con un deber de lealtad, teniéndolo al corriente de lo que pasa. Corren por aquí noticias de que algunos ilusos pretenden convulsionar el País, y hasta se asegura que muchas infelices muchachadas de los Clubs se están embarcando para Buenos Aires. Ayer, el pretendido Directorio presidido por el batata de Berinduague, publicó una circular en que desautorizaba los conatos de revueltas que se intenten. Esos jesuítas son capaces de estar atizando por debajo del poncho a esos infelices para que vayan al matadero, y por la prensa aparentan otra cosa. Es el juego de todos los mamporras que hacen la del capitán Araña: "embarquen, embarquen", y ellos se quedan en tierra, ganando plata y gozando de las comodidades al lado de sus familias!! Conviene, pues, querido amigo y compadre, que sigan vigilantes para salvar al Departamento de los horrores de la guerra y al País de una verdadera ruina. Y a mí lo que más me irrita es, que esos trompetas que se dicen blancos, estén atacando y proyecten echar abajo el *gobierno blanco* de Cerro Largo. Sólo miserable envidia y despecho mal encubierto, puede impulsar a esos malos ciudadanos y peores correligionarios!

. . . . . .

Disponga de su affmo.

J. J. Segundo.

Montevideo, Noviembre 24-96.

14

Melo, 29 de Noviembre de 1896.

Señor General de Brigada, don Justino Muniz.

Mi querido general y amigo:

Por sus comunicaciones y noticias que estoy recibiendo por diversos conductos, me entero, con la profunda satisfacción consiguiente, del éxito de la expedición confiada a su nunca desmentida lealtad y competencia. Es un nuevo servicio que presta principalmente al país, a nuestro partido, y sobre todo, a nuestro querido Cerro Largo, que tanto precisa de sus buenos hijos. Esos bandoleros, comparables solamente con los beduinos o negros selváticos del Africa, han sentido desde el primer momento de que si les sobra insolencia para insultar a los veteranos que han jugado su vida en cien combates, les falta valor para resistir el empuje de los soldados del orden y de la paz pública. Todos los criminales son cobardes, y ciertamente que esos bandoleros no podrán vivir en su patria sino para purgar el crimen monstruoso con que se han enlodado para siempre. Reciba un abrazo de su amigo de siempre. Salude en mi nombre a todos esos viejos que saben el camino del combate y a esos reclutas que llevan sangre noble en sus venas, que se enardece cuando la patria la reclama para garantir la paz y la vida del vecindario.

G. Collazo.

15

Manifiesto dado por el Jefe nacionalista don José Nuñez

(Del libro "Por la Patria", ya citado).

El general Saravia, sin prestigio militar en el ejército, poco simpático al Brasil, sin antecedentes ni títulos que justificasen su nombramiento de Comandante en Jefe, era incapaz de apreciar cuánto podían importarle las simpatías de los jefes y oficiales del ejército, pues al incorporarse dejó formada nuestra división sin dignarse pasar revista, de manera que los oficiales y soldados no conocían a su general.

. . . . . .

"Nos obligó a emprender una marcha precipitada y excesiva en medio de una lluvia torrencial hasta Corrales, donde quedaron las infanterías a pie, con el pretexto de que había comprometido combate con el general Muniz, lo cual no era cierto. No era posible seguir en aquella forma al general Saravia, porque nuestra infantería, sin un caballo útil, tenía que marchar con lentitud. Fué entonces cuando el doctor Terra me comunicó, de orden del General, que fuese mi división a la frontera para proteger las incorporaciones que debían efectuarse y recibir el armamento, municiones y demás elementos que se nos enviaba."

16

Campamento Paso de Carpintería, 5 de Junio de 1897.

Señor General don Justino Muniz.

Mi estimado General:

He recibido hoy, después de moverme del arroyo San José, su comunicación fechada en el Sauce el 31 de Mayo. Quedo enterado de sus noticias y espero que mientras el General Arribio no cubra el Paso de Pereyra y Ramírez, los haga cuidar V. S., porque no sería difícil que Saravia (Aparicio), que según noticias oficiales viene por las puntas del Arapey y buscando la cuchilla de Haedo, se recueste al Departamento de Tacuarembó, con el propósito de vadear el Río Negro, buscando pasar a este lado, donde es el campo de su predilección. Cree el señor Ministro, que puede suceder se recueste a la costa del Uruguay; pero me inclino a opinar que buscarán más bien la parte que le indico. Yo cuidaré desde Polanco al Paso de los Toros, donde V. S. sabe que he recibido orden de bajar y donde espero la incorporación del coronel Klinger, que según S. E. viene con 2,500 hombres. Hoy he recibido una comunicación del Ministerio, de fecha 2, en que se me dice: "He recibido su telegrama del que me he impuesto con el interés que tienen sus noticias para el Gobierno, que ha aprobado sus disposiciones, dando orden al General Arribio para que cumpla las suyas como se las da, y espero que no demorará más tiempo que el necesario para repartir una ropa que habrá recibido ayer u hoy. De los revolucionarios las noticias que da el General Villar son que se encontraban por Puntas de Sepultura, dirigiéndose

hacia puntas del Arapey. El General Villar data su telegrama en Tranqueras. Como V. S. ve, en aquella posición los revolucionarios bien pueden seguir por la Cuchilla de Haedo hacia el Sur, o internarse en los Departamentos de Paysandú o Río Negro''. Por la transcripción que le hago verá V. S. que conviene que guardemos los pasos del Río Negro, a fin de que Saravia no pueda pasarlo. Espero que V. S. guardará los de Pereyra y Ramírez, mientras no los ocupen las fuerzas del General Arribio, que, como verá, por lo que dice el Ministro, no demorará aquel General en hacerlo. Como acabo de decirle, voy al Paso de los Toros y cuidaré desde Polanco hasta Quinteros, y si el Coronel Klinger viene a reforzarme como dice el Gobierno, y se nos dan elementos de movilidad, si Saravia lo sabe, yo me correré y siempre buscaré acercarme a V. S. para, no sólo ayudarlo, sino también para ver si algo se puede hacer con el fin de poner término a este fatal bochinche, que tanto mal hace al país.

Lo saluda con el afecto de siempre y espera sus avisos como le daré los míos, su compañero y amigo.

Eduardo Vázquez.

17

Campamento Paso de los Toros, Junio 10 de 1897.

Señor General don Justino Muniz.

Mi distinguido General y amigo:

Acabo de recibir su nota fechada el 6 en su campamento del Sauce, y veo las noticias que V. S. me da

de la situación de las fuerzas, y de los inmigrados; como también de las marchas que viene efectuando el Coronel Klinger. Yo, mi distinguido General, nada ya de nuevo puedo ordenar, ni aun siquiera el cumplimiento de las órdenes que anteriormente le trasmití, su comunicación me encuentra aprontándome para bajar mañana para Montevideo, en razón de haber renunciado indeclinablemete el honroso puesto que ocupaba, en que me cabía la satisfacción de mandar jefes tan dignos y meritorios como V. S. Pero, ¿qué quiere mi amigo?, no es posible tolerar por más tiempo, que se me haga hacer un papel que no hace honor a ningún soldado. ¿Sabe V. S. a cuánto ha quedado reducido el número de fuerzas que tengo en este paraje? A mil hombres escasos, y sin ninguna base ni mediana siquiera de fuerzas bastantes para poder dar nervio a esta pequeña columna. Todavía ayer, cumpliendo órdenes del Gobierno he mandado al Coronel Julio Martínez, de la División de Rocha, con 350 infantes, a defender o ayudar a defender a Paysandú, donde se asegura marcha Saravia, que a la vez también se dice están, no sé si él o Lamas, tiroteando al Salto. Su nota, mi amigo, voy a ponerla en un sobre y con cuatro letras se la mandaré al señor Ministro de la Guerra, para que él resuelva; que yo ya no sirvo. No se me ha ayudado y V. S. sabe que mis reiteradas órdenes ni aun contestación han merecido. Mi buena voluntad V. S. la conoce y me queda la satisfacción de que todos los hombres de idénticas condiciones, harán justicia a mis pocos servicios que en esta campaña, tan corta, pero en que tanto he sufrido sólo por probar que tenía la más decidida aspiración en ayudar a los Poderes Públicos, para el pronto restablecimiento de la paz, anhelo que, como V. S. sabe, era el único que me animaba en esta desgraciada contienda.

Reciba, señor General, no el saludo de su General en Jefe, sino un apretón de manos de su viejo amigo que mucho lo distingue, y que se pone a su disposición en Montevideo, en la calle de Sierra N.° 210, y desde donde tendrá placer de recibir sus órdenes su affmo. y S. S.

Eduardo Vázquez.

18

Cerro de Medina. 16 de Junio de 1897. (*).

A S. E. el señor Ministro de la Guerra.

Montevideo.

Me participa Comandante Buist, del Regimiento 1.°, que le es imposible ocupar pasos Yaguarón, y tiene que concretarse a Artigas, con ocupación pasos de Río Negro, que son diez con picadas que requieren guardias, queda debilitada columna para ocupar toda frontera donde existe numerosa emigración. Con División 33 se haría un servicio en buenas condiciones y podríamos atender cualquier eventualidad. Me parece, salvo mejor opinión de V. E., que incorporada aquí División 33, como allí no hay ya revoltosos estaríamos en actitud de ver qué actitud asume esa emigración en pocos días. Sírvase V. E. resolver esta indicación para obrar en consecuencia. La distancia que promedia del Paso de Pereyra al de Carpintería en el Río Negro por los caminos conocidos son doscientos diez kilómetros como mí-

(*) Original del secretario de Muniz, hallado sin firma en el archivo de éste.

nimo. V. E. conoce los medios de movilidad con que contamos, y lo que es la campaña en esta estación, y sabe también los elementos que deben encargarse de comisiones que han de cumplirse a larga distancia del Cuartel General. Esos motivos me inducen a solicitar aquella División que ha servido con buena voluntad y decisión bajo mis órdenes. Me informa Comandante Buist que tiene motivos para esperar nueva invasión de territorio brasileño, lo que exige de mí preferente atención sobre esa frontera sin desatender Pasos Río Negro por todo lo cual he creído oportuno dirigirme a V. E., a quien Dios Gde. ms. as.

19

Campamento en Puntas de Conventos, Junio 25 de 1897.

S. E. el señor Presidente de la República.

En presencia de su telegrama de fecha de ayer, respecto del rumbo de Saravia y Lamas, me dirijo en esta fecha al Comandante Saravia pidiéndole se ponga en movimiento para incorporárseme en estas alturas. Está confirmado por V. E. mi telegrama de ayer, y creo que V. E. se dignará ordenar al Comandante Saravia se dirija aquí con toda su División 33, sin pérdida de tiempo, disponiendo a la vez lo conveniente para que lleguen aquí los fusiles pedidos ayer. Evito los comentarios y creo que si el General Villar precipita su marcha yo podré detenerlo a Saravia y Lamas, incorporada la División 33, en los pasos del Río Negro, si como espero puedo conocer el rumbo que trae, y no será difícil que lo bata el General Villar al Norte detenido en

los pasos y no obstante estar muy mal montada mi columna. Río Negro está crecido.

Saludo a V. E. respetuosamente.

Justino Muniz.

20

Bagé, Julio 11 de 1897.

Señor General don Justino Muniz.

Mi estimado General:

Salgo mañana a primera hora de este pueblo para su campo con el objeto de conferenciar con usted y ver si podemos evitar que los orientales sigan exterminándose tan injustamente. Informaré a usted personalmente de las ventajas que habría en convenir inmediatamente una suspensión de armas. Escribo en el mismo sentido al General Saravia y Coronel Lamas, y creo que nada se perdería en que ustedes conviniesen una suspensión provisoria hasta mi llegada.

Saluda al señor General atentamente, su affmo.

A. Rodríguez Larreta.

21

A Cónsul Oriental:

Por orden señor Presidente transcriba General Muniz siguiente telegrama: En vista del pedido que hacen los señores Larreta y Machado, que se han consti-

tuído en Comisión mediadora de la pacificación, y que V. S. me trasmite a fin de que se suspendan las hostilidades por un tiempo prudencial, le autorizo a conceder esa suspensión hasta quince días, dentro de la zona que actualmente ocupan su ejército y el de Aparicio y Lamas, para en ese tiempo tomar en consideración las bases que prometen presentar al Gobierno los referidos mediadores, recomendando entre tanto a V. S. la mayor vigilancia y precaución en las fuerzas de su mando.

Le saluda.

Oscar Hordeñana,
Ministro de R. Exteriores.

22

Convenio de armisticio. — En Aceguá, quinta sección del Departamento de Cerro Largo, a diez y seis de Julio de mil ochocientos noventa y siete; Nosotros, Aparicio Saravia y Diego Lamas; Comandante en Jefe y Jefe de Estado Mayor, respectivamente, del Ejército Revolucionario, denominado "Nacional", por una parte; y por la otra Justino Muniz, General de Brigada y Comandante Militar del Departamento de Cerro Largo, autorizado en debida forma; promediando la intervención patriótica del Doctor Don Aureliano Rodríguez Larreta, hemos celebrado el siguiente convenio de armisticio, que al efecto otorgamos: Cláusula Primera: El plazo de la plena suspensión de armas es de veinte días, feneciendo por consecuencia el día cinco de Agosto próximo a las doce del día. Segunda: Tanto las fuerzas revolucionarias como las del Gobierno, en el país, permanecerán donde actualmente se

encuentran, salvo la mudanza de campo necesaria a los pastajes y demás conveniencias de las tropas. Tercera: El núcleo principal del Ejército Revolucionario que se denomina "Nacional", se retirará cuarenta kilómetros en dirección al rumbo que trajo para ocupar su campo actual, donde cumplirá este convenio. Cuarta: Ambas partes se comprometen, la primera a impartir las órdenes necesarias para dar estricto cumplimiento a lo acordado; y la segunda a trasmitir al Superior Gobierno este pacto de armisticio por la vía más breve, a efecto de que reciba su solemne sanción y cumplimiento. Quinta: En fe de lo cual, firmamos el presente, excepto el General Muniz que por no saber, lo verifica a su ruego, el Capitán Don Cándido Viera; en tres ejemplares, uno para cada contratante y el tercero para el Doctor Rodríguez Larreta, que también suscribe el presente.—Aparicio Saravia.—A ruego del Gral. Don Justino Muniz, Cándido Viera.—D. Lamas.—A. Rodríguez Larreta. — Doy fe: de que el General de Brigada Don Justino Muniz, al presentarme este documento, me expresó hallarse bien enterado y conforme con su contenido, y que por no saber firmar, lo había hecho a su ruego el Capitán Don Cándido Viera. Y a su petición pongo el presente que signo y firmo en Aceguá a diez y seis de Julio de mil ochocientos noventa y siete, con carácter de reponer el sellado si fuere preciso.—*Juan Collazo,* Esno. Púbco. — (Hay un signo).

23

Campamento en Mina de Aceguá, Julio 18 de 1897.

Señor Coronel don Juan Pedro Bertrán.

Artigas.

No pierda momento en enviarme los equipos, pues mi gente está de brin, y ya es tiempo de que se abriguen.

(Original de carta, con letra del Secretario de Muniz, encontrado en el archivo de éste).

24

Campamento en Aceguá, 3 de Agosto de 1897.

Excmo. Señor Ministro de la Guerra y Marina, Teniente General don Luis Eduardo Pérez.

Montevideo.

. . . . . .

Especialmente el calzado, deja mucho que desear, puesto que se compone de una variedad infinita de obras de charol, imitación cabritilla, de todos colores, bajos y elásticos propios para ciudad, pero inadecuados para las rudas tareas del soldado, que sabe V. E., sólo pueden utilizar la bota de fuerte baqueta y buena suela, capaz de soportar la humedad y la helada, por cierto cotidianas en esta estación. Los fusiles, los he

distribuído en diversos escuadrones, porque la presentación de plazas ha sido numerosa y hubo necesidad de armarlos. Por cartas que dirigí a personas de la situación e inmediatas al Gobierno, procuré hacer constar, que yo no había recibido ni un bulto de los equipos y municiones que en Abril conducía para mi columna, el Coronel Don Ildebrando Vergara, en ocasión que me hallaba por Cebollatí, Departamento de Rocha. Se me ha informado también, que con esos equipos y municiones, venía una suma de dineros. Y como yo deseo que en materia de administración de elementos de guerra, quede muy bien constatado lo que se me entrega y el destino que le doy, me permito hacer constar aquí, que no recibí los elementos que conducía el Coronel Vergara en aquella ocasión, y que según nota de este Jefe, que conservo en mi poder, todo lo entregó al General Don Melitón Muñoz. Dejando así informado a V. E. de la distribución de los equipos recibidos, me es grato reiterarle mi respetuosa consideración y particular estima.

(Original de letra del Secretario de Muniz, hallado sin firma en el archivo de éste).

25

Excmo. Señor General Don Justino Muniz.

Excmo. Señor:

Acuso recibo a V. E. de su nota fecha 22 del que rige, poniendo a la vez en conocimiento de V. E. que he hecho entrega al Coronel en Comisión don Cesareo Saraiva de lo siguiente: Cien mauser, cien sables ba

yonetas, doce mil tiros mauser y dos mil tiros rémington, cuyo material lo conduce por el carro que me devolvió V. E.

. . . . . .

Ildebrando Vergara.

Campamento Tacuarí, Julio 24|97.

26

Señor Comandante General del Departamento de Cerro Largo, Don Justino Muniz.

. . . . . .

Me mandó también el Señor Presidente, conteste a V. S. que en ese momento el Ministro de la Guerra daba las órdenes para que sin demora se le mandasen a V. S. las municiones pedidas.

. . . . . .

Juan P. Bertrand.

Villa de Artigas, Julio 11 de 1897.

27

Señor Comandante General del Departamento de Cerro Largo, General de Brigada Don Justino Muniz.

. . . . . .

A Coronel Bertrand: Es necesario que V. S. mande con urgencia un chasque al General Muniz para advertirle que fuerzas legales marchan por distintos puntos y en combinación unas con otras sobre ejército re-

volucionario, y que por lo tanto, es de suma conveniencia que el General se mueva del punto donde se encuentra con la gente bajo sus órdenes, y vaya aproximándose a la retaguardia del enemigo de la mejor manera y con la mayor prontitud que le es posible dada la falta que tiene de elementos de movilidad.

Saluda a V. S.—Juan Idiarte Borda.

. . . . . .

Juan P. Bertrand.

Villa de Artigas, Agosto 21 de 1897.

28

Campamento en Aceguá, Agosto 25 de 1897.

Señor Teniente General Don Máximo Tajes, Jefe Superior de las Fuerzas en operaciones en campaña.

Tengo el honor de dirigirme a V. E. para manifestarle que el Excmo. Señor Ministro de la Guerra y Marina, por nota que recibí ayer, y de fecha diez del actual, se ha servido informarme del alto y honroso cometido que ha confiado a la persona de V. E., ordenándome que en los asuntos relacionados con el servicio militar me entienda con V. E. Al felicitarle por aquella merecida distinción, y ponerme a las órdenes de V. E., aprovecho la oportunidad para expresarle que esta columna está absolutamente desprovista de caballos, y que en el Departamento y sus inmediaciones no ha quedado ni un potrillo, y hasta la boyada ha seguido la propia suerte. Esta zona del país, viene sufriendo desde Noviembre la devastación inherente a

la desgracia de que ha sido objeto notoriamente, y aun cuando a mi vuelta de Rocha, en Abril, traje algunos caballos de aquellos parajes, en que aun no saben lo que es la guerra civil, esos caballos se me han muerto a fines de Julio y principios de este mes, debido por una parte a la crudeza de la estación, y por otra, a haber tenido la necesidad de permanecer durante doce días con el enemigo al frente, y consiguientemente, con el caballo de la rienda en este paraje. De suerte, señor Teniente General, que bien a pesar mío, estoy condenado a la inacción, porque no solamente la tropa y oficialidad está materialmente a pie, sino que no tenemos con qué arrastrar los carros de munición, la que no debemos dejar nunca, por la experiencia que tenemos de la imprescindible necesidad de ese elemento, cuyo consumo asume grandes proporciones en cada encuentro. Esta imposibilidad de moverme la he hecho conocer al Superior Gobierno desde sus primeros momentos reiterándosela diversas ocasiones, lo mismo lo he informado de la inutilidad de mis diligencias y gestiones para poder montar esta División y la imprudencia que yo cometería al pretender hacer marchas forzadas a pie desde que para inutilizarme y desmoralizar esta columna bastarían los arroyos, bañados y barriales que ofrecen estos campos por todas partes. Acepte V. E. la seguridad de mi consideración y acatamiento.

(Original, de letra del Secretario de Muniz, hallado en el archivo de éste).

29

Agosto 25|97.

. . . . . .

Tendré muy presente lo resuelto por el Superior Gobierno, aunque por ahora me vea, muy a mi pesar, privado de toda autoridad, porque, como he tenido ocasión de manifestarle a V. E. por diversas veces, como a S. E. el Sr. Presidente, esta columna está completamente a pie y en el Dpto. y sus inmediaciones no hay ni una yegua ni un potrillo, y hasta la misma boyada de tiro ha sido la suerte de los animales yeguarizos.

. . . . . .

(Original de una nota dirigida al Ministro de la Guerra, hallado sin firma en el archivo de Muniz).

30

Recibido el día 12-10-1897—de Montevideo—al General D. Justino Muniz. — Melo. Apreciable General: Recibo su telegrama y puedo asegurarle que a Vd. como a todos los generales principales los he tenido al corriente de los sucesos políticos y lamento que mis telegramas no hayan llegado hasta Vd. Es necesario precaverse contra los politiquillos de aquí y de allí que tienen por norma intrigar a los hombres de verdadero mérito como es Vd. con la primera autoridad. Puedo decirle sinceramente que Vd. no tiene mejor apreciador de sus facultades y de su valor que el que se dice su amigo.—CUESTAS.

31

(Segundo parte del General Muniz, paloma mensajera, recibido el día 19/1/904, a las 11.35 a. m. — "El Día", Montevideo). — Anteayer en Mansavillagra completa derrota del enemigo. Tomamos tres carretas completas de munición remington y 500 caballos. Sigo persecución tenaz. Desde anteayer hasta hoy se le cuentan más de cien muertos a Saravia y elevado número de heridos. El hijo mayor de Aparicio va herido. Hay grandes deserciones en las filas enemigas que marchan en desastroso estado de ánimo. Abelardo Márquez incorporóse anoche y ayer mandó línea, mientras Aparicio se retiraba. A Benavente le mandé chasques para que tome el paso del Río Negro. Continúo persiguiendo rumbo al Cordobés, por el Paso de San Juan que vadearé dentro de dos horas. Allí está Saravia. Ya siento tirotear mi vanguardia. Salúdalo.—*J. Muniz.*

EX LIBRIS

Montevideo, 15 de Marzo de 1921.

Señor Justino Zavala Muniz.

Carísimo amigo: Comprometido a idear para usted blasón y mote que le sirviese de Ex Libris, creo haberle satisfecho por medio de nuestro común amigo el gracioso y profundo artista Antonio Pena en cuanto a la primera parte, un caballo y su jinete bélico modelados en el cuadro noble de una metopa. A modo de escisión lapidaria, deberá inscribirse en el plano oscuro del relieve y con caracteres también de cierto sabor clásico, este lema:

MEDIOS PER IGNES

¿Qué quiere decir? Se lo diré, y usted lo hará una o dos veces a otros tantos amigos, librándose de la molestia de aclararlo a todo el mundo, castigo que usted no merece, con atribuirlo a ocurrencia del artista, cuyo significado, fuera de lo que salta a la vista o sea la traducción casi literal, no ha podido alcanzar; y no dejará de tener a los ojos de los preguntones el aire y el prestigio de las piedras indescifrables. Quiero reintegrar ese medio verso de Horacio a la estrofa de donde lo he sacado, para que vea cómo tuve en cuenta la condicion heroica de su abuelo, figura central de su primera obra y, me atrevo a creerlo, norte

moral de cuantas haga en lo futuro. Pertenece a la Oda XIV del libro IV, dedicada a Augusto por las victorias de sus generales Tiberio y Druso sobre los réticos y los vindelicios. Dirá usted que mejor debió dedicársela entonces a los generales, pero no lo diga, si no quiere atraerse la ojeriza de los admiradores del vencedor de Actium y quizá también de los manes del poeta. Paz a los muertos, aunque gustemos los versos antiguos. Helos aquí:

Indomitas prope qualis undas
Exercet Auster, Pleiadum Choro
Scindente nubes; impiger hostium
Vexare turmas, et frementem
Mittere equum medios per ignes.

Lo cual, traducido, como puede hacerlo un mal estudiante de humanidades, después de muchos años de haberlo sido, en vil prosa diría: «Como el Austro levanta de pronto indómitas ondas cuando el Coro de las Pléyades abre las nubes; arrolla el héroe los escuadrones enemigos y hace pasar el caballo relinchante por enmedio de las llamas».

Echará usted de menos la música del verso, la enérgica síntesis y el brillo de la dicción horaciana. Según se ve o siente, para el poeta, arrojarse así en el centro del combate es lo mismo que atravesar un incendio. Modestamente opino lo mismo. El arrebato del valor es idéntico al de esa audaz expresión lírica que para su emblema de cronista de hazañas y voces de gesta, con un saludo cordial, le envía su afmo.

EDUARDO DIESTE.

———

ÍNDICE

ÍNDICE

Págs.

Prólogo 5

Nacimiento y mocedades de Muniz

Los abuelos de Muniz 15
Julián Ramírez 21
Muniz y Felisberto «Pelo Largo» 32
Feliciano «El Callao» y Perico «El Manco» 44
Garcilaso 51
Las Rengas 56
Quinteros 61
Los amores del guerrero 67

Muniz en Bañado de Medina

Muniz en Bañado de Medina 81
La Cruzada Libertadora 91
Cómo se casó Muniz 99

Guerra del 70

Guerra del 70 109
Combate del Corralito 119
En Sauce Muniz conquista la lanza de Arbolito 123
Días de paz 142

La Tricolor

La Tricolor 151
Sorpresa de Frayle Muerto 168

Págs.

El Coronel Muniz

El Coronel Muniz 181
Con riesgo de la suya, Muniz salva la vida de un amigo 191
Muniz y «El Mellizo» 197
Luchas políticas 206
Muerte de Eufemia 215

1896

1896 225

La revolución de 1897

Muniz y los Saravia 257
Arbolito 261
La noche de Arbolito 280
Retirada hacia el Sur 287
Aceguá 296

Paz armada

El saravismo en Cerro Largo 313
La fatalidad continúa cerniéndose sobre el caudillo 321

Ultimas campañas y muerte del caudillo

Campaña de 1904 349
Ultimos años del caudillo 365

Documentos de prueba 377

Ex Libris.—Carta de Eduardo Dieste. 409